REYES MARTÍNEZ

EL ÁNGEL VACÍO

Las venganzas más perversas siempre recaen sobre los seres más inocentes

Grijalbo

REYES MARTÍNEZ

El ángel vacío

Grijalbo

A todos los que tenemos una guerra pendiente…

Admiro a quien defiende la verdad y se sacrifica por sus ideas, pero no a quienes sacrifican a otros por sus ideas.

GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS

Matar a un hombre cuando se ha matado a muchos deja de ser algo extraordinario.

VÍCTOR DEL ÁRBOL,
El hijo del padre

1

Dinero en el calcetín

Paula aceleró el paso. No le gustaba la sensación que se había colado en su nuca y que la obligaba a tragar cada pocos segundos. En realidad, no tenía motivos para sentir angustia; nadie se había dirigido a ella ni se le había acercado. Tampoco es que se hubiera cruzado con mucha gente. Si se paraba a pensarlo, la sensación de desasosiego había comenzado justo cuando decidió atajar por el parque. Por tanto, el miedo que sentía seguramente fuera fruto de su imaginación.

La voz de su madre se coló en una parte de su cabeza y se negó a salir de allí por más que la joven se lo pedía. Casi podía escucharla repetir como un loro la letanía de siempre: «Ni se te ocurra volver sola… Llama y te voy a buscar… Guárdate **dinero en el calcetín**…, por si te roban… No cruces el parque de noche… No bebas… No fumes… No hables con desconocidos…». La lista de prohibiciones y recomendaciones era interminable. Mientras pensaba en ellas, recordó el día en que su madre la obligó a guardar veinte euros en el calcetín por primera vez:

—Mamá, menuda chorrada —le recriminó.

—No pensarás lo mismo el día que pierdas la cartera o te la roben y no puedas volver a casa.

—Bueno, siempre podré llamarte para que vengas a buscarme, me lo dices a todas horas.

—Eso si no te quedas sin batería en el móvil, que nos conocemos —insistió la mujer con retintín.

—Claro, mamá, también puede caer un meteorito.

—En ese caso, lo mismo da que lleves los veinte euros o que te hayas acordado de cargar el teléfono, porque estaremos todos muertos. Mientras tanto, haz lo que te digo.

—¡Joder, mamá! Que no va a pasar todo el mismo día, ¿no? Vamos, digo yo…

Y sí. Había pasado todo no solo en el mismo día, ¡sino en la misma hora! Hacia la medianoche, se quiso marchar de aquel local en la zona de Fomento donde ponían las copas a mitad de precio entre las doce y la una. Allí habían conocido a unos chicos con los que sus amigas se estaban dando el lote en ese mismo momento. La copa en su mano se había aguado y ni siquiera le apetecía; se marchó sin avisar.

El frío la recibió colándose hasta lo más profundo de su piel. Se imaginó por un instante que el tuétano, esa sustancia viscosa que rellenaba sus huesos más largos, se convertía en hielo y le confería unos poderes dignos de cualquier heroína de las películas de Marvel. Sonrió ante su propia estupidez, dejando a la vista un incisivo al que le faltaba un pequeño trocito, y se subió un poco el cuello del abrigo en un intento de mantener el calor. La sensación de creerse observada y en peligro volvía a colarse en su cabeza, provocándole un nuevo escalofrío que esta vez no podría achacar a la temperatura y la humedad.

Se obligó a apretar un poco el paso y a admirar lo que encontraba a su alrededor. Lo que más le gustaba de aquella ciudad eran sus edificios junto al mar, las farolas que dibujaban sombras que se perdían a lo largo del paseo marítimo que la gente llamaba «El Muro», adonde llegaría si seguía bordeando el puerto y cruzaba por la plaza donde el rey Pelayo permanecía impasible desde hacía más de cien años. Aspiró el olor a salitre que impregnaba sus fosas nasales, sobre todo en días como aquel, cuando se podía ver incluso el vapor que emanaba de las

baldosas mientras el frío les robaba el calor acumulado durante el día.

Por un segundo sintió el impulso de pasear sola por la playa, descalza, con el agua helada cortando la circulación de sus pies. Casi pudo escuchar en su cabeza la voz de su madre preguntándole si se había vuelto loca al caminar por la arena de madrugada y en un día como aquel. Decidido: bordearía el mar y tomaría un taxi en cuanto viese uno. En Gijón las distancias no eran muy largas, pero a las dos de la madrugada, con aquel tiempo, a primeros de noviembre y amenazando lluvia, no era muy razonable recorrer los casi cuatro kilómetros que la separaban de su casa, cerca del barrio del Bibio, a unos quinientos metros de la plaza de toros que llevaba el mismo nombre. Como para darle fuerza a su pensamiento, una gruesa gota de lluvia se estrelló en el flequillo que tanto le había costado alisar aquella noche. Decidió que, en cuanto le fuera posible, se iría a vivir a una ciudad donde el pelo le aguantase liso más de dos horas a la intemperie, algo impensable en Gijón. Pasó junto a la escalera número cuatro, la que llamaban «La Escalerona», y que en lo alto mostraba un enorme termómetro que marcaba la temperatura del mar: 11 grados.

Al meter la mano en el bolso, notó con rabia que su cartera había desaparecido. Tras maldecir varias veces, cogió el teléfono para llamar a su madre, pero no logró encenderlo. Por supuesto, aquel día no se había guardado los veinte euros en el maldito calcetín; en el último momento, su decisión fue ponerse un vestido corto y unos pantis, y no le parecía muy razonable quedarse en bragas en mitad de la calle para sacar el dichoso billete. Ahora se veía sola, sin manera de avisar a nadie, con un largo camino por delante y con una indumentaria poco adecuada para recorrerlo. Le dio la razón a su madre en silencio y aceleró para llegar a casa lo antes posible y entrar en calor.

Paró al primer taxi que vio y cruzó los dedos para que el hombre quisiera llevarla y esperara en la calle a que le bajara el

dinero. Se equivocaba. El taxista, de unos treinta años, canas prematuras y profundas ojeras, se negó a llevarla en cuanto supo que no tenía con qué pagar, y nada de lo que ella dijese le haría cambiar de parecer.

—Le prometo que no miento: en cuanto llegue a casa, le bajo el dinero. No le puedo dar el carnet porque me han robado la cartera.

—Pues haber ido a la policía en lugar de parar un taxi. Lo siento, yo no te llevo.

—Venga, hombre, que hace malísimo. Y mi móvil está sin batería.

—Hueles a alcohol que apestas. Lo único que necesitaba hoy era esto, que suba una chica sin dinero, borracha y sin documentación. Solo faltaba que fueras menor de edad. —Paula disimuló una mueca—. Encima de que me estás haciendo perder el dinero por no llevar a otro cliente, me vas a traer problemas. Podrías vomitar también y así terminas de arreglarme la noche. Sal del taxi, por favor.

—No le voy a decir que no he bebido nada porque sería mentira, pero le prometo que le pagaré en cuanto lleguemos.

Sonó la radio del taxi y el conductor insistió a Paula que se bajara, tenía un cliente al que recoger y prefería el dinero seguro. Ella obedeció sin rechistar, para qué discutir más. Tras ajustarse un poco los zapatos, comenzó a caminar a buen paso, ya eran varias las gotas que se estrellaban en su pelo y la sensación de sentirse observada aumentaba a cada segundo. Maldijo la idea de volver bordeando el mar, que tan romántica le había parecido minutos antes y que al día siguiente le traería más de un problema.

Ya casi había llegado a la avenida de Castilla. Rodearía el parque de Isabel la Católica, uno de los pulmones de la ciudad, y llegaría a su casa en unos veinte minutos; se le estaba haciendo eterno. Se ajustó bien la capucha de la chaqueta y se felicitó por no haber hecho caso a sus amigas cuando le dijeron que la

chupa de cuero le quedaba mejor. Para entonces, ya estaría congelada. Con los zapatos y las medias poco podía hacer, el frío se le colaba por las piernas y notaba el culo helado. Apretó un poco el paso —todo lo que sus tacones le permitían— y se afanó en llegar a su destino lo más rápido posible, o al menos esa era su intención.

Se entretuvo un minuto en compadecerse de sí misma y ni siquiera se dio cuenta de que las cuatro gotas que se habían estrellado contra su pelo un rato antes ahora caían de manera continua y la estaban calando hasta los huesos. Para rematar la noche, unos metros por delante vio a una pandilla de chavales que parecían bastante bebidos, a tenor de los gritos y las tonterías que hacían. Quiso pasar deprisa frente a ellos, le daban mala espina. Pronto se arrepintió de no haber dado un rodeo.

—¡Hola, guapa!, ¿adónde vas con la que está cayendo? —preguntó uno de los chicos arrastrando bastante las eses, fruto, sin duda, del alcohol ingerido.

—Podemos ir contigo —añadió otro mientras el resto se reía a carcajadas.

Paula sintió un miedo atroz. En realidad, no parecían muy peligrosos, pero en las noticias había visto lo ocurrido con aquella chica a la que habían violado entre varios amigos de una misma pandilla y el terror se apoderaba de ella por segundos.

¿Por qué en aquel momento pensaba en aquella joven a la que no conocía, cuando una de sus mejores amigas había sido atacada muy cerca de allí? Sintió una pena inmensa al darse cuenta del porqué. Aquello que ella había considerado una amistad pura y sincera le había pasado a un segundo plano en muy poco tiempo, ya no era una prioridad en sus pensamientos. Por eso la noticia de una desconocida había acudido a ella en primer lugar.

Volvió a la realidad en la que aquellos chicos le ofrecían una «ayuda», que ni pensaba aceptar ni era ayuda en absoluto.

—No hace falta, gracias —musitó muy bajito.

—¡No te oigo! —se burló un tercer chico—. Toma mi chaqueta, que estás empapada.

—¿Eres gilipollas? —preguntó, con una carcajada, el primero de ellos, que parecía el más graciosillo de todos—. ¡Si la tuya está chorreando!

—Pablo se la quiere ligar —repuso otro, algo más alto que el resto y también el doble de desgarbado.

—¡Ja, ja, ja! Pues hoy no va a ser el día, con este frío no creo que saque al pajarito a cantar.

Las carcajadas de los chicos se sucedieron mientras bebían de un par de botellas que llevaban en una bolsa. Paula comenzó a correr subida a sus tacones y cruzó por el parque de Isabel la Católica, pese a que no entraba en sus planes ni era el camino más recto. Solo quería alejarse de aquella pandilla y ni siquiera pensaba con claridad.

Según se adentraba en los jardines, la sensación de que alguien la acechaba se volvía más real. Para añadir más leña al fuego, no todas las farolas funcionaban, y la luna tampoco ayudaba mucho, las sombras se apoderaban de la joven y le arrancaban de cuajo el sentido común.

Haciendo de tripas corazón, escudriñó la oscuridad para solo encontrar las siluetas de los árboles, arbustos, bancos… Ver tantas series de misterio le estaba pasando factura. Incluso le pareció sospechosa una pequeña ardilla que intentaba esquivar la lluvia con el mismo éxito que ella. Nada parecía fuera de lugar, no podía ver quién la observaba o si realmente alguien lo hacía. Por suerte, los chicos no la habían seguido. Uno de ellos, seguramente el que iba menos bebido, se había enfadado al ver el terror en sus ojos y les había obligado a dejarla en paz.

Paula frenó en seco al escuchar un ruido, ahora estaba segura de que no se encontraba sola en aquel parque. Un graznido la sobresaltó y provocó que el vello se le erizara bajo el anorak. Prefería la ardilla que había visto un par de minutos antes, al menos no era tan escandalosa.

La tenue luz de la luna, entre las densas nubes, solo acertaba a iluminar un poco el camino. Sentía la urgencia de llegar a casa, la sospecha de que algo le iba a ocurrir era por momentos más intensa. Por primera vez en su vida, se notaba a punto de sufrir un ataque de pánico. Reprimió un grito cuando vio la figura de un hombre que aparecía entre los arbustos trastabillando. La joven pensó que el corazón se le saldría por la boca y la abandonaría en aquel inhóspito lugar. Pero el hombre se marchó sin reparar en ella. Quizá se mostraba un poco paranoica aquella noche.

Por si acaso, comenzó a correr en cuanto calculó que la figura estaría lo suficientemente lejos para no alcanzarla si corría también. No miró atrás ni un instante, solo quería avanzar y llegar a casa. Por eso no pudo ver cómo alguien se acercaba cada vez más, hasta que sintió una mano en la boca y otra en la cintura, que tiraban con mucha fuerza de ella hacia atrás. Por más que intentaba zafarse de aquellos brazos, no cedían ni un ápice. El pánico se adueñó de Paula al pensar en lo que aquel individuo le haría si no conseguía soltarse, lo que no parecía muy probable, porque tenía bastante fuerza.

Con lágrimas en los ojos le prometió al universo que aquella sería la última vez que saldría de casa sin cargar el móvil, sin una batería de reserva o sin el maldito billete de veinte euros metido en el calcetín.

El universo respondió a su promesa con un enorme trueno que la estremeció hasta lo más profundo de su ser. Y fue entonces cuando supo que aquella noche una promesa quedaría sin cumplir.

Es perfecta. Recorro todos sus rincones en silencio, sin que ella se dé cuenta. Sus ojos son como dos profundas cuevas donde pasar las noches en vela. Los techos de sus cejas, arcos delineados con un compás. Y las pestañas, hilos de seda negra que se tuercen con rebeldía para proteger sus ojos negros. Pestañea y se para el tiempo.

Es perfecta. Por su nariz se desliza una gota de lluvia sin tropezar jamás, nada se lo impide. Va a parar a sus labios de melocotón, suaves, dulces, deliciosos… Y ella sonríe al sentir el cosquilleo del agua al pasar, con esa sonrisa que paraliza el mundo, un mundo hechizado por el brillo de su piel.

Es perfecta. La piel de mármol baja de la frente a los pies sin una sola mancha, sin cicatrices, virgen e inmaculada, una muñeca de porcelana hecha con maestría. Parece hija del mismo Sol, pero es la Luna quien, orgullosa, ha querido enseñarnos la belleza de su hija y la ha enviado a la Tierra para que la observemos, para que envidiemos cada centímetro de su piel suave, sin marcas.

Es perfecta… y la odio.

2

La luz al final del túnel

Cada paso parecía un esfuerzo irreal. Ni siquiera era consciente del estado en que se encontraba, solo sabía que debía caminar, que debía llegar a aquella luz cada vez más intensa. Quizá eso era morir. Siempre había oído aquello de **la luz al final del túnel**, la paz que se sentía al abandonar el cuerpo para pasar a un estado superior. En aquel instante no habría podido determinar si estaba viva o no, salvo por el dolor que le llegaba a cada paso, como si la piel le quemara sin tener ningún fuego cerca. ¿Qué le pasaba?, ¿por qué se afanaba en seguir si ni siquiera sabía dónde se encontraba ni qué le ocurría?

Apenas podía caminar. Sus piernas se movían por pequeños impulsos que la animaban a sobrevivir. Ella solo sabía que debía llegar hasta la luz y entonces todo estaría bien. Se empeñó en dar un paso de nuevo, otro después… Solo cuando llegó hasta aquel lugar y sintió abrirse la puerta, supo que quizá tendría una posibilidad. El personal de Urgencias la contempló con horror antes de reaccionar y acudir en su ayuda. En sus rostros solo pudo intuir que algo muy grave le había pasado, pese a que no entendía por qué la miraban como si se les hubiera aparecido un muerto viviente.

Fue en el momento en que sus piernas fallaron cuando aquellas personas vestidas de blanco corrieron para evitar que se estrellara contra el suelo. Escuchó mientras caía la voz llorosa de una muchacha que le pedía sin parar que aguantara un poco más…

3

Voluntad de hierro

Alicia miró con pena las dos galletas de avena sin azúcar y sin grasa que se deshacían en su café con leche de soja. Al menos había conseguido calentar su cuerpo, destemplado por la noche en vela. Para cenar (¿de verdad solo habían pasado cinco horas desde la cena?) se había preparado un sanísimo sándwich de pavo con lechuga y tomate, la opción ideal para no pasar hambre ni hartarse de porquerías, como era habitual en las guardias, sobre todo en fin de semana. Siempre que llegaba a casa con acidez de estómago por el menú del hospital, decidía que a la siguiente guardia llevaría su comida y esta sería lo más sana y digestiva posible. Según su criterio, cocinaban con demasiada grasa, por no hablar de la sal, que parecían medirla a cazos y no a cucharaditas; sin contar con los cacahuetes y el chocolate que se comía sin pensar de madrugada, más por hastío que por hambre. Era la segunda noche de aquel mes que llevaba a cabo su plan y admitía que la guardia anterior su estómago no había sentido molestia alguna, con lo cual había acertado en sus pesquisas. Aunque también era cierto que pasar la noche sin dormir, y comiendo así, le había resultado muy duro, sobre todo cada vez que le llegaba el aroma del bocadillo de Izan, otro de los residentes a los que le tocaba guardia aquel día en el servicio de Urgencias. Y es que había visitado a sus abuelos «en el pueblo» y volvía cargado de manjares que hicieron sufrir a la joven residente más de lo necesario.

—Te podías haber traído un bocadillo de jamón, Izan —le recriminó.

—¿Por qué? A mí me apetecía de chorizo. Es del pueblo, ¿sabes?

—¡Claro que lo sé! —protestó malhumorada—. Y por eso te lo digo. Me voy a ahogar en mi propia saliva.

—Si quieres, te doy la mitad.

—No, claro que no —respondió Alicia con los ojos en blanco —. Ya tengo mi sándwich.

—Yo no tengo la culpa de que hayas decidido darte a la vida *fitness* justo en las guardias. Con el hambre que da pasar aquí la noche…

No quiso contradecir a su compañero porque, en primer lugar, no le faltaba razón. Solo intentó no volver a pensar en más comida y en zamparse el tentempié lo más deprisa que pudiera y, a ser posible, sin respirar, para que el chorizo del bocadillo de su compañero no le boicoteara el plan. Parecía haber pasado una eternidad desde entonces. Miró la hora en su reloj: las seis. Aquello parecía no acabar nunca.

Volvió a su desayuno y miró a su alrededor. La mayor parte de las camas permanecían vacías tras haber conseguido dar el alta a casi todos los pacientes e ingresar a los más graves. Los pocos que permanecían en Urgencias esperaban los resultados de unas pruebas que aún tardarían en llegar.

En uno de los boxes se veía algo más de movimiento por un anciano al que acababan de llevar con un fuerte dolor abdominal. Un sonido en su teléfono la alertó de que tenía un mensaje. ¿Ya? Era de su amigo Lucas, que entraba de guardia cuando ella salía y le pedía que desayunara con él.

«Llegas tarde, pequeño», pensó con fastidio. Fijo que Lucas desayunaría en condiciones, y empezar la mañana salivando no era uno de sus planes para un sábado. Se apresuró a contestar con una disculpa; aún no tenía muy claro si «redesayunaría»; tampoco se caracterizaba por tener una voluntad de hierro:

Ya veremos, que la guardia no ha sido muy buena. No te prometo que no salga

corriendo en cuanto te vea llegar

Eh!, que no soy tan feo!

Te dejo, que tengo pacientes esperando

Aunque Gijón no podía considerarse una ciudad grande ni masificada, la percepción cambiaba cuando le tocaba hacer una guardia un viernes cualquiera en Urgencias del Hospital Universitario de Cabueñes, el más grande de la ciudad y, por ende, el de más ajetreo. A la joven residente le parecía increíble que tanta gente necesitara un médico en un día. Aquella jornada habían atendido numerosas intoxicaciones etílicas (muchas de adolescentes, por desgracia), dolores de abdomen y de cabeza de aparición repentina o de días de evolución, varios accidentes de bici, coche y moto (no demasiado graves, por suerte), numerosas peleas y decenas de cuadros febriles de etiología desconocida (o como decía antes de estudiar Medicina: «¿De dónde coño vendrá esta fiebre?»). En definitiva, una guardia horrible. Exactamente lo contrario de lo que pensaba Óscar, el experimentado enfermero con el que había coincidido ya tantas veces y que catalogó la noche de «tranquila para ser viernes».

—Ya, Óscar, pero tú llevas toda la vida en Urgencias. A mí que me vomiten dos pacientes encima, que otro se arranque una vía y me salpique de sangre la cara, que una anciana con demencia me clave las uñas en el brazo y que me toque explorar a todos los borrachos de Gijón por ser la más nueva…, en fin…

—¡Ja, ja, ja! No te falta razón —convino, divertido, el enfermero—. La verdad es que los novatos os lleváis lo peor. De todos modos, ya te digo que no ha sido mala guardia. Los viernes suele haber muchísimo más.

—¡Joder con la guardia tranquila! —masculló ella mientras degustaba su segunda galleta o lo que quedaba de ella antes de que se deshiciera en el café y eliminara de su mente la imagen de una sabrosa napolitana de chocolate, lo que no le sirvió de

nada porque Izan se hallaba a su lado mojando un enorme trozo de magdalena en su cacao. ¡Maldito Izan! ¡No engordaba nunca!

—¡No queda nada, Alicia! Ya son las seis. A las diez, a casa a dormir. Estás hoy un poco negativa —quiso animarla el joven residente.

—Ya sabes que esto no es lo mío —le recordó ella—. Elegí ser radióloga precisamente para evitar el trato directo con el paciente.

—Siendo radióloga también vas a estar con ellos —comentó Izan sin terminar de entender a su compañera.

—No tanto. Estaré más tiempo delante de un ordenador informando pruebas. Os dejo lo de explorar a los pacientes a vosotros con mucho gusto.

—Vas a ser una gran radióloga —le aseguró él—, porque, aunque lo del trato directo con el paciente no es lo tuyo, según dices, también sabes escuchar con atención y los tratas con cariño cuando se dirigen a ti en busca de respuestas o de consuelo.

—No te me pongas ñoño, Izan, que no son horas ni voy a cambiar de opinión.

—Bueno, por Urgencias pasamos todos. Y a ti ya no te queda nada. En cuanto estés en segundo, se acabó.

—Muchas gracias por animarme. ¿Eso es porque me aprecias? —le preguntó ella con cara de cordero degollado.

—Claro que te aprecio, ¿a qué viene esa tontería?

—Entonces ¿me harías un favor si te lo pidiera?

—¡Por supuesto! ¿Qué necesitas? —dijo con preocupación.

—¿Podrías coger tú al paciente del box cuatro?

—Ya…, ¿el que tiene toda la pinta de tener un fecaloma, quieres decir? ¡Ja, ja, ja! ¡Joder, qué morro! —se rio él.

—Porfa…

—Está bien, pero tendrás que prometerme que te harás cargo tú de lo siguiente que llegue, SEA LO QUE SEA, ¿de acuerdo?

—¡Hecho!

Alicia pensó, por un segundo, que quizá el siguiente paciente presentara algo peor que una enorme bola de caca que le obstruyera el intestino y que hubiera que sacar. Como eso lo dudaba bastante, accedió al trato de buena gana.

Mientras veía a Izan acercarse al anciano, apuró el café con dos sorbos, se colocó de nuevo la mascarilla y pensó en la suerte que había tenido aquella noche con sus compañeros; podría haber sido mucho peor para ser viernes.

4

Suero salino y gasas

Un grito procedente de la entrada llamó su atención. No pasó más de un segundo antes de que la alarma que alertaba de que un paciente llegaba en muy mal estado al hospital comenzara a sonar haciendo que todo el mundo se pusiera en marcha. De inmediato corrió junto a varios compañeros para comprobar qué armaba tanto revuelo, temiendo que quizá su trato con Izan no había sido tan bueno como pensaba. Varios enfermeros y auxiliares se movían nerviosos en busca de material, un celador corría con la cara desencajada a por una camilla y una chica muy joven, con el pelo recogido en una trenza y que calzaba unos zuecos de colores, sujetaba lo que parecía el cuerpo de una persona. Una enfermera permanecía con la mirada fija en la entrada y las manos sobre la cara. El hecho de que todo el personal llevara mascarilla ocultaba parte de la mueca de horror que los ojos no podían esconder. Alicia, petrificada ante aquella visión, ni siquiera podía saber si la figura que permanecía allí desnuda y cubierta de sangre de la cabeza a los pies era en realidad una persona o se trataba de una broma macabra.

La joven residente permanecía paralizada ante aquella visión en la puerta de Urgencias. Sus piernas se negaban a reaccionar, se pegaban al suelo como si pesaran toneladas. Pese a que su cerebro se esforzaba en pedirles que caminaran, eran incapaces de cumplir la orden que la llevaría junto a aquel amasijo de sangre que parecía una persona y que permanecía en la puerta a la espera de recibir ayuda. Alguien puso en sus manos una bata desechable y unos guantes, no pudo precisar quién. El rastro de

sangre continuaba hasta la acera y daba una idea de la magnitud de lo que sus ojos aún no acertaban a comprender.

—Es solo una cría —dijo una voz a su derecha.

—¿Cómo… cómo lo sabes? —preguntó ella con el ceño fruncido—. Por la forma del cuerpo y el pecho, a mí también me parece que es una mujer, aunque no sería capaz de precisar la edad ahora mismo.

—Bueno…, tiene el pelo largo y no parece teñido para cubrir canas, aunque con toda esa sangre…, ¿quién sabe? Y la manicura es la típica que se hacen las adolescentes.

—Ya…, quizá tengas razón —afirmó Alicia mientras empezaba a caminar, por fin, hacia la joven.

Durante un segundo maldijo su suerte. Si se hubiera quedado con el paciente del fecaloma… Desterró aquel pensamiento de su cabeza, solo debía preocuparse de lo que le había ocurrido a aquella chica y hacer lo imposible para cuidar de ella. Se enfundó los guantes y dio un respingo al comprobar que la decoración de sus uñas era muy parecida a la que lucía la paciente. Se obligó a reaccionar, cualquier minuto podía ser crucial.

Tras ajustarse los guantes, se apresuró a ayudar a la muchacha a tumbarse en la camilla que el celador ya había llevado hasta la puerta. La taparon con sábanas limpias, que se tiñeron de sangre en pocos segundos.

—¿Qué… es esto? —preguntó uno de los celadores más veteranos del hospital—. ¡Joder!, ¡en mi vida había visto algo así!

—No sé de dónde viene toda esta sangre —confesó Alicia a la vez que daba órdenes a sus enfermeros de administrar oxígeno a la chica, de tomarle las constantes vitales y de hacerle una analítica.

—No sé cómo vamos a hacer todo eso, doctora Prieto —protestó Óscar al ver que la piel de la joven estaba completamente empapada.

—Llama a Izan —le pidió apurada—, está en el box cuatro con el paciente del fecaloma.

—¿Ese no te tocaba a ti?

—Sí, y no volveré a cambiar un caso por otro en mi vida. Ahora dile que venga, que no puedo sola con esto.

—¿Y no deberíamos llamar también a la doctora Llanera? —le preguntó él, sobre todo para que le quedara claro que debía avisar a su médico adjunto; aquel caso era demasiado difícil para un residente de primer año.

—Eh…, sí, creo que será lo mejor. Gracias, Óscar. Mientras tanto, vamos a intentar limpiar un poco la sangre para canalizarle una vía y administrarle algún tranquilizante, está muy agitada.

Una de las enfermeras empapó una gasa con una solución desinfectante para la piel y la aplicó en la flexura del brazo. El grito que surgió de la garganta de la chica les heló la sangre. Intentaban ayudarla y le habían producido, sin duda, más dolor.

—¡Quietos! —rugió la voz de la doctora Llanera—. Es un sangrado en sábana, no sabemos qué hay debajo. Lo seguro es que tiene heridas, abrasiones o quemaduras bajo esa sangre y cualquier solución que le apliquemos le provocará un gran dolor.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Alicia, aterrada.

—Guantes estériles del seis y medio, **suero salino y gasas** —pidió la doctora con resolución.

Quizá tampoco tuviera muy claro qué hacer, pero lo disimulaba mucho mejor que el resto. Se colocó los guantes y procedió a limpiar la mano para canalizar la vía.

—¿Y esas rayas? —preguntó Óscar al ver la mano—. ¡Joder!, ¡si son cortes!

—¿Cómo van a ser cortes? ¿Quieres decir que le han realizado cortes por todo el cuerpo? Es que no hay un solo centímetro de su piel que no sangre, no me lo puedo creer. ¿No puede haber sido un accidente? —Alicia, horrorizada, no se creía ni por

asomo lo que acababa de decir—. ¿Sabemos algo de la chica? ¿Hemos encontrado su ropa o su cartera?

—Nada —respondió un celador—. He seguido el rastro de sangre, se pierde unos metros más allá de la entrada. Se lo he dicho a los guardias de seguridad para que busquen por los alrededores.

Mientras se centraban en cortar la hemorragia que la joven presentaba por todo el cuerpo, Alicia sentía un sudor frío bajo la bata y los dedos entumecidos de la tensión. Solo de pensar en el sufrimiento al que la habían sometido se le helaba la sangre y se convencía aún más de que Urgencias no era lo suyo y de que había elegido la especialidad correcta. Aquello era demasiado para alguien a quien le aterraba el trato directo con el paciente.

5

¿Alguien sabe qué hacer?

La actividad en la sala de curas era frenética, como si fueran las tres de la tarde de un día cualquiera, no las siete de la mañana. Todo el personal se esforzaba en encontrar una solución para que la hemorragia de la chica remitiera de alguna manera. Y todos se frustraban cada vez que una de las heridas volvía a sangrar.

—Soy la doctora Llanera —se dirigió la mujer a la chica—. Estás en el Hospital de Cabueñes. ¿Puedes hablar?, ¿puedes decirnos qué te ha pasado?

—Las pupilas son reactivas y el pulso y la saturación son débiles. No sé si será fiable porque el sensor se le resbala del dedo todo el rato por culpa de la sangre —explicó la residente, muy alterada.

—¿Me estás diciendo que también tiene heridas en los dedos?

—Tiene heridas incluso en los genitales —respondió la enfermera de la trenza, con la cara desencajada.

—¿Qué podemos hacer para que, al menos, deje de sangrar por una zona donde le podamos canalizar una vía decente? —preguntó Llanera intentando ser práctica—. La que consiguió Óscar para la analítica duró puesta menos de dos minutos.

—Es horrible, sangra sin parar y no podemos colocarle ni siquiera un simple esparadrapo, todo se le resbala —le explicó el enfermero.

—¡Vaya! —exclamó la doctora—. Vamos a administrarle un analgésico mientras decidimos qué hacer. Cualquier procedimiento que elijamos va a resultarle muy doloroso. Ponle

cloruro mórfico, Óscar, dos miligramos.

—Subcutáneo, supongo.

—Sí, mientras solucionamos lo de la vía. Si no le baja el dolor, le ponemos un poco más.

—Había pensado fijársela, cuando la canalicemos, con un apósito distinto; hay un espray que podría servir, al secarse queda como si fuera una película protectora. No tengo muy claro que funcione, solo si conseguimos mantener seca la zona unos segundos, quizá podamos aplicárselo para que mantenga la vía en su sitio —propuso el enfermero.

—¿Y cómo hacemos eso? —quiso saber Alicia.

—Ni idea —contestó abatido—, no sé cómo podríamos mantener seca la piel, no deja de sangrar.

—¿Y si probamos con blastoestimulina? —sugirió Izan, quien se había incorporado al caso sin que Alicia se percatara de ello.

—La blastoestimulina ayuda a cicatrizar, dudo mucho que ayude en este caso a cauterizar las heridas —dijo la doctora Llanera, mucho más veterana que el resto—. ¿Y tú de dónde coño sales? Tendrías que haber estado aquí con Alicia —le recriminó al residente.

—Estaba atendiendo a un anciano con un fecaloma —protestó él sin mencionar que el caso era de su compañera—. Me acaban de avisar y he venido a toda prisa.

—Si no podemos usar el apósito que dice Óscar, ni la blastoestimulina... **¿ALGUIEN SABE QUÉ HACER?** —preguntó la doctora Llanera, desesperada al ver que la chica cada vez perdía más sangre.

—¿Y si intentamos cauterizar alguna herida con Spongostan? —propuso Alicia.

—No lo veo, doctora —respondió el enfermero con cara de incredulidad tras sopesar la solución que ofrecía la residente—. Sería como alicatar un baño con esponjitas.

—Ya, Óscar, no me refería a usarlas en todo el cuerpo, ya sé que son esponjas pequeñas que se usan para hemorragias nasales

y demás. Yo pensaba en usarlas en la flexura del brazo para poder canalizar la dichosa vía y empezar a darle la medicación que necesita.

—Puedo intentar poner un vendaje compresivo a ver si deja de sangrar lo suficiente.

—Hazlo —le pidió la doctora Llanera—. Esto va a ser un trabajo de locos.

—Trabajo de locos, el que haya hecho esto con la chica —se enfadó Óscar.

—Haremos también compresión en alguna zona donde pueda ir una vía central.

—¿Dónde, doctora? ¿En el cuello?

—La verdad, ni idea, igual en la ingle.

—Si le parece, comprimimos a la vez en el brazo y en la pierna y decidimos cuando se vea dónde deja de sangrar antes —propuso el experimentado enfermero.

—Me parece perfecto, Óscar, a ver si conseguimos una zona más o menos decente para trabajar con ella —zanjó la doctora sin dejar de examinar a la chica.

Mientras los médicos luchaban por encontrar un punto para canalizar una vía venosa y proceder a estabilizar a la paciente, dos enfermeros se afanaban en limpiar con suero, gasas e infinita paciencia su cuerpo desnudo, encontrando cientos de minúsculos cortes producidos por algo muy afilado y muy fino. A cada segundo, el horror los invadía al pensar en qué clase de tarado habría sido capaz de hacer algo así. La chica, adormecida por los fármacos que le acababan de administrar, parecía sufrir incluso en sueños.

—Diría que son cortes hechos con un cúter —soltó Alicia, horrorizada.

—La han torturado —añadió Izan—, no entiendo nada.

—Espero que sobreviva y que pueda contarnos qué le ha ocurrido —añadió la joven residente, con pocas esperanzas.

—Eso, si alguna vez vuelve a hablar. Esta tarde me corté en un

dedo con un folio, que es la mayor tontería del mundo, y me he pasado el resto del turno pensando en lo que me escocía la puñetera herida —reflexionó Izan en voz alta—. Solo de pensar en miles de cortes de mierda en mi cuerpo, me dan escalofríos.

—Hay que llamar a la policía —zanjó la doctora Llanera.

Óscar puso los ojos en blanco, odiaba los «hay que», que en realidad no eran más que órdenes indirectas, porque, desde luego, ella no iba a llamar. Aun así, no era el momento de enfadarse por ese detalle, lo guardaría para otra ocasión. El enfermero se quitó los guantes y procedió a llamar a la policía, pese a que no era su labor en absoluto. Al darse cuenta, Alicia fue hacia él y, tras darle las gracias, procedió a realizar la llamada que había pedido su superior, y, ya que estaba, avisaría también al jefe de la guardia, que aún no se había enterado de lo ocurrido y debía pasar por allí antes de que los agentes comenzaran con su ronda de preguntas.

Quizá Alicia sí tenía razón y la guardia no había sido «tan buena para ser viernes…».

6

Algo no me cuadra

Tras una hora intentando controlar la hemorragia de la chica, a la doctora Llanera se la veía cada vez más perpleja; muchos de los cortes ya deberían haberse secado por sí solos y aquello no parecía que fuera a suceder. Alicia permanecía a su lado como un pollo sin cabeza. Daba las gracias en silencio de que la doctora estuviera allí, porque ella no habría podido tratar algo tan grave siendo residente de primer año.

—¡Dios mío! —exclamó una voz desde la entrada—, ¿qué es esto?

—¡Lucas! ¿Qué haces tú aquí? No entras hasta las diez —se extrañó Izan.

—Lo sé, es que quería comentar unos casos con la doctora Prieto —mintió él— y he decidido venir un poco antes. Además, ahora no llueve.

—Pues nos vienes al pelo, porque no nos hacemos con esta chica —le explicó la doctora Llanera.

—¿Qué le ha ocurrido? En mi vida había visto algo como esto —aseguró mientras se colocaba una bata gruesa; aún no le había dado tiempo a cambiarse de ropa y se mancharía de sangre sin remedio.

—Presenta un sangrado en sábana —le explicó Alicia, algo nerviosa, no sabía si por haberse dado cuenta de que el residente había mentido en la razón de ir tan temprano, por saber que era por ella o por el caso que tenía entre manos—. Llevamos al menos una hora intentando parar la hemorragia. Es horrible, está cada vez más débil.

—Esperad un momento —dijo la doctora Llanera dirigiéndose al personal de apoyo; algunas caras se giraron hacia ella, otras no apartaron la vista de la muchacha—. ¡Os he dicho que paréis! —insistió. Alicia la miró perpleja, parecía haber descubierto algo importante—. No conseguimos que deje de sangrar, **algo no me cuadra**. ¿Nos ha llegado la analítica? Quizá sea hemofílica.

—Aún no, ¿quiere que llame al laboratorio?, ¿ocurre algo? —se ofreció Óscar.

—Esta chica no coagula como debe —intervino Alicia—. También es posible que alguien le haya administrado algo para que sangre sin parar. Bueno…, no sé.

—¡Entonces se desangrará hagamos lo que hagamos! —se agobió Lucas.

—No, si comprobamos que la doctora Prieto está en lo cierto y le inyectamos un coagulante a tiempo —les aseguró la doctora Llanera—. Buena observación.

Óscar corrió al teléfono y llamó al laboratorio para corroborar la información que le podía salvar la vida a la joven. Todos permanecían expectantes mientras miraban la cara del enfermero, como si pudieran adivinar su respuesta con solo observar sus gestos. Tan solo unos segundos después, se unía a sus compañeros y les explicaba que, tal como la residente sospechaba, la sangre de la chica presentaba una alteración significativa en uno de los valores de la coagulación.

—¿Tiene alterado el INR? —se extrañó la residente—. Pero… eso suele ocurrir en pacientes que toman Sintrom, ¿no?

—Normalmente sí, y con algunos otros anticoagulantes también puede ocurrir. Es muy raro, esta chica no debería tener un valor así de alterado a no ser que tome Sintrom. Quizá tenga alguna patología cardiaca que no conozcamos. En todo caso, hay que actuar ya para que deje de sangrar o la perderemos.

De pronto, la sala de curas se convirtió en un hormiguero en el que todos sabían lo debían hacer y se movían sin que nadie

les diera indicaciones. La enfermera de la trenza le cambiaba el suero salino por vitamina K, un medicamento que contrarrestaría los efectos del fármaco que le habían administrado y que haría que la sangre de la muchacha se coagulara como era debido; el resto de los enfermeros y auxiliares comprimían con gasas algunas partes de su cuerpo para comprobar que, efectivamente, sus heridas comenzaban a secarse, aunque fuera a cámara lenta; un celador ayudaba a mover a la chica hacia los lados para que sus compañeros la limpiaran, y los médicos evaluaban su estado a cada minuto para confirmar que la medicación hacía su efecto. Así, las posibilidades de sobrevivir de la joven aumentaban de manera lenta y constante.

—Creo que funciona —dijo Alicia tras observar que algunos de los cortes recién limpiados dejaban de sangrar.

—De todos modos, ha perdido mucha sangre —zanjó la doctora adjunta—. Hay que ingresarla, administrar plasma y pedir una interconsulta.

Óscar puso los ojos en blanco al oír de nuevo lo que él llamaba «los hay que»: «hay que ingresar a la paciente…», «hay que coger una vía…», «hay que llamar a los celadores…», «hay que pedir material…». Con lo sencillo que era dar órdenes concretas.

—¿A quién? —preguntó Lucas, perplejo—. Quiero decir, que no estoy seguro de con quién debemos hablar. ¿Con los internistas, los hematólogos, los cirujanos vasculares?

—Ya, ya te entiendo, yo tampoco estoy segura. Vamos a hablar con la UCI. Quizá requiera cuidados intensivos un par de días, y desde allí que le pidan las pruebas que necesiten para ver qué órganos han sufrido más.

—Yo los llamo —se ofreció Alicia, que necesitaba sentirse útil cuanto antes.

Fuera ni siquiera la lluvia era capaz de borrar el rastro de sangre dejado por la chica al entrar en Urgencias.

7

Resplandor azul

Alicia daba vueltas en la cama sin parar. No había sido capaz de conciliar el sueño y la guardia le pasaba factura. Sentía los pies helados y las imágenes de la muchacha ensangrentada no le permitían desconectar. Se había marchado del hospital casi a las once de la mañana, dejando a Lucas al cargo de la paciente.

Hacia las dos de la tarde, y sin dormir, se levantó y fue a correr cerca de la playa. La lluvia había dado una tregua aquella mañana gris y ella lo aprovechó antes de que el cielo volviera a descargarse, las nubes amenazaban con una jornada pasada por agua tan intensa como la anterior. Sí que sentía cómo el viento le cortaba la cara sin miramientos, la temperatura era mucho más fría de la habitual en aquella ciudad. La culpa la tenía aquel frente frío del norte (o eso decían en internet).

Ni siquiera tras cinco kilómetros podía dejar de pensar en lo mismo. No entendía cómo un ser humano era capaz de hacer algo tan cruel. También se regañaba a sí misma porque le había afectado mucho más de lo debido. Necesitaba formarse una coraza para hacer aquel trabajo; si no, jamás podría ser una buena profesional.

Pasó la tarde con unos amigos pese a que no le apetecía nada salir, solo dormir y llorar, aunque era consciente de lo bien que le vendría airearse. Cuando volvió a su casa, a eso de las doce de la noche, se dio cuenta de que aquel día estaba perdido, porque ni siquiera había disfrutado de la velada, ni se había entretenido lo suficiente para dejar de pensar.

Eligió una película en la televisión para que disipara de sus

retinas la imagen de la muchacha ensangrentada en la camilla del hospital. De pronto fue consciente de su teléfono móvil encima de la mesa, no lo había mirado en toda la tarde. Varios mensajes esperaban a ser leídos; entre ellos, algunos de Lucas.

Alicia, la chica en UCI: estable

Qué tal estás? Has podido dormir?

Al final no desayunamos

Le respondió con un escueto «Perdona, Lucas, ha sido un día de locos, estoy agotada, mañana te llamo» y se metió en la cama. Cayó de inmediato en un sueño ligero lleno de sangre, muerte y dolor. Ya de madrugada, se levantó, harta de sudar y sufrir, y cogió un libro, del que leyó más de la mitad antes de volver a caer en un duermevela que no le servía ni siquiera para descansar las piernas, mucho menos la cabeza.

Por la mañana temprano, se acercó al hospital a comprobar el estado de la joven; necesitaba saber que seguía con vida. Cada vez se sentía más convencida de que había hecho lo correcto eligiendo Radiología como especialidad. Su abuelo siempre se lo decía: «Tienes demasiada empatía, hija. No puedes acabar con todo el dolor del mundo. Vas a sufrir mucho». Por eso decidió estudiar Medicina y escogió una rama que le permitiría separar un poco sus sentimientos del trabajo.

De pie junto a la cama de la chica, vio que las heridas aparecían secas y limpias. Emitían un **resplandor azul** debido al líquido con que las habían limpiado para que no se infectaran. Rápidamente le acudió a la mente la película *Avatar*, aquella en la que salían unos seres de apariencia similar a la humana y de ese mismo color. La piel parecía estar apergaminada por la cantidad de cortes, y Alicia pensó en qué aspecto tendría la chica cuando le dieran el alta. Quizá nunca lo superaría.

—Horrible, ¿no? —preguntó una voz a su derecha. Antes de volver la cabeza reconoció a Juan Andrés Bono, uno de los residentes con los que había coincidido en las guardias.

—No me puedo ni imaginar lo que ha sufrido —respondió ella con pena.

—La ingresaron ayer por la mañana.

—Lo sé, yo estaba de guardia en Urgencias cuando llegó.

—¡No jodas! —exclamó él con los ojos como platos—. Dicen que era como si la hubieran bañado en sangre.

—Exacto —confirmó Alicia—. Apareció en la puerta de Urgencias completamente desnuda y con un sangrado en sábana que la cubría por completo. Al principio no sabíamos de dónde salía toda aquella sangre. Fue horrible.

—Menos mal que descubristeis lo del anticoagulante.

—Madre mía…, las noticias vuelan. Aunque solo pudimos comprobar que presentaba un valor anormal de INR, no sabemos si toma Sintrom, si es hemofílica o le inyectaron heparina; estábamos muy perdidos.

—Hemofílica no es, y el Sintrom… Se llevaron una muestra a un laboratorio de la policía para buscar la sustancia que le provocaba el sangrado; en una analítica normal es imposible saberlo. Y en cuanto a que las noticias vuelan…, a ver, Alicia, esto es Gijón, jamás habíamos tenido un caso como este. Es normal que se hable de ello.

—Supongo —coincidió la joven—. ¿Cómo se encuentra?

—Estable, que no es poco dada la cantidad de sangre que perdió —respondió Juan Andrés—. Le han hecho una TC toracoabdominal hace un rato y, aunque estamos a la espera de los resultados, parece que no hay grandes daños en los órganos principales.

—¿Y también le han hecho una cerebral?

—Sí, se la hicieron ayer y tampoco hay nada anormal, le hemos pedido una de control a las cuarenta y ocho horas.

—Eso es bueno. Además, veo que no necesita respirador.

—Por ahora respira ella sola y tiene buena saturación. Vamos a ser optimistas.

—¿Ha estado dormida todo el tiempo?

—Bueno, en realidad la mantenemos con una sedación ligera por ahora, para que descanse, aunque me parece que se la vamos a retirar en breve.

—Sí, puede que sea lo mejor. ¿Y se sabe ya quién es?

—Creo que no. La policía estuvo por aquí. Nos dijeron que el viernes por la noche desapareció una chica cerca de un parque de Gijón. En cuanto sepan si es ella, tendremos el nombre.

—Gracias por contármelo, sé que no tienes por qué hacerlo.

—A ver, Alicia, se te ve bastante afectada y supongo que querrás hacerle un seguimiento a tu paciente. No te preocupes; si tu intención no fuera profesional, no te podría contar nada.

—Lo sé y te lo agradezco de veras —se despidió ella.

De repente, y tras casi dos días sin dormir, sentía un sueño horrible.

8

Carrie

El inspector Jorge Cantero intentaba ordenar los datos recopilados sobre la chica del hospital. En la mesa tenía una foto que los médicos le habían tomado a su llegada a Urgencias. Dio gracias en silencio de que alguien hubiera tenido la lucidez de pensar que quizá la policía necesitaría pruebas de lo ocurrido. O quizá quien le hizo las fotos solo tenía intención de enseñarlas entre sus colegas y después lo había pensado mejor. Fuera como fuese, ahora él se hacía una idea del aspecto de la joven al llegar. Enseguida le vino a la mente la imagen de aquella chica de la película. ¿Cómo se llamaba? ¿Carlie? ¿Camila? No era capaz de recordarla. Lo que sí sabía era que la película estaba basada en un libro de Stephen King y protagonizada por una jovencísima Sissy Spacek.

Junto a la foto, otra imagen de la paciente en la UCI, con la mayor parte de los cortes en proceso de curación y ese tono azulado producto del líquido que se ocupaba de mantener limpias las heridas. Echó la mano hacia delante como si tuviera allí el cenicero con un cigarro a medias. Le costó unos segundos recordar que, aparte de estar en la comisaría, donde estaba prohibido fumar, lo había dejado hacía ya más de seis meses. Maldijo en voz baja y sacó un chicle de nicotina del bolsillo interior de su chaqueta.

—***Carrie*** —dijo de pronto el subinspector Diego Suárez.

—¿Cómo? —se extrañó él.

—Veo que estás intentando recordar el título de la película. Te

ha venido a la mente en cuanto has visto la foto. Era *Carrie*.

—Tienes razón, estaba a punto de mirarlo en Google —confesó mientras volvía a las fotografías y las miraba con detenimiento.

—Jefe —llamó su atención el joven subinspector—. Tienes que ver esto, es una foto de la chica que desapareció el viernes por la noche.

—No te preocupes, no es ella —respondió Cantero sin levantar la vista de su escritorio.

—¡Si ni siquiera la has mirado!

—¿A qué hora desapareció?

—Nadie sabe nada de ella desde la una de la madrugada, más o menos.

—Es imposible que alguien la secuestrara, le administrara la droga esa que sospechan los médicos, el Sintrom, que le haya cortado la piel mil veces y que a las seis de la mañana la haya dejado en la puerta del hospital. O tenemos al sádico hijo de puta más rápido del planeta, o es otra chica.

—Pudieron ser varios —replicó Suárez—. Y, por cierto, el Sintrom no es una droga, es un medicamento que se usa para que la sangre sea más líquida y no se generen trombos. Lo usa mi padre.

—Vamos por partes: lo de que fueran varios, no me lo creo —zanjó su superior; el joven no quiso añadir nada, pese a que la teoría le parecía plausible—. Y en cuanto a lo del Sintrom, gracias por la información. Como suele decirse, «no te acostarás sin saber algo más».

—Jefe, pareces el refranero español hecho persona —dijo Suárez mientras ponía los ojos en blanco aprovechando que el inspector no miraba.

—Los jóvenes de ahora no sabéis nada de cultura popular —protestó Cantero.

—Para empezar, no me llevas tantos años, ¿no? Yo tengo veintinueve y tú…, no sé…, ¿sesenta?

—Muy gracioso. Cumplí cuarenta y cuatro en agosto.

—Es broma, no aparentas más de cuarenta y tres.

—Lo dicho, muy gracioso.

—Yo, de refranes, ni idea, es verdad —se mostró de acuerdo el subinspector—, pero me da que voy a aprender muchos mientras trabaje contigo.

—Si escuchas a tu superior, es muy probable. Bueno, no sé, los jóvenes de tu edad tampoco es que escuchéis mucho.

—Ya estamos…

—Por cierto, Suárez, la paciente sigue sedada. No ha dicho una palabra desde que llegó al hospital. Mucho me temo que hay que ampliar la búsqueda de chicas desaparecidas a unos cuantos días más. Y espero que con eso sea suficiente.

—¿Unos días? ¿En serio?

—Lo que le han hecho es una tortura, quizá una venganza, y dudo mucho que haya sido fruto de alguien que ha decidido atacar a una chavala una noche de fiesta. Es un acto premeditado y metódico: todos los cortes son prácticamente iguales. Me apostaría el cuello a que están hechos con un cúter.

—Entonces ¿qué quieres que busque exactamente?, ¿chicas desaparecidas en Gijón en la última semana, por ejemplo?

—Mejor en el último mes, no te escaquees. Si no encontramos nada, ampliaremos la búsqueda a toda Asturias y a los últimos tres meses. Y si tampoco eso funciona, seguiremos ampliando.

—Voy —dijo el entusiasta policía a la vez que cruzaba los dedos para dar con la chica a la primera; quería pasar a la acción, no enterrarse en papeles.

El inspector volvió a sus pruebas. Solo contaba con las fotos y los informes que el hospital le había proporcionado. Las huellas de sangre se perdían a pocos metros de la entrada a Urgencias; en un principio se pensó que por la lluvia, ya que el túnel en el que se hallaba la puerta se encontraba a cubierto y eso muy bien podría haber preservado la zona. Más tarde, los dos técnicos de la Policía Científica que se habían trasladado a recopilar pruebas

precisaron que no había llovido tanto a partir de esa hora como para borrar todo el rastro, y que a la entrada del túnel se concentraba más sangre de la chica que la dejada con sus pisadas. Recogieron y fotografiaron todo lo que encontraron alrededor para comenzar con el análisis cuanto antes. Sin embargo, no bastaba ni para empezar a investigar. Era el momento de darse un paseo por la zona y buscar algo que hacer.

9

Sé quién es

Alicia se levantó de mala gana a apagar el teléfono. Era la tercera vez que la despertaban, justo ahora que el sueño por fin quería hacer acto de presencia. Vio que era Lucas quien llamaba y colgó sin miramientos. Antes de pulsar el botón, se fijó en que tenía varios wasaps sin leer. Volvió a la cama y se afanó en buscar de nuevo la cómoda postura de unos segundos antes, sabiendo que, de lo contrario, le dolería el cuello al levantarse. Intentó dejar la mente en blanco, pero la imagen de los wasaps sin abrir se le colaba una y otra vez. Pensó que estaba enferma por levantarse a encender de nuevo el dichoso aparato, quizá tenía más dependencia del móvil de la que quería admitir. Y, tal como pensaba, la mayor parte de los mensajes eran del residente; quizá quería decirle algo importante sobre la chica.

Maldijo en voz alta cuando se golpeó el dedo meñique con la cómoda al pasar. Con la de dedos rotos que llegaban a Urgencias por el mismo motivo y la de veces que pensaba que no se podía ser tan torpe.

Llámame cuando puedas, Ali

Ya estás despierta?, podemos hablar?

Alicia!

Hola?

Te he llamado tres veces, pero no me lo coges. Es importante!

Tengo que ir a la policía y no quiero ir solo. Alicia!

La joven releía los mensajes algo perpleja. ¿A la policía?, ¿es que sabía algo sobre la chica?, ¿o quizá había ocurrido algo después? Se apresuró a llamar a su compañero, quien descolgó al primer tono; era evidente que esperaba su llamada.

—Joder, Alicia, sí que duermes —la regañó sin esperar a que le saludara—. Llevo toda la mañana intentando dar contigo.

Ella respiró hondo y no se molestó en decirle que lo de dormir aquel fin de semana no había sido posible. Se limitó a esperar a que siguiera hablando, estaba claro que lo iba a hacer tanto si ella decía algo como si no.

—Bueno…, ¿me vas a decir a qué viene la urgencia?

—**Sé quién es** la chica, Ali.

—¿Qué dices? ¿La has reconocido?

—Sí, bueno…, no exactamente. Creo que es una amiga de mi hermana.

—¿De Inés?

—Sí, es que ayer desayuné en casa de mis padres al salir de la guardia. Mientras se hacía el café, llamó la madre de la chica a la mía para preguntarle si estaba allí su hija. Se la notaba muy preocupada.

—¿Y estás seguro de que es ella?

—La verdad es que no, llevo mucho tiempo sin verla. Al menos se parece. Por si acaso, creo que debo ir a la policía y no quiero ir solo. ¿Me acompañas?

—Eh…, claro que sí —respondió ella tras lanzarle una mirada de pena a su cama. Por lo visto, ese día tampoco la volvería a disfrutar—. ¿Y cómo no has ido antes?

—Bueno, ayer ni siquiera le di demasiada importancia. Después, entre recuperarme de la guardia y demás, no volví a pensar en el tema. Esta noche he soñado con ella y ya me he levantado con la idea de ir a comisaría. ¿Me paso a buscarte en media hora?

—Me visto y estoy lista, Lucas, ven cuando quieras —se ofreció ella.

—Gracias —musitó el chico antes de colgar, desde luego siempre se podía contar con Alicia.

La recogió diez minutos más tarde y parecía incluso más cansado que ella. En el coche le explicó cómo había sido la conversación entre la madre de la chica y la suya, y la sensación que tenía esa mañana. Alicia escuchaba con interés a su amigo y no terminaba de entender por qué no había llamado ya a su casa para decir que había ingresado en el hospital una joven que podía ser ella. Mejor avisar cuanto antes a la familia, ¿no?

—¿Y no les has contado lo de nuestra paciente? Igual así habría podido venir la madre a identificarla.

—¿Estás loca? ¿Y si no es? Imagina que llaman a tu familia para decirles que has aparecido en ese estado y vienen a verte y no eres tú. No, ni pensarlo. Primero hay que asegurarse.

—Puede que tengas razón. Yo me acerqué ayer a verla a la UCI.

—¿Y eso? ¿Querías comprobar que está bien? —le preguntó Lucas, de pronto interesado.

—Si te soy sincera, fui sobre todo por mí, porque no podía conciliar el sueño: la veía sin parar en mi mente, toda cubierta de sangre. Qué egoísta, ¿no? La chica en la UCI y yo preocupada porque su imagen no me deja dormir. Al menos las heridas ya no sangran.

—No me parece que seas egoísta. La verdadera razón es que estás preocupada por su estado y por eso no dejas de ver su imagen. Yo tuve una jornada movidita y, una vez que la ingresaron, no pregunté más. ¿Cómo está?

—Azul —respondió Alicia, tajante.

—¿Cómo dices?

—Le han echado ese antiséptico azulado que tienen en la UCI.

—Ah, ya entiendo. Qué susto me has dado, creí que era por algún problema de oxígeno en la sangre. ¿Está mejor?

—Sí, sí, sus constantes son buenas y permanece estable. Ahora toca esperar el resultado de las pruebas, a ver si necesita algún tratamiento extra.

—Ya… —Lucas se quedó pensativo—. Este es uno de esos casos que no se olvidan. Creo que, hagamos lo que hagamos, siempre lo recordaremos como uno de los más importantes de nuestra carrera.

—Yo también lo creo —le aseguró ella—. ¿Sabes? Ahora que no sangra, parece que tuviera en la piel miles de arrugas, como si fuera un pergamino muy viejo que hubieran intentado alisar. Y al mismo tiempo, se la ve muy joven. Es algo muy extraño, no sé cómo explicártelo.

—Creo que puedo imaginármelo. Ya estamos —dijo Lucas al aparcar frente a la comisaría, lo que hizo que la imagen en la cabeza de Alicia se disipara unos segundos.

Los dos se miraron antes de salir del coche. Ambos tenían la sensación de que el recuerdo de la chica cubierta de sangre solo sería el principio de algo que en realidad no querían vivir. No podían elegir lo que les ocurría en su día a día, pero sí lo que harían al respecto. Por eso se encontraban a punto de hablar con la policía; tal vez pudieran arrojar un rayo de luz en aquel día cada vez más oscuro.

10

Una mala noticia

Los dos jóvenes médicos esperaban sentados en unas sillas todavía más incómodas que las de la sala de espera de Urgencias del hospital. De cuando en cuando cruzaban un par de frases nerviosas, ninguno estaba acostumbrado a pasar el tiempo esperando a hablar con la policía y no sabían muy bien cómo comportarse.

Tras veinte interminables minutos, una cara, que resultaba a todas luces familiar para Lucas, se asomó a la puerta y les dio paso. Lo primero que hicieron fue darse un abrazo fugaz. Parecía el reencuentro entre dos gemelos. Por tener, tenían incluso el mismo peinado: pelo rapado por los lados y por detrás, flequillo desenfadado, solo que el pelo del policía era más agraciado y se le formaba un simpático rizo en la frente, por el que muchos le llamaban «Kent», por su similitud con el *alter ego* de Superman, Clark Kent. Ambos lucían barba de tres días, ligero bronceado de hacer deporte al aire libre a diario y sus cuerpos se veían bien tonificados.

—Cuánto tiempo, tío —comenzó a decir Lucas.

—Bueno, tampoco tanto, nos vimos este verano.

—Sí, pero para el torneo de balonmano-playa, y ni siquiera tomamos una cerveza. A ver si este verano que viene volvemos a la normalidad. Por cierto, te presento a Alicia, es compañera en el hospital. Le he pedido que me acompañe.

—Encantado —la saludó el policía con una enorme sonrisa y unos ojos claros cuyo color Alicia no era capaz de determinar—.

Soy el subinspector Diego Suárez.

—Lo mismo digo —contestó ella tras apretar la mano que le ofrecía el joven policía.

Tras él apareció otro hombre más mayor, de unos cuarenta años y pelo salpicado de canas. Llevaba un traje hecho a medida y se le veía cómodo con él. Alicia se fijó en sus dedos índice y corazón, de un ligero color amarillento, típicos de los fumadores, detalle que al hombre no le pasó desapercibido.

—Buenas tardes, gracias por venir. Lo dejé hace meses —la informó al ver que ella seguía mirándole las manos, lo que la hizo enrojecer—. Me ha dicho el subinspector Suárez que tenían información sobre la chica del hospital. ¿La conocen?

—No exactamente, es que creo que es una amiga de mi hermana —explicó Lucas a toda prisa.

—¿En serio?, ¿la ha reconocido? Suárez me ha explicado que estaban ustedes de guardia cuando la chica llegó. ¿Por qué no nos avisó entonces?

—Estaba yo —intervino la muchacha muy deprisa—, Lucas entraba de guardia al día siguiente.

—¿Usted también la vio? —preguntó el inspector a Lucas.

—Sí, yo firmé la orden de ingreso el sábado —respondió—. Pero entonces no la reconocí. Fue una guardia de locos, y el domingo fui a casa de mis padres directamente a desayunar. Después dormí algo por la tarde y esta mañana es cuando he sido consciente de que igual es una de las amigas de mi hermana. Lo siento mucho.

—Ya entiendo, debe de ser muy duro pasar veinticuatro horas allí metido.

—Lo es, y encima no he sido capaz de dormir mucho. El caso es que, como les decía, ayer desayuné con mis padres. Su casa está más cerca del hospital que la mía, y mi madre cocina que da gusto —dijo el chico, provocando una sonrisa en Alicia, quien de pronto se percató de que tampoco había comido mucho esos días —. Mientras tomaba el café, sonó el teléfono. Era la madre de

Paula, una de las amigas de mi hermana. Quería saber si estaba en casa porque no sabía nada de ella desde el viernes por la noche. Ni siquiera pensé en la posibilidad de que fuera la chica del hospital.

—¿Paula qué? —quiso saber el inspector.

—Paula Sobrino —respondió rápidamente el chico.

—Sí, tenemos la denuncia de su desaparición, llevamos trabajando en ello todo el fin de semana, desde que nos dieron el aviso estando en el hospital. Siento decirle que no es ella, lo cual es **una mala noticia**.

—Bueno…, es que… —comenzó a decir Lucas.

—¿Mala noticia? —le recriminó Alicia sin importarle cortar a su amigo; de pronto se sentía indignada—. Pero ¿usted ha visto en qué estado llegó a Urgencias la pobre muchacha? ¿Sabe lo que es recibir a una figura bañada en sangre que apenas puede caminar, hablar o respirar? No sé cómo puede decir que es una mala noticia que no sea Paula. ¡Es una noticia excelente!

—Por desgracia, me reitero en lo que digo: es fatal. No puede ser ella por varias razones. Primero, porque las lesiones que presenta la chica no da tiempo a realizarlas en un par de horas, ni siquiera en cinco o seis, que son las horas que hay de diferencia desde que se dejó de saber el paradero de Paula Sobrino y la aparición de la joven en el hospital, a no ser que los cortes se los hicieran entre varias personas, lo que no parece muy probable, según el forense, porque son prácticamente iguales en toda la piel. La segunda razón es que hemos cotejado las huellas de las dos chicas y, pese a que las cicatrices que presenta su paciente en las yemas de los dedos dificultan mucho la labor, no coinciden en absoluto. Tampoco el grupo sanguíneo: Paula es B negativo y la joven del hospital es AB positivo.

—Ya, es que… —lo volvió a intentar Lucas.

—Sigo sin entender por qué eso es una mala noticia. No es Paula —insistió la joven residente con tono cortante e ignorando de nuevo a Lucas, quien quería intervenir, sin éxito.

—Porque, si no es Paula, ahora tenemos a dos chicas, como mínimo, en peligro: Paula Sobrino, de la que seguimos sin saber nada, y la joven del hospital.

—Ya entiendo. —Ella se ruborizó—. Disculpe, yo… Dios mío, qué bocazas…

—¡Joder!, ¿me hacéis caso de una puta vez? —se enfadó Lucas, harto de que nadie se enterase de que tenía algo que decir.

El subinspector Suárez dio un respingo en su silla; no le parecía lo más acertado que su amigo gritara a su jefe. El inspector, por su parte, mostró un gesto a medias entre perplejidad y enfado, no estaba acostumbrado a que nadie le interrumpiera de ese modo. Miró a Lucas a los ojos y le dio paso para que contara lo que quisiera que fuera, no sin antes advertirle que no volviera a utilizar ese tono con él.

—Lo… lo siento —se disculpó el joven—. Es que intentaba deciros que no es Paula, creo que es otra de sus amigas, no me di cuenta en el hospital porque casi no la conocía, la vi solo dos o tres veces antes de… antes de lo de mi hermana.

—Pero… en el coche me has dicho que la madre de Paula llamó a la tuya porque no daban con ella. Creí que tenías claro que era esa chica.

—Cuando veníamos para acá me he dado cuenta de que no era ella y he recordado que no solo Paula venía a casa. He intentado imaginar a la chica del hospital sin la sangre cubriéndole el rostro y me ha parecido que podía encajar.

—Espere, espere… En primer lugar, ¿a qué se refiere con lo de su hermana? —se interesó el inspector Cantero.

—Eso, ¿qué le pasa a tu hermana?

—A mi hermana Inés la violaron en febrero de este año, inspector.

—¡Joder, Lucas! —se enfadó la joven—. ¡No me dijiste! ¡Que no me dijiste nada! —exclamó enfadada su compañera.

—No es que me apeteciera mucho ir contando que violaron a

mi hermana, la verdad, no suelo hablar mucho de ello.

Alicia no añadió nada. En realidad, tampoco se conocían tanto. Cierto que ese año habían coincidido en varias guardias, y que habían tomado un par de cafés, pero ni siquiera habían sido compañeros en la facultad; Lucas le llevaba un año de ventaja. Aun así, se sintió un poco desplazada. Había ido a comisaría para acompañarle, qué menos que la tuviera al tanto de lo que ocurría.

—La joven que desapareció hace un par de noches, Paula, ¿dice que es amiga de su hermana?

—Las tres eran amigas, y a casa de mis padres iban muy a menudo. Yo hace tiempo que me independicé. La verdad, me parece muy extraño que a las tres les haya ocurrido algo.

—¿Tres…? —se extrañó su amigo Diego, que cada vez entendía menos—. Yo la verdad es que no tengo ni idea de con quién iba tu hermana antes de…, ya sabes. ¿Y aquel noviete que tenía?

—Le investigaron, hacía tiempo que no salían juntos.

—De todos modos, supongo que tendría más de dos amigas —aventuró el subinspector.

—Por supuesto, solo que ellas tres eran inseparables.

—Creo que debería empezar por el principio —intervino el inspector—. No sé si estoy entendiendo lo que nos intenta explicar.

Cantero se recostó en su silla de despacho esperando a que Lucas comenzara a contar todo por orden. Suárez tomó un bolígrafo y un folio, y anotó la fecha en la parte superior de este; aquello tenía pinta de ser una declaración en toda regla. Lucas respiró hondo y empezó a hablar, mientras Alicia intentaba ordenar en su cabeza todo lo sucedido desde la noche de la llegada de la joven a Urgencias. Le dolían todos los músculos del cuerpo, llevaba casi tres días sin dormir.

Fuera, pese a ser las cinco de la tarde, la luna asomaba con timidez antes de que las nubes volvieran a esconder su luz, más

tenue, si cabía, que la noche anterior.

11

Casos en curso

—Mi hermana Inés era una chica alegre, desenfadada, muy guapa —comenzó a hablar Lucas, con los ojos perdidos en un pasado feliz—. Jugaba al vóley, tocaba el piano, sacaba buenas notas y tenía a todos los chicos locos por ella. Desde… el ataque, ni siquiera tiene amigos.

—Me hago cargo, ¿qué edad tiene su hermana? —preguntó el inspector Cantero.

—Cumple dieciocho en diciembre.

—Y ayer por la mañana, cuando usted estaba en casa de sus padres…

—Sí, la madre de Paula llamó muy alterada porque no sabía nada de su hija desde el viernes. Y después de lo de Eva…

—¿Quién es Eva? —se extrañó Cantero. Aquel joven sería muy buen médico, no lo dudaba, pero como narrador dejaba bastante que desear.

—Eva es…, perdón, era la otra amiga de mi hermana. Siempre estaban las tres juntas.

—¿Y qué le pasó a Eva? Usted ha dicho que a las tres les ha ocurrido algo. Paula ha desaparecido, su hermana fue violada… Por cierto, Suárez, búscame también todo lo que haya sobre el caso de la hermana de su amigo. Ha dicho Inés…

—Zambrano. Es nuestro apellido —terminó la frase Lucas.

—¿Tiene usted algo que ver con el doctor Zambrano, el cardiocirujano?

—Sí, claro, es mi padre.

—¡Joder!, eso tampoco me lo habías dicho —le recriminó

Alicia.

—Bueno, no es para tanto —se defendió su compañero—. Si quieres, al salir de aquí tomamos un café y te confieso toda mi vida. Tú y yo solo coincidimos en las guardias y tenemos bastante trabajo en general, y cuando quedamos para tomar algo tampoco llevo encima mi árbol genealógico.

—Quizá tengas razón, lo siento, es que estoy muy cansada.

—¿Qué sabe de la tal Eva? —preguntó el inspector en un intento de mediar entre los dos jóvenes.

—¿No es la que desapareció hace unos meses y escribió a los padres para decirles que estaba bien y que no la buscaran? —preguntó el subinspector Suárez sin dejar de teclear—. Yo le tomé declaración a tu hermana cuando ocurrió aquello.

—Sí, esa es —confirmó Lucas—. Al principio se armó bastante revuelo. Muy pronto comenzaron a llegar sus mensajes y todo se relajó.

—Recuerdo el caso, no fue muy mediático porque enseguida dio señales de vida —coincidió el inspector—. ¿Ha dicho que llegaron sus mensajes?, ¿se refiere a su madre?

—A mi hermana también le llegó un mensaje, nos lo contó enseguida. Casi no sale a la calle, pero lo que es el móvil y el ordenador… Aunque ¿quién soy yo para juzgarla? La pobre bastante tiene con seguir adelante.

—Tengo las denuncias de chicas desaparecidas en Gijón que me pediste, jefe —intervino Suárez—. No había incluido las que ya estaban resueltas, pensé que no sería necesario, pero ya he encontrado la que buscaba. La chica se llama Eva Gómez Pascual y coincide con la descripción de la joven del hospital. Acabo de recibir todos los datos. ¿Quieres ver la foto?

—Sí, gracias, Suárez —respondió el inspector con cierta impaciencia. Para su criterio, aquel agente era bueno, pero le faltaba un poco de empuje, necesitaba permiso para todo.

—Mira, se parece mucho. Y el grupo sanguíneo concuerda con el de la joven del hospital, lo he comprobado.

—Entonces tenemos a tres amigas que van siempre juntas. La primera, violada; la segunda, supuestamente fugada, y la tercera, en paradero desconocido. Y resulta que ahora aparece la segunda de las chicas, la que creíamos a salvo por ahí, con una vida elegida por ella, en un estado de salud lamentable y torturada de una manera brutal. Quizá no había huido por propia voluntad, como pensábamos.

—Creo que la respuesta solo nos la puede dar ella, aunque no sé si estará en condiciones de hablar —pensó en voz alta el subinspector.

—Hasta el momento no ha dicho una sola palabra —les informó Alicia, a lo que los dos policías contestaron con una mueca de fastidio.

—Ponte la chaqueta, Suárez, que «cuando el grajo vuela bajo, hace un frío del carajo» —zanjó el inspector, dejando claro que el siguiente paso lo darían fuera de la comisaría.

—¿Y nosotros? —preguntó Alicia tras sonreír ante el chascarrillo.

—Si no les importa, me gustaría que nos acompañaran. Fueron los primeros en atender a la chica y puede que salga a la luz algún detalle que ahora mismo no les parezca importante.

—Claro —accedió ella a la vez que reprimía un bostezo—. Nos vemos en la puerta de Urgencias.

Antes de salir del edificio, el inspector pidió que le imprimieran una copia del expediente de las tres jóvenes. El de Paula no era más que una hoja de denuncia firmada y una foto de la chica; el de Inés contenía pruebas de la agresión sexual que había sufrido unos meses atrás, y el de Eva, de repente, se había convertido en una carpeta llena de declaraciones, fotografías y pruebas. Pese a que contenía la palabra «CERRADO» en la portada, Cantero pensó, con pena, que deberían volver a guardar todo en una nueva carpeta de las que utilizaban para **casos en curso**. Dentro estaban los teléfonos de su familia. Aún no sabía

cómo explicarles a los padres que su hija, a la que ellos creían fuera de Asturias, llena de sueños y de vida, acababa de aparecer con signos evidentes de una tortura atroz, con más cicatrices en el alma de las que contaría en su maltratada piel.

12

Nosotros no os hemos llamado

De camino al hospital, el inspector leyó todo lo relacionado con la desaparición de la chica a la que iban a visitar. A falta de las pruebas científicas, todo indicaba que se trataba de la joven que les había señalado Lucas Zambrano, el médico residente. Sacó el teléfono móvil mientras el subinspector Suárez se movía entre el tráfico, que, lejos de ser intenso, avanzaba lento a causa de la lluvia.

—Buenas tardes, Tere, soy Jorge Cantero. Tengo un caso que creo que os puede interesar.

—Jorge, ¿qué tal?, ¿de qué se trata?

—No sé si has visto que ha desaparecido una chica este fin de semana en Gijón.

—Sí, nos han llamado esta mañana. Es una joven de dieciocho años y es probable que se haya marchado por propia voluntad.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él, extrañado.

—Hemos hablado con su entorno. Su madre estaba preocupada por si se había ido con un novio nuevo que tiene. Aún no sabemos quién es.

—Y sin hablar con el novio o dar con él, ¿ya os parece que se ha fugado? Además…, ¿por qué os encargáis vosotros?

—No nos encargamos, para nada. Ya sé que estáis buscando por la zona y preguntando en los últimos lugares en los que estuvo, igual podríamos cooperar para este caso. Me han llamado porque el padre conoce a mi exmarido, parece que jugaban juntos al fútbol hace un millón de años o algo así, ya sabes cómo es esto.

—¿Y tenéis algo?

—Hemos descubierto que su mejor amiga se fugó con un chico hace unos meses y barajamos la posibilidad de que siguiera sus pasos.

—No lo ha hecho —le aseguró Cantero.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque la amiga apareció en la madrugada del sábado, cubierta de sangre, torturada hasta el extremo y a punto de perder la vida.

—¡Vaya! ¿Por qué nadie nos ha informado?

—Porque parecía algo aislado y llegó por su propio pie al servicio de Urgencias del Hospital de Cabueñes. Tere, ni siquiera hemos sabido quién era hasta ahora. Ha sido al ver el nexo en común entre las chicas cuando me ha parecido que el caso podría tener más trascendencia.

—Ya entiendo. ¿Lo llevas tú por el momento?

—Sí, con el subinspector Suárez.

—¿Dónde estás?

—Vamos ahora mismo al hospital a corroborar que es ella.

—Creí que ya lo sabíais —se extrañó la mujer.

—Solo es para confirmarlo, aunque estamos casi seguros.

—De acuerdo, me has dicho en Cabueñes, ¿verdad?

—Sí. ¿Quieres venir?

—Creo que sí. Si tienes razón, cuanto antes empecemos a colaborar, mucho mejor.

—Igual no sienta muy bien que te haya llamado, ya sabes… —añadió el inspector tras hacer una mueca de fastidio.

—Eso ya lo sé; de haber sido al revés, nosotros *no* lo habríamos hecho —añadió ella, dándole énfasis a la negativa.

—No te equivoques, Tere, **nosotros no os hemos llamado**, te he avisado yo. Tengo la sensación de que esto va a ser mucho más de lo que parece.

—¿Tan grave es?

—La chica, como te decía, apareció cubierta de sangre, de su propia sangre. Y cuando la exploraron… Creo que es mejor que lo veas en persona, porque es imposible que te lo imagines.

—Cómo me fastidia que hagas esto, Jorge. Si no me lo vas a contar todo, ¿para qué empiezas?

—Sí, lo sé, tienes razón. Solo que en este caso, la verdad, es que soy incapaz de explicártelo; necesito que lo veas.

—De acuerdo, estoy ahí en veinte minutos —le prometió ella.

El inspector colgó el teléfono justo cuando Suárez aparcaba el coche en una de las plazas reservadas a la entrada del hospital. Ni siquiera le hizo falta preguntar al subinspector si podían dejar allí el coche sin pedir permiso, enseguida su entusiasta agente le explicó que se trataba de plazas reservadas para los vehículos de Hospitalización a Domicilio y que no funcionaban por la tarde. Pensó, con pena, que era una lástima que todos los misterios no se resolvieran con tanta celeridad como aquel.

—¿Has hablado con Oviedo, jefe?

—Ya sabes que sí, acabas de escuchar la conversación, íbamos en el mismo coche.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Creo que yo soy quien decide cómo llevar los casos, Suárez.

—Ya, jefe, solo lo digo porque, si les quieres pasar el caso a los de Oviedo, me gustaría saberlo. Ellos no nos llamarían jamás.

—No lo he hecho porque crea que no somos capaces de llevarlo. He llamado a Tere Andreu, de la Unidad de Delitos Violentos, porque es una de las mejores investigadoras que conozco y sabe trabajar en equipo. En realidad, creo que este caso va a ser más mediático de lo que esperamos y he decidido adelantarme a los acontecimientos. Dentro de unos días, el comisario Montes nos lo quitará para pasárselo a ellos. Si ya lo llevamos en conjunto, no lo hará. Y, encima, elijo con quién investigo. Podría tocarnos el gilipollas de Pablo Gutiérrez.

—¡Uf! No lo soporto. Tienes razón; visto así, salimos ganando

—concedió el subinspector tras darse cuenta de que su jefe, quien parecía sumido en un mundo paralelo la mayor parte del tiempo, en realidad siempre iba un par de pasos por delante.

Antes de perder de vista el reloj de la torre de la Universidad Laboral al entrar en el hospital, el inspector Cantero se detuvo un segundo admirando lo que, para él, era el edificio más majestuoso e imponente de todo Gijón. Y se prometió que, en cuanto le fuera posible, subiría a la torre a ordenar sus ideas; siempre se veía mucho más desde el sitio más alto.

13

Bis…

Alicia guiaba a los dos policías hacia la Unidad de Cuidados Intensivos, donde ya los esperaba Lucas. Cantero sintió un *déjà vu* al atravesar de nuevo los mismos pasillos que olían a desinfectante, a medicinas y a desesperación.

La UCI estaba dividida en dos. Por lo que les habían explicado, allí iban los pacientes que presentaban patologías muy graves de casi cualquier índole y, antes de la pandemia, se dividían en más o menos graves. Cuando el virus de 2019 llegó, se vieron obligados a reubicar a los pacientes. Y ahora, tras dos años de cambios e improvisaciones, a un lado estaban los pacientes que tenían el virus y en el otro los que no, con independencia de la patología que presentasen y a merced del aumento o la disminución de la incidencia de casos. El inspector había escuchado con admiración la explicación que les había dado el médico la vez anterior. Para él era un auténtico milagro lo que los hospitales habían logrado en ese tiempo.

La paciente presentaba un aspecto parecido. Se la veía consumida en aquella cama, con varios cables que proporcionaban líquidos a su cuerpo herido. Constató que la mayor parte de las heridas, si no todas, aparecían secas y cubiertas del tono azulado del antiséptico que le habían aplicado en las curas. Como pensaba, la chica seguía sin decir una palabra, pese a que le habían retirado la sedación.

—Disculpe… —se dirigió el inspector a un enfermero—. ¿Podríamos hablar con el médico que lleva a esta paciente?

—No son horas de visita —respondió el joven sin detenerse a mirarlo; llevaba varios medicamentos en las manos y, al parecer, debía dejarlos en otro lugar.

—Lo sé, he visto el horario en la puerta. De todos modos, soy el inspector Cantero, de la Brigada Judicial, y llevo el caso de esta joven, así que, si es tan amable…, ¿podría avisar a su médico?

—Disculpe, no sabía quién era —se excusó el enfermero—. La doctora López me pidió que la avisara si venían, fuera la hora que fuera. Deme un segundo que coloco estos fármacos y la llamo al busca.

—Ya la he llamado yo —intervino Alicia—. Soy la doctora Prieto, de Rayos X; estaba de guardia cuando la chica ingresó en Urgencias.

—Ah, bien; entonces, si no les importa, termino con esto —dijo el enfermero antes de que un pitido rítmico lo obligara a dejar los medicamentos en el mostrador y corriera hacia una cama donde un paciente parecía tener problemas para respirar.

—Así son las cosas en la UCI —habló una voz a su espalda—. Soy la doctora López.

—Ya sé que no es una buena hora —se disculpó el inspector —, gracias por atendernos.

—Solo hay visitas dos veces al día y las intentamos respetar, por las familias. No se preocupe, queda casi una hora para que entren.

—Veníamos a decirle que creemos saber la identidad de la joven de esa cama. Necesitamos hablar con ella.

—No le contestará, está en *shock* —le informó ella.

—¿No puede hablar?

—No creo que nada físico se lo impida, se trata de un bloqueo mental.

—¿Podemos intentarlo, al menos?

—Sí, por supuesto. Hemos pedido una interconsulta a Neurología para descartar algún daño cerebral, pese a que la TC

es normal.

—¿Habéis pedido una resonancia magnética? —quiso saber Alicia; todo lo que tenía que ver con su especialidad le interesaba más que el resto.

—Sí, hemos hablado con los radiólogos hoy, se la intentarán hacer mañana.

—Perfecto —se mostró entusiasmada Alicia, pese a que todavía no las sabía interpretar.

—Pasad por aquí y, si no os importa, poneos unas calzas y una bata desechable.

—¿Y eso? —quiso saber el subinspector Suárez—. ¿Tiene algo contagioso? ¿O es por el protocolo covid?

—No, no. Los pacientes que están en esta unidad suelen ser más susceptibles de coger infecciones, en muchos casos están inmunodeprimidos y se pasan virus y bacterias de unos a otros, por eso es importante reducir el riesgo todo lo que sea posible.

—No hay más que hablar, nos ponemos lo que usted nos diga —repuso Suárez—. ¿Cómo se colocan estas cosas? —preguntó al no ser capaz de abrir la primera de las calzas que debía ponerse en los pies.

—¡Ja, ja, ja! —se rio Alicia al ver al policía pelearse con el trozo de plástico, y se cuidó mucho de no explicarle que le pasaba a mucha más gente de lo que parecía—. Trae, anda.

La chica ni siquiera se inmutó cuando llegaron junto a su cama. El inspector Cantero se dirigió a ella e intentó colocarse frente a sus ojos para entrar dentro de su campo visual; sin embargo, no consiguió que la joven volviera del mundo interior en el que se había refugiado.

—Eva…, eres tú, ¿verdad? Eres Eva Gómez Pascual y vives en la calle Cataluña, en Gijón. Si es así, pestañea para que yo sepa que es correcto.

No hubo respuesta.

—Eva…, estamos aquí porque llegaste al hospital malherida hace un par de días y necesitamos dar con quien te ha hecho

esto, no queremos que se lo haga a nadie más, ¿lo entiendes?

—Jefe…, no creo que nos diga nada.

—Lo intentaré de nuevo, nunca se sabe. Eva, escucha mi voz. Desapareciste hace unos meses y dejaron de buscarte porque enviaste unos mensajes diciendo que te habías marchado por propia voluntad con un chico y que estabas bien, ¿verdad?

Pese a que no salió sonido alguno de sus labios, el inspector siguió hablando como si le hubiera contestado:

—Ahora sabemos que te retenían contra tu voluntad. Por lo que he visto en tus fotos, estás más delgada, has pasado tiempo atada, se notan las marcas en tus muñecas, pese a las heridas, y creo que llevas mucho tiempo replegándote en ti misma para huir mentalmente de tu agresor. ¿Me equivoco?

¿Qué había sido aquello? ¿Un leve gruñido de aprobación? ¿O una simple coincidencia?

—Sé que te han torturado. El cabrón que te ha hecho esto ha de ser un psicópata, no me explico cómo ha podido pasar tantas horas cortando tu piel con un cúter.

—**Bis…** —gimió ella.

La doctora López se replegó en su silla a un par de metros de la cama, al ver que la chica había dicho algo. No se acercó porque pensó que el policía conseguiría más si la joven no veía a tanta gente alrededor.

—¿Qué significa «bis»?, ¿se trata de una palabra en clave? —le preguntó directamente Cantero.

—Bis… bistu… bisturí —terminó de decir la chica con mucha dificultad.

—¿Quieres decir que te han cortado la piel con un bisturí y no con un cúter?

La chica abrió y cerró los ojos muy lentamente para que su interlocutor tuviera claro que era su manera de asentir. La pobre estaba tan débil que no era capaz de decir nada más. El pulso se le alteró un poco, no tanto como para alarmarse, pero sí lo suficiente para que su doctora les pidiera que volvieran en otro

momento y la dejaran descansar. Cantero no tuvo nada que objetar.

Antes de salir, le pidió a la mujer que le llamara ante cualquier palabra que la chica pudiera decir, ya fuera consciente o en sueños. La doctora le prometió que así lo haría. Quizá la mente de Eva pudiera contar muchas más cosas de las que su boca era capaz de decir. Y él tenía que estar cerca para escucharlas.

14

El Quijote

Cuando salían de la UCI, y antes de quitarse las batas desechables, Cantero vio que Tere Andreu, la policía a la que había llamado de camino al hospital, ya estaba allí. La mujer puso una mueca de fastidio al ver que no podría hablar con la chica después de haber ido hasta Gijón fuera de su horario laboral. Aun así, el inspector se apresuró a contarle todo lo ocurrido en la habitación. El estado de la chica era el que decidía si podía ser interrogada o no, si se podía avanzar o había que esperar, no las ganas de dar con un culpable ni su energía a la hora de investigar.

—No hace falta que me digas eso, Jorge, ya sé que lo más importante es la salud de esa chica, no soy un monstruo. Lo que pasa es que sigo sin saber en qué estado se encuentra para que no me lo pudieras decir por teléfono.

—Toma, ponte una bata y unas calzas, vamos dentro un momento para que la veas; después te enseñaré las fotos —dijo Cantero—. No pretendía sonar así, lo que quería explicarte es que hemos entrado en el box donde permanece ingresada porque estaba consciente y había que aprovechar. No sabíamos cuánto iba a durar despierta. Y, de hecho, ya no se puede hablar con ella.

—No estoy enfadada ni me parece que hayáis actuado mal, solo que me da rabia haber venido hasta aquí dejando de lado mis planes y llegar tarde —protestó ella mientras se ponía el atuendo que le ofrecía su compañero.

—Te invito a cenar para compensarte, y así nos ponemos al

día.

—Trato hecho.

Los dos inspectores volvieron a la sala donde parte del personal atendía a la chica; parecía que los cinco minutos con ella la habían alterado bastante. Enseguida, la doctora López fue hacia ellos para que no entraran, pero Cantero le explicó que solo quería que su compañera, que iba a formar parte de la investigación, viera el estado en el que se encontraba el cuerpo de la joven, que ni se acercarían. Ante aquella petición, la doctora no tuvo nada que objetar.

La inspectora Andreu reprimió una mueca de sorpresa cuando se fijó en el cuerpo de la chica, en el aspecto que presentaban los miles de cortes realizados en su piel. Durante unos segundos no fue capaz de apartar la vista de su cuerpo, hasta que sintió la mano de su compañero sobre el hombro, quien intentaba indicarle que ya habían tenido suficiente.

Salieron al encuentro de Suárez y los dos residentes, que hablaban en voz baja junto a los ascensores.

—Es horrible —consiguió articular ella por fin.

—Y eso que ya la ha visto así, con las heridas cerradas —intervino Alicia—. Le aseguro que lo de la otra noche fue espeluznante.

—Luego te enseño las fotos —le prometió Cantero, a lo que Andreu solo asintió.

—No me extraña que me dijeras que no sabías cómo explicármelo; incluso ahora que lo he visto con mis ojos sigo sin entender lo que le han hecho.

—Por lo visto, le han cortado la piel con un bisturí, desde la frente hasta las yemas de los dedos de los pies, incluidos pezones y genitales.

—¡Qué salvajada! —exclamó ella sin perder la cara de espanto.

—Disculpe, inspector —los interrumpió Alicia—. Lucas y yo nos vamos a casa, si no necesitan nada más. Llevo sin dormir

más de dos horas seguidas desde el jueves por la noche y mañana trabajo. —De pronto sentía el peso del mundo sobre los hombros.

—Claro, por supuesto —respondió Cantero—. Y muchísimas gracias a los dos por acompañarnos, nos han sido de mucha ayuda para saber la identidad de la chica y para hablar con ella. Estaremos en contacto, es muy probable que necesite hablar con ustedes más adelante.

—Lo que sea —le prometió ella.

Lucas se limitó a hacer un gesto de despedida con la cabeza.

—¿Quiénes son? —quiso saber Andreu cuando los vio entrar en el ascensor para marcharse del hospital.

—Dos médicos residentes. Ella estaba de guardia cuando la chica llegó a Urgencias y él entraba justo al día siguiente. Ha resultado que la víctima es amiga de la hermana del chico y este nos ha ayudado en la identificación.

—¡Uf!, vaya suerte.

—Bueno…, ya sabes: «La suerte es loca y a cualquiera le toca».

—¿Ya estás con tus refranes? —se rio ella—. ¿Sabes cómo te llaman en Oviedo?

—¿No me digas que tengo un mote?

—¿Uno? No, no. ¡Unos cuantos!

—Venga, dímelo.

—Cuando llevamos el caso de los jóvenes de la barriada aquella, ¿te acuerdas? Los que vendieron a dos niños para comprar droga…

—Como para olvidarlo.

—Mis compañeros te apodaron **El Quijote**.

—¡Ja, ja, ja! ¿En serio?

—Claro. Además, te había dado por dejarte esa perilla ridícula… Solo te faltaban el yelmo y la lanza.

—No es mal mote. Y, encima, no me disgusta. —Sonrió él—. En mi casa siempre se han oído refranes. Mi abuela vivía con nosotros y tenía uno para cada situación. Cuando la demencia se

apoderó de ella, simplemente era incapaz de recordar otra cosa que no fueran esas frases aprendidas de memoria durante años.

—A mí me hacen gracia —confesó Andreu.

—Pues me alegro, porque me da que en las próximas semanas los vas a oír mucho.

—¿Piensas que va a ser un caso difícil? Parece que solo hay que dar con el agresor de la chica.

—No lo tengo tan claro, Tere. Ha desaparecido otra joven.

—Es cierto, y son muy amigas.

—Sí, amigas íntimas. La familia está preocupada, pero tienen la esperanza de que se haya ido con un chico que ha conocido y que vuelva en unos días. A la otra amiga la violaron en Gijón a principios de año.

—Espera, espera, ¿qué otra amiga?

—La hermana del médico residente que acaba de marcharse. Eran tres amigas inseparables. No es que tengamos tantísimos delitos como para pensar que no hay algo más. A mí me parece que son tres casos, en realidad, y que están relacionados de alguna manera que aún no acertamos a comprender.

—Pues en este caso espero que no tengas razón. Y ahora vamos a cenar, que estoy canina.

—Jefe —llamó su atención el joven subinspector—, si no te importa, yo he quedado para cenar.

—Perfecto. Haremos el informe mañana, no llegues tarde —dijo Cantero—. Quiero entregárselo al comisario a primera hora para explicarle que trabajamos en colaboración con Tere y que no nos asigne de compañero a… ya sabes.

—Claro, jefe —respondió Suárez con fastidio. La puntualidad no estaba entre sus cualidades, y con lo de «haremos el informe mañana» quedaba claro quién lo haría de los dos.

—¿Con «ya sabes» te referías a Pablo Gutiérrez? —le preguntó la inspectora Andreu con perspicacia—. ¿Y no tendrá él también un mote?

—Te lo cuento delante de un plato de pasta —le prometió

Cantero a la vez que le guiñaba un ojo.

—Mejor que sea de *sushi*, me sienta mejor por la noche.

El inspector puso los ojos en blanco; nunca le había encontrado la gracia a comer pedazos de pescado crudo. Y algo le decía que tendría que ceder en varias ocasiones durante el tiempo que durase la investigación, porque a su compañera le encantaba y porque, por desgracia, no le cabía ninguna duda de que en ese caso tan solo había asomado la punta del iceberg.

Es un ángel. Observo su magia en la guerra, en el conflicto; siempre ofrece paz a cambio de terror y lo engulle como si no le hiciera daño. Ninguna batalla dura cerca de ella, porque, en su presencia, la calma se hace dueña del momento.

Es un ángel. Llena el espacio con su presencia. Nada tiene importancia si ella está cerca. Un halo recubre su ser. Inunda de luz la vida a su alrededor. No conoce el mal ni el mal se atreve a conocerla a ella. Es intocable.

Es un ángel. Camina por encima del suelo y nos mira a través de las nubes, lejos de nuestro alcance. No deja huellas en la arena ni cicatrices en el alma. La ira no tiene lugar en su corazón, lleno como está de inocencia y amor.

Es un ángel. En su presencia todo pierde valor. Solo ella importa y solo ella es dueña del mundo, porque ella es el ángel que todo lo ve y todo lo siente. Está en todas partes y en ninguna, y nadie puede manchar su corazón.

Es un ángel… y la odio.

15

Yo no tengo amigas

Inés miraba el teclado del piano como si fuera la primera vez que lo veía. Su madre la observaba con disimulo desde la cocina. Le preocupaba que la chica no se recuperara nunca de su agresión. Todos los martes por la mañana la llevaba al psicólogo y la esperaba en la cafetería de enfrente hasta que ella le enviaba un wasap diciéndole que ya había terminado. Entonces se acercaba a buscarla al portal de la consulta y bajaban juntas al aparcamiento para recoger el coche. Ni siquiera era capaz de ir sola. A clase no acudía desde el tercer trimestre del curso anterior. Había dejado a medias primero de bachillerato y no parecía tener ningún interés en recuperarlo.

—¿Estás bien? —le preguntó su madre; no aguantaba más.

—¿Qué? —respondió la joven como si volviera de un mundo lejano.

—Te preguntaba que si estás bien.

—Sí, mamá, no te preocupes —mintió Inés—. Estaba pensando que la pieza que me pidió el profe que ensayara no me termina de gustar. Igual le doy una sorpresa y preparo otra.

—Claro, cariño, seguro que le parece bien. ¿Te has enterado de lo de Eva?

—No, ¿qué ha ocurrido?, ¿ha vuelto?

—Me lo ha contado Lucas. Por lo visto, el viernes por la noche llegó a Urgencias sola y cubierta de sangre. La habían torturado.

Inés se quedó muda mientras apretaba algunas teclas al azar. Su madre se acercó a ella y le recolocó un mechó del pelo.

—Pobrecilla —siguió hablando la mujer—. Todos pensando

que se había ido con un chico por ahí y a la pobre igual la estaban torturando.

—¿Y Paula?

—De Paula no se sabe nada, hija. No puedo dejar de pensar que a las tres os haya ocurrido algo horrible. A las tres amigas.

—**Yo no tengo amigas**, mamá.

—Bueno…, es que lo tuyo aún es muy reciente. Ya verás como saldrás a la calle en cuanto estés mejor y retomarás tus actividades. Nosotros te apoyaremos en todo.

La mujer miró a su hija con pena. Aquella chica risueña se había convertido en una sombra de la Inés de antaño, en la versión oscura de sí misma. Pensó en cómo habían llegado a aquella situación. Solo salía a la calle para ir al psicólogo, todos los martes por la mañana, y para alguna consulta médica. Estaban a miércoles y eso significaba que hasta la semana siguiente no saldría ni siquiera para tirar la basura. Quizá debían forzarla un poco más.

El año anterior tenía claro que estudiaría Derecho; le encantaban las leyes, el orden y odiaba los abusos y a los abusadores. Además, quería tomar la especialidad de derecho penal para ser fiscal; con lo buena estudiante que era, seguro que lo conseguiría. Pero ahora, tras la violación, ni siquiera salía a la calle si alguien no iba con ella. Sentía miedo de todo y de todos, dormía mal y se había vuelto dependiente de unas pastillas que su médico no había tenido más remedio que recetarle. La ropa le quedaba cada vez más holgada y se adivinaban unas caderas huesudas bajo aquellos pantalones anchos y sin formas.

—Me voy a mi habitación, quiero leer un poco.

—Claro, cariño, no te preocupes. Te aviso para comer cuando lleguen papá y Silvia.

—Gracias, mamá.

En cuanto entró en su cuarto, cerró la puerta despacio, encendió el ordenador y cogió el cojín de su cama. Se lo acercó a

la cara y lo mordió con tanta fuerza que pensó que se rompería un diente. Gritó con la tela en la boca hasta que le dolió la garganta. Cada vez sufría más ataques de ira como ese, no era capaz de gestionar lo que le había pasado y el no dormir y no salir a la calle tampoco es que ayudaran mucho. Abrió el libro por la mitad y cambió el marcapáginas para que sus padres no sospecharan que tampoco leía.

Tecleó su clave personal para abrir el navegador, y después una segunda clave de acceso para aquella aplicación que conseguía que, por un rato, no recordara que era una chica violada que no asumía lo ocurrido. Necesitaba asegurarse de que su hermana no abriría esa aplicación nunca, por eso tenía doble contraseña. En el móvil era más sencillo porque se activaba con su huella digital.

Varios mensajes se agolpaban en la pantalla, como siempre. Todo lo que no era capaz de hacer en su vida normal podía fingirlo en aquella página de contactos, donde se había creado varios perfiles que usaba dependiendo del chico con el que hablara. Para hacer algo así se requería mucha pericia; era sencillo equivocarse y decirle a uno algo inadecuado, o repetirse. Tenía mucha experiencia y, lo que era mejor, mucho tiempo.

KIKO: Olaaaaaa wapa.

Inés respiró hondo. Era cierto que todos los que hablaban con ella no parecían tener, ni de lejos, su cociente intelectual. Quizá fuera mejor así. Además, con aquel chico podía cometer todas las faltas de ortografía que quisiera y no necesitaba comprobar si una palabra estaba bien o mal escrita. Le resultaba incluso divertido.

LULÚ: Olaaaaaa. Lo siento, hoy no e parado en kasa. Ke aces?

KIKO: Tomarme una birra con un colega
y tú?

LULÚ: Estoy de tranqui. Mañana curro

KIKO: Cómo está tu vieja?

«Ah, sí, que a este le dije que mi madre tenía cáncer y que está con quimioterapia».

LULÚ: Jodida, no para de potar

KIKO: A ver si kdamos el finde que viene y te olvidas un poco de eso, qué ascazo

LULÚ: Vale. Tengo q dejarte, me llama

KIKO: Joder, tía, tienes que buscar alluda, no puedes acer todo tú sola

LULÚ: Luego te escribo

Inés salió del perfil en el que se hacía llamar Lulú. Había entrado en aquella aplicación como un juego, una forma de evadirse de la realidad en la que llevaba sumida ya demasiado tiempo. No podía contárselo a nadie, ¿quién podría entenderlo? Allí podía ser varias personas a la vez, mujeres que nunca sería y que, en realidad, tampoco elegiría ser. Volvió a mirar el ordenador. El chico llamado Kiko le venía bien para ciertas cosas, pero la agotaba escribir tan mal, ya que no era natural en ella, así que enseguida se despedía con una u otra excusa.

Entró en otro en el que se hacía llamar Belén y chateaba con un chaval que parecía bastante más normal, así que pronto tendría que decirle la verdad o eliminar el perfil para crear otro. Se decidiría por lo segundo, no le gustaba hablar de su vida privada. Tras dar un suspiro, comenzó de nuevo a teclear. Aún le quedaban tres chicos más a los que dar carrete y no tenía uno de sus mejores días. El olor de las albóndigas que cocinaba su madre le llegó por debajo de la puerta, lo que solo podía significar una cosa: le quedaban diez minutos de mentiras antes

de que la llamaran para comer. Y no estaban las cosas para desperdiciar minutos precisamente.

16

El caso es nuestro

Cuanto más leía el inspector Cantero, más nervioso se ponía. Los dedos le temblaban en el teclado como si fuera la primera vez que usaba un ordenador. Guardaba archivos, añadía fotos, informes…

Había dado con ello por casualidad, se decía una y otra vez. Aunque lo cierto es que había dado con ello porque llevaba horas y horas buscando casos parecidos en otras ciudades. No se podía creer que aquello ya hubiera ocurrido antes.

—¡Suárez! ¡Ven un momento! —llamó la atención del joven subinspector.

El chico se levantó despacio, se hallaba intentando reconstruir los últimos días que había pasado Eva en Gijón antes de marcharse. Cada vez estaban más convencidos de que alguien había orquestado todo. De ser así, tendrían que reabrir el caso, volver sobre sus pasos y hablar con su familia y sus amigos, además de revisar los mensajes del móvil y demás.

—¿Qué ocurre? —preguntó cuando se percató de que Cantero parecía alterado, con lo tranquilo que se mostraba siempre, y acababa de meterse en la boca el segundo chicle de nicotina del día.

—Mira. —Le señaló unos papeles con unas letras chinas en la parte superior, que, por supuesto, no entendía.

—¿Nos han intervenido los chinos?, ¿de verdad? —se mofó el joven.

—Muy gracioso, Suárez. Abre la carpeta y verás por qué te he pedido que vengas —le apremió.

La imagen que recibió el subinspector le golpeó como una bola de béisbol recién lanzada por el *pitcher*. Por un momento quiso preguntarle a su superior si intentaba gastarle una broma, pero la cara de Cantero dejaba claro que ni lo intentara, bastante afectado estaba ya. En la fotografía se veía la imagen de un hombre joven (o eso parecía) completamente desnudo y cubierto de sangre. La similitud con la imagen de Eva, la chica del hospital, era tan evidente que cientos de preguntas se agolparon para salir de su boca en cuanto fuera capaz de hablar. El inspector parecía saber perfectamente cómo se sentía su compañero, quizá porque era lo que había sentido él mismo hacía unos instantes.

—¿Sabes lo que significa esto, Suárez?

—¿Que es obra de la misma persona? —preguntó él, lo cual le parecía tan obvio que casi sintió haberlo dicho.

—Puede ser… Pero para nosotros significa que nos quitarán el caso.

—¡No fastidies, jefe! Ayer me dijiste que te habías adelantado a hablar con Tere Andreu precisamente para que eso no ocurriera.

—No, si no nos lo van a quitar los de Oviedo, nos lo van a quitar desde Madrid.

—¿Por qué Madrid? ¿Es que tienen que meter las narices en todo? ¿Se creen que no podemos con ello o qué?

—No es eso. Nos lo van a quitar porque ese hombre que ves ahí fue torturado en 2015 por un ajuste de cuentas de un par de bandas chinas que operan en un barrio del centro de la capital.

—Qué mierda. ¿Y no podemos hacer nada para que eso no ocurra? **El caso es nuestro**.

—Lo único que vamos a hacer hoy es investigar como si fuera nuestro último día en la brigada. Mañana no tendré más remedio que dar la voz de alarma.

—Pues mira, ya estaba con ello. Pensaba repasar las

declaraciones de la familia y el entorno de Eva Gómez, e incluso volver a tomar algunas si fuera preciso.

—Perfecto —convino el inspector—. Ponte tú con el caso de Inés, la hermana de tu amigo. Si lo ves necesario, que te vuelva a contar lo que le ocurrió. Tienes que convencer a su hermano de que es imprescindible estudiar los tres casos como parte del mismo. Por cierto, ¿de qué os conocéis? Porque os lleváis algunos años, ¿no?

—Jugamos tres años al balonmano en el mismo equipo y después coincidimos en torneos y demás. Es un buen amigo. Además, lo conozco desde hace muchos años porque mi hermana y él fueron juntos a clase desde segundo de primaria hasta terminar el bachillerato.

—No sabía que tenías una hermana.

—Bueno, yo tampoco sé si tú tienes hermanos. Espera…, ¿los tienes?

—¡Ja, ja, ja! Sí, tengo dos. Soy el pequeño de tres hermanos.

—El *consentido* —dijo de pronto Suárez, dándole mucho énfasis a la palabra, como si fuera un dato importantísimo.

—Con ser el Quijote me conformo por ahora; no me busques más motes, por favor. Volviendo al caso, yo repasaré lo que tenemos de la supuesta desaparición de la chica del hospital y le diré a Tere que le dé prioridad a lo de Paula…

—… Sobrino —terminó de decir el subinspector; su jefe era un gran investigador, pero los nombres no eran lo suyo.

—Vamos a por ello, es mejor que nos repartamos la tarea porque, ya sabes, «quien mucho abarca, poco aprieta».

Diego se limitó a sonreír ante el nuevo refrán y tomó la carpeta que contenía toda la información sobre la violación de Inés Zambrano. Sabía que Lucas no estaría muy contento de que revolvieran de nuevo en el caso de su hermana, así que no le quedaba más remedio que ir con pies de plomo. Si su jefe tenía razón, y siempre la tenía, iban a ser las veinticuatro horas más largas de su corta carrera.

17

Lo llevaba en secreto

Cantero volvió a sacar las declaraciones de la familia y los amigos de Eva Gómez, por si había algo que se les hubiera pasado durante la corta investigación.

La denuncia por desaparición databa de cinco meses antes y se había hecho desde esa misma comisaría. La joven volvía supuestamente de una fiesta que daban unos compañeros en un chalet de Somió, una zona exclusiva de la ciudad. Al principio se pensó que se había marchado antes de tiempo de la fiesta, pero muy pronto se supo que ni siquiera había llegado a acudir, por lo que la idea del secuestro o ataque cobraba menos fuerza; ni siquiera había anochecido a la hora en que salió de casa.

Había declaraciones de varios chicos y chicas de su edad que coincidían en no haberla visto allí, aunque hubo algo de desmadre por la gente que acudió. También fueron varios los que comentaron que salía con un chico mayor que ella y que **lo llevaba en secreto**, así que quedaban a escondidas y mentía a su familia para encontrarse con él. Al llegar a la declaración de sus dos amigas del alma fue cuando algo se activó en su cabeza y releyó con atención:

21 de junio de 2021

Transcripción del interrogatorio a Inés Zambrano Ares, diecisiete años. Se halla presente el subinspector Diego Suárez, número de placa 129216.

SUÁREZ: Buenos días, Inés, gracias por venir. Estás aquí en calidad de

testigo y te voy a hacer unas preguntas. Normalmente las hace un policía más veterano, pero en este caso lo voy a hacer yo porque soy amigo de tu hermano, ¿de acuerdo?

INÉS: Sí.

SUÁREZ: Tu nombre es Inés Zambrano Ares, con domicilio en la avenida de las Mestas, número 33, 1.º C, de Gijón, ¿es correcto?

INÉS: Así es.

(Nota: La chica se toma unos segundos para contestar, se la ve bastante nerviosa. Sus padres nos explican que es porque, desde el ataque que sufrió el pasado febrero, apenas sale a la calle).

SUÁREZ: Intenta hablar un poco más alto, Inés. *(La testigo asiente)*. ¿Cuándo fue la última vez que viste a Eva?

INÉS: Hace unos meses, el día que… bueno, ya sabes…, el día que me atacaron. Al principio vino a verme de vez en cuando, después solo hablábamos por teléfono.

SUÁREZ: ¿Sabes si salía con alguien?

INÉS: Sí, llevaba meses con un chico.

SUÁREZ: ¿Lo conoces?

INÉS: Los vi juntos un par de veces…, de lejos.

SUÁREZ: ¿Y nunca hablaste con él?

INÉS: Claro que no, es mayor que ella y lo llevan en secreto… O eso creen, porque lo sabe todo el mundo.

SUÁREZ: ¿Te contó algo sobre él que pudiera preocuparte?

INÉS: No sé qué quieres decir, está colada por él.

SUÁREZ: Cuéntame lo que sepas de ese chico, por favor.

INÉS: No sé mucho: que vive cerca de Mieres, que trabaja de mecánico…, es bastante alto, delgaducho, pelirrojo y con el pelo un poco largo. No lo vi demasiado bien.

SUÁREZ: No está mal para llevarlo en secreto. ¿Crees que la obligó a marcharse con él?

INÉS: Para nada. Eva odia esta ciudad y no le gusta nada estudiar. En su casa no le dejan hacer prácticamente nada. Para quedar con él, a veces le dice a su madre que viene a hacerme compañía porque yo no quiero salir.

SUÁREZ: Entonces piensas que se fue voluntariamente con ese chico, ¿no?

INÉS: No me cabe la menor duda. Eva… no es lo que parece.

SUÁREZ: ¿A qué te refieres?

INÉS: A que no creo que fuera el hombre de su vida. Creo que Eva estaría dispuesta a cualquier cosa con tal de irse de aquí.

El resto de la transcripción no tenía mucha importancia, así que el inspector decidió saltárselo y pasar a la otra amiga, Paula, la que ahora se hallaba desaparecida. Al principio, la conversación era muy similar, salvo por el detalle de que esa vez no fue Diego Suárez quien la había interrogado, sino un compañero que estaba de guardia y que solo se había identificado con el número de placa. Lo anotó por si en algún momento tenía que hablar con él. Al ver la diferencia entre el número de uno y otro, le quedó claro de inmediato que se trataba de un agente mucho más veterano. Leyó por encima, hasta que llegó a una parte que captó su atención:

AGENTE: ¿Sabes si salía con alguien?

PAULA: Llevaba unos meses con un chico, creo que es de Mieres. Bueno, eso nos dijo.

AGENTE: ¿Lo conoces?

PAULA: No, lo llevaba en secreto, al menos todo lo en secreto que se puede llevar una relación en Gijón; esto es como un pueblo, ¿sabe?

AGENTE: ¿Crees que se marchó con él voluntariamente?

PAULA: Ni de coña, jamás se iría sin decírmelo; soy su mejor amiga.

AGENTE: ¿Estás segura? Igual no quería que la disuadieras de sus planes.

PAULA: Eva adora esta ciudad, el mar, la montaña, la gente… Con ese chico estaba porque le molaba que fuera mayor que ella, que trabajara, que tuviera dinero… Pero no creo que pudieran llegar a nada.

AGENTE: Entonces ¿no te crees que se haya fugado?

PAULA: ¡Claro que no! Además…, es la mejor jugadora del equipo.

AGENTE: ¿A qué deporte te refieres?

PAULA: Vóley, tiene el mejor saque de la liga.

AGENTE: De acuerdo. Entonces, si no se ha ido voluntariamente, ¿qué crees que le ha ocurrido? ¿Y por qué ha enviado esos mensajes?

PAULA: Eva no ha enviado esos mensajes, eso se lo garantizo.

AGENTE: ¿Por qué estás tan segura?

PAULA: Porque para ella la «h» no existe. Y esos no tienen faltas de ortografía.

AGENTE: Según su madre, ha utilizado expresiones muy propias de ella.

PAULA: Me da igual lo que diga esa mujer. Eva no se ha escapado, no se iría sin mí.

Cantero releyó aquellas frases varias veces. Una de sus amigas decía que no le cabía ninguna duda de que se había fugado, mientras que la otra ni contemplaba esa posibilidad. Fue el testimonio de la madre de Eva el que hizo que se dejara de buscar a su hija, y cada vez cuadraba menos que la chica se hubiera marchado por propia voluntad. Y más al ver el estado en el que se encontraba desde su llegada a Urgencias. Si querían dar con Paula, tocaba hacer de nuevo unas cuantas visitas y, dado el poco tiempo que tenía hasta que lo relevaran del caso, debía hacerlas ya. Se planteó una ruta para hablar con las dos chicas y la madre de Eva. Se llevó un termo con café; sabía a qué hora había empezado su jornada, pero nada le proporcionaba una pista de a qué hora volvería aquel día a casa.

18

No colabora

Tras cuatro horas de cirugía, el doctor José Miguel Zambrano se relajaba en la sala de Cardiología tomando una infusión y repasando sus emails. Tenía casi treinta sin abrir y se dedicó a leerlos uno por uno. Le pedían que diera una charla en un hospital de Valencia en el que acababan de abrir una unidad especializada en trasplante cardiaco. Miró las fechas, quizá fuera buena idea marcharse con su mujer y su hija Inés hasta allí, para que salieran un poco. Silvia podía quedarse con una de sus tías, o con Lucas. Era consciente del daño que su hija mediana se estaba autoinfligiendo con su decisión de no salir a la calle. Aunque también lo era de lo que su princesa estaba sufriendo desde que la había violado aquel cabrón, hacía ya nueve meses.

Uno de los correos electrónicos lo había enviado la psicóloga que atendía a su hija. Lo abrió por delante de otros del Colegio Médico que llevaban ahí un par de días; igual podían esperar un rato más.

Estimado doctor Zambrano:

Me pongo en contacto con usted porque creo que las sesiones con su hija Inés no están dando el fruto que yo esperaba. **No colabora en nada**, solo finge hacerlo. Ni siquiera ha leído los libros que le pedí. Sigue sin salir a la calle, pese a que se trata de una de las tareas más importantes de la terapia. Le planifiqué incluso un calendario de salidas que he comprobado que ni siquiera les ha entregado. He intentado ponerme en contacto con usted en varias ocasiones, sin éxito. Este es el

octavo email que le escribo. Le agradecería mucho que me llamase o me escribiese para poner en común otra estrategia o para que puedan buscarle ayuda en otro sitio.

En la última sesión me preocuparon bastante unos relatos que escribe y que me prohibió expresamente que les enseñara, o incluso hablar de ellos. Al ser menor de edad, he preferido decírselo, porque esa circunstancia cambiará en menos de un mes.

Por favor, contacte conmigo en cuanto pueda. Muchas gracias,

DRA. ELVIRA ROZAS

El doctor Zambrano se pasó la mano por el escaso pelo y carraspeó un par de veces antes de salir de la sala de médicos para llamar a su mujer; era importante que supiera lo que estaba ocurriendo. O igual ya lo sabía y había preferido no decírselo. No en vano, ella acompañaba a Inés cada martes a la consulta. Comprobó el día en el reloj: miércoles, 10 de noviembre de 2021, con lo cual habría acudido el día anterior.

Su mujer cortó la llamada y le escribió un mensaje para comunicarle que el inspector de policía que llevaba el caso de la amiga de Inés la tenía al habla en el teléfono fijo para comentarle que el subinspector amigo de Lucas se pasaría a conversar de nuevo con su hija. ¿Cómo iba a estar bien su niña si no hacían más que ir a molestarla?

Admiró la capacidad de María de hablar por un teléfono y escribir por el otro; él no podía ni poner la tapa al bolígrafo si se hallaba pautando una medicación para un paciente. Volvió a la sala y abrió de nuevo la sesión en el ordenador. En cuanto tuvo su cuenta de correo ante sí, se percató de que el email enviado por la doctora Rozas había desaparecido. Nadie en aquella sala parecía haber cambiado de lugar y recordaba haber cerrado el correo antes de salir a llamar por teléfono, así que era imposible que alguien lo hubiera borrado. Primero pensó que el ordenador no funcionaba bien y estuvo a punto de avisar a los informáticos para que se lo revisaran. Un segundo después, le pareció que lo

más probable es que lo hubiera borrado él sin darse cuenta tras leerlo; los últimos días tenía demasiado trabajo y le ocurrían más incidentes de ese estilo de lo que le gustaría. Sopesó la posibilidad de pedir una consulta al neurólogo, por si estuviera empezando con algún tipo de demencia, alzhéimer o similar. Se estremeció al pensar que su carrera pudiera acabar por culpa de una de esas enfermedades cuando le quedaba tan poco para jubilarse. Cerró el ordenador, recogió sus cosas y se dispuso a pasar visita en la planta; aún era lo suficientemente válido para comprobar si sus pacientes necesitaban algo más que una pastilla de nitroglicerina debajo de la lengua, y se disponía a probarlo.

19

¡Maldito apéndice!

Alicia se afanaba en aprender a realizar una ecografía abdominal. Por primera vez le dejaban hacer una y quería demostrarle a su radiólogo adjunto que había puesto todo su empeño en conseguirlo. Pasaba el transductor por la tripa de una paciente (muy paciente, ahora entendía por qué se los llamaba así, pues llevaba con ella casi quince minutos y no se había quejado) y buscaba por orden los órganos tal como le habían enseñado:

«Ahí está el hígado, de tamaño y forma normales —se dijo—; primero el lóbulo izquierdo y luego el derecho. El páncreas, qué mal se ve con tantos gases. Más a la izquierda, el bazo. Debajo hay un riñón, ahora el otro. Un rápido vistazo a la vejiga, parece normal. No olvides medir la vesícula si el paciente acude por malas digestiones o dolor en la zona. ¿Has visto algún quiste? ¿Eso debería estar ahí? No veo bien la aorta…, ¿qué puedo hacer? Ah, sí, Alicia, dile a la paciente que no respire, que aguante unos segundos… ¡Por Dios! ¡Dile que respire, que se ahoga!».

El caso es que siempre se hacía lo mismo y cada paciente era completamente diferente. Se sentía muy orgullosa al pensar que, para una primera vez, no se le había dado mal, hasta que llegó el radiólogo y le preguntó si el apéndice era normal. ¡**Maldito apéndice**! Solo sirve para reventarse cuando no debe, para que no puedas ir a la Luna si no te lo quitan o para que te echen la bronca si no lo buscas en una ecografía y eres aún residente!

—Me lo quitaron cuando tenía trece años —le informó la mujer tumbada en la camilla mientras el radiólogo volvía a mirar todo con mucha más precisión.

—Eso —asintió Alicia, con cara de «ya lo sabía».

—¿Y la vesícula?

—Sí, está un poco agrandada porque tiene piedras.

—¡No fastidie, doctora! ¿Ahora también tengo piedras en la vesícula?

—Se dice «colelitiasis», doctora Prieto —le recriminó el radiólogo—. Si dice «colelitiasis» en lugar de «piedras en la vesícula», se evita usted muchos problemas.

Alicia se mordió la lengua, el radiólogo tenía razón. Siendo tan novata, debía cubrirse un poco para que los pacientes no la acribillaran a preguntas; para eso tenían un médico que se lo iba a explicar después.

El teléfono le vibró en el bolsillo y se apresuró a mirar quién la llamaba. Era Lucas. No había sabido de él desde que volvieron de la comisaría. Se sentía tan cansada que llevaba días dormitando entre la cama y el sofá. Había puesto más de una serie de las que no había visto un capítulo entero. Colgó con disimulo y esperó a terminar el informe de la prueba de la paciente para devolverle la llamada.

—Lucas, perdona, estaba haciendo una ecografía y no podía cogerlo.

—Me imaginaba que estabas ocupada, no te preocupes. Es que necesitaba contarte algo.

—Dime.

—Preferiría quedar esta tarde para hablarlo en persona, si no te importa.

—Claro, no hay problema. ¿Ha ocurrido algo? ¿La policía otra vez?

—Pues sí, exactamente eso. Resulta que el inspector con el que hablamos el otro día piensa que tiene tres casos en uno.

—El de las dos amigas de tu hermana. Y el tercero…, ¿el de tu

hermana?

—Eso es. Me ha llamado hace un rato Diego, ya sabes, mi amigo el subinspector, para decirme que quiere hablar con mi hermana.

—Y tú no quieres que lo haga porque crees que le va a hacer daño sacar el tema de nuevo.

—Más o menos, Alicia. No quiero que hablen con mi hermana porque ha cambiado mucho desde que la atacaron. Antes era una persona increíble, pero ahora…

—Ahora tiene un trauma sin superar, Lucas.

—Ya lo sé, solo que ahora aleja a la gente de ella y no quiero que lo vean los policías.

—No la puedes proteger eternamente, mira cómo está esa otra chica, Eva. Si la policía piensa que puede ayudar a dar con su amiga, tienes que dejar que lo intenten.

—¿Vienes conmigo a casa de mis padres? Es que… creo que Inés se abre mucho más cuando hay una chica. Quizá con Diego se cierre en banda.

—No tengo ningún problema en ir, Lucas, pero creo que no me corresponde estar ahí.

—¿Y si a ella le parece bien?

—Si a ella le parece bien, allí estaré a la hora que me digas, hoy no tenía planes.

—Muchas gracias, Alicia, te debo una.

—No te preocupes, ya te pasaré el próximo paciente con fecaloma que llegue a Urgencias en una guardia, como a Izan el otro día. O, mejor aún, alguno con sarna o con piojos, que sé que esos te gustan más.

—Eres un demonio —se rio él—. Acepto el trato.

Alicia colgó el teléfono y suspiró. Canceló la cita que tenía en la peluquería para esa tarde y pensó que echar una mano a un amigo bien valía que llevara pelos de loca unos días más. Fuera la lluvia comenzaba a caer, lo tomó como una señal de que no era día para cortarse el pelo y entró en la sala, donde la esperaba

un paciente que sí tenía un apéndice que explorar.

20

Un lugar tranquilo

El cementerio de Ceares se podía ver desde casi cualquier lugar de la ciudad. Dentro del parque de Los Pericones, las zonas verdes, llenas de árboles, sombras y luces hacían del camposanto un lugar hermoso en el que despedir a un familiar. Apoyado como estaba en el cerro, los nichos y panteones se colocaban en hileras aprovechando el terreno en cuesta, y unos escalones hacían de improvisados pasillos donde resguardarse del sol de la tarde, en los pocos días en los que la lluvia y las nubes se concedían un pequeño descanso. Allí convivían almas antiguas y nuevas, en mausoleos familiares e individuales. Ángeles de piedra, frases de despedida grabadas en el mármol, lápidas resquebrajadas y cruces recién abrillantadas…, todo destinado a un descanso eterno e inevitable y **un lugar tranquilo** por el que transitar.

Hacía menos de una hora que una mujer, que visitaba la tumba de su marido, había sufrido una crisis de ansiedad al ver, en una de las zonas más viejas del cementerio, uno de los panteones profanado y con evidentes signos de vandalismo. La mujer se acercó mientras protestaba porque la juventud ya no respetaba ni a los muertos, palabras salidas de su boca y congeladas al comprobar que quien hubiera abierto a la fuerza aquel lugar de descanso eterno no buscaba hacer una pintada precisamente ni mearse en un rincón.

Tumbado encima de una lápida se encontraba el cuerpo de una chica muy joven, muy blanca. A primera vista podría

parecer esculpida, si no fuera por la ropa y el pelo. Alguien le había colocado un camisón blanco que le tapaba hasta la barbilla y una corona hecha con flores secas y de la que salía un ligero olor dulzón. Alrededor de su cuerpo habían esparcido plumas de varios tipos de aves, quizá semejando unas alas, como señaló más tarde uno de los técnicos de la Policía Científica que se personaron a tomar muestras.

Cantero sentía ganas de gritar. No solo había una chica en el hospital con miles de cortes por todo el cuerpo, que muy probablemente se debiera a un ajuste de cuentas, tal como había pasado unos años antes en Madrid, sino que ahora el cuerpo de su amiga (la semejanza con la fotografía que le pesaba en la mano más que una de aquellas losas ante las que se encontraba así lo corroboraba) esperaba encima de una de las tumbas más antiguas de un cementerio de la ciudad, colocado como si de un ángel se tratara. Ya no podía demorar más el informe a su jefe, que le quitaría definitivamente el caso de las tres adolescentes. Porque, a esas alturas, de lo único que estaba seguro era de que las tres estaban implicadas en él, aunque aún no acertara a ver de qué manera.

—Jefe…, los de la Científica quieren saber si nos mandan las fotos a nosotros o la Unidad de Homicidios de Oviedo —preguntó el subinspector Suárez.

Cantero lo miró como si lo viera por primera vez.

—A los dos —respondió a la vez que sacaba el teléfono.

—He quedado luego con el hermano de Inés Zambrano para ir a hablar con ella.

—Ve. Lo más seguro es que no llevemos el caso a partir de mañana, pero mejor será que hagamos nuestro trabajo lo mejor que podamos hasta que nos lo quiten.

—Habrá que dar la noticia a la familia —se lamentó el joven.

—Los padres de Paula Sobrino están separados. Nos dividiremos y así lo sabrán casi a la vez. No estaría bien que le diéramos la noticia a uno y, cuando fuéramos a dársela al otro,

ya se lo hubieran dicho entre ellos.

—¿Voy yo a hablar con la madre? —se ofreció Suárez.

—De acuerdo, del padre me encargo yo —zanjó el inspector mientras se acercaba el teléfono a la oreja y le hacía un gesto al subinspector dejándole claro que la llamada era importante.

Cantero se alejó unos metros para explicarle al comisario Montes con más tranquilidad en qué punto de la investigación se encontraban, le avisó del hallazgo del cadáver de la chica que estaba desaparecida desde el viernes y, en último lugar, pasó a relatarle el caso de tortura china en Madrid, con el que había dado por casualidad. Como esperaba, su jefe se mostró preocupado y le avisó de que lo más probable sería que les quitaran el caso, dada la similitud. No le afectó demasiado porque ya lo esperaba y se prometió que lucharía por permanecer en él hasta desfallecer. Se lo debía a aquellas chicas.

Volvió junto a los técnicos y preguntó por el forense; ya sabía que abarcaban una zona muy amplia y a veces tardaban en llegar mucho más de lo que pretendían.

—Está hoy de guardia la doctora… Pilar Sanjurjo —le informó uno de los técnicos.

—Ah, bien, ¿y dijo sobre qué hora vendrá?

—Antes de lo que te imaginas, por lo que veo —soltó una voz a su espalda.

El inspector se dio la vuelta al escuchar la voz de la forense, quien llegaba con un café en una mano y un maletín enorme en la otra. Le quedaba bien el flequillo. No era una mujer atractiva, más bien todo lo contrario. Su cuerpo semejaba una columna románica: recio, sin curvas, sin adornos. Cuando la conoció, le vino a la mente una figura hecha con el cartón interior del papel higiénico, sin ninguna forma extra en las caderas o en el pecho. Los brazos y las piernas delgados, y con unos músculos escondidos bajo la piel, podrían muy bien estar pegados al cuerpo-cilindro con un poco de pegamento en barra. De aquel primer caso en el que trabajaron juntos habían pasado ya unos

años y ahora la admiración y el respeto por la forense le hacían sentirse culpable por la visión tan primitiva que había tenido de ella aquella primera vez. Además, recordaba que le había resultado mucho más bonita en cuanto habló con ella. Incluso sintió que las formas volvían al cuerpo de la mujer, quien suplía su falta de atractivo con una preciosa voz cantarina y unos ojos que transmitían mucho más de lo que su boca decía.

Sí, le gustaba trabajar con Pilar Sanjurjo, y, de haber podido elegir, la habría señalado a ella sin duda. Como para darle fuerza a su pensamiento, un solitario rayo de luz se filtró entre los árboles del cementerio y aterrizó en la cara de la mujer, quien se vio forzada a guiñar un poco los ojos.

—Nada sucede por casualidad —concluyó el inspector a la vez que recordaba su mote con una sonrisa.

21

Un ángel

Se encaminaron al panteón donde los técnicos sacaban fotos y tomaban muestras de todo lo que parecía más reciente. Por lo que les había dicho el sepulturero, aquel panteón llevaba más de quince años sin abrirse.

—Mierda —se regañó el inspector de inmediato.

La forense levantó una ceja.

—¿Ocurre algo? —preguntó sin separar la vista del policía.

—Es una chorrada; no es el sepulturero, sino el celador. Me lo ha recalcado el hombre tantas veces que no sé cómo he podido olvidarme de nuevo. El sepulturero es el que se encarga del mantenimiento de las tumbas, no de su custodia.

—No te acostarás sin saber algo más —ironizó Sanjurjo para crear un ambiente distendido. Al llegar, se había percatado de que, como ocurría tantas otras veces, entre el personal que trabajaba en el escenario se había creado un halo de silencio demoledor, como si hablar fuera una falta de respeto o un signo de poca profesionalidad.

—Qué bien me conoces —sonrió Cantero al escuchar el refrán.

—Mejor de lo que tú te crees, Quijote —zanjó ella, acentuando la sonrisa del inspector—. ¿Qué tenemos?

—**Un ángel**.

—¿Cómo dices?

—Quienquiera que la dejase ahí quería que la viéramos como un ángel: ha colocado un montón de plumas de aves semejando unas grandes alas a los lados del cadáver.

—Las plumas están a los lados de la lápida —se extrañó ella.

—Sí, porque en la lápida no le cabían para recrear esta forma. Si las miras desde arriba, se ven perfectamente.

—Es cierto —afirmó la forense mientras se acercaba un poco al cuerpo, con cuidado de no tocar nada a su paso ni alterar siquiera una pluma—. ¿A qué huele aquí?

—¿A muerto? —ironizó el inspector; se la debía.

—¡Ja!, muy gracioso, Jorge. No, huele a una especie de alcohol, pero no termino de reconocerlo.

—¿A una bebida alcohólica? Quizá el que hizo esto trajo una botella…

—No, no; huele más bien a algún tipo de alcohol para desinfectar o para limpiar, no estoy segura. Parece que sale de la chica.

—Es cierto…

—Disculpe, inspector —llamó su atención uno de los técnicos —. Me ha dicho mi compañero que quiere que les dé máxima prioridad a estas muestras.

Cantero se acercó a comprobar lo que le enseñaba el joven. Habían encontrado dentro del panteón el papel de un chicle, una colilla apagada y, al menos, tres latas de refresco.

—Parece que los tiraron por la abertura que queda encima de la puerta hace tiempo, no es muy probable que nos ayuden en este caso.

—¿La colilla, quizá? —le animó el chico.

—No, está mohosa y tiene pinta de llevar allí mucho tiempo, no te preocupes. Me vale con que les demos prioridad a las muestras de la víctima y a las huellas. De todos modos, procesa estas también.

—De acuerdo —convino el técnico antes de poner una etiqueta en los objetos que determinaba que no eran urgentes.

El inspector miró la colilla con pena y después con asco. Por un segundo, le apeteció tanto una calada que la imagen de poner en su boca una boquilla mohosa le produjo la suficiente

repugnancia para volver a sus chicles de nicotina sin dudarlo. ¡No podría soportar la ansiedad sin ellos!

—Oye, Pilar, creo que nos van a quitar el caso —añadió dirigiéndose a la forense.

—¿Ya? Pero si acabo de aparcar. Cada vez nos los quitan antes.

—Esta chica desapareció hace seis días y tenemos en el hospital otra dada por fugada y que muy probablemente se trate de un secuestro mal investigado o encubierto por alguien. Y, esto te lo digo entre nosotros, he encontrado un caso similar en Madrid de 2015.

—Si hay antecedentes en la capital, dalo por perdido. Entonces ¿no quieres que me ponga con el cadáver?

—¿Estás de broma? Lo que quiero es que lo hagas a toda prisa. Me gustaría saber todo lo posible de lo ocurrido, y cuanto antes, para encontrar la manera de quedarnos el caso.

—Dalo por hecho. Tan pronto como acaben los técnicos, nos vamos. Llámame a lo largo del día.

El inspector se alejó de la forense con la sensación de que la vida era demasiado valiosa para acabar en una mesa de autopsias antes de lo debido, por culpa de aquellos monstruos que se apropiaban el poder de decidir quién merecía vivir y quién no. Y ya hacía muchos años que Jorge Cantero había tomado la decisión de cazarlos a todos.

22

Que en paz descanse

—Buenos días —saludó el policía al llegar a la altura de la mujer que había dado la voz de alarma. Observaba todo como si se encontrase en un manicomio—. Soy el inspector Jorge Cantero.

—Buenos días, me llamo Sagrario Fernández —respondió ella antes de sonarse los mocos de nuevo.

—Creo que es usted quien encontró el cadáver, ¿me equivoco?

—No, no, así es. Fui a visitar la tumba de mi pobre marido, **que en paz descanse**, y me fijé en que la puerta del mausoleo de los Ortiz de Rebolledo estaba abierta. Yo llevo viniendo a este cementerio muchos años, porque hace ya más de veinticinco que mi madre nos falta, y treinta y dos mi padre, fíjese usted.

Parecía que no iba a tener que hacer muchas preguntas, la tal Sagrario tenía unas ganas locas de hablar. Quizá pasar tantas horas en el cementerio la había obligado a guardar silencio demasiado tiempo.

—Y entonces ¿se acercó a mirar? —le preguntó él, más por intervenir que por dirigir la conversación.

—¡Claro que no! ¿Qué se piensa que soy?, ¿una cotilla? Recé el rosario porque ya eran las doce y tenía prisa. Mi José Antonio, que en paz descanse, comía todos los días a las dos en punto de la tarde y yo sigo haciendo la comida para esa hora, por costumbre, ¿sabe usted? Entonces vi junto al mausoleo algo que brillaba y eso sí que me parecía raro, porque aquí limpian muy a menudo. Terminé el misterio…

—¿Perdón? ¿Qué misterio? —quiso saber Cantero; quizá la mujer se refería a alguna pista sobre el agresor de la chica.

—Al misterio que rezaba en el rosario; ustedes los jóvenes no tienen ni idea de rezar, ya lo sé, pero yo soy incapaz de salir a la calle sin mi padrenuestro. Pues eso, como le decía, terminé de rezar un misterio, que no lo podía dejar a medias, y me acerqué a ver qué era eso que brillaba, entonces me di cuenta de que algún sinvergüenza había dejado un espray de esos que usan los que pintarrajean las paredes y me indigné mucho, porque esta juventud no respeta a nadie y no se puede consentir. Entré muy enfadada pensando que me iba a encontrar un dibujo de…, ya sabe…

—Eh…, no, no sé.

—Bueno, esos dibujos que hacen los chicos de sus…, ya sabe.

—¿Un pene, quiere decir? —le facilitó las cosas el inspector.

—No se haga el tonto, que seguro que le ha tocado poner multas a más de uno por eso, o llevarlos al calabozo —le regañó ella antes de persignarse.

—¿Y qué vio?

—¿Cómo que qué vi? Pues a esa niña muerta. Pobrecita, tan guapa, con ese pelo tan bonito. Porque yo no tuve hijas, ¿sabe usted? Solo un hijo que me llama una vez a la semana y al que veo de Pascuas a Ramos.

—Ya… ¿Y vio a alguien salir de aquí o algo que le resultara sospechoso?

—Claro que no, en la parte más nueva del cementerio había bastante gente, por la zona de los panteones solo suele pasar algún curioso, las familias se acaban en algún momento en que los hijos deciden no tener descendencia y ya no hay nadie que venga a llorarte a tu tumba. Porque por mucho que les demos a los hijos, no podemos actuar por ellos y esta generación cada vez es más egoísta, ¿sabe usted? Mi José Antonio ya me lo decía: «El chico nos ha salido vago y así ni trabajo decente ni familia en condiciones». Y ahora que lleva muerto tanto tiempo, que en paz

descanse, tengo que darle la razón.

Cantero suspiró; si podía sacar algo de aquella mujer, iba a ser a costa de un buen dolor de cabeza. Reprimió una mueca de disgusto y se contuvo de decirle al subinspector Suárez que se encargara él. Se sentía tan culpable de no tener ninguna pista que pensó que soportar una jaqueca podría ser un precio muy pequeño a pagar por ver cómo la vida de Paula Sobrino se le había escapado de entre los dedos sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

23

Había hecho una promesa

El hombre miraba la foto de su hija sin entender aún qué había pasado. Desde el viernes anterior no pegaba ojo y algo le decía que Paula ya no estaba viva, lo sentía por dentro. Intentaba, sin demasiado éxito, desterrar sus pensamientos; necesitaba aferrarse a la idea de que se equivocaba y que en cualquier momento la joven volvería a casa pidiendo perdón por haber desaparecido de aquella manera.

Se levantó como pudo para servirse el cuarto gin-tonic del día. Llenó el vaso de ginebra hasta arriba y ni siquiera se molestó en echarle hielo, ni limón, ni enebro, ni tónica; ya solo quería sentir el licor quemarle la garganta al tragar y llevarse a su paso la desolación instaurada en su cabeza hacía seis días.

No oyó el timbre la primera vez. El alcohol lo había sumido en una especie de sopor que le permitía dejar la mente en blanco y disfrutar de la compañía de una hija ausente. Imaginaba que Paula llegaba del instituto con su eterna sonrisa, con ese diente al que le faltaba un pequeño trocito desde que se lo había partido el primer día que montó en bici a los siete años. Imaginaba que Paula salía corriendo por la tarde para entrenar y que el siguiente viernes iría al hogar de acogida donde echaba una mano en la guardería desde hacía ya varios meses. Imaginaba que Paula se sentaría con él en el sofá a ver el fútbol, se pondría la bufanda del Sporting para «ambientarse» y se enfadaría con cada decisión arbitral que no beneficiara a su equipo, estuviera bien pitada o no. Imaginaba que Paula ayudaría a sus amigas con las Matemáticas porque era, como

ellas mismas decían, «una máquina». Y solo imaginaría. Porque la realidad era que su hija no estaba allí para hacer todas esas cosas, y él no quería imaginar nada distinto.

El timbre volvió a sonar. El hombre se levantó como pudo y se encaminó a la puerta. Quienquiera que fuera, insistía tanto que habría sido mucho más molesto ignorarlo. Fue justo al abrir cuando supo que su niña no volvería más.

—Buenos días, ¿Tomás Sobrino? —preguntó un hombre bien peinado, con el pelo salpicado de canas y vestido con un traje a medida, que permanecía en el rellano junto a dos policías.

—No, no puede ser… —musitó tras unos segundos vacilante; el alcohol no le dejaba vocalizar.

—Soy el inspector Jorge Cantero, disculpe que le importune, es importante. ¿Podemos entrar? —preguntó, pese a que dudaba de que aquel hombre fuera capaz de contestar siquiera.

—Mi niña no, mi niña no… —repetía sin parar—. Porque es eso, ¿verdad?

—Lo siento, señor, creo que es mejor que hablemos dentro —le pidió Cantero al percatarse de que los vecinos comenzaban a asomarse para ver a qué venía aquel alboroto.

Tomás no era capaz de decirles que entraran o que se fueran, no hablaba con coherencia, las palabras salían de su boca sin sentido. Quizá el alcohol, además de embotarle la cabeza, le proporcionara la suficiente lentitud de reflejos para ralentizar su capacidad de comprensión. El inspector se sentó con él, le contó con toda la sensibilidad que pudo que Paula había sido asesinada, que no tenían pistas por el momento y que necesitaban que alguien la reconociera en el Anatómico Forense en cuanto fuera posible.

La noticia cayó sobre el padre de la joven como un jarro de agua fría y le proporcionó unos momentos de lucidez en los que lloró, se lamentó y prometió que iría esa misma tarde a hacer lo que le pedían, que su hija muerta le necesitaba y que eso era lo único que le importaba.

—Les pido que no sea su madre la que reconozca el cadáver, por favor. Es cierto que llevamos años separados, pero la relación entre nosotros no es mala, sobre todo cuando se trata de algo que concierne a Paula.

—¿Sabe quién podría querer hacer daño a su hija? —quiso saber el inspector.

—No creo que nadie quisiera hacerle daño. ¿Por qué piensa eso? Mi niña era un ángel, siempre ayudando a todo el mundo. No sabía decir que no, le costaba muchísimo; cuando se la necesitaba, ahí estaba ella. Mi niña… no, ella no…

—De verdad, no sabe cuánto lo lamento; más aún hacerle estas preguntas cuando le acabo de dar la peor de las noticias posibles. Es imprescindible atar todos los cabos para reconstruir los últimos días de Paula y poder dar con su agresor.

—¿Cómo ha sido? —soltó Tomás mientras miraba una foto de su hija que descansaba en el mueble situado enfrente.

—Me temo que no puedo darle ningún detalle —le explicó el policía.

—Ya… Solo quiero saber… En realidad lo que me importa es… si ha sufrido.

—No le voy a mentir, Tomás, no tengo ni idea aún. La forense acaba de hacerse cargo del… de su hija, y en cuanto sepamos algo más se lo diré, se lo prometo.

—¿Tiene usted hijos, inspector?

—No, intento pensar que sé lo que se siente al perder un hijo porque, por desgracia, forma parte de mi trabajo dar este tipo de noticias. Y en realidad no tengo ni idea de lo que es. Pero la experiencia me dice que no hay dolor más grande.

—Exacto. Sería mejor que me arrancaran un brazo. ¿Qué digo un brazo? ¡Que me arrancaran todas las extremidades una a una sin molestarse en anestesiarme! Pero ¿un hijo? Ahora mismo estoy muerto dentro de este cuerpo. Es morir en vida, se lo aseguro.

—Lo siento muchísimo. Creo que deberíamos dejarle

tranquilo. Tome mi tarjeta y no dude en llamarme para cualquier cosa que necesite.

El hombre, en lugar de darle las gracias, se sirvió un nuevo vaso de ginebra que miró mientras los policías salían de su casa en silencio. El inspector no podía culparle de querer sustituir el dolor por el alcohol. Quién sabe cómo reaccionaría él. Tampoco pudo ver cómo se levantaba a vaciar el vaso por el desagüe y, a continuación, todas las botellas que encontró por casa. Le **había hecho una promesa** su hija que aún no había cumplido, y lo único que lo reconfortaba era pensar que Paula lo miraría con orgullo allí donde estuviera.

24

Vacía

La chica descansaba en una fría mesa del Instituto Anatómico Forense de Oviedo. La doctora Sanjurjo examinaba el cuerpo con una mezcla de perplejidad y horror. Pensó en quién habría podido hacerle aquello. En sus años de carrera había visto de todo, o eso pensaba ella. No hacía demasiado tiempo que le había tocado examinar los cadáveres de una familia entera. Habían perecido presas de las llamas en su casa de aldea. Y no eran cuatro ni cinco, se trataba de un matrimonio con siete hijos que ardieron sin oportunidad alguna de salir de allí. A veces, cuando pensaba en ello, aún le venía a la mente el olor que la había acompañado durante semanas tras el incidente.

Otra vez le había tocado ir al levantamiento del cadáver de un chico que se había suicidado tirándose al mar y había aparecido varios días después. El estado en que se hallaba era lamentable por la cantidad de tiempo que había estado expuesto a la fuerza de las olas, a la sal y a los animales marinos, que se habían cebado con su cuerpo.

Pero ¿aquello? Jamás había visto semejante sadismo. Llamó al inspector Cantero en cuanto terminó con una primera valoración del estado del cadáver y le pidió que acudiera con cierta premura; aquel caso iba a traer cola. No era solo que la hubieran matado, igual no había sufrido demasiado, pero lo que habían hecho con el cuerpo…

En menos de veinte minutos, el policía llegaba al Anatómico Forense muy alterado, pese a que la doctora no había querido darle ningún detalle; era la primera vez que le llamaba y le

pedía que acudiera rápido a ver un cadáver, y eso que habían coincidido en muchas ocasiones durante sus respectivas carreras. Cantero entró en el edificio y, sin preguntar, se fue directo a buscar a la forense. Se coló sin querer en una sala donde un cuerpo permanecía abierto delante de varios estudiantes de Medicina que lo miraron como si de un loco se tratara; no en vano, el mote de Quijote se lo había ganado a pulso y algo le decía que no solo era por su afición a los refranes.

—¿Jorge? —preguntó la forense al verle un tanto desorientado.

—¡Ah, por fin te encuentro! He venido lo más deprisa que he podido, no sé qué puede ser tan urgente. ¿Ha llegado Tere Andreu? He quedado con ella aquí, se aparca mejor que en la comisaría.

—Aún no. Te he llamado porque necesito que veas una cosa. Es horrible.

—Me tienes en ascuas, Pilar. En el cementerio no percibí signos de tortura. De hecho, se la veía muy guapa, como si fuera…

—Un ángel —le interrumpió ella.

—Eso es. Entonces ¿qué te preocupa?

—Mira —le pidió Sanjurjo mientras levantaba la sábana que cubría el cuerpo de la muchacha.

—¿Qué… qué cojones le han hecho? —exclamó Cantero—. ¿Qué es esta mierda?

—¿Habías visto alguna vez algo así? No tengo ni idea de qué se trata, tal vez una especie de gel; es bastante sólido y a la vez muy maleable. He mandado una muestra a analizar con prioridad absoluta.

—Según vi el cadáver encima de aquella lápida, no me pareció que hubiera sufrido en absoluto, es más, habría dicho que la muerte le sobrevino mientras dormía, tal vez de repente, no sé.

—En el cementerio pude ver la herida —le confesó ella—. Tú te habías ido a hablar con la testigo y me habías advertido de

que corría mucha prisa, así que me la traje aquí para examinarla cuanto antes. No sabía que no estabas al tanto del corte que le cruzaba el pecho y el abdomen. Quizá debería habértelo dicho, lo siento.

—No, no, en realidad has hecho exactamente lo que quería que hicieras. Solo que me llama mucho la atención esto. ¿Quién podría ser tan sádico? ¿Qué crees que ha ocurrido?

—La chica murió de exanguinación —zanjó la forense.

—¿Desangrada? ¿Y esto? —preguntó el inspector, señalando el interior del cadáver.

—¿Decís que murió desangrada? —dijo la inspectora Andreu a la vez que se colocaba unos guantes.

—Joder, Tere, qué susto —se sobresaltó el policía—. En estos sitios es mejor no ser tan silenciosa, si no te importa.

—¿Problemas con los muertos, Cantero? Te creía más terrenal —ironizó ella.

—«Quien teme a la muerte no goza la vida» —respondió él a toda prisa—. Ha sido un vivo el que le ha hecho esto a la chica. Es solo que el Anatómico Forense no es uno de mis lugares favoritos, ya lo sabes. A lo que vamos, que la chica murió desangrada.

—Sí —añadió Sanjurjo—. Además, la desangraron como a un *gochu*, perdón, como a un cerdo, que no me acordaba de que tú no eres asturiano, Cantero.

—¿Qué? ¿Como a un cerdo? ¿En serio?

—Sí, mirad… Le hicieron una herida en el cuello, de la que fue brotando sangre, y la mantuvieron colgada por los pies, por eso la cara tenía más color que el resto del cuerpo. En los tobillos se puede apreciar la marca de una cuerda, una soga o lo que sea. Estuvo en esa postura mucho mucho tiempo.

—Qué raro —intervino la inspectora—, mis padres hacían matanza en el pueblo y el cerdo tarda pocos minutos en morir.

—Es cierto, porque se le hace un corte grande en la garganta.

A esta chica la pincharon con un punzón y tardó horas en vaciarse. Quien lo hiciera no quería que muriera muy deprisa.

—¿A qué huele? —preguntó Andreu.

—Sí, yo también lo noté en el cementerio —repuso Sanjurjo—. Nuestro agresor, tras vaciar de sangre el cuerpo de Paula, lo abrió en canal y le extrajo todos los órganos. Después lo lavó varias veces.

—¡Qué salvajada! ¿Y esto que hay dentro del torso?

—Rellenó la cavidad **vacía** con algo gelatinoso, no te sé decir. Se lo comentaba antes a Jorge, lo he mandado a analizar porque no tengo ni idea de lo que es. Lo peor es que no hay ningún órgano dentro.

—¿Le han sustituido los órganos por esta sustancia?

—Sí. A mi parecer, la han vaciado del todo, órganos y sangre… Incluso los ojos, mirad.

—¡No puede ser! ¡Qué horror! —espetó la inspectora—. Le han sustituido los ojos por dos bolas de esa gelatina o lo que sea. En mi vida había visto nada igual.

—Sí que os puedo decir que el cadáver permaneció refrigerado hasta que lo dejaron encima de la lápida donde la hemos encontrado, y que el olor que he notado en el cementerio es de un desinfectante muy parecido al que uso yo para lavar los cadáveres. Parece que lo querían bien limpio antes de rellenarlo.

—Menuda sangre fría, ¿no? ¿Y sabes algo sobre la hora de la muerte?

—La hora… Más bien el día.

—¿Cómo? —se extrañó Andreu.

—Hoy es jueves y son las… cinco. No puedo saberlo con seguridad, pero apostaría a que lleva muerta desde que desapareció el viernes por la noche, o el sábado; es imposible precisar más.

Cantero tenía la sensación de que demorar la ayuda que llegara de Madrid no serviría más que para ralentizar la investigación. Tampoco sabía la relación entre la violación de

Inés Zambrano, la tortura a Eva Gómez y el asesinato de Paula Sobrino, si es que la había. En aquel momento aceptaría la ayuda de la capital o del mismísimo infierno, si eso le proporcionaba alguna pista.

25

Harta y cansada

Inés terminó la conversación que tenía pendiente con aquel chico, Markius; por el momento era el más resolutivo de los cinco. Se había visto obligada a cerrar con pestillo, su hermana no parecía darse por aludida con ninguno de los comentarios que le había hecho sobre la privacidad en casa. A veces era tan simple… No se decidía por ninguno en concreto, ni tampoco se atrevía a despacharlos, por si acaso. En el salón la esperaban su hermano y aquel amigo suyo, el policía, y había decidido no salir de la habitación hasta terminar la conversación que la mantenía ocupada. Si la policía quería hablar con ella de nuevo, tendría que esperar.

Cuando hubo terminado de chatear y de borrar el historial para evitar futuros problemas, salió como si acabara de despertarse de la siesta.

—Perdón, no sabía que estabais aquí —mintió.

—Hola, Inés —la saludó Lucas—. Supongo que recuerdas a Diego, el subinspector Suárez; ya ha hablado contigo más veces.

—Cómo olvidarlo —ironizó la chica, dibujando una de sus mejores sonrisas.

—Soy consciente de que no te apetecerá mucho remover lo que te ocurrió en febrero, Inés, pero necesitamos seguir todas las pistas posibles.

—Tienes razón, no me apetece nada hablar de ello, nunca me apetece, pero si hay que hacerlo…

—La cuestión es que, si no fuera imprescindible, no estaría aquí. Mi jefe ha pensado que era mejor que viniera yo a otro

cualquiera a quien no conozcas. ¿Te parece bien?

Ella se limitó a asentir y a coger una galleta de encima de la mesa. Su madre les había preparado café mientras esperaban y, como siempre que había visita (cada vez menos), un plato lleno de manjares cocinados por ella. Por el pasillo apareció su hermana pequeña, a todas luces atraída por el olor de los dulces recién horneados. Inés la miró fijamente, dejando patente que no quería más testigos de lo que iba a contar. María, al percatarse de ello, colocó lo que sería su merienda en un plato y acompañó a Silvia a la habitación, donde le pidió que permaneciera hasta que se hubieran marchado los policías; la chica protestó porque le parecían pocas galletas y por quedarse fuera de algo tan interesante.

—Necesito que me cuentes de nuevo lo que te ocurrió —prosiguió Suárez.

—No es posible, ¿cuántas veces lo tengo que contar? ¿No podéis leer la declaración de nuevo? Cada vez que lo revivo, paso varios días sin dormir.

—Intenta colaborar, Inés —le pidió Lucas sin dejar de mirarla.

—Tiene razón, hijo —intervino María—. A tu hermana no le hace ningún bien hablar del tema una y otra vez, no cierra ese capítulo de su vida jamás. Y hay cosas que no tendría por qué repetir.

—Si te parece, haremos una cosa: intentaré preguntarte solo lo imprescindible para avanzar de alguna manera en la investigación que llevamos en curso, ¿de acuerdo? —propuso el subinspector.

—Lo que sea necesario, pero empieza ya, por favor, que me duele un poco la cabeza.

—Está bien. ¿Has sido capaz de recordar la cara del agresor o alguno de sus rasgos?

—No, por más que lo intento…

—Vale… ¿Escuchaste a tu agresor decir algo que te dé una pista de que ya te conocía?

—Me llamó «zorra»…, quién sabe.

—¡Inés! —la regañó su hermano—. ¿Se puede saber qué coño te pasa?

—¡¿Que qué coño me pasa?! Que estoy harta de que me preguntéis por esto, que estoy harta de sentir miedo todos los martes cuando voy a la psicóloga, que estoy harta de que me miréis con pena y se haga un silencio incómodo cuando decís algo que me pueda recordar lo que ocurrió. ¡Estoy **harta y cansada**!

—Entiendo cómo te sientes —terció el subinspector.

—Lo… lo siento, no debería haber dicho todo eso. Es que esto es muy duro, no sabes lo que es revivir aquello una y otra vez —se lamentó Inés.

—He visto y he hablado con muchas víctimas de violación. No lo he sufrido, de acuerdo, pero te puedo asegurar que a estas alturas sé la cantidad de sentimientos que puede generar una agresión así. A tu hermano le pasa lo mismo al trabajar en Urgencias en el hospital.

—No es lo mismo.

—No, no lo es. Intento hablar contigo porque ha ocurrido algo horrible. Han encontrado a Paula.

—¡¿En serio?! ¿Dónde está? —se interesó ella de repente—. ¿Está bien? ¿La han… la han violado?

—Está en el Anatómico Forense —dijo Suárez como única respuesta, y la cara de Inés cambió—. Pensábamos que Eva se había escapado, y apareció torturada de una manera brutal. Pensábamos que Paula se había escapado, y ha aparecido muerta esta mañana. Necesitamos que nos expliques por qué os han atacado a las tres. Entiendo que te resulte incómodo, pero estarás conmigo en que debemos insistir en entenderlo.

—No tengo ni idea —respondió ella con lágrimas en los ojos —. No lo puedo creer. Paula muerta…

—Necesito que recuerdes cualquier detalle que puedas encajar

en los tres casos: un acosador común, alguien que a las tres os pareciera sospechoso en algún momento, algo que dijeran tus amigas que te hiciera pensar… Cualquier cosa, ¿de acuerdo?

—Sí, pero ya te dije que no me parece que pueda ayudar en nada. Por más que lo intento, solo encuentro un vacío enorme en mi cabeza cuando pienso en ello.

—¿Y el supuesto novio de Eva? Si recordaras el nombre o dónde trabaja o el pueblo en el que vive… ¿Me dijiste Mieres?

—No… no estoy segura de si es de allí o de algún pueblo cerca de Mieres, la verdad —respondió mirando a su hermano—. Ojalá pudiera hacer más.

—¿Qué crees que les ha pasado a tus amigas?

—Yo no tengo amigas. Antes del ataque éramos inseparables, jugábamos al vóley, íbamos juntas a clase, hablábamos de todo… Después dejaron de venir, apenas me llamaban y no me contaban nada de su vida. Creo que igual empezaron a ir con quien no debían, no lo sé. Lo que sí sé es que cambiaron mucho. Eva era un poco…, cómo te diría yo…, ligera. Y Paula… Bueno, Paula era bastante selectiva con los chicos. No era tan buena como parecía. ¡Ay, Dios! No me puedo creer que hable así de ella. ¡Acaba de morir! —sollozó la joven de repente.

—De acuerdo —terminó diciendo Suárez ante la manera de comportarse de la hermana de su amigo; tampoco quería hacerla sufrir más de lo imprescindible y parecía que no tenía el mejor día—. Si recuerdas cualquier cosa…

—Por supuesto, lo que haga falta —respondió ella a la vez que se limpiaba los ojos con un pañuelo de papel.

Al volver la cabeza hacia su hermano, se dio cuenta de que este la miraba fijamente con una dureza que no había sentido jamás. Ella no apartó la vista, aguantó hasta que él se levantó y acompañó a su amigo a la puerta. Había leído en sus ojos lo que tanto se había empeñado en esconder. Se encogió dentro de la sudadera; ahora sentía frío.

26

Reunión de pastores, ovejas muertas

Mientras tarareaba la misma canción por cuarta vez, el subinspector Suárez intentaba llegar a la comisaría en hora y, por lo que podía comprobar en el reloj del coche, sin demasiado éxito. Se regañó a sí mismo porque cada día le ocurría lo mismo. Conectaba la alarma del despertador a las siete con la idea de meterse en la ducha, desayunar y marcharse a trabajar. Pero la realidad era que lo oía sonar cada cinco minutos varias veces, con lo que la ducha se convertía en algo fugaz y el desayuno pasaba a ser un café bebido de golpe y un cruasán de camino al trabajo. «No se puede salir a las ocho y cinco de la mañana, atravesar Gijón y llegar a trabajar a las ocho. De todos modos, llegue a la hora que llegue, Cantero estará allí, como siempre», se dijo con cierto sarcasmo.

Aparcó mal, como de costumbre. Permanecería atento al aparcamiento y colocaría el coche en el primer hueco que quedara libre. Al entrar en el despacho, vio que su jefe permanecía serio y no le quitaba el ojo al teléfono.

—¿Ocurre algo?

—Se han reunido los jefes.

—¿Y? —preguntó intrigado el subinspector.

—Ya sabes: «**Reunión de pastores, ovejas muertas**».

—No sé lo que significa ese refrán.

—Significa que, con un poco de suerte, o más bien mucha, podremos ayudar con el caso en la distancia.

—Qué mierda —musitó Suárez.

—¿Qué tal ayer con Inés Zambrano? —quiso saber el inspector en un intento de ignorar el teléfono, aunque fuera solo por un rato.

—Regular, esa chica sufre mucho y no sé si hablar con ella de todo esto le hace retroceder a la casilla de salida.

—Vaya, lo siento. Es un mal necesario. ¿Le dijisteis lo de Paula Sobrino?

—Sí, y se quedó muy afectada.

—¡Qué raro! Creía que ya no eran muy amigas.

—Esa chica no confía en nadie, es comprensible. Aunque es imposible que no se sienta mal por la muerte de su amiga. Me sorprendió un poco que no me preguntara qué le había pasado.

—Quizá esté más susceptible de lo debido y no quiera saber los detalles.

—Quizá —asintió el subinspector—. ¿Fuiste al Anatómico Forense?

—¡Uf! Sí, y fue horrible.

—Ya imagino, la chica es muy joven…

—No solo eso; lo que le han hecho no tiene nombre.

—¿A qué te refieres? No parecía que hubiera sufrido mucho antes de morir. Bueno…, tampoco quería decir eso.

—Tranquilo, te he entendido —habló Cantero—. Yo tuve la misma sensación. El cadáver parecía estar en muy buen estado, pero cuando la doctora Sanjurjo lo abrió, descubrió que había sido vaciado, limpiado y después rellenado con una especie de sustancia gelatinosa. Era horrible, como si fuera de cristal. No sé ni explicarlo. Mejor, mira las fotos.

—No sé si quiero —protestó el subinspector antes de abrir la carpeta—. Joder, es que parece algo surrealista. ¿A qué clase de sádico nos enfrentamos?

—No lo sé, Diego. Mira que lo de la chica del hospital me pareció horrible, pero ¿esto? —se quejó antes de que el teléfono sonara y le sacara de sus pensamientos—. Buenos días… Sí, señor… Claro, señor… Por supuesto, señor… No habrá

problema, señor.

En cuanto colgó el teléfono, el inspector llamó a Tere Andreu ante la atónita mirada de Suárez, quien esperaba con expectación a que le contara la resolución a la que habían llegado los jefes. No se podía creer que no le dijera a él lo que acababa de ocurrir antes que a nadie. ¡Joder!, ¡que era su compañero!

—Tere, soy Jorge. Me ha llamado el comisario. Creo que vamos a llevar el caso entre todos. El lunes viene un inspector de Madrid para investigar lo de la tortura de Eva Gómez.

—¿Y lo de la chica que tenemos en la morgue? —preguntó la inspectora.

—No hay ningún caso parecido ni en Madrid ni en ningún lugar de Europa, que se sepa, en los últimos veinte años, por eso nos dejan investigar conjuntamente.

—Qué pena que la desgracia de esa muchacha nos sirva para afianzar nuestro trabajo, ¿no te parece?

—Solo sé que habrá que seguir investigando, Tere. Y ahora tengo que dejarte. Por lo que veo, he cometido el error de contártelo a ti antes que a Suárez y ahora está de morros.

—Yo no estoy de morros —protestó el muchacho.

—Voy a invitarlo a desayunar y luego veremos. Hoy no vamos a poder avanzar demasiado, me temo —comentó Cantero, aún al teléfono—. Si quieres, el lunes vamos directos al Anatómico Forense, ¿nos vemos allí? —le propuso a Andreu. Dado que le echaban al caso muchas más horas de las que en realidad podían, si aquel viernes no eran capaces de hacer mucho más, quizá sería mejor tomarse la tarde libre y descansar.

—Perfecto, ¿a las nueve y media?

—Allí estaremos.

Antes de salir del despacho, el inspector cogió las carpetas de las tres chicas. Algo acababa de colocarse en sus pensamientos, un detalle que había pasado por alto hasta entonces. Quizá con un chocolate con churros delante sabría de qué se trataba.

Porque, como bien decía su abuela: «El buen alimento cría entendimiento». Y si había mejor alimento que un chocolate con churros, él prefería no saberlo.

27

Subidón

Era la tercera vez que reiniciaba el *router* y ningún cambio se había producido en la conexión del ordenador. Seguía tan muerto como la última media hora. Las luces parpadeaban en busca de una señal que no tenía visos de aparecer.

Frustrada, Inés abrió el tercer cajón de su mesilla y sacó la caja decorada que contenía sus «tesoros». Apartó con prisas lo que no le servía y sacó la cuchilla que guardaba para aquellas ocasiones. El primer corte era el que más costaba. La parte interna del muslo era el lugar ideal. Jamás volvería a la playa ni a ponerse un bikini, y jamás dejaría que nadie supiera el placer que le proporcionaba sentir aquel dolor.

Mientras veía la sangre manar de las heridas, se imaginó en una barca mecida por las olas, y con la mano derecha metida en el agua; casi sentía el cosquilleo en la piel. Cerró los ojos y se dejó llevar unos instantes en los que solo importaba ella. Puestos a imaginar, vio que alguien iba con ella, un joven moreno y atlético que se afanaba en remar solo con la intención de que su amada disfrutara del mar. Y se sintió bien. Supo que ese **subidón** era similar al de haberse metido alguna droga. Lo que no sabía es que era casi igual de peligroso, causaba la misma adicción y podía acabar con su vida si no calculaba la presión correcta al apretar la cuchilla contra su piel.

Cuando terminó, tomó unas gasas y el antiséptico y se limpió con cuidado. Primero, los cuatro cortes de un lado; después, los del otro. Tampoco quería que se infectaran, porque la pillarían.

Si todo estaba bien hecho, podría seguir con su juego de manera indefinida.

De pronto, un ruido en el ordenador la devolvió a la realidad de la habitación. Se había restablecido la señal del *router* y podría navegar a sus anchas. Tomó la caja y devolvió la cuchilla envuelta en una gasa. La escondió entre el colgante de ángel, el pin del Sporting y las fotos en las que se la veía aún feliz junto a sus amigas. Metió la caja en el fondo del cajón donde escondía todo y colocó un par de cuadernos encima.

Tras introducir las diferentes contraseñas, accedió a su aplicación favorita, en la que pasaba casi todo el tiempo. Como esperaba, los cinco chicos aguardaban su conexión. Como chateaba con ellos desde cinco perfiles distintos, no había problema de que se percataran de que era la misma persona. Además, se las había ingeniado para hablar con tres desde el ordenador y con dos desde el móvil, para que no pudieran ver que siempre estaba conectada y sin hablar con ellos. La agotaba y fascinaba a partes iguales. Había sido capaz de aprender a hablar con cada uno de ellos dándoles lo que esperaban. De cuando en cuando le pedían algo de cibersexo, por supuesto, pero para eso había descargado una serie de vídeos en los que se veía a una chica masturbarse que no era ella, y se los mandaba asegurándoles que el deseo que sentía por ellos era así de real. Después, los cinco la correspondían con vídeos a todas luces propios, que acababan siempre en una corrida descomunal y con palabras de deseo. Inés se limitaba a suspirar y a alabar sus miembros viriles y su pasión. Los tenía comiendo en la palma de su mano y lo sabía. Si alguien le hubiera dicho el año anterior que lo único que la mantendría conectada a la realidad serían cinco identidades falsas desde las que hablaría con unos chicos a los que, además, no tenía ninguna intención de conocer, se habría reído en su cara sin pensárselo siquiera. Y allí estaba, todo aquello por una noche de mierda en la que le habían destrozado la vida.

Exploró los cinco perfiles. Kiko, el de las faltas de ortografía, era de los más devotos, aunque a ella le interesaba más hablar en aquel momento con Markius, pues tenía mucho que contarle. Recordó que para él era Fany, que se acababa de mudar a Gijón y que tenía un padre maltratador y un exnovio exageradamente celoso… «Joder, se han puesto nombres de perros», pensó tras poner los ojos en blanco antes de comenzar a teclear.

FANY: Hola, estás?

MARKIUS: Bombón! Joder, ya iba a ir a tu pueblo, pensé que te había pasado algo

FANY: Mi padre no pagó la factura del teléfono y nos cortaron internet, pero ya está

MARKIUS: Te voy a enviar un router portátil para cuando pase eso, yo no puedo estar tanto tiempo sin hablar contigo. Cuándo nos podremos conocer?

FANY: Espero que pronto, yo también tengo ganas

MARKIUS: Yo de lo que tengo ganas…
ni te lo digo. Jajaja

FANY: JJJJ. Y yo!

«Qué asco», pensó de nuevo. Desde el ataque, todo lo que tuviera que ver con el sexo le daba arcadas, ni siquiera hacía caso a su propio deseo.

MARKIUS: Podrá ser esta semana?

FANY: No lo sé, ha venido mi hermano a pasar unos días y es peor que mi padre

MARKIUS: Tu padre te ha vuelto a tocar?
Porque te juro que lo mato

FANY: Mi padre no, lo intentó el otro día que estaba borracho, pero se cayó inconsciente antes de llegar a mi cuarto

MARKIUS: No sabes de qué mala ostia me pone

FANY: Hostia se escribe con “H”

MARKIUS: Ayyyyy, mi pequeña profesora…
Qué haría sin ti. Me encanta que me enseñes cosas, ya lo sabes, yo soy un palurdo

FANY: Y a mí me encanta enseñártelas

MARKIUS: Pues ya que estás, enséñame las tetas, jajaja

FANY: No pierdes oportunidad, eh? No puedo, está mi padre en casa

MARKIUS: Joder, es que ese tío no curra o qué?

FANY: Yo qué sé, solo espero que no le vuelvan a despedir, porque entonces ni internet, ni ordenador, ni casa

MARKIUS: No te preocupes, nena, que conmigo no te va a faltar de nada. Haría lo que fuera por ti, ya lo sabes. Qué me estás mandando? Aquí hay un archivo…

FANY: Ábrelo

MARKIUS: Uf, nena! Qué tetas! Qué ganas de comérmelas!

FANY: Prontooooooooo. Oye… de verdad harías cualquier cosa por mí?

MARKIUS: Ya sabes que sí. Ya lo he hecho antes, no?

FANY: Mi ex está otra vez acosándome

MARKIUS: Joder, le voy a matar! Qué quieres que haga?

FANY: No sé… Es que tengo miedo incluso de salir a la calle

MARKIUS: Ya lo sé, nena, pero yo me encargo de darle un par de ostias, perdón, hostias, y no se le ocurre mirarte más

FANY: Lo harías? Le darías un escarmiento por mí?

MARKIUS: Estás de coña? Pues claro!
Yo por ti incluso mataría, ya lo sabes

FANY: Sí, lo sé

MARKIUS: Cómo se llama ese cerdo?

FANY: No sé, creo que es mejor que no te metas, es muy chungo, no quiero que te haga daño

MARKIUS: Bah, por mí no te preocupes, que tengo tablas. Dime el nombre

FANY: Está bien, pero ten mucho cuidado. Se llama… Diego Suárez

MARKIUS: Lo apunto, dime todo lo que necesito saber de él, que se va a cagar, y tú tranquila, que conmigo nunca te va a hacer daño nadie

FANY: Tengo miedo…

MARKIUS: No te acabo de decir que no te va a pasar nada, que yo me encargo?

FANY: No es eso de lo que tengo miedo, es… uf… no sé si decírtelo

MARKIUS: Venga, dale, no me dejes así, que ya sabes que no lo soporto

FANY: Es que… siento como si te conociera de siempre, sabes? Y…

MARKIUS: Di lo que sea, por favor

FANY: Que… creo que me estoy enamorando de ti. Hala, ya está dicho. Uf!

MARKIUS: Joder, y yo también, nena, cuando nos podamos ver por fin, van a saltar chispas, ya lo verás. Te dejo que entro a currar. Luego te escribo. Hasta luego, cariño…

FANY: Hasta luego, cielo…

Inés releyó, con un nudo en el estómago, la conversación que acababa de tener con aquel chico; ni siquiera recordaba el

nombre real. Le sonaba Mario, pero tendría que comprobarlo en sus notas. Abrió la carpeta en la que venía toda la información que tenía del muchacho. Su nombre completo, dirección, el nombre de sus dos hermanas, su lugar de trabajo, teléfono, fotos… La subcarpeta con el nombre de Fany contenía fotografías de una chica a la que Inés no conocía. Se había creado un perfil completo con su cara y su cuerpo, y después había conseguido una serie de vídeos porno con un cuerpo que muy bien podía encajar con el de la desconocida. Sabía que tenía que desviar a Diego Suárez de todo lo que tuviera que ver con ella. Tenía demasiada confianza para acudir a su casa, para acceder a sus cosas, y quizá, si estuviera entretenido con aquel chico, si hacía algo que le alertara como policía, le mantendría alejado del tema.

Hastiada de que le fuera tan sencillo manipular a un tío como aquel, borró del historial la conversación y apagó el ordenador; los otros cuatro «enamorados» tendrían que esperar a una ocasión más propicia. Se cansaba con tanta facilidad… Se tumbó en la cama y pensó en cómo podría quitarse de encima al molesto subinspector amigo de su hermano con la ayuda externa de Markius. Le venían tantas ideas a la cabeza que por un segundo se sintió mareada, instante que aprovechó para apoyar la cabeza en la almohada y soñar un rato con la vida que nunca tendría. Y si a ella se la habían arrebatado, lo justo era que nadie a su alrededor pudiera disfrutar nada mejor. ¿O no?

Es un héroe. Está hecho del material más resistente que existe. A la vez, es tan tierno… Nada en su cuerpo está mal, nada sobra y nada falta, con tal perfección un enviado del cielo esculpió cada músculo para semejar un dios en la Tierra. Tanta belleza empleó en su creación que el resto de los mortales semejan criaturas malditas y deformes. Desechos de una humanidad en declive…

Es un héroe. Lo veo en su lucha y un regocijo recorre mi alma. No sabe de rendición ni de dolor. Solo lucha y se levanta una y otra vez para impedir que el mal se apodere de él. No entiende de miedos ni se doblega ante nadie. Camina erguido entre las sombras proyectando un halo de luz.

Es un héroe. Busca su destino sin importarle cuánto le cueste. No se agacha ante la adversidad ni ante la inmundicia. Su cuerpo, inmaculado cual Adonis, no se corroe ni se quema; se nutre de cada desgracia y la convierte en una oportunidad.

Es un héroe… y lo odio.

28

Veganos

De nuevo se encontraban en el Anatómico Forense y de nuevo no tenían ni una pista que seguir. El inspector Cantero entró con los dedos cruzados en busca de la doctora Sanjurjo; esperaba que la ciencia, al menos, pudiera darle alguna de las respuestas que buscaba. El subinspector Suárez, a su lado, parecía disfrutar del lugar mucho más que él.

—No te gusta la morgue, ¿eh, jefe?

—No, nada en absoluto. Sin embargo, los cementerios me fascinan. Hay algunos que son verdaderos museos. Me gusta fotografiarlos.

—Qué planazo. «Me tomo unos días de vacaciones, que tengo que hacer fotos a las tumbas». Vamos, a la siguiente me apunto…

—Otros prefieren pasar el día entero quemándose al sol. Cada uno…

—Eso es verdad. Que no me parece mal, jefe, solo que no le veo la gracia.

—No te preocupes, tampoco te iba a invitar —respondió él antes de entrar en la sala de autopsias que utilizaba la forense encargada del caso.

—Hola, Jorge —lo saludó muy rápido; se la veía nerviosa.

—Hola, Pilar. Perdona que no te avisara, tenemos prisa. ¿Has descubierto algo?

—Bueno…, sí. Solo que…

—¿Y a qué esperas para decírmelo?

—Sí. Solo que…

—Joder, Pilar, que no tenemos todo el día. ¿Qué te pasa?

—Nada, es que…

—Mira, no entiendo nada, pero, si tienes algo, suéltalo ya. El comisario me ha dicho que hoy nos llega uno de esos listos de Madrid a resolver nuestro caso, así que, cuanto antes…

—El «listo de Madrid» ya está aquí —habló una voz grave que pertenecía a un hombre entrado de lleno en la treintena, quizá ya rozando la siguiente década, en gran forma física, por lo que se podía comprobar bajo su sudadera, y con cara de pocos amigos. Cantero se fijó en la cicatriz de su pómulo derecho; daba la sensación de ser un tipo duro.

—Eh…, Pilar…, ya podías haber dicho algo.

—Lo he intentado, solo que tú no me dejabas meter baza.

—En boca cerrada no entran moscas —soltó de pronto el inspector.

El subinspector Suárez carraspeó levemente a su lado, escondiendo una sonrisa. Se le veía divertido, pese a la situación, lo cual no gustó nada en absoluto a su compañero, quien le miraba como si fuera el mayor traidor que había conocido.

El otro se quedó observando con extrañeza al inspector, quien a su vez le ofreció la mano en un gesto de paz.

—Encantado, Jorge Cantero…

—Soy el inspector Raúl Aguilar —respondió, estrechándosela.

—Enseguida llegará la inspectora Tere Andreu.

—Ya llegó hace un rato, Jorge —intervino la forense—. Está fuera, hablando por teléfono.

—Ah, no la he visto al entrar. ¿Ya os conocéis?

—Sí, nos hemos visto aquí hace cinco minutos y ha sido casi tan agradable como tú —ironizó Aguilar.

—Perdona, no es personal, es que, como comprenderás, nos fastidia un poco esto de que tengan que venir de la capital para llevar un caso porque creen que no sabremos hacerlo nosotros.

—Yo no vengo a llevar el caso, ¿no te lo han dicho?

—Perdona, no te entiendo —confesó Cantero.

—Estoy aquí para ayudarte con lo del ajuste de cuentas de la chica esa, Eva. El resto es vuestro y yo colaboraré en lo que pueda, si me dejas…

—Eh…, vaya, no me habían comunicado nada, disculpa. Bien, ¿y qué sabes hasta el momento?

—Luego, si te parece bien, te cuento lo que sé de los cortes y demás. Ahora me estaba explicando la doctora…

—Sanjurjo —añadió ella.

—Eso, Sanjurjo, es que me he aprendido varios nombres ya en lo que va de mañana y tengo miedo a equivocarme. Como te decía, la forense me estaba enseñando las fotos del cadáver de la chica que encontrasteis el jueves e iba a abrir la cámara para enseñarme el cuerpo.

—Ya no te pillará de sorpresa porque has visto las fotos, pero te puedes imaginar cómo nos quedamos cuando lo vimos. Ven…, te lo enseñaremos.

—Perdón —se disculpó la inspectora Andreu mientras se incorporaba a la comitiva que se disponía a ver de nuevo el cadáver de la chica—. Era el comisario Montes, me dice que luego le llames.

—De acuerdo —afirmó Cantero.

Al sacar el cadáver de Paula Sobrino de la cámara frigorífica, las juntas de la bandeja soltaron un sonoro chirrido que dejó muy mal cuerpo en todos los presentes.

—¿No la has cerrado aún? —pregunto Cantero a la forense; no le parecía muy apropiado conservar el cuerpo en ese estado.

—Lo había hecho —dijo Sanjurjo—. Pero esta mañana, cuando supe que tendría que enseñar de nuevo el cadáver, pensé que era mejor mantenerlo abierto unas horas y lo descosí.

—Bien hecho —convino el inspector—. Mira, Aguilar —le pidió mientras apartaba la sábana.

—Joder, no tiene nada que ver en directo, es increíble. ¿Y sabemos ya lo que es esa sustancia?

—Es gelatina —aseguró la forense.

—¿Cómo que gelatina?

—Sí, sí, como lo oís; gelatina de la que se usa para cocinar. Hecha con muy poca agua, para que sea lo más sólida posible, pero gelatina, al fin y al cabo.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Suárez, quien también veía el cadáver abierto por primera vez.

—¿Y hay algo que puedas decirnos sobre la sustancia? Algo que nos pueda ayudar, quiero decir —le pidió Cantero.

—Bueno, no sé si es importante… Se trata de un tipo de gelificante que se llama agar-agar; en realidad es como la versión vegana de la gelatina.

—Encima de sádico, vegano —soltó sin pensar el inspector Aguilar.

—¿Algo en contra de los **veganos**? —replicó Andreu, molesta.

—No, ¿y tú algo en contra de los madrileños?

—Tampoco —aseguró ella de mala gana.

Cantero suspiró. El caso tenía tres caminos, uno por cada chica, y las dos únicas pistas eran una gelatina vegana dentro del cuerpo de una de ellas y miles de cortes que no significaban nada, y lo decían todo, en el cuerpo de otra. Necesitaban volver a la comisaría y poner en común todos los datos. Algo le decía que ninguno de ellos lo llevaría por el camino correcto.

29

Cuatro sospechosos

Acordaron reunirse en la comisaría central, en Oviedo. Las instalaciones contaban con un par de salas en las que podrían colocar paneles con toda la información que habían juntado hasta el momento. No les llevó demasiado tiempo hacerlo, tampoco es que tuvieran muchas pistas que comprobar.

Dispusieron tres paneles, uno por cada chica. En el primero escribieron el nombre de Inés Zambrano en el centro, junto a una fotografía suya. Por encima, los nombres de los miembros de su familia, y por debajo, los nombres de sus amigas. Del nombre de Lucas salía una flecha que llevaba hasta Alicia Prieto, la joven residente que había recibido a Eva en el hospital.

Mientras situaban el resto de las fotografías y anotaban las conexiones entre las víctimas y los familiares, el inspector Aguilar —quien, por supuesto, para sus compañeros era ya «el madrileño»— miraba desde la distancia intentando hacerse una rápida composición de la situación. Casi se podían ver los engranajes de su cerebro trabajando.

—¿Es que aquí todo el mundo se conoce? —preguntó extrañado.

—Esto es mucho más pequeño que Madrid —respondió Cantero—. Que casualmente haya conexión entre dos personas es más probable. De todos modos, tienes razón en que hay demasiadas coincidencias, quizá tengamos que empezar a buscar por ahí.

—A ver…, que yo me aclare —comenzó a decir Aguilar—. Tenemos una víctima de violación, Inés, cuyo hermano se hizo

cargo en Urgencias de Eva Gómez, torturada y ensangrentada. Entró de guardia al día siguiente, ¿no?

—Sí, eso es —asintió el inspector—. En realidad, se hizo cargo de ella tres horas después de que llegara, porque Eva entró hacia las siete y la guardia de Lucas Zambrano empezaba a las diez.

—Vale, seguimos… A la segunda víctima, Eva Gómez, se la dio por desaparecida en junio de este año. Más tarde, unos mensajes que envió a sus amigas y a su familia determinaron que se había fugado por propia voluntad y la madre retiró la denuncia. ¿No es un poco raro, siendo menor de edad?

—La familia de Eva es un poco especial —le explicó Suárez—. Tiene cuatro hermanos más pequeños que ella, y de padres distintos, además. La chica estaba deseando salir de aquella casa. En los interrogatorios a sus amigas, una de ellas nos dijo que se habría fugado sin dudarlo, y la otra, por el contrario, nos explicó que jamás se iría de Gijón, pero sí que se marcharía de su casa. No hubo razón para pensar que estuviera retenida en contra de su voluntad.

—Pero lo estaba —añadió Aguilar.

—Ahora creemos que sí, aunque tampoco podemos descartar que estuviera viviendo con un novio, al que nadie ha identificado aún, y que la secuestraran y torturaran después.

—O sea…, que es prioritario encontrar a ese tío.

—Sí, y me temo que las dos únicas personas que nos podrían contar algo más de él no están muy disponibles para hablar —intervino la inspectora Andreu.

—Pues las obligamos —añadió Aguilar, encogiéndose de hombros; no lo veía tan difícil.

—Una de ellas es Inés Zambrano, con la que ya he intentado hablar un par de veces —le explicó Suárez de mala gana—. Es la hermana de Lucas, que, por otro lado, es amigo mío desde hace algunos años. Mi hermana y él iban al colegio juntos, y jugábamos en el mismo equipo de balonmano. Y la otra es Paula Sobrino, la chica que yace muerta en el Anatómico Forense y

que has visto esta mañana.

—Ya, joder. Pues hay que hablar con la chica de la violación.

—¿Otra vez? ¿Es que piensas que no sé interrogar o qué?

—Suárez… —le llamó la atención Cantero—, creo que puede tener razón. Inés nos oculta cosas y lo mismo es momento de que vaya a interrogarla alguien que no sea amigo de su hermano. Puedo ir yo.

—Iré yo —se ofreció el inspector Aguilar.

—Con todo el respeto, el caso lo llevo yo y creo que es mejor que hable con nosotros.

—Con todo el respeto, como tú dices, Cantero, el caso lo llevas tú, pero esa chica no os va a decir nada a vosotros porque ya os conoce de sobra, porque no tenéis ningún tipo de influencia sobre ella. Si queremos que nos diga lo que de verdad sabe, tengo que ir yo, que no la conozco de nada.

—Por mucho que me repatee decirlo, creo que tiene razón, Jorge —añadió Tere Andreu.

—Está bien —cedió el inspector, ignorando el resoplido de fastidio de su compañero—, pero tú irás con él, Tere.

—Estoy de acuerdo —convino Aguilar—. Además, siendo una mujer, igual se abre más, no sé.

—Lo dudo, no la conocéis en absoluto —terció Suárez—. Os va a decir lo que le dé la gana, si es que le da la gana. Y eso si la familia os permite volver a hablar con ella, cosa que no creo —añadió, visiblemente molesto, antes de salir de la sala de reuniones y encaminarse a la máquina de café—. Además, no sé si os habéis dado cuenta de una cosa, por si se os ha olvidado: a esa chica la violaron. Creo que tratarla como si fuera culpable de algo es un poco injusto.

—¿Tenemos sospechosos? —preguntó Aguilar sin quitar la vista del panel e ignorando al subinspector de forma deliberada.

—Algunos —le aseguró Cantero.

—¿Ah, sí? —se extrañó la inspectora Andreu; hasta el momento no habían hablado de nadie en concreto.

—Creo que tenemos, al menos, **cuatro sospechosos** —comenzó a decir el inspector ante la atónita mirada de los demás. Incluido Suárez, que volvía soplando despacito en el borde y con el vaso quemándole las yemas de los dedos.

—Primera noticia —soltó en tono sarcástico el subinspector—. ¿Por qué no nos habías dicho nada?

—Ya sabes…, hombre prevenido vale por dos —respondió su jefe con naturalidad—. Me pareció que era mejor observar un poco más antes de hacer una valoración.

—Bueno, pues haznos partícipes de tus pensamientos, anda —le animó divertida Andreu.

—Primero, creo que debemos anotar a ese chico misterioso de Mieres, el novio de Eva Gómez. En segundo lugar, yo colocaría al padre de Paula, Tomás Sobrino.

—No jodas, Jorge, ese es inofensivo —le recriminó la inspectora.

—Es alcohólico. Cuando le di la noticia de la muerte de su hija, llevaba varias copas encima y, antes de salir de su casa, se llenó el vaso de ginebra hasta arriba. Además, en el Anatómico Forense recordé un detalle que me hizo ponerle en la lista de inmediato. Me habló de que Paula era un ángel.

—¿No le habían colocado a la chica un montón de plumas alrededor semejando las alas de un ángel? —preguntó Aguilar.

—Exacto. Y tenía la piel muy blanca y una corona de flores secas.

—Dudo que fuera él, pero creo que hacemos bien en añadir su nombre a la lista —le informó Suárez.

La inspectora Andreu asintió dejando claro que estaba de acuerdo con el joven policía.

—El tercero de la lista, para mí, debería ser el doctor Zambrano —prosiguió Cantero—. Y el cuarto, su hijo, Lucas.

—Esto ya es pasarse, jefe —protestó el joven subinspector—. Con José Miguel Zambrano, el cardiólogo, ni siquiera hemos hablado, no sé cómo puedes tacharle de sospechoso. Y Lucas, mi

amigo, en fin, no creo que fuera capaz de hacer algo así.

—Creí que era cirujano cardiovascular —se extrañó Cantero.

—Lo es, tiene las dos especialidades —afirmó Suárez a la vez que apretaba las mandíbulas con fuerza.

—¿Eso no son muchos años de estudio? —preguntó asombrada Andreu.

—Muchísimos, sí. Es una eminencia, podría trabajar en cualquier sitio. Me parece que metemos la pata centrándonos en ellos, son buena gente.

Cantero no añadió nada más, solo evitó mirar a su compañero para que no se diera cuenta de lo que en realidad pensaba, porque le resultaba una locura incluso a él. Quería añadir un quinto sospechoso a la lista; nada más y nada menos que la joven chica violada, Inés Zambrano, pero le fallaban todas las premisas que le habían enseñado a valorar el día que quiso hacerse policía: motivo, medio y ocasión.

Tras pensarlo unos segundos, decidió guardarse sus pensamientos y solo se permitió añadirla en un pequeño apartado de su mente en el que siempre encontraban un hueco todos los detalles que no acertaba a colocar en otro sitio.

30

El fuego vence al metal

Aguilar contemplaba las fotos de Eva, la chica del hospital, con un gran interés. Las comparaba con el caso que le habían asignado en Madrid hacía varios años y que lo llevó a un callejón sin salida en el que no quería volver a entrar. Recordó aquel día que le llamaron del Hospital de la Princesa por la llegada de un hombre completamente ensangrentado y con evidentes signos de violencia en todo el cuerpo. Su compañera y él habían tardado menos de diez minutos en acudir y lo que vieron se les grabó a fuego en las retinas para siempre. El hombre sufría un dolor constante. De miles de cortes por todo su cuerpo manaba la sangre muy despacio, al igual que con esa chica.

Habían aparecido varios casos muy sonados de víctimas de tortura, salpicados por todo Madrid, sospechosos de ser ajustes de cuentas de bandas rivales (incluso ya tenían en el punto de mira a dos de esas bandas como las responsables). No podían demostrarlo, lo que los llevaba al punto de partida una y otra vez, y a una frustración difícil de afrontar.

Durante unos minutos, el hombre ensangrentado había entrado en un estado de delirio en el que habló de más, lo que le produjo una descompensación en las funciones vitales que casi acaba con su vida.

—¿Encuentras algo? —le preguntó Cantero.

—Intento recordar todo, por si acaso. Mira, este hombre, en un momento dado, nos dijo: «La tienen. Si hablo, la matarán». No sabíamos a quién se refería, al menos entonces. Luego

supimos que era su hija. Apareció muerta en un vertedero, con la lengua cortada y varias puñaladas; tenía quince años.

—Qué salvajada —comentó Suárez.

—Después de eso, no volvió a decir nada —prosiguió Aguilar —. Antes casi le habíamos convencido de que podríamos dar con quien le había torturado. Llegamos hasta una banda china que se encuentra en el centro de Madrid, e incluso interrogamos al jefe, un cabrón con mirada turbia que se llamaba Huǒ kè jīn.

—¡Qué facilito! —ironizó la inspectora Andreu.

—En realidad no se llama así, es una especie de sobrenombre con el que le conocen en Madrid: «**El fuego vence al metal**». Le gusta mucho usar el fuego en sus torturas y no nos cuadraba mucho que lo que le había ocurrido a aquel hombre hubiera sido fruto de su maldad. Hicimos fotos en el lugar donde se reúnen y encontramos esto —dijo antes de pasar a sus nuevos compañeros la foto con un texto que, por supuesto, ninguno entendía.

—Joder, casi os tocó aprender chino, por lo que veo —comentó Cantero.

—Y no es nada fácil. En la comisaría tenemos un compañero cuyos padres son de Pekín y nos ayudó. Nos costó un montón convencerlos cuando se dieron cuenta de a quién queríamos empapelar. Esperaban represalias, pese a que jamás usamos sus nombres.

—Debe de ser horrible vivir siempre con miedo —añadió Suárez.

—Sí. Lo que ocurre, ya lo sabéis, es que, si no se acaba con este tipo de gente, el miedo dura para siempre.

—Díselo al hombre del hospital y a su hija —añadió Cantero —. ¿Y qué significa esta frase que fotografiasteis? *Jīn kè mù, mù kè tǔ, tǔ kè shuǐ, shuǐ kè huǒ, huǒ kè jīn.*

—«El metal vence a la madera, la madera vence a la tierra, la tierra vence al agua, el agua vence al fuego, el fuego vence al metal» —tradujo Aguilar.

—Tan poético como cruel —terció el subinspector—. ¿Pudisteis determinar que habían sido ellos?

—No fue un caso aislado. Durante la investigación supimos que es un tipo de tortura más frecuente de lo que pensábamos. Eso sí, no encontramos ninguna víctima más, ningún cuerpo, ni siquiera en los archivos. Creemos que se deshacían de ellos, y con bastante efectividad.

—¿Y cómo lo sabéis entonces? —preguntó interesada Tere Andreu.

—Hablamos con un experto en cultura china. Hasta principios del siglo veinte, en algunas zonas de China, se puso en práctica una tortura llamada «la muerte de los mil cortes». Se aplicaba, sobre todo, con esclavos que mataban a sus amos, o en delitos contra la realeza. Se podían dar desde unos cientos hasta tres mil. Se usaba, dependiendo de la zona o de la época, como suplicio o como pena de muerte. Incluso vi una película en la que el protagonista, de procedencia china, decide confesar un crimen que no ha cometido, mientras vive en otro país en el que la pena de muerte es por ahorcamiento, para que sus compatriotas no puedan someterlo a esa tortura. Se trata de un método de tortura milenario. No era de los más frecuentes, pero sí de los más efectivos.

—La muerte de los mil cortes…, es espeluznante —musitó Cantero.

—Y peor de lo que te imaginas.

—¿A qué te refieres?

—La tortura no acaba cortando cada centímetro de la piel de la víctima. Después comienza el desmembramiento. Van arrancando extremidades y se las colocan delante al torturado. Algunos tienen la suerte de morir durante el proceso por un ataque al corazón, pero la mayoría acaban viendo sus miembros mutilados antes de que les corten la cabeza o les arranquen el corazón. Muchos de estos reos, antes de ser descuartizados, eran drogados con opio por la compasión de sus verdugos o por

sobornos. A principios del siglo veinte se prohibió este tipo de tortura. Ahora es diferente; ni siquiera los motivos para ponerla en práctica son los mismos. Nuestro hombre, por suerte, escapó antes de que pudieran terminar el proceso.

—¡Joder, es horrible! —exclamó el subinspector con una mueca de terror—. Al menos pudisteis pararlos, ¿no?

—Pues, aunque no os lo creáis, los pillamos como a Al Capone, por no pagar a Hacienda.

—¡No jodas!

—Lo que oyes. Tenían varios negocios por todo Madrid y blanqueaban el dinero que sacaban de vender droga que traían desde China dentro de mujeres, hombres, niños… Traficaban con armas, personas, medicamentos…, todo lo que os podáis imaginar. Al hacer los registros, pudimos inculparlos por todo, aunque el precio fue muy alto.

—Ya —estuvo de acuerdo Cantero volviendo a tomar en las manos la foto del hombre de los cortes.

—No me refiero a ese hombre ni a su hija. Me refiero a mi compañera.

—¿La mataron?

—Sí, y de una manera extremadamente cruel. Y lo peor de todo es que no fueron los chinos, fue la banda rival. Al quedarse sin ejecutar su venganza contra los chinos, se vengaron con nosotros.

—¿Y cómo murió?

—No, eso no me apetece recordarlo, lo siento —se disculpó Aguilar; se le veía afectado.

—Aquí no tenemos constancia de que haya una guerra de bandas, ni siquiera creo que haya suficiente gente para que haya bandas tan organizadas —observó Cantero—. Hemos dado varias veces con grupos del Este que se dedican a robar y demás, pero ajustes de cuentas como tales, no. Y me extrañaría bastante que hubieran copiado aquella tortura, son demasiado distintos en cuanto a la forma de actuar.

—¿Son más sutiles?

—Todo lo contrario: son bastante violentos. No los veo entreteniéndose durante horas haciendo cortecitos en la piel de una chica —comentó el inspector—. Una cosa, madrileño, ¿se determinó con qué tipo de arma se habían practicado los cortes? Es que no lo he visto en el informe.

—Con un cúter.

—¿Estás seguro?

—Encontramos el cúter, y al que lo usaba, durante los registros. El muy capullo parecía un monaguillo. ¿Se sabe lo que han usado con vuestra chica?

—Un bisturí —respondió a toda prisa el subinspector—. ¿Es por eso por lo que sospechas del padre y el hermano de Inés Zambrano, jefe?

—Entre otras cosas, Suárez. También por el Sintrom y por un par de detalles que aún debo comprobar, ya te los diré cuando lo sepa.

—¿Me he perdido algo? —preguntó el inspector Aguilar, un tanto confuso.

—El padre de Inés Zambrano, la chica a la que violaron, es un cardiocirujano de prestigio. Trabaja en el Hospital Central de Asturias, el HUCA, y tiene acceso al Sintrom —le explicó Tere Andreu.

—¿Qué es exactamente el Sintrom?

—Un anticoagulante —respondió la inspectora—. Se usa sobre todo para evitar trombos en pacientes con determinadas arritmias. A ver, yo no soy médico, pero juraría que es algo así. En fin, que para un cardiólogo es como para ti un café.

—Ya entiendo, entonces habrá que hablar con él.

—Es nuestra siguiente parada —le informó Cantero—. Voy con Suárez, vosotros hablad de nuevo con Inés Zambrano, se ponga como se ponga. Y si se cierra en banda, amenazadla con llevarla a comisaría a declarar.

—Ah, ¿que no la vamos a interrogar en la comisaría? —

preguntó extrañado Aguilar.

—No es un interrogatorio. Insistid en que es una declaración para ayudar a dar con quien les ha hecho eso a sus amigas. Tiene agorafobia desde que la atacaron. Solo consiguen que salga a la consulta de la psicóloga, y no siempre. Así que vamos a intentar ser amigos antes de que se cierre en banda. No olvidemos que ella es una víctima.

—Creo que te equivocas, jefe —repuso Suárez, a quien le fastidiaba sobremanera que se hubiera centrado la investigación en la familia de su amigo. En su opinión, bastante habían sufrido ya.

—No puedo descartar ninguna pista porque sean cercanos a ti, menudo profesional sería si hiciera eso, Suárez. Y necesito saber que estás conmigo al cien por cien, o tendré que pedir que te releven.

—Lo sé. Vamos a hablar con el médico —zanjó el muchacho, cerrando así el tema.

—Bueno, pues la poli vegana y yo nos vamos a hablar con la chica —bromeó Aguilar—. Si quieres, compramos un sándwich de espinacas por el camino.

—No soy vegana —confesó Andreu sin inmutarse por el humor de su nuevo compañero.

—Te enfadaste cuando dije aquello en el Anatómico Forense…

—Sí, me sienta mal que no se toleren otras formas de vivir, solo eso. También a ti te pareció mal que me dirigiera a ti como «madrileño».

—¿Quieres oír algo gracioso? —le preguntó él—. Tampoco soy madrileño, soy de Palencia.

—¡Ja, ja, ja! Pues ya que hemos acabado con las confesiones, vamos a tomar una buena tapa de tortilla y una cerveza. Aunque, como diría el Quijote…, «antes que el ocio está el negocio».

—¿El Quijote? —se extrañó Aguilar.

—Anda, pasa, que para ser tan listo, no te enteras de nada —

le recriminó la inspectora mientras esperaba a que saliera a la calle.

El aire helado que esperaban recibir en plena cara se había esfumado dejando una temperatura suave. Los rayos de sol comenzaban a abrirse paso entre las espesas nubes. Y de la lluvia no quedaba rastro. Un comentario del inspector «madrileño» sobre el tiempo cambiante de Asturias hizo sonreír a la inspectora Andreu, que pensó que tenía muchas más cosas que contarle a ese hombre de las que se había imaginado. Y lo mejor de todo es que le apetecía hacerlo.

31

¿Qué hacía allí?

Silvia no tenía ganas de acudir al entrenamiento por la tarde. Desde el ataque a Inés hacía ya nueve meses, la vida en casa se había tornado asfixiante. Nunca le había gustado demasiado el deporte, pero se había convertido en la única forma de salir de casa sin que nadie sospechara de que sus verdaderos motivos eran, en realidad, las pocas ganas que tenía de pasar tiempo junto a su familia.

Intentaba permanecer encima de la tabla de surf con menos éxito del que le hubiera gustado. No solo necesitaba un equilibrio que se empeñaba en decir que no tenía; lo más importante era la concentración, y hacía ya mucho tiempo que su mente se perdía entre sus pensamientos sin control.

Ya antes de lo que le ocurrió a Inés, Silvia había observado un comportamiento inusual en su hermana, o, más bien, en sus hermanos. Porque, por mucho que adorara a Lucas, algo le hacía recelar que no era la joven promesa de la Medicina con una moral intachable que todos esperaban de él. Y empezaba a pensar que Inés había llegado a la misma conclusión.

Al dar con el culo en la arena por sexta vez consecutiva, decidió marcharse a casa.

—Silvia, ¿se puede saber qué te ocurre? Estás distraída —comentó Jonás, su monitor de surf, un joven moreno con el pelo por la nuca y largas patillas.

—Lo siento, es que… —dudó un instante—. Estos días están siendo muy duros. ¿Te has enterado de lo de la chica del hospital?

—¿La que apareció el otro día en Urgencias?

—Sí, ¿qué sabes de eso?

—Lo que dicen los periódicos, que se trata de una joven de Gijón que se había marchado por su propia voluntad y que ha aparecido torturada a la puerta del hospital. ¿Por qué lo dices?

Silvia dudó si darle más información a Jonás. Se lo pensó unos segundos durante los cuales el sentido común y su familia pesaron más que las ganas de darse protagonismo y contarle con pelos y señales en qué estado había aparecido la joven.

—Solo te lo decía porque es una de las amigas de mi hermana.

—¡Ostras! No lo sabía. ¿Y qué tal está?

—¿Quién?, ¿mi hermana?

—No, joder, la amiga —respondió el monitor con interés.

—No lo sé, en casa no cuentan mucho. Es que…

—Silvia, si no quieres contar nada, no te preocupes, no es necesario. Te he preguntado porque es evidente que te ocurre algo. Solo quiero que sepas que estoy aquí para lo que necesites.

—Sí, y te lo agradezco mucho —respondió ella a la vez que miraba alrededor; luchaba con su necesidad de contar lo que le preocupaba. Quizá Jonás, al no tener ningún vínculo con su familia, era la persona adecuada para hablar de ello.

Había más gente de lo normal en la playa, las olas invitaban a entrar, pese a la temperatura del agua. Claro que para eso se habían inventado los trajes de neopreno, ¿no? Varios perros jugueteaban en la arena con pelotas que sus dueños lanzaban aquí y allá, alguna pareja paseaba de la mano aprovechando que la lluvia había cesado y que los rayos de un tenue sol se habían decidido a salir y los eternos amantes del surf se peleaban por coger las mejores olas antes de que el mar se embraveciera o de que el cielo descargara su ira de nuevo.

—Jonás, mi hermana Inés tenía dos amigas. Una de ellas es la que apareció torturada hace unos días y a la otra la encontraron muerta poco después.

—¡Joder! ¿Y cómo está tu hermana?

—Mi hermana Inés es muy rara. A veces parece que le ha afectado demasiado todo esto; en otras ocasiones está como en otro mundo, de pronto llora sin control…

De pronto, Silvia se paró en seco. Una figura familiar se recortaba apoyada en la barandilla del paseo marítimo. Pudo reconocer a su hermano Lucas en la lejanía. **¿Qué hacía allí?** Que ella recordara, nunca había ido a verla hacer surf. Se disculpó con Jonás, quien no entendía el cambio de actitud en la chica, e, ignorándolo deliberadamente, recogió sus cosas. Aquel día no tenía ganas de meterse en el agua ni de caerse de nuevo en la arena. Se acercó despacio hacia la figura de su hermano tras dar las gracias a su monitor y prometerle que, si lo necesitaba, le llamaría sin dudarlo. Sin embargo, se extrañó todavía más cuando fue consciente de que la figura de Lucas ya no estaba allí. Quizá se lo había imaginado y todo lo que había pasado con las amigas de su hermana hacía que el cerebro le jugara malas pasadas.

Al sentarse en la parada del bus, el agua comenzó a caer de nuevo y se alegró de su decisión de volver a casa. Una alegría que se tornó desconfianza al ver pasar, tan solo un minuto después, el coche de su hermano justo por delante de ella.

32

Noche en vela

Ya era el tercer día consecutivo que Alicia tenía la sensación de sentirse observada. No solía frecuentar lugares solitarios, ni siquiera para correr, y sin embargo no podía obviar el cosquilleo en la nuca, la piel erizada, su sexto sentido que la avisaba de que alguien seguía sus pasos.

El día anterior, mientras corría por el parque, se había cruzado con el mismo chico en lugares diferentes. Cuando recordó el recorrido de otras veces, le pareció que le había llamado la atención por lo mismo. Aquel día llevaba una camiseta azul y un pantalón corto negro; el día anterior, la parte de arriba era de un ácido color naranja. Bueno, al menos el chaval se mudaba de ropa. Cambió la ruta de siempre en un intento de comprobar si la estaba siguiendo. No parecía ser el caso, lo que consiguió que se relajara lo suficiente para acabar el circuito en el tiempo habitual y sin cansarse de más.

En el hospital, la sensación no se acababa. Sobre todo cuando se hallaba de guardia, como era el caso. Eran las cinco de la madrugada y se encontraba haciendo una ecografía junto a uno de los residentes «mayores» de su misma especialidad. Entró en la sala, nerviosa. Cuando la habían llamado al busca, intentó salir de la habitación que compartía con otro residente y en el largo pasillo se vio obligada a parar un par de veces. Quizá alguien la vigilaba o quizá solo estaba paranoica por lo acontecido en los últimos días. Fuera como fuese, necesitaba relajarse o acabaría con una crisis nerviosa.

—¡Alicia! —exclamó Alonso, el residente de cuarto año con el

que hacía la guardia.

—¿Decías?

—¿Que si decía? Llevo un rato intentando explicarte lo que veo en la pantalla y estás en otro mundo. Las guardias son así, debes encontrar la manera de mantenerte despierta cuando tengas que valorar a un paciente.

—Si en realidad estoy despierta —confesó—, es que estaba pensando en otra cosa.

—De nosotros depende un diagnóstico fiable o erróneo. No nos podemos permitir estar despistados o dormidos mientras realizamos un estudio urgente a un paciente, ¿lo entiendes?

—Claro que sí. No te preocupes, que no volverá a pasar.

Se sentía muy molesta porque, además de lidiar con aquella sensación, ahora tenía que demostrar que estaba a la altura de la especialidad que había elegido. Alonso no era muy amigable. Entendía perfectamente que no todos los compañeros iban a ser compatibles con su forma de ser. Solo que aquel chico no le parecía que pudiera aportarle demasiado. Al menos tendría que ser más aplicada hasta adquirir más experiencia.

Volvió a la habitación, angustiada, y pasó el resto de la **noche en vela**. Casi deseaba que la llamaran para atender más pacientes, así habría tenido algo que hacer. No podía leer porque molestaría a los compañeros, no podía escuchar música porque lo tendría que hacer con auriculares y corría el riesgo de no oír el busca, no podía dormir porque no se relajaba lo suficiente. Solo podía pensar, y era lo que menos le apetecía en el mundo.

Cogió el móvil y se entretuvo en mirar vídeos. En el WhatsApp vio que Lucas estaba en línea y le envió un mensaje:

No puedes dormir?

No, y tú qué haces despierta?

Estoy de guardia

Yo también

No te vi en la cena

Igual fuimos a horas distintas

Cómo está Urgencias?

Animado

Entonces nosotros tendremos animación en breve también

Sí, estamos valorando a un par de pacientes que es muy probable que necesiten una TC

Bueno, pues me parece que me voy a quedar levantada. Total, no tengo sueño y enseguida tendré trabajo, así que…

Vente por aquí y te invito a un café

No, gracias. Una cosa es que no tenga sueño y otra, que me convierta en un búho

Jajaja!, no será para tanto

De repente, la conexión se acabó. Ella supuso que Lucas había tenido que cortar la conversación para atender a alguien. Su profesión era así, y si no lo entendía siendo del mismo gremio, mal iban las cosas. ¿Por qué pensaba aquello de pronto? Quizá le gustara ese residente más de lo que quería admitir. ¿Y tan terrible sería sentir algo por un chico con inquietudes parecidas a las suyas?, ¿tan malo sería sentir algo por un hombre que se había metido a hacer Medicina por lo mismo que ella? Además, Lucas tenía mucho aplomo con los pacientes que precisaban un cuidado inmediato, aplomo del que ella carecía. Por eso había tantas especialidades en las que uno u otro podían ser útiles.

No, quizá lo terrible sería no admitir que le estaba ocurriendo, sería como haber elegido ser pediatra y no soportar a los niños.

Y tomó una decisión que esperaba no tener que lamentar.

Lucas sentía en el bolsillo el peso del móvil mientras atendía a una mujer con un dolor en la espalda que, tras hacerle una radiografía, tenía claro que era un cólico renal, porque se veía una piedra perfectamente colocada en un lugar donde no debería estar, lo que, sin duda, le provocaba un gran dolor. La había visto a la primera, pero quizá necesitaba que alguien más viera su hallazgo. Y quién mejor que una residente de Radiología de primer año para hacerlo.

33

Ya no sería bienvenido

El doctor Zambrano salió de la consulta del neurólogo con varios papeles en las manos de pruebas que debían citarse a la mayor brevedad. Quizá su cerebro empezaba a fallar, como se temía desde que había descubierto los despistes que no parecían tener importancia por separado. Juntos daban idea de que su brillante mente comenzaba a apagarse. Lejos de sentir pena, o puede que intentando ser lo más positivo posible, decidió atajar aquello cuanto antes. Su intención era terminar su carrera como cardiocirujano y jubilarse. Después ya podía su mente degenerarse a la velocidad que le diera la gana. No le quedaban muchos años.

Lo peor era el quirófano; para operar sí necesitaba estar al cien por cien, y tanto despiste no podría ser bueno con un bisturí en la mano. Redujo al máximo las operaciones de las siguientes semanas y permitió que las realizaran otros cardiocirujanos de la unidad lo suficientemente buenos para intervenir con más éxito incluso que él, por mucho que le costara admitirlo.

Al llegar a la consulta, donde ya le esperaban algunos pacientes, la enfermera le avisó de que dos hombres aguardaban dentro, se habían identificado como policías y querían hablar solo un par de minutos. ¿La policía allí?, ¿le habría pasado algo a Inés? Aunque era complicado que le ocurriera algo sin salir de casa, igual a sus otros hijos… Enseguida saldría de dudas.

—Buenos días —saludó al entrar—, disculpen la espera, precisamente hoy tenía unas consultas médicas para mí, a veces los médicos también somos pacientes.

—Nada grave, espero —añadió Cantero a la vez que se levantaba y le ofrecía una mano que el médico estrechó brevemente antes de echarse en ellas un gel desinfectante; Suárez ni lo intentó.

—Qué va, bicho malo nunca muere —soltó el doctor, provocando en el inspector un intento de sonrisa y una mueca de hastío en su compañero al pensar que tendría que lidiar con dos quijotes—. Ustedes dirán.

—Supongo que se habrá enterado de lo que les ha ocurrido a las amigas de su hija Inés.

—Sí, claro, me lo contaron en casa. Menuda desgracia.

—La cuestión es que tenemos pocas pistas —siguió explicando Cantero con gran precaución—. Y hay detalles que no han trascendido, como podrá comprender.

—¿Y creen que yo les puedo ayudar?

—Más o menos. La chica que llegó el viernes pasado a Urgencias en el Hospital de Cabueñes es Eva Gómez, la amiga de Inés que desapareció el pasado junio y que envió unos mensajes a los pocos días para que dejaran de buscarla.

—Sí, lo sé, pobre chica. No es que tuviera mucho control en casa, quiero decir que su familia no es muy estructurada. A ver…, tampoco es eso. Eva es la mayor de cinco hermanos y los niños tienen tres padres distintos, la vida en su casa se convirtió en algo caótico.

—El caso es que la chica llegó con evidentes signos de tortura…

—Me lo contó Lucas. Aquel día entraba de guardia y no hablaba de otra cosa; le tuve que pedir que lo dejara porque Inés estaba delante. Aunque aún no sabíamos que se trataba de ella.

—Ya… El caso es que la chica estuvo a punto de morir desangrada, no conseguían cortar la hemorragia —siguió hablando el inspector. Suárez prefería no intervenir; parecía que el médico ni siquiera se había dado cuenta de que era el amigo de Lucas.

—Bueno, mi hijo me explicó que presentaba unos cortes superficiales, todo es posible. En principio, no siendo cortes profundos, no tienen por qué seguir sangrando durante mucho tiempo, el cuerpo tiene recursos para que la sangre deje de salir. Eso solo puede significar que esa chica tiene alguna enfermedad que provoca ese síntoma, como la hemofilia, por ejemplo.

—Eva no es hemofílica, doctor Zambrano —le aseguró Cantero—, lo hemos comprobado.

—Hay muchas otras causas para ese trastorno, inspector: déficit de vitamina K, alguna enfermedad hepática, la enfermedad de Von Willebrand…

—A falta de que le hagan un estudio genético completo, tenemos la causa de su falta de coagulación, y por eso venimos a verle —se la jugó el inspector—. La chica presentaba una alteración del INR, creo que no necesito explicarle lo que eso significa.

—Por supuesto que no —le aseguró el doctor—. El INR es uno de los valores que podemos encontrar en la sangre y que se puede ver alterado por cualquiera de las patologías que le acabo de nombrar.

—Sí, solo que, en el caso de Eva, al presuponer que no tenía ninguna de esas enfermedades o deficiencias, o como se llamen, pedí a la Científica un análisis exhaustivo de su sangre para que buscaran restos de algún fármaco que pudiera alterar ese valor por sí mismo. El resultado es que hallaron niveles mínimos de Sintrom, la suficiente cantidad para que sangrara poco a poco y de manera constante, sin provocar una hemorragia masiva, como me explicó después la forense.

—¿De Sintrom? ¿Están seguros?

—Del todo. ¿No le dijo su hijo que Eva sangraba de una manera anormal?

—No, hablamos de Eva muy poco, ya le digo; no quería alterar a Inés.

—Sus vidas giran en torno a Inés desde que fue agredida, ¿me

equivoco?

—¿Qué haría usted si a su hija la violara un cabrón en una ciudad como esta y pasaran nueve meses y la policía no estuviera más cerca de coger al culpable que al principio?

Cantero le aguantó la mirada como pudo. El hombre que tenía delante, alto, de cabello cano y escaso, ojos claros y gafas de montura al aire, parecía tener la suficiente fuerza para darle un puñetazo y tumbarlo si le apetecía, y la suficiente educación para disimularlo.

—Jefe… —le suplicó Suárez en un intento de no fastidiar su amistad con Lucas, lo que pasaría si seguían escarbando en sus vidas.

—Bien, vamos a hablar de Paula Sobrino —prosiguió el inspector—. Desapareció el viernes pasado y apareció muerta seis días después en el cementerio de Ceares. ¿Qué impresión le daba esa chica?

—Paula era una niña muy buena, muy cariñosa, lista y con una sonrisa de esas que contagian. Es una pena lo que le ha ocurrido. Mi hija apenas puede demostrar sus emociones en estos momentos, pero le aseguro que sufre por ellas, y mucho.

—No me cabe duda. Y ahora tengo que preguntarle, por rutina: ¿dónde estaba entre las doce de la noche del viernes y las seis de la madrugada del sábado?

—¿Soy sospechoso? —se asombró el médico.

—Todos los que están implicados en algo en este caso lo son, disculpe, los iremos descartando a medida que comprobemos sus coartadas. Lo siento, es mi trabajo.

—Yo estaba en casa, junto a mi mujer y mis hijas. Lucas vive solo desde hace un tiempo, Silvia aún no sale por las noches e Inés se niega a hacerlo, así que veíamos una película en el salón.

—¿Los cuatro?

—Eh…, sí, creo que sí.

—Bien, por ahora es suficiente, muchas gracias por atendernos —se despidió Cantero—. Estaremos en contacto.

—Lo que sea —añadió con desidia el doctor Zambrano, que estaba deseando quedarse solo.

Echó un vistazo de lo más elocuente a Suárez; al contrario de lo que le había parecido al subinspector, sabía perfectamente quién era. Y que el inspector le interrogara podría aguantarlo; que él no interviniese, no. Le parecía mentira que aquel joven al que había abierto la puerta de su casa, que había comido en su mesa y dormido en su sofá no fuera capaz de defender a su familia cuando hacía falta. **Ya no sería bienvenido** en su casa y Diego lo supo nada más mirarlo.

Lo que no pudieron ver los policías al salir fue cómo el doctor Zambrano comprobaba su maletín, en el que faltaban varios comprimidos de Sintrom desde hacía ya algún tiempo.

34

Detalle sin importancia

—Jefe —comenzó a decir Suárez nada más salir de la consulta del cardiólogo—, ¿de verdad crees que este hombre ha tenido algo que ver?, ¿o Lucas?

—No estoy seguro de nada aún, Diego —respondió Cantero—. Lo que sé es que no puedo descartarlos por ahora. El que Eva hubiera tomado Sintrom sin necesitarlo y que él lo use con sus pacientes es bastante sospechoso: tiene fácil acceso a ese fármaco.

—¿Y Lucas?

—Lucas es su hijo. Si el padre tiene acceso, él, por cercanía, también. Por no decir que, encima, trabaja en un hospital.

—Sí, pero en Urgencias. Allí dudo que tengan ese medicamento —protestó el subinspector.

—Entiendo que es tu amigo —repuso su jefe—, pero eso no le exime de haber cometido los crímenes. La falta de pruebas y no haber tenido ocasión sí. Trabajaremos para probar que no han sido ninguno de los dos. Quiero que tengas claro que no intento inculparlos, sino descartarlos.

—En eso tengo que darte la razón. Es que me fastidia mucho verlos pasar por algo así, no sabes lo que fue lo de Inés.

—Me imagino. Solo te puedo prometer que intentaré demostrar que no son sospechosos cuanto antes.

—Gracias —musitó el chico, abatido.

El teléfono del inspector sonó de pronto. Una canción de Fito y los Fitipaldis salía del aparato y sonaba más fuerte según tardaba él en contestar. Suárez no se podía creer que les gustara

el mismo grupo musical a los dos. Pensaba que entre ellos no había más que diferencias.

—Inspector Cantero —respondió.

—Buenos días, soy Alicia Prieto… —comenzó a decir la chica, pero al ver que su interlocutor tardaba un par de segundos en hablar, supo que no tenía ni idea de quién le estaba telefoneando—. Soy la residente de Radiodiagnóstico con la que estuvieron el otro día en el hospital.

—¡Claro! Vaya, lo siento, los nombres no son mi fuerte. Dígame, Alicia.

—Le llamo porque al salir de la guardia he aprovechado para ir a la UCI a ver a Eva Gómez y creo que ha mejorado bastante. De hecho, la van a trasladar a planta esta tarde.

—Me alegro mucho —aseguró Cantero—. Usted, que lleva muchos días allí, ¿ha hablado con ella?

—No, solo la he visitado unos minutos y me he interesado por su salud. Es que…, en fin…, cómo se lo podría explicar… Soy incapaz de alejarme de la evolución de esa chica. Es mi primer caso difícil.

—Ya, imagino que esas cosas dejan huella. Pues le agradezco mucho el seguimiento.

—Espero que no le moleste lo que le voy a decir, inspector. No lo hago por usted o por el caso del que se ocupan; ni siquiera lo hago por ella. Lo hago por mí. Es egoísmo puro.

—No lo creo; aunque los motivos no sean los que usted cree que deben ser, la realidad es que se preocupa de ella.

—Gracias, inspector.

—Es una gran noticia que la trasladen a planta. Igual podemos hablar con ella.

—Es muy probable, sí. He preguntado a los médicos y me han dicho que ya pasa ratos más largos consciente y se comunica con el personal. Vino a visitarla su madre, pero la joven dijo que no quería verla. No la ha dejado entrar ni una sola vez.

—Qué extraño, ¿no? Con lo que ha sufrido y que no quiera ver

a su familia… Lo arreglaré para ir esta tarde con Suárez, muchísimas gracias.

—No hay por qué darlas, inspector. Quiero que cojan a quien ha hecho esto.

—Una cosa, Alicia… ¿Usted y Lucas Zambrano son pareja?

A su lado, el subinspector Suárez se giró hacia su jefe con cara de asombro; no entendía muy bien a qué venía la pregunta.

—No, no, somos compañeros. Nos llevamos muy bien, eso sí, pero nunca hemos salido juntos. ¿Es importante? —Alicia se sonrojó; parecía que le había leído la mente, ahora que ella era consciente de sus sentimientos.

—No, solo era un **detalle sin importancia** —se disculpó Cantero—. El otro día me pareció ver algo, nada más. Pero ahora que se lo he preguntado, me parece poco relevante, la verdad.

—No se preocupe —repuso Alicia.

—Otra tontería, ya que estamos… ¿Conoce bien a su hermana?

—Supongo que se referirá a Inés.

—En efecto.

—Solo la he visto un par de veces. Lucas está convencido de que yo podría ayudar, aunque no estoy tan segura; es una chica muy reservada y no termino de entenderme con ella.

—La otra chica, la hermana pequeña, parece no tener lugar en esa familia. No les he oído hablar de ella ni una sola vez.

—Yo ni siquiera la conozco. Por lo que dice Lucas, desde el ataque a Inés, intenta no estar en casa siempre que le es posible. Y no la culpo.

—Yo tampoco, la verdad. De nuevo gracias y disculpe que le haya preguntado estas cosas, soy consciente de que pueden parecer irregulares.

—No se preocupe, hace su trabajo. Que tenga un buen día, inspector.

—Igualmente.

Cantero colgó el teléfono y colocó una pieza imaginaria en el puzle mental que se estaba formando en su cabeza sin que nadie más lo supiera. Para él era importante saber si aquella joven residente y el hijo del doctor Zambrano eran pareja, porque estaba convencido de que Suárez, su compañero, sentía más amor que amistad por aquel joven, y entonces sería un sentimiento no correspondido. Sabía, por experiencia, que el amor era un mal consejero a la hora de tomar decisiones. Sobre todo si había un crimen de por medio.

35

Lo conozco, solo es eso

La madre de Inés se mostraba nerviosa. La policía se presentó en su casa de nuevo para hablar con su hija, y ella ya no sabía qué pensar. Y, encima, aquel día no se trataba de Diego, el amigo de la familia, sino de una inspectora de Oviedo y otro de Madrid, nada menos. Aquello solo podía significar que todo lo que estaba pasando tenía que ver con su familia, y nadie quería explicar el qué.

Para echar más leña al fuego, recibió un mensaje de su marido diciendo que también habían ido a verle al trabajo.

—¡Ya está bien! —exclamó más asustada que enfadada—. No sé qué está pasando, pero creo que deberían dejar a mi hija en paz de una vez. No sé si se dan cuenta de lo mal que lo está pasando y así es imposible que avance. Acabamos de llegar de la psicóloga y es algo que a Inés le supone muchísimo estrés. Mi hija es una víctima de todo esto.

—Lo siento, señora —comenzó a hablar el inspector Aguilar—. Nos hallamos en medio de una investigación de asesinato y otra de secuestro y tortura, y, como comprenderá, que su hija lo pase mal es el menor de nuestros males.

—¿Cómo dice?, ¿que es el menor de sus males? ¡Que está hablando de la salud de una chica de diecisiete años! Y me parece genial que a usted no le importe, pero me importa a mí, que soy su madre. Y les pido que se vayan y que vuelvan con una orden, si es que se la dan.

—Por favor, mantengamos la calma —terció la inspectora Andreu—. Mi compañero no ha querido decir eso, es que a él le

hemos puesto al tanto de lo que ha ocurrido los últimos días, pero no de lo que le pasó a Inés, así que no tenía constancia de que hubiera sufrido un ataque de tal magnitud —mintió—. No se preocupe, que solo hablaremos unos minutos con ella; de hecho, lo haré yo, él solo me apoyará, ¿de acuerdo?

—Eh…, claro —secundó Aguilar con las muelas apretadas; le molestaba sobremanera ceder cuando estaba claro que aquella chica tenía mucho más que decir de lo que lo había hecho hasta entonces.

Entretanto, Inés los observaba desde la puerta de su habitación, sin intervenir. Como estaba claro que su madre cedería ante la policía y los dejaría pasar, no había ninguna razón para seguir metida en su cuarto. Cerró la puerta al salir; tampoco les iba a dar acceso a su dormitorio así como así. Se sentó en uno de los sillones del salón; había tres. A ellos les dejó el sofá, que era mucho más cómodo, pero no pensaba compartir asiento con ningún extraño. Aun así, les obsequió con una de sus mejores sonrisas.

—No entiendo por qué no ha venido Diego esta vez —se extrañó.

—¿Te sientes más cómoda hablando con él? —preguntó Aguilar a la defensiva; se relajó cuando sintió la mano de su compañera en el hombro pidiéndole en silencio que la dejara a ella.

—Lo conozco, solo es eso —les aseguró la chica.

—Inés…, somos conscientes de que sufriste un episodio muy violento en febrero que te ha condicionado la vida desde entonces.

—Ya —dijo ella con una mueca de asco.

—También sabemos que no pudiste ver a tu agresor. Supongo que por eso no quieres salir a la calle. Aun así, necesitamos algunas respuestas para dar con los agresores de tus amigas.

—Yo no tengo amigas, estoy harta de decirlo —se enfadó—. Las tuve durante mucho tiempo, pero cuando más falta me

hacían, me abandonaron.

—Precisamente ese es uno de los puntos que queríamos hablar contigo. Según tú, Eva quería marchar de Gijón. Según Paula Sobrino, jamás se habría ido sin ella. ¿Sabes a qué se refería?

—Eva salía con un chico en secreto y, cuando nos juntábamos las tres, nos decía que se iría con él en cuanto acabara el instituto. Paula le decía que se irían juntas a recorrer el mundo.

—¿Y tú no entrabas en esos planes?

—Por supuesto, nos íbamos a marchar las tres.

—¡Inés! —exclamó su madre, muy alterada—. ¿Qué dices? No tenía ni idea.

—Mamá, hacíamos planes juntas, nada más—respondió ella al tiempo que bajaba la cabeza, como avergonzada.

—¿Sabes por qué Eva se marchó antes de lo que pensaba? —preguntó Tere Andreu, ignorando la interrupción de la madre; era evidente que aquella conversación tendría que quedar para ellas dos.

—Ni idea —confesó la joven—. El caso es que, antes de que se marchara, estaba muy rara. Faltó algunos días a los entrenamientos de vóley y, no sé si alguien se lo ha dicho, pero tenía un saque…

—Algo he oído, sí —confesó la inspectora.

La puerta de la calle se abrió y entró una chica de pelo largo y rizado, con los ojos vivarachos y unos pequeños auriculares en las orejas. Frenó en seco al ver en el salón a su hermana hablando con dos desconocidos. La madre de Inés se apresuró a salir a su encuentro y, antes de que la joven preguntara, le advirtió que se trataba de dos policías que querían hablar con su hermana «de lo de siempre». Ella asintió sin más.

—Buenos días —la saludó Andreu a la vez que Aguilar se levantaba y le ofrecía la mano.

—Es mi hija pequeña —les informó la mujer mientras empujaba levemente a Silvia hacia su habitación; Inés no cambió el semblante en ningún momento—. Les agradecería que la

dejaran al margen de todo esto.

—Claro, no hay problema —le aseguró el inspector sin quitarle la vista de encima.

Quizá no tuviera importancia, pero le había parecido que a Inés le incomodaba su presencia.

—Volviendo a Eva… —prosiguió su compañera—, nos decías que era la mejor sacadora de la liga y que antes de marcharse estaba muy rara.

—De pronto se esfumó —siguió como si nada la joven—. Al principio Paula y yo estábamos muy preocupadas. Me llamó varias veces e incluso vino a casa y lloramos juntas. Después llegaron sus mensajes y me enfadé tanto que no quise volver a verlas, a ninguna de las dos. Son unas traidoras.

—Parece que no solo dejaron de ser tus amigas, por lo que veo también les guardas bastante rencor —conjeturó la inspectora; no le gustaba el cariz que tomaba la conversación.

—¿Qué haría usted? Sale un día de fiesta con ellas, la dejan tirada, vuelve a casa sola y la violan, vienen a verla de cuando en cuando y al final siguen con sus vidas como si a usted no le hubiera pasado nada, y después deciden escaparse y dejarla atrás. ¡Es injusto!

—Paula no se fue.

—Paula no se fue de Gijón, de acuerdo, pero se fue de mi vida cuando más la necesitaba. No sabe lo que fueron esos meses, cuando todo da miedo, cuando cualquier voz desconocida a tu espalda te lleva de vuelta a aquella sensación.

—Ahora sabemos que Eva tampoco se marchó.

—Creía que tenían claro que se había fugado y de lo que no estaban muy seguros era de lo que ocurrió después, cuando la torturaron.

—En realidad, barajamos las dos posibilidades. Por cierto, ¿quién te ha dicho eso?

—Diego —respondió la muchacha a toda prisa. La inspectora Andreu se quedó un tanto sorprendida. Aguilar, a su lado, puso

una mueca de fastidio—. ¡Dios mío! ¿He metido la pata? Espero que no le traiga problemas, es muy buen chico.

—Una última pregunta, Inés: ¿cómo crees que Eva y su novio pudieron pasar tanto tiempo juntos y que nadie sepa decirnos quién es o dónde encontrarlo? ¿Crees que tuvo ayuda?

—Si tuvo ayuda de alguien, sería de Paula. Y ya no le pueden preguntar.

—Eso último podrías habértelo ahorrado —le recriminó Aguilar.

—Tiene razón, inspector; a veces siento que no soy yo misma y digo cosas que ni siquiera pienso. Lo siento mucho —se lamentó sin apartar la vista de sus ojos; Aguilar no estaba muy seguro de qué pensar.

—Bien, tenemos bastante. Aunque sé que no es lo que quiere oír —añadió la inspectora mirando a la madre de la chica—, es probable que tengamos que hablar con ella alguna vez más durante la investigación. Y no me gustaría tener que pedir esa orden, la verdad.

La mujer no respondió. Parecía más interesada en que se fueran de su casa y así mantener una conversación con su hija; lo que había dicho de que pensaban fugarse juntas daba vueltas en su cabeza. Desde el pasillo, Silvia intentaba, sin éxito, saber qué llevaba a la policía a hablar con una víctima de violación una y otra vez. Y ninguna de las hipótesis que barajaba parecía ser lo suficientemente buena para desterrar las ideas que comenzaban a apoderarse de su mente.

Una vez en la calle, la inspectora repasó mentalmente lo que les había dicho la chica. Si cada vez que necesitaban un dato nuevo debían acudir a verla, no acabarían nunca con ese caso. Por su parte, y sin ninguna razón justificable, el inspector Aguilar añadió un nuevo nombre a la lista de sospechosos de Cantero sin saber que su nuevo compañero ya hacía tiempo que lo tenía en cuenta.

36

Mal sabor de boca

Tras salir del domicilio de Inés Zambrano, una patada a la farola dejó claro el estado de ánimo del inspector Aguilar.

—Tranquilo, Raúl, ya sé que el testimonio de esa chica no nos ha aportado nada nuevo.

—Me da mala espina. Hay que citarla en comisaría.

—No tenemos nada contra ella, todo lo contrario; no podemos citarla solo porque no te fíes de ella.

—Lo sé, y no veas lo que me fastidia. Y no es que no me fíe de ella, es que tengo la sensación de que nos manipula. Sabe perfectamente quién era el novio de Eva cuando se marchó de aquí y lo oculta por algo. Para estar traumatizada, habla con mucha soltura de la desgracia de los demás. No me puedo creer que se muestre tan fría ante lo que les ha ocurrido a sus amigas.

—Ya has oído que no las consideraba sus amigas desde que la violaron —comentó la inspectora—. Creo que no estás siendo justo con ella.

—Y esa es otra de las cosas que no me cuadran, Tere. ¿Tres amigas inseparables que hacen todo juntas y de pronto se separan porque a una de ellas la violan? No me cuadra en absoluto.

—Eso no la hace culpable de nada, Raúl. Inés está traumatizada. El problema es que la que más nos podría haber ayudado en esto está muerta —se lamentó Andreu.

—¿Sabías que esa chica va a terapia?

—Sí, acude a una psicóloga todos los martes. Ya oíste a su madre, venían de allí.

—Tenemos que hablar con la terapeuta —aseguró Aguilar.

—No creo que nos sirva de mucho; se acogerá a la confidencialidad médico-paciente, como ocurre siempre.

—Quizá nos ayude a entender sin contarnos nada que la comprometa.

—Por probar no perdemos nada —convino la inspectora—. Vamos a la comisaría; por lo visto, Cantero y Suárez ya están esperándonos para contarnos lo que han hablado con el padre de la *criatura*.

—¿Cuánto se tarda en llegar?

—Unos veinte minutos. A esta hora hay poco tráfico. Oye, Raúl…, creo que deberías relajarte un poco. Entiendo que quieres resultados cuanto antes, y no creas que nosotros no, solo que aquí las cosas se hacen de otra forma más pausada que en Madrid.

—No es que me parezca mal cómo lleváis las cosas, Tere. Es que hacía tiempo que no pensaba en cómo murió mi compañera y volver a leer sobre el caso, por muy cerrado que lo tuviéramos, no me ha venido bien. Se me pasará.

—¿Crees sinceramente que el caso de Eva Gómez está relacionado con el que llevaste tú hace años?

—No, lo único similar es el modo en que torturaron a las víctimas, con esos cortes, pero no el motivo, ni siquiera la herramienta usada. Aún no acierto a ver el nexo.

—Me ha escrito Cantero —comentó Andreu—. Esta tarde se puede ir a ver a la chica, la van a trasladar a planta.

—Es una gran noticia —coincidió el inspector—, espero que nos dé algo con lo que seguir.

Luego conectó la radio del coche y se recostó en el asiento del copiloto. No es que no le apeteciera hablar; de hecho, le agradaba aquella inspectora. Pero necesitaba poner en funcionamiento su cabeza para ver más allá, y con la música de fondo le era mucho más sencillo.

Llegaron antes de lo que esperaban y, tras aparcar detrás de la comisaría, subieron a poner en común todo lo descubierto, que por desgracia no era mucho. Las caras de sus compañeros no se mostraban mucho más alegres.

—¿Qué tal con el médico? —preguntó Andreu en cuanto entró al despacho, no quería dejar tiempo para pensar en nada más.

—Creo que está a la defensiva —respondió Cantero.

—Como el resto de la familia —añadió Aguilar.

—¿Qué es lo que no entendéis? —se enfadó Suárez—. Primero violaron a su hija, luego sus amigas aparecen de la manera que aparecen, y nosotros no hacemos más que ir a hablar con la chica. ¡Joder! ¡Que es una víctima de violación!

—Suárez, voy a decirte una cosa —intervino Cantero—. Obviando lo evidente, que es que cualquiera de ellos pudo cometer los dos crímenes a los que nos enfrentamos, el que tengan acceso al Sintrom es bastante concluyente. Y antes de que empieces a protestar porque ese medicamento lo usan con miles de pacientes, hasta con tu padre, te diré que hablamos con Inés Zambrano porque ha tenido la SUERTE de estar viva, cosa que Paula Sobrino no puede decir. Y en cuanto a Eva, no es que no queramos saber su testimonio, que por cierto nos hace más falta que ninguno; es que no se podía hablar con ella hasta ahora.

—Solo digo que debemos dejar a esa familia en paz —insistió el joven subinspector.

—No lo vamos a hacer, a no ser que el testimonio de Eva los excluya, cosa que dudo.

—Menuda mierda —terminó diciendo él de mala gana antes de meterse un chicle a la boca.

—Nunca te había visto mascar chicle —se extrañó Cantero. A sus compañeros les llamó la atención el comentario.

—No los suelo tomar, es que tengo **mal sabor de boca** —soltó Suárez para dejar claro quién era el culpable de que eso ocurriera.

—¿Me dejas ver de qué marca es? —le pidió el inspector; Aguilar frunció el ceño.

—No tengo ni idea, me lo dio el otro día Lucas.

—Dame el papel.

—Lo acabo de tirar. ¿Qué te pasa?

—¿Lo has tirado en esta papelera? —le preguntó mientras rebuscaba.

—Eh…, sí, es ese, el que acabas de coger. ¿Se puede saber a qué viene esto?

Cantero no se molestó en contestar, aunque sabía cuánto molestaba a su compañero que hiciera eso. Para el chico era una falta de respeto; para el inspector, la necesidad de dar los pasos correctos sin perder un segundo.

Marcó un número en su teléfono y solo tuvo que esperar dos tonos antes de que le cogieran la llamada al otro lado.

—¡Jorge! Lo siento, no tengo nada nuevo.

—Pilar, escúchame con atención. ¿Recuerdas lo que encontramos en el cementerio? Sé que había un espray para pintadas fuera del panteón. Y dentro encontramos, aparte de una colilla vieja…

—… un papel de un chicle —terminó por él la forense.

—Exacto. Pues ahora necesito saber la marca. Hay que pedir a los técnicos de la Científica que busquen huellas.

—Ya lo han hecho; solo había una parcial y no les ha dado resultados.

—¿Y si les doy yo con qué compararla?

—Bueno…, entonces, aunque sea parcial, podrán cotejarla, por supuesto.

—Pásame el teléfono de la unidad, Pilar, por favor. ¿Sabes quién está de guardia?

—Espera…, sí, Hugo Peña. Tengo aquí una copia de los turnos para saber a quién tengo que llamar en cada ocasión.

—Muchas gracias, hablamos luego.

En cuanto colgó, Cantero miró a su equipo. Por fin tenían una

pista de la que tirar. Parecía que el joven residente tenía que explicar demasiadas cosas y algo le decía que había, al menos, dos personas a las que no les gustaría nada que lo vieran como principal sospechoso. Y una de ellas estaba allí delante, mirándolo con una dureza que no dejaba lugar a dudas de lo que ocupaba en aquel instante sus pensamientos.

37

Deberías retirarte

Suárez tomaba su segunda cerveza; eran las cinco de la tarde. Antes de marcharse a hablar con Eva Gómez, la chica del hospital, el inspector pasó por la cafetería, donde estaba seguro de que su compañero ahogaría sus penas a solas. Lo conocía lo suficiente para saber que se lamentaría, se tomaría la primera a toda prisa, la segunda caería en menos de diez minutos y con la tercera apenas podría, pero sería suficiente para calmar la rabia que sentía a causa de la frustración.

—Sabía que te encontraría aquí —saludó Cantero a modo de saludo.

—¿Y tú?, ¿por qué no estás aún en el hospital?

—Ahora nos vamos —le comunicó—. Me están esperando fuera.

—«Me están esperando fuera»… —repitió él con retintín—. ¿Cuándo pensabas decirme que preferías que no te acompañara esta tarde?

Cantero no añadió nada. Entendía el enfado de su compañero al sentirse desplazado, y no sabía cómo contarle el resto. Pensó que lo mejor sería que lo aceptara cuanto antes.

—Mira, Diego…, lo he pensado mucho, no creas que he tomado esta decisión a la ligera.

—Tampoco pasa nada, ¿sabes? Vosotros tenéis más experiencia. Ya iré en otra ocasión.

—No es eso. Lo que estoy intentando explicarte es que creo que deberías salir del caso. Ahora mismo es lo mejor para todos, incluido para ti. Sobre todo para ti.

—¡¿Cómo?! —exclamó Suárez—. ¿Esto es cosa del madrileño? No creas que no me he dado cuenta de que le caigo fatal.

—No, no, para nada. Aguilar no ha dicho nada, aunque, si lo hiciera, no le podría culpar. La decisión la he tomado yo —le aseguró.

—¿Tú? ¿Y me lo sueltas tan tranquilo?

—No piensas con claridad en el caso, Diego. Estás cegado porque Lucas es tu amigo, por eso creo que **deberías retirarte**.

—Estarás de broma, ¿no? No pienso retirarme. Soy policía y soy tu compañero. No me parece bien ni siquiera que me lo propongas.

—No te lo estoy proponiendo, quiero que dejes el caso. Estás demasiado implicado y no estás haciendo las cosas bien. Ahora nos cuestionas en todo lo que tiene que ver con esa familia, pero dentro de nada lo que harás será boicotearnos, y no podemos dejar que ocurra.

—No… no me lo puedo creer… No me puedo creer que tú…

—No soy tu enemigo, Diego. En cuanto resolvamos este caso, volverás a tu puesto. Pero ahora quiero que llames tú a Montes y le pidas que te releven.

—No pienso hacer eso.

—Si no lo haces tú, lo tendré que hacer yo y será peor. El comisario pensará que te estoy encubriendo porque has puesto en peligro la investigación y no solo te relevará, sino que te cambiará de unidad. Piénsalo.

—¿Encima tengo que darte las gracias? —espetó Suárez con los ojos como platos—. Lo que me faltaba.

—Piensa un poco en esto, te estoy permitiendo que me faltes al respeto, que me desobedezcas y te oculto información para que no pongas en peligro el caso. Tu amigo Lucas es ahora mismo el mayor sospechoso, y lo sabes.

—Joder, esperaba otra cosa de ti. Te respetaba, ¿sabes?

—Bueno, ¡ya está bien! —se enfadó el inspector—. Te voy a decir lo que pienso realmente. Creo que estás enamorado de tu amigo, él encima lo sabe y lo está aprovechando en su favor. Pones en peligro la resolución del caso, por eso te quiero fuera de él. Si mañana por la mañana no has hablado con el comisario, lo haré yo y le contaré la verdad. Sabes que lo haré. Y ahora… creo que deberías dejar esa cerveza.

El inspector se marchó con una sensación de pérdida que no podía explicar. Aquel joven y él, pese a que no eran del todo compatibles, trabajaban muy bien juntos y confiaban el uno en el otro. Esperaba que, cuando todo aquello hubiera terminado, pudieran volver a empezar. Suárez, por su parte, se había colocado una coraza para protegerse de todo lo que no quería oír, pero tenía que reconocer que su superior había dado en el clavo. Llevaba enamorado de su amigo… desde que podía recordar. Y Lucas fingía no saberlo, aunque él estaba seguro de que no era así. Ya le había utilizado otras veces para conseguir lo que quería, sabía que nunca le negaba nada. Eso era lo que los había distanciado en los últimos años.

Pensó en los partidos que jugaron juntos, cuando cambió de equipo y no se lo dijo hasta que no hubo manera de cambiar también. Pensó en las veces que se había ido de excursión sin él y luego les había echado la culpa a otros. Pensó en aquella vez que discutieron porque, según Lucas, Diego le había intentado «levantar» la novia, aun sabiendo perfectamente que era homosexual y que no sentía ninguna atracción por esa chica. Aquel día no lo entendió y siempre le perdonó cada desliz, cada pelea, cada momento en que le había ignorado.

Se afanó en recordar cuándo habían retomado su amistad. Quizá ocurrió el día que fue a denunciar la desaparición de su carnet y lo había visto allí, en la comisaría, poco después le pidió que «le arreglara» una multa. Sí, quizá su jefe tenía razón y haría cualquier cosa por Lucas, poniendo en peligro la investigación.

Le haría caso a su superior, hablaría con Montes e incluso se tomaría unos días de descanso. Lo que no le parecía muy probable es que se dejara la cerveza a medias, ni el trabajo, aunque tuviera que realizarlo solo. Si Lucas tenía algo que ver en la muerte de Paula y la tortura de Eva, quería ser él quien pusiera a sus compañeros en la pista correcta, aunque perdiera para siempre a alguien tan importante para él. No había elegido enamorarse de un amigo, pero sí había elegido ser policía, y eso traía consigo algunos sacrificios.

38

Necesito un teléfono

Cantero no había querido decir nada a su equipo sobre la conversación que acababa de mantener con su compañero, aunque tampoco preguntaron; era evidente que no estaba con ellos y podían hacerse una idea del porqué. De camino al hospital avisó a Alicia Prieto de que iban a visitar a Eva Gómez, y la residente decidió esperarlos allí; se había tomado aquel caso como suyo y a nadie le parecía mal que quisiera seguir de cerca todos los avances respecto a la chica que había aparecido en Urgencias durante su guardia.

En cuanto vio llegar a la comitiva policial, reparó en que Diego Suárez no iba con ellos; en su lugar había un hombre de unos cuarenta años, cuerpo atlético, pelo muy corto y una cicatriz en el pómulo derecho, que parecía formar parte del equipo. El inspector no se demoró en las presentaciones, se limitó a decirle quién era el madrileño y después le preguntó cuál era la habitación de la chica.

Eva los esperaba semiacostada en la cama. Su piel se veía acartonada y el color azul la había abandonado, dejando en su lugar un intenso tono amarillento. Raúl Aguilar se quedó en el quicio de la puerta por un segundo, y tuvo suerte de que la inspectora Andreu fuese detrás y le propinara un suave empujón. No esperaba verla así.

—Buenas tardes, Eva, soy Jorge Cantero, inspector de la Brigada Judicial —la saludó—. Mis compañeros: Tere Andreu y Raúl Aguilar.

—Hola. Alicia me dijo que vendrían —comentó la joven.

El inspector miró a la paciente sin entender. ¿Es que se conocían de antes? No esperaba esa familiaridad entre ellas. Como leyéndole el pensamiento, la residente intervino enseguida:

—Eva y yo hemos hablado un rato esta tarde, mientras esperábamos a que vinieran.

—No es que tenga muchas visitas —añadió la chica.

—Me alegra ver que ya puedes hablar.

—Más o menos.

—Queríamos hacerte unas preguntas.

—Me imagino, y espero poder ayudar.

—No sé por dónde empezar; en realidad, no sé si estás al tanto de lo que ha ocurrido en los últimos días.

—¿A qué se refiere? Creo que llevo aquí una semana o diez días, aunque a mí me ha parecido un año, y nadie me ha contado nada del exterior. Quería llamar a mi amiga Paula, pero no tengo nada aquí, ha desaparecido mi móvil, mi cartera… Todo.

—Eh…, sí… Cuando estés preparada, puedes poner una denuncia —le explicó el inspector, que no se sentía con fuerzas de decirle que su amiga estaba muerta—. No hará falta que vengas a comisaría, te mandaré a alguien, ¿de acuerdo? ¿No sabes nada de tus amigas, entonces?

—No, desde hace mucho. Bueno…, con Paula he hablado alguna vez durante estos meses.

—¿De modo que no te secuestraron?

—Me fugué con mi novio, inspector. Nos queríamos mucho y nos fuimos a vivir juntos. La verdad es que no estaba lejos, en un pueblo junto a Turón.

—Eso está cerca de Mieres, ¿verdad? —intervino la inspectora Andreu.

—Sí, es una de las parroquias pertenecientes a Mieres. Vivíamos en una casita pequeña y los dueños no hacían preguntas.

—¿Y tu novio? Necesitamos que nos digas el nombre —le pidió Cantero.

—Eh…, preferiría no hacerlo.

—Me lo imagino, solo que creo que ahora mismo no es una opción.

—Aunque era complicado, porque él tenía que venir todos los días a Gijón y las mentiras se sucedían, lo llevábamos bien. Yo a veces sentía que había salido de mi casa para meterme en algo peor, pero luego llegaba él y se me pasaba la sensación. Así estuvimos unos meses.

—¿Cómo que tenía que venir todos los días a Gijón? Creía que tu novio era de Mieres.

—Eh…, sí, sí, claro, es que le salió un trabajo en Gijón durante un tiempo. Él es de Mieres, sí.

—Estás mintiendo, se te nota en la cara —la acusó Aguilar—. ¿Es que ninguna podéis decir la verdad?

—¿A qué se refiere con que ninguna podemos decir la verdad? ¿Paula les ha mentido?

Los tres policías se miraron entre sí, gesto que no pasó desapercibido a la chica. Durante un par de segundos esperó a que dijeran algo. Fue Cantero quien, por supuesto, habló en nombre de los tres, por algo llevaba la investigación:

—Paula Sobrino está muerta, Eva.

—¿Có… cómo? Es… es imposible. ¿Paula? No, no, se equivocan.

—Créeme que me encantaría estar equivocado, pero no es así. A Paula la asesinaron el mismo día que tú acudiste a Urgencias.

—¡No! ¡Paula no! —sollozó Eva, y Alicia se apresuró a colocarse a su lado y tomarle la mano.

—Por eso creemos que no es una buena opción que nos ocultes nada —prosiguió el inspector.

—No puede ser. **Necesito un teléfono**. Deme un teléfono. La llamaré ahora mismo, ya verá cómo se equivoca.

—Te dejaremos llamar en unos minutos, pero ahora es mejor

que te tranquilices y nos contestes a las preguntas. No queremos que le pase nada más a nadie y creemos que tu testimonio podría ayudar.

—Si de verdad Paula está muerta, ¿qué creen que puedo hacer yo? No, no, se equivocan… O me mienten. Deme el maldito teléfono.

—Voy a pedir que le administren un calmante —informó Alicia a los inspectores, y estos no tuvieron nada que decir; en aquellas condiciones no parecía poder contestar a ninguna pregunta más.

Mientras los enfermeros atendían a Eva, los tres policías salieron al pasillo y allí se pusieron de acuerdo en las preguntas más importantes que debían hacerle en cuanto les dejaran volver a hablar con ella. No querían que la chica se cerrara en banda o que fuera incapaz de hablar antes de contarles lo que habían ido a averiguar. Y con la sensación de que estaban a punto de dar un paso enorme en aquella investigación, aguardaron en la puerta a que Eva se relajase lo suficiente para continuar. Cantero cruzaba los dedos con la esperanza de que hubiera merecido la pena la espera y la decisión de dejar fuera del caso a su compañero. Empezaba a echar de menos su paciencia.

39

No puedo recordar más

Le molestaba incluso pestañear; era tal el trabajo que ejercían sus músculos que parecían pesar cien kilos cada uno. La enfermera que acababa de administrarle el calmante le explicó que era uno de los efectos que podía notar, el cuerpo mucho más pesado de lo normal. Por eso le costaba tanto mirar y pensar…

El inspector Cantero esperaba con paciencia a que la chica pudiera aclarar un poco la mente y empezara a hablar. Su testimonio era crucial para dar con su agresor y el asesino de su amiga.

—Eva…, ¿me oyes?

Ella asintió.

—Necesito que me digas cuándo dejaste de vivir con tu novio y por qué no volviste a casa. ¿Qué ocurrió?

La joven, con la boca pastosa y la lengua algo torpe, comenzó su relato:

—Yo no quería vivir aquí. Mis padres están separados y se pasan el día de peleas en el juzgado. Tengo cuatro hermanos pequeños, son de tres padres diferentes. Por suerte, dos de ellos ni han hecho acto de presencia para ocuparse de sus hijos. Mi madre se ha juntado con un hombre que la pega y ella no hace nada por detenerlo. El día que encontré a ese capullo mirándome mientras salía de la ducha, metí en una bolsa de viaje todo lo que necesitaba y me fui. No pensaba dejar que, encima, me hiciera algo a mí.

—¿Y llamaste a tu novio?

—Claro, él quería ir a casa de mi madre para arreglar las

cosas, ya sabe…, no de una manera muy civilizada, pero le convencí de que solo quería marcharme de aquí.

—Y os fuisteis a Turón.

—En realidad, la casa está en Figaredo, junto a Turón; creo que hay un par de kilómetros de distancia de un lugar a otro, igual ni siquiera tanto. Nuestra casita era muy pequeña, suficiente para nosotros dos, y estaba un poco apartada del pueblo.

—Lo que te venía muy bien para que nadie se diera cuenta de que estabas tan cerca.

—Sí. Cuando vimos que las cosas se ponían tan complicadas, fue cuando decidimos que enviaría aquellos mensajes a mi familia y amigas.

—Una de tus amigas, Paula, dijo que aquel mensaje jamás lo habrías enviado tú.

—Ya… —añadió con una sonrisa nostálgica—, sabía que se daría cuenta. ¿Fue por la «h»? Los mensajes los envió él desde mi móvil, yo sabía que era lo mejor, pero no me sentí con fuerzas para hacerlo. De todos modos, con Paula hablé unas semanas después, y desde entonces seguíamos en contacto.

—Eva, necesitamos que nos hables del chico: quién es, cómo os conocisteis, por qué dejasteis la relación…, todo lo que pueda ayudar.

—No quiero hablar de él, se marchó un día sin más.

—¿No lo buscaste?

—Cambió el teléfono, o me bloqueó, no sé más, porque nunca pude volver a contactar con él. Dejó una nota donde decía que no quería aquello, que pensaba que encontraría la felicidad a mi lado y que se había equivocado, que no le buscara y que ya no me quería.

—¿Y por qué no volviste a casa? —intervino Tere Andreu.

—Los primeros días sentía vergüenza. Luego pensé que debía irme a algún lugar grande, como Madrid o Valencia. La verdad es que no tenía ni un céntimo. Durante una semana comí lo que

tenía por allí y, cuando se me acabó la comida, decidí volver a casa.

—Algo que no hiciste.

—No, esa noche me despertó un ruido y me asomé a la cocina a ver qué podía ser. A veces se le escapaba una de las ovejas a Clodo, el vecino más cercano, y pensaba que habría vuelto a ocurrir. En la cocina no había nadie… o eso pensaba yo. Sentí un pinchazo en el cuello y me desperté atada de pies y manos en la cama.

—¿No pudiste ver quién lo hizo?

—No, me había colocado en los ojos unas gafas de esas protectoras que usan en los centros de bronceado o en los de depilación.

—Sé cuáles son —les informó Aguilar. Cantero contuvo una mueca de asombro; le habría resultado más razonable que el comentario viniera de la inspectora Andreu, y se regañó de inmediato por ser tan obtuso—. Son como gafas de sol muy pequeñas, apenas tapan los párpados y son opacas para no dejar que penetre la luz ultravioleta o el láser…

—Ya entiendo —asintió Cantero—. ¿Estabas en tu propia cama? En la de la casa, quiero decir.

—Sí, lo sé por el suavizante que uso y por la lavanda. Tenía plantas de lavanda por todas partes, y metía la ropa en el armario con ramilletes.

—Bien, entonces alguien te secuestró en tu propia casa y… ¿sabes cuánto hace de esto?

—Bueno…, mi novio me dejó el veintidós de octubre, se me terminó la comida seis días después y la noche del veintiocho fue cuando decidí marcharme, así que tuvo que ser ese día.

—Apareciste en Urgencias el sábado seis de noviembre a las seis de la madrugada, más o menos —le explicó Andreu—, así que estuviste retenida durante una semana.

—No lo sé, inspectora; la verdad es que estuve drogada casi todo el tiempo.

—Eso me alivia, Eva; al menos no sufriste mientras te hacían… eso.

—Ojalá tuviese razón. No tengo ni idea de qué droga me administraron, pero le aseguro que sentí cada corte que me hicieron.

—Lo que no sabemos es cuánto tiempo tardaron…

—Era una sola persona, un hombre. Durante días me tuvo drogada y me daba agua y algo de comida blanda. Un día empezó a cortarme. No me di cuenta de lo que ocurría hasta que llevaba unas cuantas heridas. Intenté gritar, pero no podía, me había metido una tela en la boca. Llegó un momento en que ni siquiera tenía fuerzas. Me inyectó algo, eso sí lo recuerdo.

—¿El Sintrom ese puede administrarse por vena? —preguntó Cantero a Alicia.

—No, se presenta en pastillas.

—¿Tal vez en el agua o en la comida? ¿Podría haber disuelto ahí las pastillas?

—Sí, claro, es bastante probable.

—En el agua me diluía algo, eso se lo garantizo, porque el sabor era bastante amargo —prosiguió Eva—. Pensé que sería un sedante o algo así, porque casi siempre me dormía después.

—Quizá le añadiera las dos cosas, el sedante y el Sintrom —añadió el inspector, pensativo—. ¿Recuerdas cómo llegaste aquí?

—Me metió en el maletero de un coche, creo, porque escuchaba un traqueteo y tardamos un buen rato. Además, hicimos una parada.

—¿Una parada? ¿A qué te refieres?

—Estuvimos un buen rato parados, no sé para qué, yo no me podía mover. Solo recuerdo una especie de graznido.

—¿De un animal?

—Sí, quizá un pato, no lo sé. Lo siento, **no puedo recordar más**. Por cierto, me llama mucho la atención que Lucas no esté aquí.

—¿Lucas Zambrano?

—Sí, claro.

—¿Os conocéis? —preguntó, un tanto extrañada, Alicia; sabía que se habían visto. Según Lucas, solo un par de veces y de pasada.

—Su hermana Inés y yo éramos muy amigas. Pasábamos la vida juntas, con Paula. El otro día, cuando me ingresaron en la UCI, resultó que estaba él de guardia. Me vino a ver varias veces, bueno, eso creo, porque me llegan imágenes a la cabeza, por eso pensé que hoy también estaría aquí.

—Así que fue a verte varias veces —repitió Alicia con el ceño fruncido.

Cantero torció el gesto. No era eso lo que les había contado cuando acudió con su amiga a la comisaría. Él dijo que apenas se conocían. Alicia no añadió nada; a la chica se la veía exhausta y era evidente que necesitaba dormir. En su mente, la semilla de la duda hizo aparición. Cuando eso pasaba, solo hacía falta regarla un poco para que las raíces fueran imposibles de arrancar. Como si el universo quisiera gastarle una broma pesada, el móvil sonó en su bolsillo avisándola de que una nueva llamada de Lucas permanecía en espera. Una llamada que no tenía ninguna intención de responder.

40

No deberías estar aquí

No le costó tanto como pensaba llegar hasta la casa. Se había aprendido de memoria el camino antes de subir al coche, por si el GPS se empeñaba en llevarlo por algún lugar inconveniente. Aunque había estado en ese lugar en alguna otra ocasión, hasta que no atravesó el puente de hierro que le llevaría a Bustiello y, enfiló el camino que daba a la casa que tenían los Zambrano tan cerca de Mieres, jamás había pensado que le sería necesario saber la ubicación exacta, porque todas las callejuelas le parecían iguales. En la segunda cerveza, y tras hacer caso a su jefe y pensar, aunque solo fuera de pasada, en su amigo como sospechoso, se percató de que, de ser culpable, aquella pequeña casa podría ser el lugar adecuado para torturar a Eva Gómez y matar a Paula Sobrino.

Solo había tenido que esperar un par de horas a que el alcohol de su cuerpo se evaporara antes de ponerse en marcha. Cuanto más pensaba en Lucas, más le dolía el estómago. Aquel día pasó por tantos estados de ánimo, y en tan poco tiempo, que le era imposible tener la mente clara. Además de sacarle del caso, su jefe le había abierto los ojos en cuanto a su relación con Lucas y cada vez lo veía más claro: lo llevaba utilizando toda la vida.

La rabia se apoderó de su cabeza. Quería dar con él y propinarle una paliza, que le doliera tanto como le dolía a él. Tuvo suerte de no coger el coche de inmediato. Al pasar el tiempo, se había enfriado la situación lo suficiente para darse cuenta de que ganaba mucho más si lo detenía y le hacía pagar por lo que parecía haber hecho a aquellas chicas. En el castigo

llevaría la penitencia, como decía su jefe.

—Lo que me faltaba, ahora yo también digo refranes, aunque me parece que no era exactamente así. El Quijote, segunda parte —ironizó en voz alta mientras echaba el freno de mano y se disponía a salir.

El teléfono vibró en su bolsillo y miró quién llamaba antes de contestar.

—Hablando del rey de Roma… —protestó antes de morderse la lengua ante el segundo refrán. Parecía que la influencia de Cantero era mayor de lo que pensaba.

Decidió no descolgar. Le había perdonado, desde luego. En realidad, entendía perfectamente sus motivos para sacarle del caso y cada vez estaba más convencido de que había tomado la decisión correcta, por mucho que le fastidiara. Ahora sentía sobre todo vergüenza al no ser consciente de su estupidez, de lo ciego que se podía llegar a estar cuando lo que no se quiere ver es la realidad. Le llegó de pronto el tercer refrán: «No hay más ciego que el que no quiere ver», y guardó el teléfono en el bolsillo, algo molesto. Ya solo le faltaba que le apodaran a él «Sancho Panza» para ser el hazmerreír de toda la policía de Asturias.

Rodeó la casa muy despacio, comprobando al mismo tiempo que nadie se hallaba dentro. Pisó sin querer las pocas flores que asomaban bajo la ventana. No le importó mucho, noviembre no era un mes primaveral, ya saldrían cuando lo fuera. Se acercó a uno de los cristales y colocó las manos a modo de túnel para concentrar la poca visión que aquella noche sin apenas luna le permitía. Tan solo pudo acertar a ver alguna que otra sombra que los muebles proyectaban en la pared. Volvió a sacar el teléfono para que la linterna le proporcionara un poco más de visión. Aun así, lo único que pudo comprobar fue que la casa parecía completamente recogida; quizá alguien se encargaba de la limpieza con frecuencia.

Por un segundo pensó en abandonar. No era su caso desde

aquel mismo día y, por tanto, no podía intervenir. Si algo ocurría, podrían incluso abrirle un expediente. Aunque, por otro lado, había acudido porque quería ser él quien pillara a su amigo. Bueno…, amigo…, ahora ya no podía llamarle así; estaba a punto de convertirse en un desconocido para él.

Contempló lo que parecía el salón, no muy grande: una sala con un sofá, una mesa y cuatro sillas, un mueble donde descansaban unos libros y una televisión más bien pequeña. Una puerta daba a la cocina, por lo que pudo vislumbrar, y otra puerta, cerrada, daría a las habitaciones, si es que tenía más de una, y el baño.

Pensar en la amistad que le había unido a Lucas tanto tiempo le provocaba la sensación, cada vez más acuciante, de que debía entrar. Quizá aquella punzada en el pecho, que le decía que el residente era inocente, le acabara dando la razón. Y en ese caso también quería ser él quien le demostrara a su jefe que se equivocaba. Era consciente de que una parte de su cerebro apelaba a su antigua amistad y a lo que sentía por Lucas. Si se equivocaba, pillaría a ese cabrón y lo encerraría él mismo.

Volvió al coche y abrió el maletero. En un lateral, dentro de una sencilla bolsa de tela, descansaba un juego de ganzúas que su tío, el que no pudo ingresar en la policía y que desde entonces se dedicaba a actividades poco aconsejables, le había regalado en cuanto aprobó las oposiciones. Aquel tío al que, pese a todo, quería y al que se había visto obligado a sacar de más de un apuro.

Introdujo el primero de los hierros en la cerradura y probó suerte. No abrió a la primera, pero sí a la segunda, lo que le proporcionó unos segundos de satisfacción. Quizá, si finalmente le echaban del cuerpo, tuviera futuro justo en el bando contrario. Suspiró ante la estupidez; igual aún le quedaba algo de alcohol en la sangre, al fin y al cabo.

La casa olía a limpio y se veía ordenada. Estaba claro que había una persona encargada de la limpieza. Por un segundo le

pareció que alguien se ocultaba dentro. La sensación se apoderó de él con una fuerza demasiado intensa como para no darle crédito. Sacudió un poco la cabeza e intentó pensar como un policía; aún lo era. En un intento de recobrar la cordura y dejar de sentir un miedo que le provocaba escalofríos y le mantenía la piel de gallina, echó mano al cinturón, justo donde llevaba su pistola reglamentaria. La sensación de estar en peligro se acrecentó cuando fue consciente de que se la había olvidado en la guantera del coche. Estaba allí para hablar con su amigo, no había tenido un día muy lúcido y no había reparado en que pudiera hacerle falta ir armado. Maldijo en voz baja y se afanó en buscar un nuevo refrán; parecía que le reconfortaba sentirse cerca de su jefe, jamás lo habría pensado. Al no encontrar ninguno que le sirviera para combatir el miedo, intentó ser práctico y buscar los fusibles; allí en la negrura nada parecía fuera de lugar. Solo supo que su instinto se hallaba en lo cierto cuando oyó una voz a su espalda que le decía: «**No deberías estar aquí**», antes de sentir un golpe en la nuca que lo envolvió en una oscuridad que ni siquiera la linterna de su móvil pudo atravesar.

41

Me ha mentido

El inspector Cantero releía las pruebas y cada vez lo tenía más claro: Lucas estaba implicado en el caso de las dos chicas. Y ahora se debatía entre hablar con Alicia o no hacerlo. Por un lado, comprometería la investigación; por otro, quizá ella estaba en peligro y era su responsabilidad velar por la seguridad de la chica.

Echó mano al bolsillo interior de la chaqueta para sacar un cigarrillo y se encontró con un pequeño paquete que nada tenía que ver con su afición a meterse humo en los pulmones. Aunque mascaba aquellos chicles de nicotina que ni siquiera le gustaban, quizá debía pasar a algo más drástico, como la hipnosis, por ejemplo. Se metió un chicle en la boca y siguió con su disyuntiva como si nada.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó la inspectora Andreu, quien comenzaba a acostumbrarse a las «ausencias» de su compañero a esas horas de la mañana.

—Tengo un dilema, Tere.

—Tú dirás.

—Nuestro principal sospechoso es Lucas Zambrano…

—Sí —coincidió ella—. Necesitamos las huellas para cotejarlas con el papel del chicle.

—Exacto. Estoy pensando que Alicia Prieto y ese chico… En fin…, que no sé si están saliendo o están a punto, ¿sabes?

—Y piensas que igual deberías avisarla.

—¿Y si está en peligro?

—¿Crees que lo está?

—En realidad, no lo creo. Me parece que Lucas no le haría daño, pero tampoco sé tanto de él como para estar seguro, ¿me entiendes?

—¿Y qué puede pasar si la pones sobre aviso? ¿Crees que ella se lo dirá?

—No lo sé, Tere, la verdad es que no lo sé. Ayer la chica comenzó a dudar de Lucas, pude verlo en sus ojos cuando estábamos junto a Eva Gómez, en el hospital.

—Sí, me di cuenta, solo que dudo que sea suficiente para que se aleje de él. No sé, Jorge, quizá sea mejor hablar con ella, parece una joven bastante razonable.

—Tal vez sea lo mejor.

Como si hubiera estado escuchando, Alicia llamó al inspector en aquel momento. Cantero se sorprendió a sí mismo decidiendo por primera vez si contestaba o no. Normalmente solo ignoraba una llamada si no podía responder, no porque no quisiera hacerlo.

—Alicia, buenos días —la saludó finalmente; Tere Andreu se sorprendió.

—Inspector, ¿le llamo en mal momento?

—No, en absoluto. ¿Ocurre algo?

—En realidad, es una tontería, pero creo que debería decírselo. Estos días he sentido como si alguien me vigilara. Incluso me fijé en un joven que corre en el mismo parque que yo; aunque creo que no tiene nada que ver, solo coincidimos a la misma hora.

—¿Y sospecha que alguien quiere algo de usted? ¿Alguna conducta extraña?

—No lo sé… Verá…, sabe que últimamente Lucas y yo hablamos bastante, ¿no?

—Sí —respondió él con el ceño fruncido, no sabía adónde quería ir a parar.

—Yo… me siento un poco ridícula contándole esto, pero he sentido que alguien me sigue también en el hospital, cuando

estoy de guardia.

—¿Quiere que me pase por allí y lo investigue?

—Es que… en realidad no sé si hay algo que investigar, quizá solo estoy sugestionada por lo de esas chicas. Y después de ver que Lucas me había mentido en cuanto a Eva, tal vez me he obsesionado un poco.

—Entiendo. ¿Y se lo ha dicho a Lucas?

—Ese es el problema, que sospecho que es él.

—¿Y eso por qué? —preguntó el inspector, con el pulso repentinamente acelerado—. ¿Porque le mintió?

—No solo eso —respondió Alicia—. Me lo encuentro mucho más a menudo de lo normal y en sitios donde él no tendría que estar o no estaría normalmente. Al principio me gustaba que fuera así, me lo tomé como que estaba interesado en mí. Ahora no estoy tan segura, sobre todo porque le he preguntado al respecto y **me ha mentido** en alguna ocasión.

—¿En qué le ha mentido?

—Me dice que le cambian guardias y resulta que él es quien va pidiendo hacer las mismas que yo, que ya le digo que eso me gusta porque así coincidimos, pero lo que no me hace ninguna gracia es que le pregunte sobre el tema y me mienta. Además, me pareció ver su coche aparcado ya dos veces cerca del parque donde voy a correr. Ayer fui por otra zona y lo vi de nuevo. No se lo sé explicar, igual soy yo la que está viendo fantasmas donde no existen.

—Bien, Alicia, lo que le voy a decir es confidencial y no puede contárselo a nadie, y menos a Lucas. Necesito que me prometa que jamás hablará sobre esta conversación.

—Claro, inspector, por supuesto que se lo prometo…, pero me está asustando.

—Nuestro principal sospechoso del secuestro y tortura de Eva y del secuestro y asesinato de Paula es Lucas Zambrano.

—¡¿Cómo?! No, no, inspector, no creo que Lucas sea capaz de algo así. Una cosa es que me siga, que igual es obsesión mía, y

otra que mate a una chica y torture a otra.

—Hallamos un papel de chicle que coincide con la marca que toma Lucas en el lugar donde encontramos el cadáver de Paula Sobrino, la chica que había desaparecido. Era amiga de su hermana Inés y de Eva.

—Puede ser de cualquiera.

—Sí, es cierto. Tenemos una huella parcial y necesitamos conseguir las huellas de Lucas para cotejarlas. Esto no ha trascendido, Alicia, espero que entienda…

—Claro que lo entiendo, no se preocupe.

—¿Necesita protección? Quizá pueda asignarle…

—No lo creo, inspector. Dios mío…, no me lo puedo creer… Lucas sospechoso… No sé si he hecho bien en llamarlo, la verdad es que no es un plato de buen gusto recibir esta noticia.

—No creo que a usted le haga nada si es nuestro hombre, pero igualmente quiero que tenga los ojos muy abiertos, ¿de acuerdo? Y, repito, no le diga nada.

—No se preocupe, así lo haré. Gracias por avisarme. Si hay cualquier novedad, le llamaré.

Tras colgar el teléfono, Alicia se percató de que se sentía sudorosa y con palpitaciones; necesitaba calmarse cuanto antes. Se metió en el baño y se lavó la cara con agua fría. No tenía muchas ganas de que ninguno de sus compañeros del hospital se diera cuenta de que estaba más nerviosa de lo habitual. Pensó incluso en coger unos días de vacaciones y quedarse en casa con tal de no ver al residente por allí. Añoró de pronto los días en que no había estudiado una carrera, cuando era una niña y solo se preocupaba de saber lo que había de cenar y en llevar los deberes hechos al colegio al día siguiente. Quizá, si cerraba mucho los ojos, se despertaría en su habitación de la infancia, mientras su madre le remetía el edredón para que no cogiera frío por la noche.

De pronto alguien llamó a la puerta y le preguntó si se encontraba bien. Entonces fue consciente de que hacía mucho

tiempo que ni iba al colegio ni su madre la arropaba de noche.

42

Faltar a su promesa

Lucas estacionó en la zona más apartada del aparcamiento del hospital. Siempre lo hacía así, bien porque no le gustaba el barullo que se formaba a las ocho de la mañana cerca de la entrada, bien porque le gustaba caminar unos minutos más para despejarse un poco.

Aquella mañana entró apurando la hora más que de costumbre; no quería ver a los que salían del turno de noche y tampoco quería dar demasiadas explicaciones. Alicia no le cogía el teléfono y eso solo podía significar que estaba molesta con él, y le agobiaba un poco pensar en el motivo. La notaba a la defensiva, como si hubiera descubierto algo que la hubiera decepcionado por completo. Esperaba no tener que acudir al servicio de Rayos X acompañando a ningún paciente, podría resultar muy incómodo.

Llegó demasiado justo a la sesión médica en la que hablaron de los nuevos síntomas que presentaba la última variante del virus causante de la pandemia hacía ya más de un año y medio, y que parecía que no acabaría nunca. Entró cuando acababan de empezar y se quedó en un rincón hasta que terminó. Se afanó en escoger los casos que más ocupado le tendrían y en los que menos tuviera que hablar con los demás, y se dispuso a pasar una mañana tranquila, dentro de lo que el servicio de Urgencias le permitiera.

—¡Ah, Lucas! Estás aquí —dijo la doctora Llanera, con quien coincidía muy a menudo—. No te he visto en la sesión.

—He llegado un poco tarde y me he sentado junto a la puerta,

lo siento.

—No pasa nada, mientras vengas…

—Claro, ¿cómo iba a faltar? Además, los residentes mayores hablan muy bien —añadió él para que la doctora viera que sabía quién había dado la sesión clínica, con lo que decía la verdad al afirmar que había estado presente en la charla.

—Una cosa, me han comentado en admisión que ayer llamó la policía preguntando por ti. ¿Te localizaron?

Lucas se puso en guardia de inmediato. Aquello no podía ser buena señal.

—Eh…, no, no, es la primera noticia que tengo. Supongo que sería por lo de la chica esa que vino el otro día ensangrentada, como resultó ser amiga de mi hermana… —dijo intentando desviar la atención.

—¡Ah! No lo sabía —confesó ella—. ¿Y no la reconociste cuando vino?

—La verdad es que la había visto solo un par de veces antes de que desapareciera, no me di cuenta de que era ella. Y entre las heridas, la mascarilla y la sangre… Ni siquiera ahora lo podría jurar.

—Entonces ¿podría ser otra persona? —se interesó la doctora.

—No, no, las huellas coinciden —le aseguró el joven.

—Bueno, al menos la han identificado, algo es algo. No te olvides de llamar a la policía, por favor, que insistieron mucho. Pero antes termina de valorar a estos pacientes y rellena la historia clínica.

—Enseguida voy —respondió él con la mente en otro lugar.

Miró la analítica del paciente con el que se hallaba trabajando en ese momento. Los números que le devolvía el ordenador muy bien podrían ser cualquier cosa, porque no les prestaba la menor atención. Que la policía insistiera en hablar con él no podía ser nada bueno. Pensó en llamar de nuevo a Alicia, aunque quizá fuera mejor acercarse al servicio de Radiodiagnóstico y hablar con ella en persona; allí no le recriminaría nada. De todos

modos, lo intentó; siempre marcaba ese número cuando tenía una dificultad, pese a saber que sería en vano.

—Doctor… —llamó su atención un hombre postrado en una camilla—, necesito hacer pis.

—Claro, ahora mismo mando a alguien para que le atienda —respondió distraído.

Más tarde el hombre tendría que repetírselo a la primera persona que pasaba junto a él, porque Lucas se hallaba en otro mundo buscando soluciones mucho más complicadas que las de poner a hacer pis a un paciente que caminaba perfectamente y podía ir al baño solo.

Sin pensarlo más, abandonó su puesto de trabajo y se dirigió a ver a Alicia, convencido de que había una explicación para lo que estaba ocurriendo. No le costó demasiado encontrarla. Se hallaba haciendo una ecografía a un paciente que no parecía estar muy conectado con el medio.

—Alicia —dijo nada más colarse en la sala.

—¿Qué haces aquí? ¿Tienes algún paciente que necesite una prueba diagnóstica?

—No, no es eso, es que necesito hablar contigo.

—No tengo ninguna intención de que hablemos en la vida, Lucas, me has mentido. Además, tengo trabajo —dijo antes de apartarlo un poco para coger un bote de gel ecográfico.

—No he hecho tal cosa —le aseguró él al tiempo que se lo acercaba de la estantería; era más alto y se hallaba más cerca.

—Lucas, no me fío de ti y, ya que estamos, te diré que la policía tampoco —soltó la chica sin tiempo para pensar en lo poco que había tardado en **faltar a su promesa** a Cantero.

—¿Qué crees que he hecho? —la retó él.

—Pues, para empezar, torturar a Eva Gómez y secuestrar y matar a Paula Sobrino. Es más, voy a llamar a la policía ahora mismo. Sal de aquí, por favor.

—No sé qué te ha dicho la policía, pero es mentira, Alicia.

—Te voy a explicar lo que me ha dicho la policía, me da igual

que pueda decírtelo o no. Encontraron un papel de chicle junto al cadáver de Paula que coincide con los chicles que te pasas la vida masticando tú, y además tenía una huella. En cuanto comparen las tuyas con la del papel, te habrán pillado. No sé cómo he podido ser tan idiota, Lucas, yo confiaba en ti.

—Me han tendido una trampa.

—¿Tú te crees que soy gilipollas? —replicó Alicia—. ¡Eres sospechoso de cosas muy graves! Y yo que pensaba que te gustaba y que por eso me llamabas tanto… ¡Solo querías que alguien te apoyara! Habrías hecho cualquier cosa, ¿verdad?

—Joder, Alicia, escúchame, estoy metido en un lío tremendo. Si la policía me encuentra, estoy jodido, iré a la cárcel y no podré ser médico nunca.

—Igual es lo que te mereces.

—No soy un ángel, pero te voy a demostrar que tampoco soy como la policía piensa —le prometió.

A continuación, salió de la sala con la cabeza gacha y el corazón encogido, mientras Alicia llamaba al inspector Cantero para explicarle que él había estado allí. Lucas sabía que lo haría, su compañera era de todo menos irresponsable, así que se dirigió a Urgencias, recogió sus cosas y salió del hospital sin que nadie reparara en él.

Alicia reprimía las lágrimas mientras le explicaba al inspector Cantero lo que acababa de ocurrir. Él la tranquilizó asegurándole que, si no era el agresor que buscaban, ella sería la primera en saberlo. La joven habría hecho veinte guardias seguidas si eso sirviera para que Lucas no tuviera que ver en nada de lo que les habían hecho a aquellas chicas. Algo en su corazón le decía que la inocencia no era precisamente una de las virtudes del médico residente y ese fue el detonante de que varios pedazos de su corazón se separaran para no volver a unirse nunca más.

43

Eres un monstruo

Llegó unos minutos antes de que ella saliera de casa. Esperó con paciencia a que su madre bajara a la calle y se subiera al coche para ir a comprar; sabía que nunca se podía negar. Comprobó la hora para asegurarse de que Silvia no hubiera llegado del instituto y sonrió con amargura. Su hermana pequeña era un ser maravilloso, la mejor de la familia, sin duda.

Decidió llamar a su madre, al marcharse precipitadamente del hospital, para decirle que le gustaría pasarse a comer, y ella enseguida le prometió unas croquetas de bacalao. Solo tuvo que aguardar unos minutos a que la mujer fuera a toda prisa a comprar el pescado para prepararle a su «niño» su plato favorito. En cuanto supo que su hermana Inés se hallaba sola en casa, subió y utilizó su llave para entrar.

Ni siquiera se preocupó de llamar a la puerta de la habitación, lo que molestó a la chica tanto que estuvo a punto de darle una patada.

—¿Qué haces? No te he dado permiso para entrar aquí —le recriminó a la vez que apagaba la pantalla del ordenador.

—Me importa una mierda, Inés, esto se acabó.

—¿El qué?

—¿Cómo que el qué? Lo que llevo haciendo por ti desde que te atacaron.

—¿Qué dices? Yo nunca te he pedido nada, no sé a qué viene esto.

—No me puedo creer lo que estoy oyendo —le recriminó él; sentía la ira crecer dentro de su cuerpo con cada palabra—.

Cuando te atacaron, me aseguraste que había sido culpa de tus amigas, que te habían abandonado sabiendo que alguien te perseguía y que no solo no habían hecho nada, sino que te habían negado la ayuda.

—Y así fue.

—¿Entonces? Porque tú me dijiste que te encantaría que ellas sufrieran tanto como habías sufrido tú y que se lo merecían. Me lo repetiste una y otra vez.

—Ya…, pero nadie te pidió que fueras mi justiciero. Tú lo has hecho porque has querido.

Lucas perdió los papeles por un segundo y le propinó un sonoro bofetón a Inés, quien cayó sobre la cama. En aquel instante la odiaba tanto que la habría matado allí mismo, pero se habría arrepentido un segundo después, porque su hermana había sido siempre su debilidad y no se imaginaba la vida sin ella.

—Todo lo he hecho por ti —confesó él a la vez que se pasaba las manos por el pelo y se sentaba junto a ella en la cama—. Me van a meter en la cárcel, ¿sabes?

—Me has pegado… —musitó Inés con la cara roja de ira—. No deberías haberlo hecho.

—Lo… lo siento… He perdido los papeles. Entiéndelo, Inés, esto significa mi ruina.

—¡No es cosa mía, Lucas! Yo no te pedí que les hicieras nada, solo te conté cuánto las odiaba.

—No puede ser. Me dijiste que Eva era la chica más guapa que habías visto en tu vida, que tenía una piel perfecta y que en realidad no era más que la piel de una serpiente. Me dijiste que esperabas que alguien tuviera las agallas suficientes para cortársela en pedacitos. Solo hablabas de eso. Y yo…, bueno, yo te lo debo.

—Sí, y lo sigo pensando —asintió la joven—, me decepcionó mucho, era mi amiga.

—Me dijiste que Paula era un ángel para todo el mundo y que,

en realidad, estaba vacía por dentro, porque tú la conocías bien y era una farsante.

—También lo sigo pensando —le aseguró la chica sin retirar la mano de la mejilla.

—Y entonces ¿por qué niegas que me pediste ayuda? ¿Cómo llamas tú a eso?

—¡No lo hice! Estabas deseando hacerles daño. ¿Sabes qué te pasa, Lucas?, que te crees un superhéroe justiciero que puede arreglar las cosas según le plazca. Estoy muy orgullosa de ti, solo que creo que nunca serás muy listo.

—¿Qué… qué quieres decir?

—Querías vengarme, según tú, pero Eva sigue viva y ha hablado con la policía. No tendría que haber sido así si hubieras hecho bien las cosas.

—Se tendría que haber desangrado, yo calculé bien la dosis, no esperaba que saliera viva.

—También cometiste un error con Paula.

—Cuando la dejé en el panteón, tiré un papel de chicle que tiene mis huellas, ni siquiera fui consciente de ello.

—¿Lo ves? No eres lo bastante listo para ser un justiciero. Yo nunca te habría pedido que lo hicieras. Y, para rematarlo, no escuchas —añadió Inés mientras salía de la habitación para ir a la cocina a por un poco de hielo; no quería tener que dar explicaciones a su madre cuando llegara a casa.

Vio que la cafetera estaba llena de café recién hecho y le sirvió uno a Lucas. Ella sabía que era cuestión de tiempo que la policía diera con su hermano, que en su afán de protegerla se había comportado como un estúpido. Echó varias cucharadas de azúcar, como a él le gustaba, y volvió a la habitación, donde Lucas permanecía en la misma postura, abatido, desesperado, sabedor del futuro que le esperaba. Aceptó la taza que le ofrecía su hermana, un gesto que consideró como de reconciliación por su parte, y apuró el café de un trago, como si fuera un autómata.

—¡Puaj!, ¿cuánto azúcar le has echado?

—Pensé que te gustaba muy dulce.

—No tanto —respondió él tras dejar la taza en la mesilla—. Inés…, lo he hecho todo por ti, no podía verte sufrir. Tienes que ayudarme.

—No creo que yo pueda hacer nada —replicó su hermana—. Y no te engañes; no lo has hecho por mí, sino porque te sientes en deuda conmigo. Tú solito te has metido en esto. Pídele ayuda a papá, que siempre salta cuando tú se lo dices. Seguro que estará encantado de vender la casa del pueblo para pagarte el mejor abogado.

—Ya…, la casa del pueblo… Creo que me voy a marchar, no le digas a nadie que me has visto. Si me cogen, declararé que tú me mandaste hacerlo.

—¿Yo? ¡Estás enfermo! ¿De verdad piensas que alguien en su sano juicio va a creer que una adolescente traumatizada puede obligar a un hombre hecho y derecho, que acaba de terminar Medicina, a torturar y matar a dos chicas? Bueno, a una, porque ni siquiera has sabido acabar con la otra.

—**Eres un monstruo**, Inés —respondió Lucas mientras salía de la habitación; tenía miedo de permanecer allí y hacerle a su hermana lo que no había terminado de hacerle a Eva.

Salió sin cerrar la puerta. Se subió al coche y arrancó sin importarle si las marchas entraban a la primera, si ponía el intermitente antes de salir… El caso era que lo iban a pillar si no ponía enseguida tierra de por medio. Se apresuró a ir a casa a por sus cosas y coger la llave de la casa del pueblo; quizá pudiera pasar allí uno o dos días antes de desaparecer definitivamente.

Mientras tanto, su hermana, la hermana a la que tanto amaba y tanto había consolado meses atrás, se acercó a cerrar la puerta de la entrada con parsimonia y luego se encaminó a la cocina. Con la palabra «monstruo» resonando en su cabeza, llenó el filtro de la cafetera e hizo una nueva jarra cuyo aroma envolvió la cocina. Recogió un poco y pensó en la excusa que le daría a su

madre cuando volviera a casa y se percatara de que, pese a su promesa, Lucas no iría a comer aquel día. Y con el café en la mano, se dirigió a su cuarto, donde sacó su diario del cajón de siempre para hablar del monstruo que acababa de salir de su casa, con la esperanza de que nunca volviera a entrar en aquella habitación.

Es brillante. Cuando el resto del mundo se conforma con la mediocridad de sus actos, él se esfuerza en dar el siguiente paso, en avanzar a cada momento. Se eleva por encima del pensamiento humano, siempre lo ve todo a la altura del cielo. Por eso su razonamiento es ley.

Es brillante. Se aprende cada movimiento de su adversario para atacarlo antes de que el contrario se atreva siquiera a pensarlo. El enemigo cae sin remedio ante un rival sin parangón. Su maestría en la guerra siempre le entrega la victoria.

Es brillante. Huye del rebaño, de las masas de gente incapaces de pensar por sí mismas. Utiliza su mente como si viniera de otro mundo, a años luz de la humanidad. Se introduce en sus mentes sin esfuerzo para adelantarse a lo que va a ocurrir.

Es brillante. La intuición completa al mejor de sus valores, que es la capacidad de reacción. Resurge de sus cenizas cual Ave Fénix siendo cada vez más fuerte, más sagaz, más inteligente si cabe. Controla cual hechicero con voz embriagadora y consigue del mundo entero sus propósitos.

Es brillante… y le odio.

44

He conseguido sus huellas

El inspector Cantero tenía un mal presentimiento. Tras un día entero intentando hablar con su compañero, sin éxito, comenzaba a sentir una inquietud difícil de obviar. Estaba seguro de que Suárez seguiría enfadado por que le hubiera apartado del caso, pero le conocía lo suficiente para saber que, a esas alturas, ya lo habría comprendido, que estaría incluso de acuerdo, y le habría perdonado. Tardaría un poco más en hablar con él del tema, por supuesto; le había abierto los ojos y eso nunca era plato de buen gusto. Como él decía: «No hay más ciego que el que no quiere ver». Sonrió ante su pensamiento, por el que se había ganado a pulso el mote, sin saber que ese era el último refrán que había salido de la boca del joven subinspector antes de que alguien lo sumiera en la oscuridad. Intentó de nuevo localizarle, pero fue en vano; ya ni siquiera tenía el móvil encendido. De modo que optó por llamar directamente a comisaría.

—¿Ha ido Diego Suárez a trabajar? —preguntó nada más sentir que alguien le cogía el teléfono al otro lado de la línea.

—¿Ocurre algo? —se preocupó Tere Andreu a su lado.

—Espero que no —respondió el inspector mientras el agente que atendía al teléfono comprobaba la información pedida.

—Inspector Cantero, hoy nadie ha visto a Kent…, perdón, al subinspector Suárez. Pensábamos que estaba con usted —le informó algo cortado el agente, pero Cantero no dio muestras de parecer molesto por su desliz con el mote—. Igual pidió el día libre.

—Sí, claro, es posible. Voy a necesitar su dirección, consígamela y le llamo en unos minutos.

—Eh…, por supuesto —confirmó el policía, ya con algo de preocupación en la voz, pues Diego Suárez era muy querido entre sus compañeros.

—¿Qué ocurre, Jorge? —insistió la inspectora Andreu.

—Suárez no me coge el teléfono, no contesta a mis mensajes y ahora ni siquiera le llegan.

—Se habrá quedado sin batería —intentó tranquilizarle Aguilar.

—Me imagino. Es solo que ayer estaba bastante alterado… y algo bebido.

—¿Crees que ha hecho alguna locura? —preguntó con escepticismo Andreu.

—Locura como quitarse la vida o algo por el estilo, lo dudo. Locura como tomarse la justicia por su mano…, en eso ya no estaría tan seguro. Estaba muy dolido cuando hablé con él.

—Joder, creo que exageras —repuso Aguilar—. Es joven y a veces no controla las emociones, desde luego, lo que no quiere decir que sea imbécil.

—No es imbécil, Aguilar; está enamorado.

—¿En serio? ¿De quién?, ¿de la hermana de Lucas?

—Menudo ojo tienes, madrileño, a ver si el imbécil vas a ser tú —replicó Cantero—. Está enamorado de Lucas.

—Ya… —musitó el inspector mientras encajaba las piezas en su cabeza a toda prisa—. Entonces quizá tengas razón y haya que buscarlo.

El teléfono de Cantero sonó en su mano y este se apresuró a contestar; quizá fuera de la comisaría para decirle que lo habían localizado o quizá fuera el propio subinspector para confesarle que había bebido hasta caer inconsciente y que se acababa de despertar con una resaca de las que hacen historia. Una voz femenina lo sacó de sus elucubraciones.

—Inspector, soy Alicia Prieto.

—Ah, sí…, buenos días, Alicia, ¿qué tal está?

—Le llamo para decirle que Lucas acaba de estar aquí.

—¿En su casa?

—No, no, en el trabajo. Se ha presentado en la sala donde me encontraba realizando unas ecografías y se ha hartado a decirme que no todo era lo que parecía y que le habían tendido una trampa.

—¿Dónde está ahora?

—Creo que ha salido del hospital, porque en cuanto he podido me he acercado a buscarlo a Urgencias y nadie sabe dónde se ha metido. Además, ha dejado a sus pacientes sin atender.

—Mierda.

—**He conseguido sus huellas**, no sé si debería…

—Eh…, claro, es perfecto. ¿Cómo lo ha hecho exactamente?

—En realidad ha sido algo fortuito. Cuando estaba aquí he ido a coger de la estantería un bote de gel ecográfico y me lo ha alcanzado él, que es más alto. Igual tiene muchas más huellas, pero le aseguro que las más recientes son las suyas.

—Muchísimas gracias, Alicia, nos es de gran ayuda. Mandaré a un agente a por el frasco. ¿Cree que podría colocarlo en algo que preserve las huellas? ¿Un plástico o algo así?

—Lo he metido en un guante estéril y luego lo he guardado en la bolsa en la que traía hoy la fruta, es de esas que tienen cierre de *zip*, ya sabe.

—Perfecto. Mujer precavida vale por dos. En unos… quince minutos alguien irá a por ello. Gracias, sé lo duro que debe de ser para usted.

—Bastante. Ahora tengo claro que no conozco a Lucas en absoluto. Eso sí, parecía bastante agobiado y echaba la culpa a otra persona, igual hay que tenerlo en cuenta.

—Por supuesto —le aseguró el inspector—. En realidad, no hemos descartado que tuviera ayuda.

Tras colgar el teléfono, Cantero puso al día a sus colegas y dio

la orden de búsqueda para su compañero. Quizá el agobio que sentía al no dar con él no era más que una falsa alarma. El problema era que en su mente de inspector al que llamaban Quijote resonaba aquello de: «Nunca sabes lo que tienes hasta que lo pierdes», y esa era una idea a la que no estaba dispuesto a dar el más mínimo crédito.

45

¡Maldito pato!

—Jorge, creo que tengo algo —dijo la inspectora Andreu mientras colocaba por enésima vez los papeles que descansaban sobre la mesa.

—¿De qué se trata? —preguntó él con interés.

—Inés Zambrano fue atacada en el parque de Isabel la Católica. Cuando esto ocurrió, se peinó el parque en busca de pruebas. Se comprobó que habían manipulado las farolas. La agresión se produjo en una zona ciega.

—¿No estarás insinuando que Lucas violó a su propia hermana?

—No lo creo, aunque no podemos descartarlo. Lo que intento decirte es que, cuando desapareció Eva Gómez, aunque al parecer no seguía una ruta similar a la de su amiga, se encontraron allí una chaqueta suya y un pequeño bolso que contenía un monedero, un pintalabios y un cuaderno.

—¿Y eso tiene que ver con el caso? No lo entiendo —confesó Aguilar.

—Es que no me dejáis hablar —protestó ella.

—Será que das muchas vueltas —le recriminó Cantero.

—Vaya, al Quijote le parece que me enrollo al hablar. ¿Qué te parece?

—Al grano, Tere, por favor; tenemos que dar con alguna pista.

—Intentaba deciros que también encontraron, junto al bolso, un papel de chicle como el que hallamos en el cementerio donde apareció el cuerpo de Paula.

—¡Joder! ¿Cómo no lo dijiste antes? Nos vamos al parque

ahora mismo —dijo el inspector Cantero sin darles opción a protestar, aunque tampoco es que pensaran hacerlo.

En menos de media hora se encontraban dando vueltas entre los distintos tipos de vegetación del parque, apartando patos y esquivando algún que otro pavo real. Una ardilla se cruzó con ellos a toda prisa y subió a un árbol, donde se escondió entre las ramas. Los ruidos que se escuchaban procedían de todo tipo de animales. En una de las zonas, varias aves dormitaban en sus casetas o se movían inquietas ante el gentío que se acercaba a contemplarlas.

Los policías comprobaban el terreno, las casetas, los bancos… Eran conscientes de que habían transcurrido demasiados días desde que la chica había aparecido muerta en el cementerio de Ceares. Pese a las dificultades, solo necesitaban una pequeña pista de que la joven había muerto en el parque; eso sería suficiente para que la Científica recopilara las suficientes pruebas que inculparan o liberaran definitivamente a Lucas Zambrano.

Cantero se movía entre unos setos mientras un pato graznaba sin parar. Por un segundo sintió que el sonido que emitía el animal le nublaba los sentidos. Tan intenso era el graznido que el inspector perdía de cuando en cuando la concentración.

Al apartar uno de los setos, a un lado del estanque, algo pequeño brilló junto a una piedra. Un pendiente con forma de media luna se encontraba fuera de lugar. El inspector lo cogió con uno de los guantes y se lo acercó un poco a la cara. Le resultaba familiar, no sabía de qué.

—¿Has visto algo? —le preguntó Aguilar.

—No lo sé, solo es un pendiente; no sé si lleva aquí quince días o dos años, nos lo llevaremos por si acaso.

—No encontramos nada que pueda ser útil, ¿quieres que sigamos revisando el parque? **¡Maldito pato!** ¡Qué molesto!

—Sí que lo es. No sé si merece la pena seguir buscando, solo tenemos un pendiente que ni siquiera sabemos de quién es.

—Podría ser de la chica —insistió Aguilar, tapándose un poco los oídos.

—Voy a mirar un poco más por estos setos. Si no encuentro nada, nos vamos. ¡Y que alguien mate a ese puto pato, por favor! —exclamó Cantero, enfadado, provocando la risa de varios de los policías que peinaban la zona, pues no estaban acostumbrados a verle estallidos como ese.

—Igual matarlo es excesivo, Jorge —comentó Andreu con una sonrisa socarrona—, pero un bozal sí le pondría.

—Es que me está levantando dolor de cabeza. Espera un momento… —soltó de pronto; sus compañeros lo miraban intrigados.

—¿Has visto algo?

—No, más bien lo he oído.

—¿Con ese pato alborotando y has oído algo? Lo dudo mucho.

—Precisamente me refería al pato —comentó el inspector, pero ni Andreu ni Aguilar entendían a qué demonios venía el cambio de actitud de su compañero.

Cantero sacó el teléfono y grabó el graznido del pato durante unos segundos, después llamó a Alicia Prieto con la esperanza de que pudiera acercarse a ver a Eva Gómez a su habitación. Mientras esperaba a que la residente contestara, recordó a los dos inspectores que, durante la entrevista en el hospital, la chica mencionó haber escuchado un graznido muy molesto mientras estaba en el maletero de un coche, y una de las fotos que le había enseñado el padre de Paula cuando había acudido a darle la mala noticia le devolvía la imagen de la joven con unos pendientes muy similares al que acababa de encontrar.

—Hola, Alicia, perdone la molestia —se disculpó en cuanto la residente contestó a la llamada—. Estamos en el parque de Isabel la Católica buscando pruebas y necesito que se acerque a ver a Eva Gómez y le ponga un audio que le voy a enviar. ¿Puede hacerlo?

—Sí, claro, pero tendrá que esperar un rato a que tenga un

hueco, ¿le importa?

—No, no, por supuesto, cuando usted pueda, no hay problema.

—Es urgente, ¿verdad? —preguntó ella al darse cuenta de que el policía había intentado sonar lo más amable posible.

—Un poco, sí, pero entiendo que no se puede hacer todo de inmediato.

—Voy a avisar al radiólogo con el que estoy trabajando de que necesito hacer una visita, no se preocupe.

—Se lo agradezco mucho —dijo Cantero antes de colgar y enviarle el archivo con el molesto graznido.

Solo pasaron cinco minutos antes de que el teléfono del inspector volviera a sonar y él contestara con entusiasmo sin mirar quién era su interlocutor.

—Alicia…, ¿ha hablado con Eva?

—¿Inspector Cantero? —dijo una voz de hombre que no reconoció.

—Eh…, sí, perdón, esperaba otra llamada. ¿Quién es?

—Soy el cabo Oscos, de la Guardia Civil de Mieres.

—Buenos días, ¿de qué se trata?

—Los bomberos acaban de apagar un coche incendiado en un descampado. Le llamo porque, al comprobar la matrícula, hemos visto que pertenece a un agente de la Brigada Judicial.

—¿Me puede decir el nombre? —preguntó Cantero con mucho miedo y cruzando de golpe los dedos; no le llamarían si fuera cualquier otro y, que él supiera, ninguno más había faltado al trabajo aquel día.

—Pertenece al subinspector Diego Suárez Expósito. En la central nos han dado su teléfono, por lo visto es su compañero —anunció el agente, para el horror del inspector.

—Así es —murmuró mientras se repetía una y otra vez que aquello no tenía por qué significar nada—. Voy para allá. Si es tan amable, dígame la dirección. ¿Han podido localizarlo?

—No, por eso le hemos llamado a usted. Verá…, es que ocurre

algo… Hay un cuerpo dentro del vehículo —informó con cautela el guardia civil, sabiendo lo que ese dato implicaba.

El mundo se paró de golpe alrededor del inspector. Incluso el aire parecía congelado y no conseguía entrar en sus pulmones por más que intentaba aspirarlo. Sus compañeros no le quitaban la vista de encima; parecía estar a punto de caerse, o de desintegrarse, o de salir corriendo. Estaba claro que algo muy grave había ocurrido y le había trastornado, porque incluso él había dejado de escuchar el molesto graznido del pato, pese a que el animal no había dejado de protestar en ningún momento.

46

No es él

Cantero aparcó entre dos coches de la Guardia Civil. La gente se arremolinaba junto a la cinta que los bomberos habían colocado en un intento de que nadie se pusiera en peligro. El descampado a las afueras de Mieres era lo suficientemente grande para ver lo que ocurría sin acercarse demasiado. Mientras tanto, los técnicos de la Policía Científica se afanaban en recopilar las pocas pruebas que el fuego no hubiera arruinado ya.

El cuerpo permanecía sentado en el asiento delantero, como si se dispusiera a arrancar un vehículo que se desharía en cuanto se le colocara un dedo encima. El hedor resultaba más insoportable a medida que se acercaban al coche. El inspector se esforzó en no mirar dentro hasta que no tuvo más remedio. Casi le pareció ver a su joven compañero poniendo una mueca ante uno de sus refranes, muecas que ahora no podría quitarse de la cabeza.

—Buenos días, ¿inspector Cantero? —preguntó uno de los bomberos antes de quitarse un guante para darle la mano.

—Soy yo, sí, dígame. ¿Han averiguado algo? ¿Fue provocado?

—Eso seguro —asintió el otro—. Se nota el olor de la gasolina a la legua.

—¿Ha dicho «gasolina»? Su coche era diésel. ¿O quería usted decir «combustible» sin más?

—No, no, en realidad lo he dicho con total conocimiento. Alguien roció el cuerpo y el vehículo con gasolina; si quería hacer pensar que había sido un incendio fortuito, lo hizo fatal. Desde luego, no es ningún experto.

—Necesito saber cuanto antes la causa de la muerte —comentó el inspector—: ¿Ha llegado ya el forense?

—No; además, tardará bastante —respondió el agente—. Por lo visto está en Cangas del Narcea levantando un cadáver.

—¿Sabe si vendrá Pilar Sanjurjo? —preguntó él, esperanzado.

—No —respondió uno de los técnicos—. Está de guardia el nuevo: Ángel López.

—No lo conozco —confesó Cantero, y miró a Tere Andreu, que se encogió de hombros.

—No me extraña, ni siquiera lo conocemos nosotros —le explicó el técnico de la Científica, acostumbrados como estaban a tratar con los forenses casi a diario.

—Cantero, aquí están la pistola y la placa —llamó su atención Aguilar—. Parecen muy dañadas, supongo que querrás mandarlas a analizar.

—Hay que analizar todo, sí —confirmó algo distraído—. ¿No llevaba teléfono?

—A simple vista, no —respondió el agente—. De todos modos, hasta que podamos sacar el cuerpo y examinarlo, no le puedo confirmar nada. Es probable que esté fundido en algún lugar del coche, o al menos en parte.

—De acuerdo. No sé cuánto trabajo tienen pendiente, pero necesitamos alta prioridad para analizar lo que encuentren aquí.

—Lo sé, inspector, no se preocupe. Y… lo acompaño en el sentimiento —dijo el técnico, quien conocía a Cantero de varios casos.

—Aún no sabemos si es él —respondió este, algo molesto.

—Jorge… —llamó su atención Andreu—, es Diego y lo sabes. Entiendo que es horrible para ti, más que para ninguno de nosotros…

—Puede no ser él —insistió—. Mientras no lleguen las pruebas, no pienso darlo por muerto.

—Creo que no…

—Me da igual lo que creas, Tere. Es mi compañero y mientras

un forense no certifique que ese tío del coche, al que es imposible reconocer, es Diego, no lo daré por perdido, te lo prometo.

—De acuerdo —concedió ella con pena, aunque en realidad no le cabía la menor duda.

El forense llegó con sigilo. Se trataba de un hombre bastante grueso, con una sonrisa que se adivinaba bajo la mascarilla y que parecía moverse con menos dificultad de la que su peso le supondría a simple vista. Se presentó sin parsimonia y se dirigió al cadáver de inmediato, del que seguía saliendo humo.

—A simple vista, veo que lo rociaron con gasolina, huele desde aquí. En estos casos, casi agradezco llevar la mascarilla —confesó antes de añadir—: Se trata de un hombre joven, de entre veinte y veinticinco años.

—**No es él** —zanjó sin ninguna base científica Cantero.

—¿Piensan que es alguien en concreto? —preguntó López.

—Bueno, el coche pertenece al subinspector de la Brigada Judicial de la Policía, Diego Suárez —le explicó el sargento de la Guardia Civil, presente en la escena.

—Mi compañero —añadió Cantero—. Por eso creo que no es él. Usted dice que tiene entre veinte y veinticinco años. Diego tiene veintinueve.

—Eso es hilar muy fino, inspector —replicó el forense—. No puedo saber la edad exacta hasta examinar el cadáver. Y muy bien puedo equivocarme cinco años arriba, cinco abajo, dependiendo del estado de salud de la víctima, sobre todo.

Cantero no añadió nada, sabía de lo absurdo de su afirmación, ni siquiera él se la creía; solo decía en voz alta lo que quería pensar.

—Lo siento, quizá me esté afectando más de lo que deseo aparentar —se disculpó—. Por cierto, quiero que este caso lo lleve Pilar Sanjurjo.

—Esto no funciona así —comentó López—. El cadáver he de examinarlo yo, que estoy de guardia. Entiendo que no me conozca, pero le aseguro que tengo una gran trayectoria como forense.

—No dudo de su profesionalidad, perdone si le he ofendido. Tampoco es que solo quiera trabajar con Pilar, aunque reconozco que laboralmente nos entendemos muy bien. Quiero que haga esta autopsia, porque estoy convencido de que este crimen tiene relación con el caso que llevamos en común.

—Ya entiendo —asintió el forense.

—Pueden hacerla juntos, si lo desean, por mí no hay problema —añadió Cantero para hacer más efectiva su disculpa.

—Hablaré con Pilar —le prometió el orondo doctor antes de volver junto al cadáver.

Una repentina ráfaga de aire les llevó de golpe el olor del cuerpo que tenían delante y el calor que aún desprendía el coche. Cantero pensó que quizá en aquel momento se encontraba más cerca del infierno de lo que nunca había estado. Por primera vez fue consciente del miedo que aquella sensación le provocaba.

47

Alucinación

No podía ir a cualquier lugar. La policía sospechaba de él y solo necesitaban investigar las propiedades de su familia para saber dónde se escondería. Primero se acercó a su casa, necesitaba cambiarse de ropa y, a ser posible, darse una ducha; desde hacía unos minutos se sentía mareado y sudaba copiosamente. Le dolía el estómago y las náuseas comenzaban a provocarle un gran malestar.

Lo hizo todo deprisa, incluso llenar una bolsa con algunas cosas. Escapaba de su casa, de su familia, de su sueño de ser médico, de todo lo que había construido en su corta vida. Sin embargo, de lo único que no podía escapar era de sí mismo. Cogió el ordenador portátil, el cargador del móvil y todo el dinero que tenía en el piso, que no era mucho. Salió a la calle con miedo, quizá la policía le vigilaba. Al comprobar que la vida del barrio seguía como de costumbre, sin ser conscientes del lío en el que estaba metido, se acercó a un cajero y sacó el máximo de efectivo que le permitía la tarjeta. Tenía que vaciar sus cuentas, era consciente de ello. Si hacía falta, recorrería todos los cajeros de la ciudad, banco por banco, antes de marcharse de allí definitivamente.

Al subir al coche, el sudor volvía a cubrirle el torso. Daba igual que fuera noviembre, que se acabara de duchar o que hiciera un frío del demonio; los nervios le jugaban una mala pasada y le hacían transpirar sin parar. Agarró el volante y bajó la cabeza un par de segundos antes de meter la llave en el contacto y arrancar. De repente vio por el retrovisor la imagen

de Paula Sobrino; se llevó un susto de muerte. Miró hacia atrás. Por supuesto, ella no estaba allí. Seguía metida en la fría cámara del Anatómico Forense en espera de terminar con el análisis de las pruebas, antes de que sus padres pudieran enterrarla.

El corazón le latía a toda velocidad. Nadie en su sano juicio permanecería tranquilo tras ver el fantasma de una joven en el retrovisor de su coche. Pensó que igual no estaba tan cuerdo como pensaba. Salió sin poner el intermitente y el conductor de otro coche tuvo que dar un frenazo para no chocar contra él. Le pitaron e insultaron, pero él ni se inmutó. Tenía prisa por salir de allí y por reunir el dinero que necesitaba para marcharse sin dejar rastro.

El siguiente cajero se encontraba en una calle menos céntrica; incluso pudo elegir dónde aparcar. Cuando metió la marcha atrás, se extrañó al notar que no podía hacer demasiada fuerza con la mano. La colocó ante sus ojos: le temblaba. Siendo como era médico, le resultaba imposible obviar que algo le estaba ocurriendo: náuseas, dolor en la zona del epigastrio, justo por encima del estómago, entumecimiento de las manos y pérdida de fuerza, sudoración profusa… Solo faltaba que le diera un infarto a los veinticuatro años y volver al hospital del que se acababa de escapar.

Se acercó al cajero y tecleó el número pin, pero dio error. Quizá la policía había bloqueado su tarjeta. Se metió en la aplicación del móvil y descubrió que era incapaz de recordar su clave secreta. Pero ¿qué le estaba ocurriendo? Aquello no era un síntoma de un infarto incipiente, quizá el estrés le estaba provocando una crisis de ansiedad o un brote psicótico o cualquier otra cosa que no se autodiagnosticaría junto a un cajero automático de Gijón. Sacó su otra tarjeta y se concentró en los números; le hacía falta el dinero. Volvió a meter el pin, y esta vez era el correcto. Se sentía abotargado y confuso, no podía concentrarse.

Al entrar en el coche, un temblor le sacudió. De pronto sentía

frío. Un hombre lo miraba desde la acera de enfrente y él, enfadado, le mostró el dedo corazón. Sacó el coche del hueco en el que lo había aparcado y de repente vio a varias personas correr hacia aquel individuo. Comprobó, con horror, que el hombre se hallaba tumbado en el suelo, algo le ocurría. Quizá el infarto le había dado a él. Mientras los observaba, paralizado, todos los transeúntes se volvieron hacia su coche y le señalaron.

—Pero ¿qué cojones…? —musitó.

Bajó la cabeza y gritó. Se frotó los ojos unos segundos y volvió a mirar. Nadie reparaba en él, acababa de sufrir una **alucinación**. Salió de allí y se marchó sin un rumbo fijo. Solo conducía por Gijón mientras pensaba en un lugar donde permanecer hasta solucionarlo. Mientras recorría la avenida de la Costa, vio cómo en las dos aceras caía gente al suelo como fulminada a su paso. Sintió tanto miedo que se saltó un semáforo en rojo. Quedaba claro que algo le estaba ocurriendo y que no llegaría muy lejos en ese estado. Entonces tomó una decisión que quizá le salvaría la vida, aunque esa vida sirviera solo para cumplir una condena. Activó el intermitente y se dirigió de vuelta al hospital mientras marcaba el teléfono de la única persona en la que podía confiar. Y Alicia, con una pena infinita, rechazó su llamada por enésima vez.

48

Mato gente

Alicia se preparaba para una nueva guardia en el servicio de Urgencias. No le correspondía, había hecho otra en su servicio de Rayos X tan solo dos días antes, pero le habían pedido ayuda porque faltaban dos residentes aquella jornada. Decidió que ese día ni sándwich de pavo ni galletas de avena, ni nada que se le pareciera. Comió en el hospital y se enfrentó a pasar una velada de ardores que combatiría con una caja de pastas que llevaba para los momentos de relax. No era viernes, al menos la guardia estaría más tranquila…, o eso esperaba.

La tarde transcurría entre diagnosticar dolores abdominales y comprobar que las caídas casuales no habían provocado demasiadas fracturas, nada que ella no pudiera atender en un primer momento. Incluso había podido dormir media hora de siesta, algo impensable otras veces, y se notaba descansada y con ganas de trabajar.

Mientras comprobaba los síntomas de una señora, en la que todo indicaba una apendicitis, el móvil le vibraba en el bolsillo. Posiblemente fuera Lucas, al que se había pasado el día entero ignorando. Primero por la mañana, pese a su insistencia. Tras comprobar que el horrible audio del graznido de pato enviado por Cantero era el mismo que escuchó Eva la noche que apareció en Urgencias, sabía que, cuanto más lejos se mantuviera del residente, muchísimo mejor.

Los mensajes no dejaban de llegar, y había pensado incluso en bloquear su contacto en el teléfono para que no pudiera molestarla. Después le pareció que sería mejor esperar. Un

policía se había llevado al laboratorio el bote de gel ecográfico con las huellas de Lucas. Si resultaban ser las mismas encontradas en el papel de chicle del mausoleo donde hallaron a Paula, demostrarían su implicación en la muerte de la chica. Él tenía mucho que explicarle, pero, si le apartaba por completo de su vida, no lo haría nunca. Miró el teléfono, en algún momento tendría que leer aquellos mensajes y contestar. No, aún no se sentía con fuerzas. Siempre podía decirle que la guardia había sido demasiado intensa para estar pendiente del teléfono.

Intentaba anotar los síntomas de la mujer, quien aguantaba las lágrimas pese al dolor que sentía en la parte baja del abdomen. Estaba casi segura del diagnóstico de apendicitis. Pese a su inexperiencia, todos los síntomas se encontraban ahí para ella, «de libro», como solían decir cuando un caso era lo suficientemente claro. De todos modos, sacó el busca y llamó a sus compañeros de Radiología, la paciente necesitaba una ecografía para asegurarse; ellos estuvieron de acuerdo y le indicaron que hiciera los trámites pertinentes para llevarla a cabo en cuanto se pudiera.

Esa parte sí le gustaba, la de colocar piezas y dar con la enfermedad correcta. Por eso disfrutaba tanto con la especialidad que había elegido y por eso se pasaba gran parte de sus tardes estudiando.

El busca sonó en su bolsillo y se dispuso a contestar.

—Hola, llamo de triaje, ¿es la doctora Prieto?

—Eh…, sí, ¿ocurre algo?

—Es que necesitamos que venga a valorar a un paciente, estamos un poco desconcertados.

Alicia se quedó un tanto perpleja. Normalmente en la sala de triaje había un par de enfermeros que valoraban a los pacientes en un primer momento y determinaban si la patología era más o menos grave con un sistema de pegatinas que daban una pista al médico que los vería después. Una especie de filtro que venía muy bien para que los pacientes en peor estado esperaran lo

menos posible: verde significaba leve; amarillo, moderado; naranja, urgente; rojo, muy urgente. Cuando llegaba un volante con doble pegatina roja, allí corría hasta el personal de la limpieza.

—Es que… yo soy residente de primer año. No sé cómo podría ayudar.

—Lo sabemos, ¿podría pasarse por aquí? De verdad que no la molestaríamos si no pensáramos que puede hacer algo.

—Sí, sí, claro. Ahora mismo voy —dijo antes de colgar y quedarse mirando el busca como en espera de que le diera una pista.

Recorrió los pocos metros que la separaban de la sala de triaje, junto a la de espera de los pacientes. Nada más entrar, estuvo a punto de darse la vuelta y marcharse. Y muy enfadada, además.

—¿Qué coño es esto? —preguntó sin quitarle la vista de encima al paciente que se hallaba allí sentado.

Lucas la miró desde unas gafas oscuras, su estado era lamentable: sudoroso, cansado, con mal color y a punto de derrumbarse.

—Alicia, no podía acudir a nadie más. Soy un peligro.

La joven residente ya lo sabía, solo que no se esperaba que se fuera a presentar durante su guardia para pedirle ayuda. ¿Es que no podía implicar a nadie más? Joder, a su padre, el «supercardiocirujano», por ejemplo, o a su amigo el policía.

—Nos insistió mucho en que solo podría ayudarlo usted, doctora —le dijo una enfermera muy jovencita llena de *piercings*.

—Rellenad el volante y que entre para que lo valore el médico que le toque.

—¡No! Alicia, por favor, no… —le rogó él.

—Doctora —intervino un segundo enfermero—. Es residente nuestro, nos ha dicho que ustedes son amigos.

—Lo éramos —respondió ella con dureza.

—Le hemos hecho las preguntas para una primera valoración y creo que debe escucharlo.

—De acuerdo —suspiró ella—, pero rápido, tengo que atender a mucha gente. Quítate las gafas, Lucas —le pidió sin mirarlo—, ¿has tomado algo?

—No, solo un café por la mañana. Con mucho azúcar.

«Como a ti te gusta», pensó ella sin atreverse a decirlo en voz alta.

—Dime qué te ocurre —le pidió sin más.

—No paro de sudar, me fallan las manos, sobre todo la izquierda…, y el brazo. Tengo taquicardia, dolor epigástrico y no puedo concentrarme, olvido de pronto datos muy concretos, como mi fecha de nacimiento, por ejemplo, estoy confuso…

—Hay que pasarlo a «naranjas» —zanjó ella al pensar que se trataba de un problema cardiaco, pero tampoco podía descartar una crisis de ansiedad, incluso que hubiera tomado drogas.

—Y… mato gente.

—¿Cómo dices? —Alicia se giró para mirarlo a través de las gafas oscuras que parecían incrustadas en su nariz.

—**Mato gente** —insistió.

Alicia sintió que se desmayaba. ¿Iba Lucas a confesar el asesinato de Paula Sobrino allí mismo? ¿Delante de dos enfermeros? No era posible. Contuvo la respiración como pudo.

—No entiendo a qué viene eso. Quítate las gafas, Lucas.

—No puedo, Alicia, te mataría.

—Déjate de tonterías y quítate las gafas, necesito valorar tu estado y no puedo sin ver tus ojos.

—Si me quito las gafas y te miro, morirás, ¿no lo entiendes?

La joven observó a su compañero sin entender. ¿Qué ocurría allí? ¿Había una cámara oculta o qué? Intentó pensar con claridad. Por lo que parecía, Lucas se había tomado algún tipo de droga y estaba sufriendo un delirio. Necesitaba que se quitara aquellas gafas para comprender a qué se enfrentaba. El peligro que sintió al verlo en la sala se esfumó en cuanto se dio cuenta

del terror que mantenía a Lucas en aquel estado. La urgencia de hacer algo por él se volvió más fuerte que el rechazo que le provocaba desde que empezaron las primeras sospechas. Ahora solo era un paciente, y ella, su médico. No había cursado seis años de carrera para ignorar a un paciente enfermo, por mucho que fuera su compañero, amigo o un cruel asesino.

49

Las gafas me protegerán

Por más que Alicia y los enfermeros insistieron, no consiguieron que Lucas se quitara las gafas para examinarlo. Le intentaron convencer, se las quisieron arrancar… Nada surtía efecto. Estaba convencido de que toda la gente a la que mirara caería fulminada a su paso, así que no se desprendería de ellas por nada del mundo. Entonces les explicó que, cuando conducía por la avenida de la Costa, la gente caía muerta en cuanto se cruzaba la mirada con él. ¿Cómo convencer a alguien de que su delirio está solo en su cabeza?

Miles de ideas pasaron por la mente de Alicia, le venían a la cabeza los efectos de varias drogas, de numerosas enfermedades mentales que había estudiado en la carrera y que podrían haber debutado en Lucas debido al estrés al que estaba sometido. ¿Cómo descartar ninguna de ellas si no conseguía verle los ojos? Pensó que habría sido más sencillo convencer a un niño pequeño de que los dinosaurios existen que a Lucas de que se deshiciera de lo único que le salvaba de ir exterminando gente. De pronto, una idea fue tomando forma en su cabeza.

—¡Claro! ¿Cómo no lo he pensado antes? Necesito una cosa de Rayos X. No os mováis de aquí, y que no salga, por favor.

—Doctora, tenemos mucha gente fuera para valorar, necesitamos la sala. ¿No lo podemos llevar a algún sitio?

—Tardo menos de un minuto, os lo prometo.

La joven salió corriendo y se dirigió a la zona de Radiodiagnóstico. Los compañeros la miraban sin atreverse a intervenir. Si corría así era porque algo grave le pasaba. Y si no

pedía ayuda era porque podía encargarse sola.

Llegó a Rayos en unos pocos segundos, dando gracias de que estuviera muy cerca de Urgencias; entró en la sala donde los técnicos realizaban las radiografías aquella tarde y les pidió, sin dar ninguna explicación, unas gafas plomadas. Los más nuevos no tenían ni idea de dónde podían encontrar algunas. Uno de los más experimentados le explicó que en los quirófanos las solían utilizar algunos cirujanos. Ella no tenía tiempo de ir a un quirófano a buscarlas; en breve pasarían a Lucas a la sala de observación, donde le quitarían las gafas a la fuerza, sufriría un brote psicótico y se armaría una buena.

De pronto, una de las técnicas de Rayos, que llevaba en aquel servicio al menos veinte años, se acercó a ella con una caja en la mano.

—Toma, Alicia, estas gafas son mías, no del hospital. Me las regalaron hace muchos años. No me las pierdas ni las estropees, por favor. Aunque no las uso jamás, la verdad es que me recuerdan mucho a la persona que me las regaló.

—No te preocupes, te las traigo en un rato. Muchísimas gracias, no te puedes ni imaginar el favor que me haces.

Desanduvo el camino para volver a la sala de triaje, donde los enfermeros parecían estar pasándolo mal. Además de no avanzar en el trabajo e ir acumulando pacientes que requerían ser vistos a toda velocidad, no les hacía ninguna gracia tener allí a un individuo sudoroso que prometía una muerte segura en cuanto se quitara las gafas.

—Ya estoy, Lucas. Me voy a poner estas gafas plomadas para examinarte los ojos.

—No puedo, Alicia; en cuanto te mire, morirás.

—Ni de coña, **las gafas me protegerán**. Anda, quítate las tuyas.

—No puedo, no…

—Lucas, has acudido a mí porque sabías que solo yo te podía ayudar, así que quítatelas ahora mismo y déjame hacer mi

trabajo. Te aseguro que no me pasará nada. Además, si me matas, volverá mi fantasma para atormentarte todos los días, te lo prometo.

El joven residente esbozó una tímida sonrisa y levantó la mano para retirar las gafas de sus ojos. Le costó un par de intentos, y a la tercera por fin sus ojos color avellana aparecían ante la residente, quien le pidió que los abriera muy lentamente. Los dos enfermeros esperaban junto al ordenador simulando que no permanecían atentos a la escena.

—¿Lo ves?, no me ocurre nada —le dijo mientras sacaba la linterna del bolsillo y se acercaba a los ojos del residente.

De inmediato, todo se colocó en su cabeza. Con un simple vistazo se dio cuenta de lo que no funcionaba en el cuerpo de Lucas. La parte blanca de sus ojos se veía de un intenso color amarillo y, ahora que se fijaba, la piel también había tomado esa tonalidad. Al encontrarse tan cerca, pudo comprobar que el olor de su aliento era algo desagradable y dulzón.

—Joder, es… No me lo puedo creer —murmuró—. Hay que llevarlo dentro y hacerle pruebas. O mucho me equivoco, o tiene una encefalopatía hepática.

—¿Pegatina naranja?

—Sí, voy a hablar con el doctor Díaz-Buendía, creo que es muy grave. Igual habría que usar una pegatina roja y pasarlo al box de paradas. Vamos a pedirle rápido una analítica y lo decidimos.

—No puedo quedarme aquí, Alicia, ya sabes por qué.

—Lucas, a ti no hay que explicarte lo que es una encefalopatía hepática. No hay tiempo. Lo primero es salvarte la vida, lo otro tendrá que esperar, ¿de acuerdo? Ahora soy tu médico, confía en mí.

El joven residente lloró como si llevara mucho tiempo reteniendo el llanto. Lloró por lo que había hecho, por lo que la vida le devolvía, que no era más que lo que se merecía. Lloró por Alicia, que allí estaba, intentando salvarle de sí mismo, y ya

ni siquiera pensaba en por qué no le cogía el teléfono. Lloró por la oportunidad que había perdido de tenerla en su vida para siempre. Lloró porque la Medicina ahora se le volvía en contra. Lloró hasta que ninguna lágrima consiguió salir de su cuerpo al comenzar otro de los síntomas más graves: la deshidratación.

50

Peor color

Los primeros minutos fueron caóticos. Lucas ingresó grave en Urgencias, y mientras le tomaban la tensión, le sacaban sangre para una analítica y le hacían un electrocardiograma para ver el estado de su corazón, comenzó a convulsionar. Todos querían ayudar, se trataba de uno de sus médicos, y si bien había tenido una conducta extraña en los últimos días, todos allí apreciaban al hijo del doctor Zambrano y querían hacer algo por él.

El doctor Lorenzo Díaz-Buendía, uno de los médicos con los que estaba de guardia Alicia, se hizo cargo del joven; alguien debía hacerlo y él era el jefe de Urgencias, además de compañero de facultad de su padre. Revisó la analítica de Lucas y vio que sin duda el hígado no funcionaba como debía. De hecho, si seguía así, entraría en fallo hepático y su única solución sería un trasplante urgente, lo que no era muy viable. ¿Qué podía haber ocurrido para que un joven de veinticuatro años, sano, deportista y con toda la vida por delante se encontrara de pronto con un hígado disfuncional si nunca había tenido ninguna enfermedad grave que lo deteriorara?

A su lado, Alicia se sentía sobrepasada, y por más que pensaba en ello no encontraba la solución. Si el jefe de Urgencias no podía hacer nada, con la cantidad de años que llevaba salvando vidas en circunstancias similares, ¿qué podía hacer ella, sin apenas experiencia? Sabía que, si Lucas sobrevivía, sería gracias a su rápido diagnóstico y a su actuación. También sabía que, si le hubiera cogido el teléfono a la primera, quizá habría multiplicado sus posibilidades.

No podía castigarse por ello; Lucas la había colocado en una situación muy delicada al involucrarla en los casos de Paula y Eva. No debió hacerlo. Cuanto más intentaba la joven convencerse de que no tenía la culpa, peor se sentía.

Miró hacia su compañero. Se le veía mucho **peor color** que al entrar en Urgencias y casi no lograba mantenerse despierto, lo cual era preferible que escucharle gritar de terror cuando menos se lo esperaban por algo que solo veía él.

—He pedido cama en la UCI, mucho me temo que va a entrar en fallo hepático —informó el doctor Díaz-Buendía a sus residentes.

Alicia tuvo que tragar saliva varias veces para evitar que las lágrimas salieran disparadas, pidió disculpas y salió al pasillo, donde llamó al inspector Cantero; tenía que saber que Lucas estaba allí y en qué estado. Justo cuando marcaba, se dio cuenta de que igual nadie había avisado a su familia y colgó el teléfono, mientras al otro lado de la línea el policía se quedaba mirando el aparato sin entender. ¿Era ético que se enterara la policía antes que los padres? Se apresuró a enviar un mensaje al inspector para explicarle que la disculpara, que tenía que hablar con él, pero le había surgido una emergencia y le llamaría en unos minutos. Volvió a la sala donde el jefe de Urgencias comentaba con dos colegas de la UCI la gravedad del estado del chico; los tres negaban con la cabeza.

—Doctor, perdone que le interrumpa —dijo ella—. ¿Ha hablado con sus padres?

—No, voy a llamar ahora al doctor Zambrano; les pedí en admisión que no llamaran hasta saber en qué estado se encuentra el paciente. Creo que es mejor que se lo comunique yo, fuimos compañeros.

—Claro, se lo agradecerá. ¿Le importa avisarme cuando lo haga?

—Eh…, claro. ¿Por algo en especial?

—Es que…, bueno, soy amiga desde hace un tiempo y querría

hablar con su hermana después —mintió Alicia. ¿Cómo explicarle que su paciente era sospechoso de un asesinato y un secuestro? No le parecía ni la ocasión ni el lugar.

—Voy a hablar con él ahora mismo, no te preocupes —le aseguró él.

Mientras tanto, el estado de Lucas se deterioraba. Se vieron forzados a colocarle un tubo para que pudiera respirar y a sedarlo para que no sufriera. Alicia se apresuró a llevar de vuelta las gafas plomadas a su dueña. No es que le corriera prisa, solo que necesitaba estar cerca de su zona de confort; sabía que le proporcionaría las fuerzas suficientes para realizar la llamada que llevaba evitando desde que Lucas había aparecido en el hospital. Esperó un tiempo prudencial para que la familia supiera lo que ocurría y marcó el número del policía. El inspector Cantero ya la esperaba, con lo cual fue todo bastante rápido. Los policías le aseguraron que acudirían en cuanto les fuera posible y le agradecieron de nuevo su ayuda. Ella se sentía sucia, desgraciada y enferma. Quizá no sería tan buena médico como pensaba; mejor que se hubiera dado cuenta a tiempo.

51

¡Mi hijo es médico!

—Buenas tardes, ¿José Miguel Zambrano? —preguntó una voz en cuanto el cardiólogo cogió el teléfono.

—Sí, soy yo, ¿quién llama?

—Le llamo del Hospital de Cabueñes. ¿Es usted el padre de Lucas Zambrano?

—Eh…, sí, ¿qué ocurre?

—Su hijo está en el hospital.

—¡Claro que está en el hospital! ¿Es usted idiota? **¡Mi hijo es médico!** —respondió muy malhumorado, incapaz de entender por qué alguien le llamaría por la tarde para darle aquella noticia.

—Disculpe, creo que no me ha entendido. Le llamo desde el servicio de Urgencias del hospital. Su hijo Lucas ha acudido hace unas horas y le están atendiendo. Ha entrado como paciente, no como médico.

El doctor Zambrano procesaba la información lo más deprisa que podía. ¿Su hijo?, ¿qué le podría ocurrir a un brillante joven de veinticuatro años que hacía deporte y comía de todo? ¿Un accidente, quizá?

—¿Qué le ha ocurrido?

—Le llamarán en breve los médicos que lo están atendiendo, solo queríamos avisarle. Si acude en persona, deberá permanecer en la sala de espera; solo podrá venir un familiar por paciente y no se podrá acceder a las habitaciones hasta la hora de visita, por el protocolo de la pandemia.

—¡Me cago en el protocolo de los cojones!

—Son las normas, señor, puede usted poner una queja si lo desea.

El doctor Zambrano no dijo nada, simplemente colgó el teléfono y se prometió a sí mismo que pondría la queja; ya habían pasado casi dos años desde que el virus hiciera aparición en el mundo y, aunque entendía que algunas cosas llegaban para quedarse, otras se resistían por culpa de la burocracia y la estupidez humana, y esas había que combatirlas con más ganas, si cabía, que la misma pandemia.

El timbre del teléfono volvió a sonar y contestó malhumorado. Si era aquella horrible mujer que acababa de decirle que su hijo estaba ingresado, la mandaría a paseo.

—¿José Miguel? —preguntó una voz de hombre que le resultaba vagamente familiar.

—Sí, ¿quién es?

—Soy el doctor Lorenzo Díaz-Buendía, estudiamos juntos.

—Eh…, sí, claro, ¿qué tal estás? ¿A qué se debe tu llamada?

—Ahora soy jefe de Urgencias de Cabueñes.

—Ya… Llamas por mi hijo.

—¿Cómo… cómo lo sabes?

—Bueno, me acaban de avisar de que está ingresado y cuáles son las horas de visita. También me han comentado que sus médicos me llamarían. Supongo que se referían a ti.

—¡No me lo puedo creer! ¡Les dije que no te llamaran!, ¡que lo haría yo en persona! De verdad, es imposible con algunos, ¡no escuchan!

—¿Qué ha ocurrido, Lorenzo? Ella no me ha dado más datos… Si querías llamarme tú en persona es que es grave. Porque… está vivo, ¿verdad?

—Sí, está vivo —respondió Díaz-Buendía, procurando no traslucir ninguna emoción.

—Uf, menos mal… ¿Ha sido un accidente?

—Verás, José Miguel, no quiero que te asustes…

—¿Que no quieres que me asuste? La mejor frase que se puede decir a alguien que acaba de saber que su hijo está en el hospital.

En aquel momento, la madre de Lucas entró en casa y escuchó a su marido hablar por teléfono. Acertó a oír que Lucas estaba en el hospital y lo primero que pensó (como él) fue que su hijo no tenía guardia ese día. Después, al ver la cara del cardiocirujano destrozado por el miedo, supo que algo grave le había ocurrido.

—¿Qué… qué pasa?

—No lo sé, cariño —respondió él mientras tapaba el auricular para hablar con ella—. Perdona, Lorenzo, dime lo que ocurre, por favor, tengo aquí a mi mujer muy preocupada. Los dos lo estamos.

—Tu hijo ha ingresado hace un par de horas con varios síntomas de encefalopatía hepática, incluso sufría alucinaciones, decía que podía matarnos si se quitaba las gafas oscuras y nos miraba directamente.

—¿Qué cojones dices? Las alucinaciones no son un síntoma…

—Tienes razón, no lo son, pero pueden serlo, junto a muchos síntomas más, y los tiene todos: sudoración, aliento rancio y dulzón, pérdida de fuerza y coordinación en las manos, olvidos, color amarillento en piel y mucosas… Y la analítica no deja lugar a dudas: le está fallando el hígado.

—Dios mío, ¿cómo es posible? Vamos para allá.

—Voy a dejar orden en admisión de que me avisen en cuanto lleguéis, no te preocupes. Si no te dejaran entrar por cualquier motivo, me llamas a este número, que es el de mi móvil.

—Gracias, Lorenzo —murmuró Zambrano, y en cuanto su mujer se alejó un poco de su lado, añadió—: Dime la verdad, por favor, los dos somos médicos. ¿Se salvará?

—No lo sé —mintió su colega.

Mientras esto ocurría, Lucas se encontraba en una lucha contrarreloj en la que iba perdiendo a pasos agigantados. Le

filtraban la sangre, ya que su hígado no era capaz de hacerlo y las sustancias de desecho y las toxinas se acumulaban en su cerebro y en el resto de sus órganos sin que nada fuera capaz de limpiarlas. De seguir así, unas pocas horas lo separaban de la muerte.

Solo una persona sabía qué le había hecho enfermar tan deprisa, y esa persona, pensando en que había hecho justicia, jamás se sentiría responsable de aquella muerte, que parecía inminente, si no se obraba un milagro. Por desgracia, Inés hacía mucho tiempo que no creía en los milagros.

Es un caballero de fuego. Cabalga a lomos de un caballo negro sin rozar siquiera su pelaje. Mantiene el equilibrio sin necesidad de apoyar las manos, solo con la mirada se sostiene firme contra el suelo.

Es un caballero de fuego. Su cabello brilla libre bajo el sol, refleja su luz y se enciende para guiar los pasos de los perdidos en la noche. Ofrece su ayuda y su consuelo sin pedir nada a cambio. Salva a los desamparados de los peligros de los depredadores que los acechan.

Es un caballero de fuego. En la torre en la que su princesa aguarda su llegada, los lobos esperan bajo la luna llena a que ella se rinda, se consuma. El caballero aparece en el momento justo para llevársela lejos, mientras las fieras se retuercen de rabia al sentir el sol de la mañana.

Es un caballero de fuego… y le odio.

52

La causa de la muerte

La doctora Sanjurjo comenzaba la autopsia del cadáver del coche del subinspector Suárez. Pese a que todo apuntaba a que era él quien permanecía dentro del vehículo cuando este ardió, debía hacer la autopsia de la forma más efectiva posible.

Los cadáveres quemados no eran nunca plato de buen gusto, y ese no iba a ser una excepción. Al olor a carne quemada se añadía el de la gasolina usada para rociar el cadáver. La mujer suspiró. Aquel joven había coincidido con ella en algún caso y la pena por tenerlo en aquella mesa provocaba que cada pocos minutos la doctora tuviera que hacer una pausa. Cantero no tardaría en llegar, lo sabía. De hecho, era bastante extraño que no estuviera ya por allí.

Abrió el tórax para comprobar que varias costillas estaban rotas, sin duda fruto del calor que habían desprendido las llamas al entrar en contacto con el cuerpo. Los pulmones no albergaban ni pizca de hollín, al menos estaba muerto cuando lo quemaron, lo que era una gran noticia *a priori*; morir calcinado le parecía una de las muertes más crueles y dolorosas que podían existir. Había visto a gente saltar de edificios en llamas a más de tres o cuatro alturas, preferían morir por la caída que por los lametones del fuego.

Siguió el examen como siempre. Pesó los órganos, que habían perdido una buena parte de la humedad a causa de la evaporación que provocó el calor, y pidió al técnico que la ayudaba que hiciera radiografías de todo el cuerpo; necesitaba

comprobar cualquier dato que identificara a la víctima. Las radiografías dieron como resultado una fractura antigua de la clavícula derecha y una reconstrucción de un premolar. Tendrían que ser suficientes pruebas para comparar, por el momento.

—Buenos días, Pilar —dijo Cantero en cuanto entró.

—Ya te echaba de menos, Jorge, incluso pensé que preferías no venir —lo saludó ella.

—No por mucho madrugar amanece más temprano —respondió el inspector, haciendo honor a su apodo—. Pensé que sería mejor dejarte trabajar un poco antes. Por cierto…, gracias por encargarte.

—Si tenéis razón, forma todo parte del mismo caso y, entre tú y yo, Ángel no tenía muchas ganas de hacer esta autopsia.

—Me parece que tú tampoco las tienes, Pilar.

—Ninguna, pero Suárez se merece que lo investiguemos.

—¿Es él? —preguntó con pena el inspector.

—Nada por ahora me hace pensar que no lo sea, por desgracia. Hemos hecho radiografías, te toca a ti investigar si son compatibles con las lesiones que pudo hacerse en su vida.

—En su corta vida —añadió él.

—Sí, qué pena. ¿Y tu séquito? —preguntó la forense con descaro.

—Como te oigan decir eso, me quitan el caso. Somos tres compañeros.

—Pero lo llevas tú, no me digas que no; ellos actúan como si estuvieran a tus órdenes.

—Yo dirijo la investigación, eso es cierto. Aunque… quizá me vuelvo un poco prepotente cuando investigo —confesó él.

—No creo que sea eso, Jorge; simplemente tienes intuición y carisma, y ellos lo ven. No te preocupes, me parece que están a gusto trabajando contigo.

—Eh…, gracias…, supongo —respondió Cantero, algo confuso —. ¿Puedes decirme algo más?

—Algo, sí. **La causa de la muerte**.

—¿El fuego? —quiso saber el inspector, con la esperanza de que ella dijera que no.

—No. Es un golpe en la nuca que le fracturó dos vértebras —respondió la doctora—. Mira… —le pidió mientras buscaba las fotos en el ordenador.

—No sé qué tengo que ver.

—¿Ves las fracturas?

—Sí, claro.

—Pues compáralas con estas de las costillas.

—Parecen mucho más fragmentadas, no sé explicarlo.

—Exacto. Estas vértebras están destrozadas por un objeto contundente que ha impactado en el cuello de la víctima a gran velocidad. Sin embargo, las costillas se han roto por el efecto del calor, como si quebraras una rama muy seca, ¿entiendes?

—Creo que sí —asintió él—. Entonces ¿estás segura de que es la causa de la muerte?

—Sin el análisis toxicológico y sin las pruebas del laboratorio, no puedo estar segura al cien por cien. Si tuviera que aventurarme, sí, creo que lo es. Desde luego, no murió quemado.

—Bueno, algo es algo —suspiró Cantero—. Quizá quiso enfrentarse él solo al agresor para echarnos una mano, pese a que estaba fuera del caso, y su amigo le sorprendió.

—¿Estaba fuera del caso? ¿Su amigo? ¿Qué más me he perdido?

—Sospechamos que un amigo suyo es el culpable de todo esto, también del asesinato de Paula Sobrino. Tenemos algunas pruebas, pero ninguna es aún concluyente.

—¿Y por eso lo sacaste del caso?

—Estaba muy implicado, Pilar; creo que está enamorado de él.

—Pobre Diego, es un buen chico y un buen policía.

—Sí, espero que nos equivoquemos y no sea este —añadió Cantero con un escalofrío en la nuca.

—En todo caso, es una buena noticia que tengáis un

sospechoso —le felicitó ella.

—No tan buena, Pilar. Precisamente ayer ingresó muy grave en el Hospital de Cabueñes. Tiene una cosa en el hígado que no sé pronunciar y ha entrado en coma. No pinta bien.

—¿Le provocaba algún problema mental, además de físico?

—Eh…, pues sí, exacto.

—¿Podría ser una encefalopatía hepática?

—Sí, creo que esa fue la palabra que dijeron los médicos ayer. ¿Sabes a qué puede deberse?

—En pacientes con el hígado dañado a causa de una enfermedad crónica, o de una medicación muy agresiva, se puede producir la encefalopatía.

—No creo que la enfermedad crónica sea la causa —repuso Cantero—, tiene veinticuatro años y es médico residente de Urgencias.

—Ya… Entonces la causa más probable puede ser una intoxicación por medicamentos.

—Esta mañana nos dirán algo, están procesando la sangre. Ya te contaré en cuanto lo sepa. En todo caso, no esperan que sobreviva.

—Joder…, tan joven…

—Por lo visto, jugó varios años al balonmano con Suárez e iba al colegio con su hermana.

—Qué horror, no me extraña que Diego no dejase el caso tan fácilmente.

—Es al que pensamos que pertenece el papel del chicle.

—Qué manera más injusta de resolver el caso. Si es él y estás en lo cierto, tendrá su castigo antes de que se pueda demostrar.

—Quizá tomó varios medicamentos que sabía que le provocarían esa enfermedad, al ver que sospechábamos de él.

—No creo —explicó la forense—. La encefalopatía hepática no aparece de la noche a la mañana; puede ser bastante rápida, pero no tanto. Si fue una intoxicación, ya había ingerido esas medicinas antes, aunque fuera en dosis menores, y tendría el

hígado un poco dañado. Igual sufría mal aliento, malas digestiones, alguna pérdida de memoria momentánea.

—Eso explicaría que estuviera todo el rato mascando chicles de menta, ¿no crees? Gracias, Pilar, creo que has sido de mucha ayuda.

Cantero se marchó con la sensación de que aquel chico que se debatía entre la vida y la muerte en el hospital era, además de verdugo, víctima de alguien más listo y más cruel. Comenzaba a ser urgente hablar con los padres del sospechoso y con la hermana, sobre todo con ella, que parecía no haber roto un plato en su vida y quizá llevara a sus espaldas las piezas de una vajilla entera.

53

Mi hijo no es un idiota

La máquina pitaba una y otra vez en un intento de mantener con vida al joven residente. El personal apagaba la alarma sin protestar y comprobaba cada pocos minutos sus constantes, que cada vez tenían peor pronóstico. Lucas sufría, era evidente, y su padre rezaba por conseguir el ansiado milagro que evitara el fatal desenlace. La alternativa era morir con él, sabía que le sería imposible mantenerse con vida cuando su hijo se marchara, pese a que su cuerpo siguiera funcionando. Nadie estaba preparado para perder a un hijo. Nadie, siendo un médico de prestigio, podía pensar que se encontraría junto a su cama sin poder hacer absolutamente nada por mantenerlo con vida. Tenía la sensación de que su carrera entera como cardiocirujano no valía un solo céntimo ahí delante, viendo cómo el chico se moría un poco más a cada segundo y sin poder remediarlo.

—No sabes cuánto lo siento, José Miguel.

—Tenemos que hacer algo; es mi hijo, Lorenzo —le suplicó—. No puedo perderlo. ¿Se sabe ya qué ha provocado esto?

—Sí; según los análisis, se trata de una sobredosis de paracetamol. Es probable que lleve tiempo ingiriendo dosis altas y ayer tomara directamente una dosis letal.

—No es posible —protestó el doctor Zambrano—. Tiene que haber un error. Entonces, si se le hubiera administrado N-acetilcisteína, ¿se habría salvado?

—No si habían pasado ocho horas desde que lo ingirió. Según nos dijo Alicia, él aseguraba no haber tomado nada desde el desayuno. No estamos preparados para perder a un hijo, no es

natural —añadió el médico tras poner la mano en el hombro de su colega.

Zambrano no contestó. Necesitaba procesar todo de golpe. El día anterior tenía un hijo sano y con un futuro prometedor; ahora se encontraba en la antesala de la muerte. ¿Cómo se habría intoxicado con el paracetamol siendo médico? No se lo podía creer. ¿Y si se lo había tomado voluntariamente?, ¿por qué querría Lucas acabar con su vida?

—¿Qué piensas? —le preguntó su amigo.

—Pienso que **mi hijo no es un idiota**, ni un trastornado, ni está mal de la cabeza.

—Nadie ha dicho tal cosa.

—Lo sé, lo sé…

—Si es por lo del *supuesto* brote psicótico que tuvo al llegar…

—De supuesto, poco —protestó el doctor Zambrano—, que se creía uno de los X-Men, no me jodas. Lo digo sobre todo porque me parece imposible que mi hijo se haya tomado una dosis letal de paracetamol de forma accidental.

—¿Crees que ha intentado suicidarse?, ¿tenía algún motivo?

—No lo sé, Lorenzo, no lo sé, te juro que no sé qué pensar.

Los dos hombres se quedaron en silencio mientras observaban al joven luchar por cada bocanada de aire para sus pulmones. Alguien le había colocado unas gasas en los ojos para mantenérselos cerrados y que no se le resecaran. El ligero tono amarillento que presentaba el día anterior se había convertido en un intenso color limón. Y allí desnudo, tapado solo con una pequeña sábana, se le veía desprotegido, a merced de un destino tan cierto como cruel y que se lo llevaría en pocas horas, si es que tenía suerte.

Alicia se pasó de nuevo por el box. No había dejado de visitar a Lucas, pese a que sabía que no volvería a hablar con él. Había decidido perdonarle en su lecho de muerte. Poco importaba lo que hubiera hecho, fuera lo que fuese, si ahora se marchaba de

una manera tan precipitada. Al menos ella lo sentía así. Cada vez tenía más claro que su amigo había sido manipulado; le resultaba imposible pensar que alguien tan entusiasta, goloso y lleno de sueños se dedicara a torturar y matar chicas cuando nadie lo miraba. Simplemente, no lo podía creer.

—Alicia, gracias por todo —murmuró el doctor Zambrano, muy abatido.

—Yo…, ayer no sabía qué hacer, tenía claro que no debía hablar con él, pero cuando se presentó en ese estado…, ¡cómo iba a negarle mi ayuda!

—¿Por qué no debías hablar con él? —preguntó el doctor Díaz-Buendía; no en vano era el jefe del residente y lo conocía bien.

—Porque estaban enfadados, habían discutido y no quería darle la razón —intervino a toda prisa el cardiólogo.

Alicia enseguida cayó en la cuenta de que el padre de Lucas no quería que el resto del personal supiera que su hijo era el mayor sospechoso de los casos de las dos chicas desaparecidas. Había estado a punto de meter la pata, así que guardó silencio.

Fue entonces cuando un intenso pitido alertó al personal de que el joven sufría una crisis. Todos corrieron a atenderlo. La UCI era así, con pocos momentos de calma. El doctor Zambrano contuvo la respiración e incluso dejó de pestañear. Pensó que, si cerraba los ojos un instante, no volvería a ver a su hijo con vida.

Uno de los intensivistas se colocó encima de Lucas y comenzó a darle un masaje cardiaco. Los golpes intentaban reactivar un castigado corazón, mientras otro de los médicos daba órdenes sobre la medicación que se debía introducir por uno u otro catéter.

Los pitidos se intensificaron durante unos minutos interminables en los que todos parecían saber qué hacer, pese a lo poco que servía, para sacar al paciente de aquel estado.

Sin darse cuenta siquiera, las alarmas pasaron a ser un pitido continuo, sin altibajos, un sonido que sumió al doctor Zambrano

en el más absoluto terror. Pese a los intentos de sus compañeros de mantener a Lucas con vida, la línea en el monitor seguía siendo plana y se miraron entre ellos para ver quién era capaz de decir lo que nadie quería siquiera pensar. Fue entonces cuando una de las doctoras, más experimentada que el resto, miró el reloj y pronunció unas palabras que a Alicia se le clavaron en la memoria para siempre:

—Hora de la muerte…, las once en punto.

Y, por fin, las lágrimas que tanto tiempo había retenido encontraron un hueco por el que escapar.

54

No es el momento

La madre y la hermana pequeña de Lucas lloraban abrazadas en una pequeña sala junto a la UCI. Los médicos las habían hecho pasar para darles la noticia. En cuanto vieron la cara del doctor Zambrano, no les hizo falta escuchar nada más. Inés ni siquiera entonces había consentido en salir de casa. Les había pedido, muy afectada, que la llamaran en cuanto hubiera noticias. Su madre no se sentía con fuerzas de hacerlo y fue el padre quien tuvo que comunicarle que había perdido a su hermano mayor. El hombre la escuchó llorar, maldecir, gritar…, y aguantó a que el llanto de su hija fuera un lamento continuo antes de colgar el teléfono. Necesitaba sentir ese dolor, el que ahora mismo acompañaba a toda la familia y que tardaría en desaparecer.

La policía no tardó en llegar. Alicia había enviado un mensaje al inspector Cantero comunicándole la muerte de Lucas. Su padre no quiso hablar con ellos, les pidió un poco de paz.

—Alicia, entiendo que estén…, bueno, que os encontréis muy afectados, pero necesitamos saber un par de cosas —comentó el inspector Cantero.

—Dígamelas a mí e intentaré hablar con él, si le parece.

—Aunque se nieguen a hablar con nosotros, sería peor que no lo hicieran. Ese chico era sospechoso de varios crímenes.

—Sí, de lo de Paula y Eva.

—Y de lo de Diego Suárez.

—¿Perdón? —preguntó la joven, muy sorprendida.

—Sí, Alicia —explicó Cantero—, el subinspector permanece desaparecido desde hace un par de días, aunque su coche

apareció quemado con un cadáver dentro en un descampado en Mieres.

—Joder…, perdón —se disculpó ella—. ¿Están seguros de que es él?

—No… La verdad es que aún no hemos podido descartar que sea otra persona, pero la cosa pinta mal.

—No entiendo nada, inspector. Lucas era un buen chico. ¿Qué le pudo pasar por la cabeza para cometer semejantes crímenes?

—¿No le parece que ya hemos sufrido bastante? —dijo de repente el doctor Zambrano, dirigiéndose al inspector.

—No estaría aquí si no fuera necesario, se lo aseguro —se disculpó Cantero.

—**No es el momento**. Tenemos que preparar un entierro, avisar a la familia, los amigos…

—Precisamente por eso estoy aquí.

—No sé a qué se refiere.

—Ha desaparecido el subinspector Suárez, mi compañero. Ocurrió un par de días antes de que su hijo… de que su hijo enfermara.

—¿Y también se lo quieren encasquetar a él? Esto es inaudito.

—No queremos encasquetar nada a nadie, solo intentamos encontrar a nuestro agente.

—Mi hijo Lucas iba a venir ayer a verme —añadió la madre—. Salí a comprar para hacerle unas croquetas de bacalao. Cuando volví a casa, Inés me dijo que había estado allí y que se había marchado enseguida. No volví a hablar con él, ¿lo entiende?, ¡no volví a ver a mi hijo con vida!

—Debemos llevar el… cuerpo de Lucas al Anatómico Forense —les informó el inspector.

—De ninguna manera —protestó el doctor Zambrano—. No van a cortar a mi hijo en rodajas.

—Papá, ¿qué le van a hacer a Lucas? —preguntó Silvia con terror.

—Nada mientras yo pueda evitarlo —le prometió él con

dureza.

—Forma parte de una investigación y debemos seguir el protocolo —insistió Cantero—. Entiendo que estén enfadados, confusos e incluso furiosos, pero hay que hacer la autopsia.

—¿Para qué? Ya saben que se ha tomado una dosis letal de paracetamol —replicó Zambrano.

—No podemos estar seguros de que sea un suicidio. Eso lo determinará la forense.

—¿No podemos hacer nada?

—Lo siento, en la investigación no podemos descartar nada —explicó el inspector—. Les prometo que trataremos a su hijo con todo el respeto —añadió para tratar de tranquilizarlos.

No podían negarse. Además, el padre de Lucas tenía tantas ganas de saber si se había quitado la vida o alguien lo había hecho por él que se vio obligado a acceder.

—Bien, en cuanto podamos, les devolveremos el cuerpo para que le den sepultura —les prometió Cantero—. Ahora vamos a ver a Eva Gómez, la amiga de su hija.

—No he vuelto a preguntar por ella —se excusó el cardiólogo—. Supongo que será peor lo que le espera por delante en cuanto se recupere de unos cuantos cortes. ¿Saben ya si se fugó o no voluntariamente?

—¿Unos cuantos cortes? ¿Quiere decir que su hijo no le llegó a explicar la tortura a la que la sometieron? A Eva le hicieron cortes muy pequeños con un bisturí por todo el cuerpo. No dejaron un centímetro sin cortar. Se sigue recuperando de sus heridas, y no estoy muy seguro de si le costará más superar el trauma mental que el físico, o viceversa, la verdad.

—Disculpe, inspector…, ¿ha dicho que la cortaron por todo el cuerpo?

—Eh…, sí, ¿por qué?

—Por nada, solo que me parece extremadamente cruel —mintió el doctor Zambrano; de repente se sentía mal.

—Lo es —aseguró Cantero—. Y ahora, si me disculpan…,

debo seguir con la investigación. Siento mucho lo de su hijo.

—Gracias, inspector —contestó visiblemente desorientado.

El inspector lo achacó a los acontecimientos recientes, a la prematura muerte de su hijo y a las sospechas de la policía sobre las actividades de Lucas en los últimos meses. Si hubiera tenido una manera de verlo, habría comprobado que, dentro de la cabeza del cardiólogo, pugnaban por salir de ella las imágenes de otro paciente con la piel cortada múltiples veces, igual que habían hecho con la amiga de su hija. El médico comenzaba a intuir una conexión entre aquel paciente sobre el que había publicado un artículo y la muchacha, conexión que se le escapaba por el momento. Algo le decía que la mayor parte de las respuestas que buscaba le esperaban en su casa, y que Inés tenía la clave de muchas de ellas, lo que casi le aterraba más que despedirse de su primogénito para siempre.

55

Mirar hacia otro lado

La familia de Lucas llegó desolada a casa. Nada podía consolarlos de la pérdida que acababan de sufrir. Inés salió a su encuentro con los ojos hinchados. Su padre escrutó su rostro con disimulo. Quizá la sospecha que comenzaba a anidar en su corazón no fuera cierta, y en silencio imploraba que así fuera.

Se metió en la habitación que hacía de despacho y encendió su ordenador portátil. Silvia se refugió en su cuarto y su madre fue tras ella. Le cerró la puerta en las narices; no quería compañía. Zambrano buscó en las carpetas que pertenecían a los congresos en los que había participado como ponente, que eran unos cuantos. Las abrió una por una hasta que encontró la que buscaba. Se trataba de una ponencia sobre casos extremos que había preparado junto a un profesor de Psiquiatría de la facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid. Hablaban sobre los efectos que podía provocar el estrés de una tortura en el cuerpo y la mente de un paciente. Su compañero se explayó sobre los efectos psicológicos de los tipos de tortura más conocidos, tanto en la Antigüedad como en los tiempos modernos, con la aparición de ciertas bandas. Los pacientes podían sufrir efectos secundarios durante años, incluso de por vida.

Sin darse cuenta se había metido de lleno en la lectura de la ponencia, que le había resultado muy interesante mientras trabajaron en ella, durante el congreso y en la publicación posterior. Sacudió un poco la cabeza; si había encendido su ordenador justo después de ver morir a su hijo, no era para

entretenerse ni para encontrar una lectura que le relajase, sino para buscar una prueba que le rondaba la cabeza desde entonces.

En la parte en que había hecho su exposición, se había centrado, como cardiólogo, en los efectos negativos que las torturas podían provocar en los músculos cardiacos y en los grandes vasos que surtían de sangre y oxígeno al corazón. Recordaba haber recopilado cientos de datos que hablaban sobre los tipos de *shock* que daban lugar a un estado de estrés en el corazón, al no existir suficiente riego sanguíneo o al ser el flujo demasiado potente para que ese órgano lo asumiera en un momento determinado. Recibió varias felicitaciones por su estudio, e incluso un premio de reconocimiento a su labor de investigación.

Y por fin encontró lo que realmente buscaba: una serie de fotos que habían decidido exponer al final de la ponencia, con casos reales de torturas que fueron determinantes para que sus investigaciones tuvieran una base científica sólida. Buscó a toda prisa la diapositiva que quería y, cuando por fin la tuvo en la pantalla, el terror más absoluto se apoderó de él. En ella se veía a un paciente de procedencia asiática que, según le contó su colega, había aparecido en Urgencias en el Hospital de la Princesa, de Madrid, con lo que se llamaba un «sangrado en sábana». El paciente llegó cubierto de sangre de la cabeza a los pies y completamente desnudo. Le habían practicado pequeños cortes por todo el cuerpo con un cúter, y les había costado estabilizarlo debido al *shock* que presentaba al llegar. Incluso sabía que le habían colocado un desfibrilador para estabilizar su corazón, que presentaba un ritmo anómalo tras la tortura, algo determinante para el doctor Zambrano a la hora de incluir su caso en la ponencia.

El cardiólogo se pasaba las manos por la cabeza, muy preocupado. Quizá su hijo Lucas vio aquellas imágenes y decidió

hacerle lo mismo a la amiga de Inés. No podía ni pensar en ello. ¿Médico y verdugo al mismo tiempo? Simplemente, no tenía lógica. Además, era su hijo, qué narices. ¿Acaso no lo conocía lo suficiente para saber que Lucas no era un psicópata?

Por otro lado, no podía hacer como que no sabía nada y **mirar hacia otro lado**. Si esas chicas habían sufrido por su culpa, la policía debía saberlo.

Abrió el correo electrónico y comprobó que no hubiera emails de la psicóloga de Inés en la bandeja de entrada. No es que le escribiera con regularidad, pero él le había pedido varias veces un informe sobre el estado mental de su hija y ya debería de habérselo mandado. Cobrar bien que lo cobraba, desde luego.

Salió del despacho tras hacer una copia de las carpetas del congreso y decidió que hablaría con el subinspector amigo de Lucas cuando lo encontraran. O con el otro policía, el estirado que había hablado con él en la UCI hacía un par de horas.

—Cariño —le dijo suavemente a su mujer.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella con los ojos repletos de lágrimas.

—Tenemos que hablar.

Ella lo miró con desconfianza, no tenía cuerpo para recibir más noticias horribles aquel día.

—¿Y lo que sea no puede esperar? Yo… no puedo más, no puedo dejar de pensar en Lucas.

—Lo sé, pero esto es muy importante, créeme.

La mujer se metió en el despacho con él y escuchó cada palabra que salía de su boca sin querer entender nada. ¿Su hijo acababa de morir y su marido la quería convencer de que era un asesino y un maltratador y que se había suicidado porque no aguantaba haberlo hecho? Pero ¿qué le pasaba al mundo?

—No quiero escuchar más, José Miguel. Mi hijo no ha hecho nada de eso que dices.

—He encontrado las pruebas, mira —le pidió por enésima vez.

—Esas fotos son horribles y no quiero verlas más —protestó—. Además, solo prueban que alguien hizo daño a esa chica de la misma forma que a ese hombre chino en el que te basaste para ese trabajo, no que lo hiciera Lucas.

—Tenía acceso a mi ordenador y a mis medicinas.

—¿Qué quieres decir con que tenía acceso a tus medicinas? ¿Te robó algún fármaco para quitarse la vida?

—No, cariño, se ha intoxicado con paracetamol, eso puede encontrarlo en cualquier farmacia. La policía vino hace unos días a verme para preguntarme cómo se consigue el Sintrom. No sé por qué, pero la realidad es que en los últimos meses he perdido varios comprimidos, creía que tenía lapsus de memoria y que no sabía qué hacía con las cosas. Incluso acudí al neurólogo. Ahora pienso que los pudo coger él y que la policía tenía alguna sospecha.

—No vamos a hablar con la policía. Mi hijo no ha muerto siendo un asesino, ¿lo entiendes? Nuestro hijo ya no puede defender su inocencia, así que lo haremos nosotros.

—Yo no puedo ni pensar que lo hiciera él, pero necesito respuestas.

—No vayas a la policía, por favor, José Miguel.

—Está bien…, aunque no te puedo prometer que no intente saber lo ocurrido de otra manera.

—Haz lo que sea necesario, pero no estropees la reputación de Lucas, por favor.

El doctor luchaba entre lo que debía y lo que quería hacer. Se trataba de su hijo mayor, de un joven lleno de vida que acababa de perderla de una manera cruel e infame y que podía recibir sepultura rodeado de amigos que le amaban, o como un psicópata sin corazón. Así que tomó la decisión de no hablar con la policía por el momento. Si aquello era ético o no, no sería él quien se lo planteara; su única meta era proteger el corazón de su familia, que se acababa de romper en mil pedazos. Y quién mejor que un prestigioso cardiocirujano para recomponerlo.

56

No tengo ningún email

Zambrano salió de casa sin decir nada. En su mente, la idea de hablar con la psicóloga de Inés había cobrado fuerza. No pensaba que su hija tuviera nada que ver con lo ocurrido, pero a él le resultaba más fácil afrontar la pérdida de Lucas intentando protegerla o, al menos, entenderla y apoyarla.

En la consulta tuvo que esperar casi una hora a que la doctora Rozas le atendiera. Se mostró hosca y desconfiada en cuanto él entró en su despacho, pese a que el hombre fue amable con ella desde el principio.

—Discúlpeme por robarle su tiempo, sé que me ha hecho un hueco sin haber pedido cita y se lo agradezco.

—No es lo acostumbrado —respondió la mujer de mala gana—. Si lo he hecho es porque usted es el padre de una de mis pacientes.

—Soy consciente de ello, de verdad. ¿Podría usted decirme qué tal ve a Inés?

—Debe de estar bromeando —le retó la doctora Rozas.

—¿Cómo que «bromeando»? Vengo a hablar con usted porque hace tiempo que le escribí un email para que me diera la valoración del estado de mi hija y aún no sé nada.

—Le envié la semana pasada un informe muy detallado. De hecho, tuve que quedarme en el despacho hasta las once de la noche para terminarlo.

—No… no me ha llegado nada.

—Imposible —respondió ella—. Usted me contestó.

—Disculpe, debe de haber algún error —dijo enseguida el

cardiólogo—, porque **no tengo ningún email** suyo.

—Doctor Zambrano —comenzó a decir la mujer, algo molesta —, le he enviado una valoración semanal de los avances de Inés, que, créame, no tiene desperdicio. Y usted me ha contestado en alguna ocasión, no siempre, y se ha mostrado bastante prepotente.

—Eh…, no, no, yo jamás le he contestado… o eso creo —murmuró.

A su mente le vino de pronto la valoración del neurólogo sobre su estado de salud. No había encontrado nada que justificara su deterioro cognitivo, al que denominó «supuesto» deterioro. Ni siquiera le parecía que la consulta fuera necesaria. Y el caso era que allí estaba, buscando una excusa creíble para disculparse con la psicóloga de su hija por haber hecho algo que no recordaba, o más bien, por no hacerlo.

—Por más que intento hacer memoria, no recuerdo haber respondido a ningún email, lo siento.

—¿Está usted bien? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—Pues no, la verdad. Mi hijo Lucas acaba de morir.

—¡Dios mío! Cuánto lo siento, ¿qué le ha ocurrido?

—Una dosis letal de paracetamol —soltó él sin pensar; total, enseguida se iba a saber.

—Le acompaño en el sentimiento. Su hija no me dijo que estuviera enfermo.

—No lo estaba; tomó tantas pastillas que no se pudo hacer nada.

—Es horrible. De todos modos, Inés igual tampoco me lo habría dicho de ser hoy martes. La mitad de los días no acude, y la otra mitad se la pasa mirando el móvil. Ya le dije que era mejor que no volviera, que hablaría con ustedes para que le buscasen otro terapeuta. Además, tienen otra hija, ¿verdad? No he sabido de su existencia hasta que le comuniqué a Inés que ya no sería su terapeuta. Me dijo algo así como que ya lo sería de su hermana, no sé muy bien por qué.

—¿Cómo diría que es ella? —le preguntó Zambrano, porque la joven de la que le hablaba aquella psicóloga no se parecía en absoluto a la chica educada, triste y afectada que tenía en casa.

—No sé…, quizá… —comenzó a decir ella—. No, no creo que deba contestar a algo así.

—Doctora, he venido a verla porque, si le soy sincero, no reconozco a Inés desde hace mucho tiempo, no veo que avance, y a veces, en lugar de miedosa y triste, tengo la sensación de que esconde algo. No sé qué clase de padre soy, no sé muy bien cómo explicarlo.

—Mire, doctor Zambrano —dijo la terapeuta, acercándole el ordenador—, tengo una carpeta solo para Inés, con algunas de sus sesiones. Le… le envié estos emails. Si no los ha podido leer, estaría bien que lo hiciera, es la mejor manera de que conozca a su hija de verdad.

—Espere…, comienzo a tener una sospecha.

—¿A qué se refiere?

—A que creo que mi hija me mira los correos que me envían y los filtra según le interesa.

—¿De verdad no ha recibido nada en estos meses? ¿Quiere que se los imprima? Los tengo todos.

—Si no es mucha molestia, le estaría muy agradecido —respondió él tras emitir un sonoro suspiro. Quizá aquel día no había perdido a un hijo, sino a dos.

—Deme unos minutos, se los estoy reenviando, a ver si hay suerte y no se los borra esta vez, así de paso comprobamos que está usted en lo cierto.

Zambrano asintió con pena. Hacía un par de días pensaba que tenía una suerte tremenda y una familia excepcional. Y ahora, aparte de haber perdido una parte de sí mismo, quizá aquello no había hecho nada más que empezar.

Tras salir de la consulta de la psicóloga, regresó a su casa caminando. Antes de subir, leyó los informes que la doctora Rozas le había entregado en una carpeta. Pudo comprobar que el

último de ellos era el que había leído en el hospital antes de que desapareciera de su vista. En él, la terapeuta le pedía que le buscara a su hija una ayuda más específica, se centraba en la personalidad de Inés, sin duda, fruto de la agresión sufrida en el parque unos meses antes y de la que no se había recuperado. Aquel día no había tenido ocasión de abrir el archivo adjunto que acompañaba al email si es que lo llevaba, había desaparecido antes de comprobar el contenido; en él hablaba de una joven apática, sin ninguna meta ni ilusión, y que se comportaba con una peligrosa falta de empatía, lo que nunca había notado en su hija, ¿o no? Explicaba las sesiones a las que había sometido a la chica con ejercicios en los que intentaba determinar si su personalidad se había transformado por culpa del ataque o, por el contrario, era la suya de verdad que había salido a flote cuando se produjo la agresión, dado que antes todo el mundo hablaba de ella como una chica trabajadora, leal y jovial.

Cuanto más leía los informes, más enfermo se sentía. Una punzada se acomodó en su pecho y, cuando el hormigueo bajó por su brazo izquierdo, ya tenía preparado el teléfono para llamar a una ambulancia. Quizá solo fuera la ansiedad por los últimos acontecimientos, cualquiera sufriría por algo semejante. Si algo tenía claro el cardiocirujano era que su corazón necesitaba un respiro, y no estaba pensando precisamente en metáforas; aquel músculo que transportaba la sangre a todo el cuerpo comenzaba a fallar. Quizá por el estrés o quizá por los años… En todo caso, no le parecía una buena idea llevarse aquellos secretos a la tumba; en casa aún le aguardaba otra hija a la que proteger.

57

No dudaría en hacerlo

Descartó la llamada a Urgencias en cuanto vio que su corazón recuperaba el ritmo normal y sentía la mano como siempre. Fue consciente de que no había sido nada grave. De todos modos, se prometió a sí mismo que metería unas pastillas de nitroglicerina en la cartera, por si en algún momento le volvía a ocurrir.

Subió a casa con la carpeta en la mano. En cuanto entró, le pidió a su mujer que hablaran a solas. Ella estaba más tranquila, se había preparado una infusión y se afanaba en tomársela soplando muy despacito en el borde de la taza. Se la veía tan cansada que su marido estuvo a punto de dejar correr lo que fuera que estuviera ocurriendo. Sin embargo, un rápido vistazo a su hija pequeña, quien permanecía hecha una bola en el sofá, le obligó a seguir adelante. Si tenía que protegerla de su propia hermana, **no dudaría en hacerlo**.

La mujer cerró la puerta tras de sí y se sentó junto a su marido. Antes de que él le pudiera explicar nada, ella comenzó a hablar:

—Sé lo que está ocurriendo, José Miguel, lo sé porque Inés es mi hija y me di cuenta hace mucho tiempo de que no es ni la sombra de la que era antes del ataque.

—¿Qué sabes?

—Sé que manipula a la gente: a nosotros, a Silvia, a Lucas, manipula a la policía, a la psicóloga… Lo hizo con sus amigas hasta que dejaron de venir a verla.

—¿Por qué no me dijiste nada? —le recriminó él.

—Porque yo estaba en casa con ella y tú, trabajando. Me pareció que era una etapa que pasaría cuando se sintiera mejor. No pensé que pudiera ir más allá.

—María…, creo que Inés instigó a Lucas para que hiciera todas esas cosas.

—Eso ya es pasarse, José Miguel. Que nuestro hijo atacara a Eva y a Paula solo lo dice la policía, y ni siquiera tienen pruebas.

—Entonces ¿por qué se ha quitado la vida?

—¿Cómo sabes que Lucas se ha suicidado, si ni siquiera los médicos de la UCI lo tienen claro? Pudo haberse tomado más pastillas sin querer, o quizá le haya matado su amigo el policía, ya sabes, Diego… No me fío de él.

—Diego es un buen chico —le defendió su esposo.

—Es gay.

—¡Joder, María! ¿Y porque es gay no puede ser bueno?, ¿qué estás diciendo?

—No, José Miguel. A mí la tendencia sexual de los amigos de mis hijos o la de mis hijos no me importa. Lo que me importa es que ese chico lleva enamorado de Lucas mucho tiempo y puede haber hecho alguna tontería al ver que nuestro hijo no le correspondía.

—No creo que sea el caso. Además, el inspector Cantero me dijo que está desaparecido.

—Más a mi favor.

—He ido a ver a la psicóloga de Inés.

—¿En serio? ¿Y te ha recibido?

—Sí, he tenido que esperar un poco. Me ha dado los informes con su valoración y me asegura que no la va a tratar más. Inés lleva mintiéndonos mucho tiempo.

—Así que ella también le da de lado, genial. No me extraña que nuestra hija esté enfadada con el mundo.

—No está enfadada con el mundo, María; se comporta como una auténtica psicópata.

—¿Tú te estás oyendo? Acabamos de perder a nuestro hijo

mayor y me vienes contando que ha sido por culpa de nuestra niña traumatizada. ¡Por Dios!

—Voy a hablar con ella, que nos explique por qué los emails que me llegaban de su consulta me desaparecían en pocos minutos. Llegué a pedir una valoración neurológica al pensar que estaba empezando a perder la cabeza, ¿sabes?

—No voy a decirte nada, eres demasiado necio para ver que estás perdiendo a tu hija por intentar saber algo que no necesitas.

—¿Cómo puedes decir que no me hace falta? Hoy me he dado cuenta de que mi hijo ha muerto por culpa de Inés. He sentido la pérdida de los dos y he estado a punto de sufrir un infarto. Y, créeme, sé lo que digo, que llevo tratando dolencias cardiacas muchos años. No puedo obviar que nuestra hija está haciendo daño a mucha gente.

—Ya la has sentenciado, José Miguel, y quiero que recuerdes que tú deberías velar por su seguridad, por su integridad, no ponerle la soga al cuello. ¿Has pensado en Silvia? Desde que atacaron a su hermana se ha refugiado en todas las actividades que las veinticuatro horas del día le permiten hacer, con tal de no estar en casa… Necesita a sus padres, ¡necesita a su hermana! Por el amor de Dios, ¡tienes una responsabilidad con tu familia!

—Y por eso hago esto, pese a que me suponga una carga insoportable el resto de mi vida —añadió Zambrano mientras se acercaba a la puerta y la abría—. ¡Inés! ¡Inés! ¡Ven!

Su mujer no fue capaz de añadir nada más, sabía que era una batalla perdida y también que su marido tenía razón, pese a que le doliera tanto admitirlo. Vio entrar a su hija mediana con los ojos hinchados. Su alma de madre no pudo hacer otra cosa que abrazarla en un intento de proporcionarle protección; no dijo nada cuando se dio cuenta de que la chica se apartaba un poco de su abrazo.

—Quiero que me expliques ahora mismo lo que ha ocurrido con Lucas —le exigió su padre—. Sé que has sido tú la que le ha

obligado a hacer todas esas cosas horribles. La psicóloga me ha entregado tu expediente. Y antes de que protestes, que sepas que ya no es tu terapeuta.

—¿Estás hurgando en mis cosas? Lo que he hablado con ella es privado.

—Ya no. Soy tu padre y tú, hasta dentro de unos días, no eres mayor de edad. No quiero tener que ir a la policía y darles todo esto, Inés. Así que habla con nosotros, por favor.

—Yo no he hecho nada.

—En esta carpeta tengo algo que demuestra que fuiste tú. ¿Qué ocurrirá si voy a la policía y se lo entrego?

—¡No lo sé! ¡Papá! ¿Por qué no me crees?

—No te conozco, hija, esto es muy duro. Tu hermano ha muerto hace unas horas por una intoxicación de paracetamol. Se quitó la vida porque no podía soportar lo que había hecho por ti. Porque tú se lo pediste, ¿verdad?

—¡¿Cómo puedes pensar eso?! —sollozó Inés—. ¡Lucas no era como creéis!

—¿Qué quieres decir?

La joven se limpió la cara y, mientras nuevas lágrimas caían por su rostro, miró hacia el infinito y comenzó a hablar. Su padre la contemplaba sin entender. Quizá se equivocaba en su razonamiento. Aquella joven dulce y apagada que lloraba, mientras hablaba de su hermano, no podía ser el monstruo que pensaba. Y poco a poco se sintió caer en un pozo del que le sería muy difícil salir.

58

Tu maravilloso hijo mayor

—Sé que no me vais a creer —comenzó Inés con su versión—, pero ya que has llegado hasta aquí, papá, no tengo más remedio que explicarte cómo era en realidad **tu maravilloso hijo mayor**.

—Inés, por favor —le pidió la madre—, tu hermano está muerto, no creo que…

—Mamá, no puedo guardarme todo esto más tiempo, lo siento.

—De acuerdo, habla —le pidió ella a la vez que apretaba los puños.

—Cuando me atacaron, Lucas investigó por su cuenta. Un día vino a verme para contarme que había averiguado quién lo hizo.

—¿Por qué no nos lo contaste? —preguntó María.

—Porque no quería que tuvierais falsas esperanzas, primero quería cerciorarme. Para cuando quise hablar…, bueno, Lucas ya había…, ya sabéis…

—¿Quién fue?

—El novio de Eva. Por eso no quise volver a saber nada de ella. El muy cabrón me violó y después siguió saliendo con mi amiga como si nada. Se fugaron y tan felices.

—¿Y Paula? —preguntó su padre; comenzaba a dudar.

—Paula no quiso creerme. Para ella Eva era la más guapa, la más valiente, la mejor en todo. La envidiaba, y no sé por qué. Sería por el vóley, porque otra cosa…

—Inés, hay cosas que no me cuadran —comenzó a decir

Zambrano—. Según tú, Lucas quiso vengarse de ellas y… ¿por qué no de él?

—¿Y quién dice que no lo haya hecho? Que no sepamos nada de ese tío no quiere decir que no le haya hecho daño también. Además, tengo pruebas que demuestran que Lucas era un cerdo.

—¿De qué demonios hablas?

—De esto —respondió ella mientras colocaba delante de sus padres unas fotos que sembraron en ellos el más absoluto terror.

—No… no entiendo —balbuceó su madre mientras miraba las fotos con repugnancia.

En aquellas instantáneas se veía a varias niñas pequeñas en todo tipo de situaciones: con el cuerpo desnudo y una braguita de Hello Kitty, en la ducha, dormidas y con el pijama levantado hasta el pecho… Fotos que podían haber salido, perfectamente, de la cámara de cualquier depredador sexual.

—¿De dónde has sacado esto? —quiso saber Zambrano.

—De la habitación de Lucas, antes de que se mudara.

—No es posible —sollozaba su madre—. No me puedo creer lo que estás diciendo de mi hijo, Inés, ¡era médico!

—¿Y porque era médico no podía ser un cerdo? —se encaró la joven sin parar de llorar.

—Vale, de acuerdo, vamos a dejar esto por el momento, Lucas no está aquí para defenderse —les pidió Zambrano a las dos; de pronto sentía que volvía el dolor del pecho. No podía pensar en ese momento en que su hijo fuera un depredador, bastante tenía con pensar que había hecho daño a dos jóvenes que no fueran de su familia—. Volvamos a tus amigas. ¿Por qué de esa manera? Quiero decir, que no entiendo por qué torturó a Eva de esa forma. Le cortó la piel por completo. No me puedo creer que tu hermano fuera tan cruel, era un buen chico.

—¿Qué… qué estás diciendo? —intervino su esposa—. ¿Qué quieres decir con que le cortó la piel? ¿Como las fotos del hombre que me enseñaste? ¿Por eso estás tan seguro…?

—Exactamente eso, María. Le hizo cortes muy pequeños por

toda la piel, desde los párpados hasta los dedos de los pies. Llegó al hospital sangrando por todo el cuerpo. Según Alicia, la residente amiga de Lucas, fue horrible, no sabían cómo proceder, y se salvó por los pelos. Por eso quería hablar contigo. ¿No recuerdas aquella ponencia que di sobre las torturas y los efectos en el corazón? Creí que al enseñarte las fotos de aquel paciente asiático…

—Bueno, recuerdo que la diste, no lo que expusiste.

—Según Inés, Lucas copió esa forma de tortura para hacerle lo mismo a Eva, lo que implica que tenía acceso a mi ordenador.

—También al mío —intervino Inés a toda prisa, pillando por sorpresa a su padre, y por la cara que acababa de poner, lo había conseguido—. Muchas veces recibía mensajes y, cuando iba a abrirlos, habían desaparecido.

—¿Abría tus correos? —preguntó él con el ceño fruncido.

—Y mis wasaps —le aseguró ella—. Por eso tuve que cambiar de móvil y añadir la huella digital para que no pudiera acceder a él…, aunque creo que encontró la manera.

Zambrano sintió la duda abriéndose camino en su cabeza. Si Inés decía la verdad, su hijo no era como pensaban y los había manipulado a todos. Sería positivo pensar así, pues solo tendría la pérdida de uno de los dos hijos, al que ya no podían recuperar. ¿Y si Inés era una simple víctima y no había sido quien había intervenido el ordenador, como él pensaba?

La joven no le quitaba la vista de encima; la mayor sospecha de su padre contra ella acababa de convertirse en una enorme duda para él. Sin duda había elegido el mejor momento para enseñar a su familia aquellas fotos, ya no tenía sentido guardarlas más tiempo.

Miró a su mujer, quien no sabía muy bien qué hacer, o eso parecía. Estaba claro que pasaban por el mismo dilema.

—Me falta Sintrom del maletín —dijo entonces, más por ver la reacción de su hija que para darles ese dato.

—¿Y qué quieres decir con eso? —preguntó su mujer—. ¿No

pensarás que lo ha cogido la niña?, ¿para qué podría querer una chica de diecisiete años eso?

—Papá, no sé cómo decírtelo, yo no he hecho nada. Lucas quería vengarse de ellas.

—¿Y tú no?

—Yo también, no te lo voy a negar.

—Entonces… ¿lo confiesas?

—Yo no confieso nada, te estás equivocando. Sabes lo mal que lo pasé, parece mentira que no lo recuerdes. Lucas estaba desquiciado, solo quería… hacerme justicia. Por más que hablé con él, no sirvió de nada.

—Tengo unos…, no sé cómo llamarlos…, relatos, poemas, escritos…, que me ha dado tu psicóloga. He de decir que son muy interesantes.

—No tenía derecho —musitó Inés con dureza.

—Aún no sé muy bien lo que significan, me gustaría que me lo explicaras.

—No tengo nada que explicarte, ya has tomado una decisión por mí.

—En realidad, no la he tomado. Solo me gustaría saber lo que significan para ti y por qué los escribiste.

—No creo que deba hablarte de eso; son cosas que me pasaban por la cabeza, sin más.

—Pues a mí me parece mucho más que eso, estoy casi seguro de que hablan de tus amigas. ¿Qué quieres que piense, hija?

—Cuando vino a hablar contigo Diego Suárez, el amigo de tu hermano, te mostraste un poco esquiva e impertinente —intercedió la madre.

—Me cansa, es un imbécil.

—Es un buen chico y, además, ha desaparecido —le explicó su padre.

—Joder, papá, no puedo convencerte de que yo no he hecho nada, solo he intentado demostrarte que Lucas no era lo que parecía y que él tuvo acceso a esos escritos también.

—Necesito pensar un rato —dijo él antes de salir del despacho; la sangre le latía en las sienes y no tomaría un paracetamol por nada del mundo, pese a que sabía que no había ningún problema por hacerlo.

De pronto recordó que la psicóloga había enviado todo por email, antes de imprimirle lo más relevante en una carpeta. Volvió al despacho, donde su mujer abrazaba a Inés con fuerza. Quizá era la única que la entendía en realidad.

Encendió el ordenador y buscó el correo de la doctora Rozas. No estaba. Pero él lo había visto antes de subir a casa, cuando esperaba en la calle decidiendo cómo hablar con su familia. Estaba completamente seguro de que ese mensaje había sido enviado y borrado en muy poco tiempo. Media hora; una, a lo sumo.

Sin decir una palabra, tomó una decisión. Intentó no pensar en las fotos de aquellas niñas pequeñas en manos de su primogénito, quizá Inés lo que quería era desviarlos del camino correcto una vez más. Lo único que estaba claro era que su hija mentía. Si Lucas había hecho todo lo que decía Inés, ¿cómo era posible que alguien le hubiera borrado el email que le habían enviado después de que su hijo mayor hubiera muerto? Porque había desaparecido después de que él hablara con la psicóloga y antes de que llegara a casa. Y era bastante difícil que su hijo, por muchos crímenes que hubiera cometido, pudiera borrar ese correo desde el frío lugar en el que ahora se encontraba.

Inés, por su parte, se alegró de haber borrado todo rastro de la estancia de Lucas en su casa el día anterior. Recordó cómo había preparado el café añadiendo el paracetamol machacado, como hacía cada día que su hermano se pasaba por allí. Cómo la bofetada que le había propinado y la palabra «monstruo» que resonaba en su cabeza habían sido decisivas para añadirle a la bebida una dosis letal. Y cómo lo había removido con parsimonia para que el azúcar y el medicamento se disolvieran en el café y quedara disimulado el sabor. Luego abrió el cajón

donde otras fotos, las que utilizaba para chantajear a Lucas desde hacía mucho tiempo, esperaban a ser mostradas en el momento correcto.

Es una hechicera. Cuando habla, el resto del mundo aguanta la respiración. No conoce el miedo ni el amor. Consigue sus propósitos con su luz y su llanto. Combina a placer sus encantos para sembrar la discordia. Provoca tanto caos…

Es una hechicera. La magia de sus ojos de fuego arranca la maldad de los corazones, los llena de gozo y sueños para voltearlos de nuevo y colmarlos de miedo y desesperación.

Es una hechicera. Solo tiene que mover sus manos y la Humanidad se rinde de inmediato a sus pies. Camina sobre ellos con zapatos de hierro candente que dejan su huella de magia negra en sus fríos corazones.

Es una hechicera. Cuando canta, los pájaros caen muertos al suelo, los niños se retuercen de dolor, las flores pierden su esencia y se secan sin remedio. Cuando canta, hasta el sol se esconde tras las nubes, temeroso de escuchar su dulce voz.

Es una hechicera… y la odio.

59

En realidad no estoy

El doctor Zambrano luchaba contra sí mismo en el asiento delantero de su Audi. Los papeles con la información que tenía sobre Inés le pesaban en las manos como si estuvieran escritos en piedra. Sabía que debía ir a la policía, no podía dejar que ningún miembro de su familia hiciera daño a nadie más. Aunque, por otro lado, la idea de traicionar a un hijo… No podía ni pensar en ello. Quizá debiera dejar que Lucas cargara con toda la culpa. Ya no se le podía hacer más daño, eso estaba claro. Además, estaban las fotos de las niñas. Era tan asquerosa la insinuación que no quería ni podía dejar que esa duda carcomiera su alma. De ese tema, decidiera ir o no a la policía, no hablaría jamás. Se sentía tan sucio por pensar siquiera en cargar a Lucas con delitos que no había cometido… ¡No podía defenderse! ¿Qué clase de padre sería si no protegiera a sus hijos?

Inés había demostrado ser muy lista, quizá demasiado. Durante meses se había ido convirtiendo en otra persona. No había otra explicación. La psicóloga lo había visto hacía tiempo, pero no se percató de que la chica iba siempre por delante. En realidad, iba por delante de todos, no solo de su terapeuta. Casi consiguió convencerle de que Lucas era un monstruo y que ella no tenía nada que ver. Incluso llegó a pensar que su hijo le había intervenido el ordenador. En aquel momento, una alarma en su cabeza le alertó de que su hija acababa de cometer un tremendo error y que él era el único que podía subsanarlo.

Al final se decidió a hacer lo que debía y se dirigió a la

comisaría; necesitaba hablar con el inspector que llevaba el caso de su hijo cuanto antes. ¿Cómo se llamaba? Quizá sí que tenía algún que otro lapsus de memoria.

Condujo de manera automática hasta el final de la calle Carlos Marx, ni siquiera fue consciente de haber parado en ningún semáforo, lo que había hecho sin duda, porque nadie le había tocado el claxon por el camino ni había sufrido ningún sobresalto. Dio una primera vuelta al aparcamiento y volvió a salir; las dudas volvían a su mente. No fue hasta el tercer intento cuando al fin aparcó y salió del coche secándose unas lágrimas que parecían no tener fin.

Entró en la comisaría y preguntó a la agente de la entrada por el inspector Cantero, de repente había visto claro el nombre en su cabeza.

—Lo siento, el inspector se encuentra estos días en Oviedo.

—¿Estos días, dice?

—Sí, lleva una investigación desde allí.

—¿Y sabe cómo lo puedo localizar?

—Si se espera unos minutos, puedo preguntar dentro —le ofreció ella con amabilidad—. O si lo prefiere, puede hablar con otra persona. ¿De qué se trata?

—No, no, necesito hablar con él, es importante.

—De acuerdo, dígame su nombre y voy a preguntar.

Le entregó una tarjeta con reparos; en realidad acababa de tomar como una señal el que Cantero no se encontrara allí, no estaba seguro de querer compartir aquella información con la policía, y el principal investigador del caso no estaba en el edificio, así que se dio la vuelta con la intención de marcharse en cuanto vio a la agente entrar en un despacho para hacer su consulta. Casi se choca de frente con un hombre vestido con traje que entraba sin mirar.

—¿Doctor Zambrano? —se extrañó.

—Buenos días, inspector Cantero, acabo de preguntar por usted, pero me han dicho que no estaba en Gijón estos días.

—**En realidad no estoy** —le aseguró él—, he venido a por unos papeles.

—Ah, inspector Cantero —dijo entonces la agente de la entrada—, justo acabo de preguntar cómo localizarlo. Este señor pregunta por usted.

—Yo me encargo, gracias.

—Disculpe, inspector, ¿se sabe algo del subinspector Suárez? —preguntó la policía con interés.

—Aún no —le aseguró Cantero; además de no querer decirle que, muy probablemente, su compañero yacía en una cámara del depósito de cadáveres, consumido por las llamas, no podía hablar del tema delante de un testigo del caso.

—Gracias —murmuró la agente; en la comisaría lo estaban pasando mal con su desaparición, era un compañero muy querido allí.

—Venga conmigo, doctor —le pidió Cantero—. Supongo que ha venido para contarme algo, buscaré un lugar en el que estemos tranquilos.

—Sí, quería hablar con usted, y creo que es urgente —repuso Zambrano.

—¿De qué se trata? —preguntó el inspector sin dejar de caminar por un pasillo.

—Es… sobre mis hijos —respondió lacónico; no iba a hablarle en un pasillo sobre las sospechas que le atormentaban.

—¿Quiere que le traiga un café? —le ofreció en cuanto se sentaron, más por comenzar una conversación que por ser amable.

—No, gracias, no me encuentro muy bien. Debo de tener la tensión algo descompensada.

—Ya me imagino. Bueno, usted dirá qué es lo que le trae por aquí.

—No sé por dónde empezar, inspector. Lucas… Joder, mi hijo está muerto y aquí estoy yo hablando de lo que creo que ha hecho.

—No podemos controlar lo que hacen nuestros hijos, doctor; lo único que podemos controlar es lo que hacemos nosotros con ello.

—Sé que es sospechoso de la muerte de Paula Sobrino y del secuestro y tortura de Eva Gómez, lo que no sé exactamente es lo que les ha hecho a esas chicas.

—También es sospechoso de la desaparición del subinspector Diego Suárez.

—Inspector, no se puede cargar a mi hijo con la culpa de todo lo que ocurre en Gijón, ¿no le parece?

—Tenemos nuestras razones. De todos modos, creo que debería decirme primero lo que le preocupa; después, yo le contaré todo lo que pueda del caso. Hay algunos detalles que no han trascendido y es crucial que siga así de cara a la investigación.

—Esta mañana usted me habló sobre lo ocurrido a Eva, que tiene la piel repleta de pequeños cortes, que acudió a Urgencias completamente ensangrentada.

—Sí, ese es uno de los detalles que no han trascendido —le aseguró Cantero.

—Hace unos años di una ponencia durante un congreso que trataba sobre los efectos que los distintos tipos de torturas, a lo largo de los siglos, provocan en el cuerpo humano.

—No sé muy bien qué tiene eso que ver…

—La ponencia fue un trabajo a medias con un colega psiquiatra —prosiguió el doctor como si nada—. Yo me encargaba de los efectos en el cuerpo y él, en la mente. Quería demostrar que la tortura reiterada afecta al corazón, ya sabe que mi especialidad es la Cardiología.

—Sigo pensando que no es un dato relevante… —intentaba meter baza Cantero.

—Espere, inspector, deme un minuto —le pidió Zambrano; al parecer, por fin había cogido el hilo de sus pensamientos—. Entre las diapositivas que mostramos en aquel curso había casos

reales. Hoy las he vuelto a ver. En una de ellas aparece un hombre de procedencia asiática que acudió a un hospital del centro de Madrid completamente desnudo, con un sangrado en sábana, que es…

—Ya me explicaron lo que es: cuando todos los capilares de una zona sangran a la vez y no hay una herida concreta.

—Sí, pero en este caso lo presentaba por todo el cuerpo; le habían hecho cortes minúsculos con un cúter.

—Un momento —le pidió el policía a la vez que sacaba su teléfono y buscaba algo—, ¿se refiere a este hombre?

—¿Cómo…?, ¿cómo lo sabe?

—Cuando Eva Gómez acudió a Urgencias hace unas semanas, investigué lo que le había ocurrido y di por casualidad con este caso que usted comenta. Tuve que informar a mis superiores y me asignaron a un inspector de Madrid que se había encargado del caso. Por eso llevamos la investigación desde Oviedo, porque estamos en ella el inspector Aguilar, enviado desde Madrid, la inspectora Andreu, que pertenece al departamento de Homicidios de la Brigada Judicial de Oviedo, y yo.

—Entonces, ya lo sabía.

—Sabíamos que había otro caso, no que usted tuviera las imágenes. Esto me pilla por sorpresa.

—Creo que, además, estas fotografías son la prueba de que uno de mis hijos le hizo todo eso a Eva Gómez —confesó Zambrano entre lágrimas.

El inspector miró a aquel hombre, que tan arrogante le había parecido en otras ocasiones, con la misma pena con la que se mira a alguien que lo acaba de perder todo.

60

Mi hijo está muerto

Cantero esperó a que el hombre que tenía delante fuera capaz de continuar. Era consciente de que lo que acababa de explicarle podía muy bien ser la prueba de que Lucas Zambrano conocía ese tipo de tortura antes de ponerla en práctica. El juez vería esa prueba como concluyente para la investigación.

—Siento que tenga que pasar por esto —comenzó a decirle con empatía—, no debe de ser plato de buen gusto saber que un hijo está implicado en algo tan horrible.

—No lo es, inspector —repuso Zambrano—. He venido a hablar con usted porque ahora no tengo dudas de que Lucas ha hecho todo esto. Pero lo que de verdad me carcome es haberme dado cuenta de que mi hija Inés también está implicada. Y no crea que estoy eligiendo entre uno u otro, no es eso; es que esto es demasiado para mí.

El inspector se incorporó en la silla; sintió que el pulso se le aceleraba un poco y que sus sentidos se alertaban de inmediato. ¿Qué había querido decir con eso? Que Inés tenía algo que ver en el asunto era algo que sospechaba y que se había callado; no se había fiado nunca de ella, pese a que todo el mundo sentía que ella debería quedar libre de sospecha. Entendía que estaba traumatizada, que sufría con el simple hecho de estar con desconocidos en la misma habitación, con la idea de salir a la calle desprotegida de las paredes de su hogar… Solo que, al permanecer recluida en casa, era muy complicado cometer ningún crimen. Y, encima, la chica había sufrido una agresión brutal, lo que la convertía en víctima en cualquier situación a

ojos de los demás; era muy difícil pensar en ella como en la instigadora de aquellos crímenes.

—¿Qué le atormenta, doctor Zambrano? Creo que necesita contármelo; de lo contrario, no estaría aquí.

—Es cierto. Verá, desde hace un tiempo noto que me desaparecen mensajes de mi cuenta de correo electrónico, que cambio cosas de lugar y luego no las encuentro, y que además me han desaparecido algunas medicinas. Comencé a preocuparme cuando vi un email de la psicóloga de mi hija y, al regresar delante del ordenador, ya no estaba. Pensé que lo había borrado sin ser consciente de ello. Incluso pedí una consulta a un colega neurólogo para que me hiciera unas pruebas. Tenía miedo de empezar con alguna enfermedad degenerativa o alzhéimer, ya sabe.

—¿Y?

—Según el especialista, todo está perfecto. Y al contarle hoy todo esto a mi familia, Inés ha acusado a Lucas de intervenir su ordenador también. Así que, según ella, mi hijo nos tenía intervenidos los ordenadores; de ese modo iba borrando sus huellas al mismo tiempo. Y tenía sentido, inspector, porque a Lucas se le daba la informática francamente bien. Fíjese que yo pensaba que iría por esa rama a la hora de estudiar, me sorprendió mucho cuando dijo que quería seguir mis pasos.

—Siga hablando, por favor —le pidió el inspector, que no veía la hora de que el hombre llegara a lo que él quería oír.

—Le decía que Inés nos ha convencido de que era Lucas quien borraba nuestros correos. Esta mañana he acudido a la consulta de la psicóloga; no estaba nada contento con ella y tampoco tenía informes sobre mi hija, si evolucionaba o no. No me podía creer lo que me contaba. Por lo visto, la doctora me los enviaba por email, pero estos nunca llegaban a mi bandeja de correo. Para la terapeuta era yo el que no me implicaba lo suficiente. Por eso me ha dado esta carpeta con toda la información que necesito y después, a petición mía, me la ha enviado también

por email. Sin embargo, cuando he comprobado en casa el correo electrónico, ya había desaparecido.

—Y Lucas no lo ha podido hacer.

—Exacto, inspector. **Mi hijo está muerto**. Dudo mucho que desde donde está pueda hacer nada. Si Inés no hubiera intentado implicar a su hermano, ni siquiera habría pensado en ella; pensaría que de nuevo lo había borrado yo, o que le había dado mal la dirección a la doctora, o que mi ordenador tiene un maldito virus informático.

—Ya le entiendo.

—Además, he venido porque creo que usted debería tener estos textos. Los escribió Inés durante sus consultas con la psicóloga. Creo que nos quiere convencer de que Lucas se basó en estos escritos para hacer lo que hizo. Mire a ver si tienen sentido para usted.

—¿Cuántos hay?

—He contado siete, uno de ellos parece inacabado o un borrador, quizá. El primero de ellos habla de la piel de alguien a quien odia. He pensado que podría estar relacionado con lo que le hicieron a Eva. Del resto, sinceramente, desconozco la relación. Supongo que el segundo pertenece a Paula, no sé lo que le ocurrió exactamente.

—¿Me los puedo quedar?, ¿o prefiere que haga una copia?

—No los necesito para nada, inspector. Eso sí, le pido que los cuide bien, porque son de mi hija, aunque ya no la reconozco. Esto es lo peor que me podía ocurrir.

—Una cosa, doctor Zambrano, me ha dicho que le han desaparecido unos medicamentos, ¿cuáles?

—Sintrom, varios comprimidos. Se utiliza para…

—Ya sé para qué se utiliza y debo darle una información que posiblemente inculpe a Lucas del todo, y no sabe cuánto lo siento. Cuando fui a verle a su consulta, no podía darle demasiados datos.

—Mi hijo no puede sufrir más, no se preocupe. He pensado

varias veces en lo que me dijo sobre ese medicamento.

—Pero usted y su familia sí —añadió el inspector, aunque el hombre no estaba del todo de acuerdo con esa afirmación—. Como sabe, Eva Gómez apareció desnuda, con un sangrado en sábana provocado por miles de minúsculos cortes en la piel.

—Sí.

—Y, como también sabe, le habían administrado Sintrom, una dosis mínima, la suficiente para que no parase de sangrar. Los médicos casi la pierden por no poder parar la hemorragia. Como recordará, usted me dijo que igual era hemofílica o tenía algún tipo de trastorno. Ahora sabemos que alguien quería que muriera lentamente o, al menos, que sufriera el mayor tiempo posible.

—Y usted ahora está seguro de que se lo proporcionó Lucas. Dios mío…, uno piensa que conoce a sus hijos, que les ha procurado la mejor educación, que les ha enseñado a discernir entre el bien y el mal y les ha inculcado unos valores, y de pronto se encuentra con que uno de ellos ha cometido varios crímenes, muy estudiados, además, y su hermana muy probablemente le ha instigado a hacerlo.

—Siento mucho que esté pasando por esto, doctor, se lo aseguro. Ahora debo pedirle colaboración.

—¿Más?

—Necesitaré su ordenador, el de su hija, posiblemente los teléfonos móviles y hacer un registro de su domicilio. ¿Necesitaré una orden?

—Me temo que sí, inspector. No tengo intención alguna de no colaborar, se lo aseguro, solo que no puedo llegar a casa y decir que se lo he regalado; tengo que oponer algo de resistencia o no volveré a ver nunca más a mi familia.

—Lo entiendo, créame, y le prometo que intentaré que sufran lo menos posible.

Cantero miró con pena a aquel gran hombre que tenía delante. De repente le parecía tan minúsculo que un pequeño soplo de

brisa podría partirlo en mil pedazos. Aunque, en realidad, lo que se acercaba se parecía más a un maldito huracán.

61

La buena noticia

El teléfono del inspector sonó y le sacó de sus pensamientos. En la pantalla, el nombre de Pilar Sanjurjo solo podía significar una cosa: que había llegado el resultado del ADN del cuerpo sin vida encontrado en el coche del subinspector Suárez. Un escalofrío recorrió la mente del inspector al pensar que, por fin, iban a tener la identidad del cadáver. Aunque no era creyente, se sorprendió rezando para que no fuera su compañero. No podía pensar que la vida de Diego terminara de aquella forma tan cruel.

—Dime, Pilar —respondió con miedo.

—¿Estás bien?

—Voy tirando. Y respecto al caso, al menos tengo una pista. Con lo atascados que estábamos, creo que nos va a venir muy bien. Dime lo que sea ya.

—¿Quieres **la buena noticia** o la mala primero?

—La buena, por favor.

—No es él, Jorge. No es Diego Suárez.

—Uf, después de esto, cualquier cosa que me digas no me parecerá tan horrible.

—Igual sí, porque se trata de un joven de Mieres, un tal Gustavo Recas.

—No sé quién es —confesó él.

—Llevaba desaparecido tres semanas.

—Lo investigaremos, pásame los datos.

—Solo sé una cosa de él, Jorge, lo pone en la denuncia.

—Dime, me tienes en ascuas.

—La denuncia por su desaparición la puso un hermano suyo, que vive en Baleares, el 31 de octubre. Aseguraba que hablaba con él a diario y que hacía días que no conseguía establecer contacto y que su teléfono móvil no daba señal. Antes vivía con su novia, Eva Gómez, en una pequeña casita a las afueras de Turón, en Figaredo. ¿Te suena?

—¡No jodas! ¿El cadáver que había en el coche de mi compañero, al que le dio por seguir una pista pese a que estaba fuera del caso, era del novio de la chica torturada que investigamos nosotros? ¡No puede ser una coincidencia! —exclamó mientras echaba mano al bolsillo de su chaqueta para coger un inexistente cigarro—. Gracias, Pilar, voy a llamar al equipo.

—Creía que estabas con ellos.

—No, estoy en Gijón. Vine al despacho a recoger unos papeles y me estaba esperando el padre de nuestro sospechoso, así que me quedé a hablar con él. Aún no he ido a Oviedo esta mañana.

—Bueno, espero que con esto tengáis un hilo del que tirar.

—Ah, Pilar, por cierto. Nuestro sospechoso, Lucas Zambrano, el de los chicles, ha muerto esta mañana.

—Llegados a este punto, no sé si decirte que lo siento o que era lo mejor. De todos modos, qué complicado está este caso.

—Te tengo al día en cuanto sepa algo más, gracias —dijo Cantero antes de colgar.

Por fin parecía que aquella investigación avanzaba, algo que no había sentido en todas las semanas que llevaban trabajando en el caso. Igual no iba al ritmo que necesitaban, pero, al fin y al cabo, daban un pequeño paso hacia delante.

Cogió su chaqueta, el móvil y los papeles que había ido a recoger en comisaría (casi se los deja de nuevo en la mesa) y salió en busca de su coche, lo que le llevó un par de minutos; nunca recordaba dónde lo había aparcado. Por supuesto, no había llenado el depósito, como se había prometido que haría

los tres últimos días, así que cruzó los dedos para poder llegar al menos hasta la gasolinera más cercana.

Una vez en la autopista camino de Oviedo, llamó a su equipo. Por fin tenía una noticia buena que transmitir, y eso era algo que no podía esperar.

62

No puede pasar

Cantero conducía con calma. Ya había hablado con sus compañeros para darles la buena noticia sobre el cadáver del coche de Suárez. Y también la mala, por supuesto. Tardaba veinte minutos en llegar a la comisaría central, si no había demasiado tráfico, lo que era casi una lotería aquellos meses en que las huelgas de transportes, las obras y la lluvia se volvían protagonistas de la carretera. Esperaba tener sitio para aparcar frente a la comisaría; si algo le apetecía menos que ir hasta allí era tener que caminar después bajo un cielo que amenazaba con una buena tormenta.

A diez minutos de su destino, recibió la llamada de Tere Andreu, quien le comunicó que habían conseguido la dirección de la casa donde habían vivido Eva Gómez y su novio. Le envió la ubicación y quedaron en encontrarse allí, lo que el inspector agradeció en silencio; así se evitaba atravesar Oviedo y aparcar para tener que coger el coche unos minutos después.

Las distancias en Asturias nada tenían que ver con las que les comentaba Aguilar cada vez que necesitaban desplazarse de un lugar a otro. No había trayecto Oviedo-Gijón o Gijón-Oviedo en el que el inspector no les contara lo que habrían tardado en ir de Madrid a cualquiera de las ciudades o pueblos de la periferia, lo horrible que era tomar una u otra salida en la M30, la M40, la M50 o cualquier otra «M»; Tere Andreu comenzaba a pensar que se las inventaba para presumir delante de ellos.

Aparcó frente a una pequeña casita que se hallaba al final de un sendero. El coche de la inspectora ya estaba allí junto a otro

vehículo de la Policía Nacional. En cuanto echó el freno de mano, dos coches más aparecieron junto al suyo y aparcaron, lo que provocó en Cantero un gran malestar, puesto que se trataba de dos todoterreno de la Guardia Civil.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. ¿Por qué había tanta gente? ¿Por qué la Guardia Civil, la Policía Nacional y la Brigada Judicial? ¿Realmente eran necesarios para inspeccionar una pequeña casita de una sola habitación que ni siquiera disponía de un terreno muy extenso? La sensación que se instauró en su pecho le oprimía. Tanto que estuvo a punto de quitar el freno de mano y volver a Gijón, como si nunca hubiera sido policía y no tuviera que estar allí.

Respiró hondo y bajó del coche sin dejar de mirar a la puerta. Un guardia civil se acercó a él y le dio el alto; aquello iba de mal en peor.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Cantero.

—Disculpe, **no puede pasar** —respondió el agente.

El inspector echó la mano al bolsillo interior de la chaqueta para enseñarles la placa, gesto que el guardia interpretó como una amenaza, y le pidió a voces que dejara la mano donde estaba.

—Soy policía —se identificó él—, voy a sacar la placa. Si lo prefiere, cójala usted.

El agente se acercó a Cantero mientras su compañero no le quitaba la vista de encima, con la mano sobre el arma que llevaba en el cinturón. Solo cuando el primero le levantó el pulgar en señal de aprobación, tras comprobar la identidad del inspector, se permitió relajarse.

—Disculpe, nos han avisado de que esto era el escenario de un crimen, y al llegar usted de paisano…

—¿Cómo que un crimen?

—¿No viene usted por eso? —le preguntaron extrañados.

—En principio, no. Venimos a inspeccionar esta vivienda porque forma parte de la investigación que llevamos desde la

comisaría de Oviedo; mis compañeros están dentro. ¿Ha dicho que es el escenario de un crimen? —De repente se sentía mareado.

—Sí, nos han avisado porque parece ser que dentro hay el cadáver de un hombre…

—¡No! ¡No puede ser! ¡NO! —gritó mientras corría hacia la casa.

Alertada por los gritos, la inspectora Andreu salió a su encuentro y le cortó el paso; casi tuvo que echarse encima de él para lograrlo. Aguilar salió tras ella y se colocó detrás del inspector para pararlo. Él daba empujones y gritaba sin control, el resto lo miraban sin entender.

—¡Déjame pasar, Tere! —exigió Cantero.

—No creo que sea buena idea —aseguró Andreu.

—Me importa una mierda lo que creas. Déjame pasar.

—Jorge, por favor, tienes que calmarte, es mejor que no entres, nos encargaremos nosotros.

—¡Que me dejes pasar, joder! ¡Es mi compañero! ¿No lo entiendes?

Los agentes que se encontraban en el escenario comprendieron de golpe lo que estaba ocurriendo. Se instauró un silencio sepulcral sin que nadie lo pidiera, en el que lo único que se podía escuchar era el forcejeo del inspector con su equipo para entrar a ver lo que le había ocurrido al subinspector Suárez.

—Creo que es mejor que entre, Tere —le pidió Aguilar—. Cuando murió mi compañera, no me dejaron ni acercarme y es algo que me atormentará toda mi vida. Necesita verlo, despedirse y perdonarse.

—No lo voy a hacer, Raúl; tú no conoces a Jorge como le conozco yo —protestó la inspectora—. Y, desde ahora, creo que debo llevar yo la investigación.

—¡Y una mierda! —exclamó Cantero a la vez que empujaba a los dos inspectores y se colaba en la casa.

No estaba preparado para ver lo que se grabó a fuego en sus

retinas en cuanto accedió a la habitación. Su compañero se encontraba metido en un armario demasiado estrecho para que cupiera de manera «natural». Alguien le había roto las piernas para que rodearan el cuerpo. La cara aparecía llena de golpes y sangre seca, y un ojo colgaba de su cara como si no quisiera perderse nada una vez que sus párpados se cerraran para siempre.

Decenas de bichos de toda índole pululaban a sus anchas alrededor del cadáver. Algunos volaban libres por la habitación provocando un molesto zumbido. Otros corrían a esconderse en las rendijas del armario, en las grietas que la madera había dejado a lo largo de los años. Los más osados permanecían impasibles dándose el festín de su corta vida en el cuerpo del joven policía. El rizo de la frente, el que le profería aquel aire de Superman, resaltaba en medio de la cabeza como si fuera de atrezo. El hedor era insoportable.

Sin preguntar a nadie, Cantero sacó su teléfono móvil y llamó a Pilar Sanjurjo; no dejaría que nadie más tocara el cadáver de su compañero. Ni una lágrima salió de sus ojos mientras daba la noticia a su familia, ni una lágrima surcó sus mejillas mientras el forense de guardia hacía una primera valoración del cadáver, ni tampoco cuando se lo llevaron al Anatómico Forense cuatro horas después. Solo cuando se vio solo en su coche, a varios kilómetros de aquella maldita casa, el inspector Cantero permitió que las lágrimas salieran a borbotones de sus ojos, como si las hubiera llevado retenidas toda su vida.

63

Siete en total

Incapaz de dormir, Cantero se levantó y salió a la calle. Se había colocado unos pantalones deportivos y unas zapatillas para correr. No es que fuera muy deportista, ni siquiera recordaba dónde había guardado la ropa de deporte. Pensaba que, si se cansaba lo suficiente o se ponía al límite, podría evitar ver la imagen de Diego Suárez muerto cada vez que cerraba los ojos.

Tras un intenso intento de cuatro minutos, se dio cuenta de que aquella no era la solución, al menos inmediata. También se prometió a sí mismo que esa semana comenzaría a hacer deporte, porque tenía menos resistencia que una pompa de jabón. Se felicitó por haber cogido la cartera antes de salir y se encaminó a casa buscando en cada calle un bar abierto, hasta que dio con uno que le pareció, además, lo suficientemente cutre para no volver a pisarlo cuando no se sintiera en el infierno, como aquella noche.

Pidió un whisky solo y apuró el vaso en cuanto el camarero lo dejó en la barra. El hombre lo miró con una mezcla de pena y desconcierto. ¿Había salido a hacer deporte y se lo había pensado mejor y se había metido un whisky a palo seco entre pecho y espalda? Cruzó los dedos para que no fuera un plasta, porque aquello solo podía significar que el tipo que tenía delante estaba deprimido o preocupado por algo, y él ya iba servido por ese día de borrachos que le contaban sus penas. Para su preocupación, el policía pidió otro. Saboreó un primer sorbo, el primer whisky le había quemado lo suficiente para darle un respiro a su cerebro al enviar las neuronas a la zona dañada;

propósito alcanzado. Dejó el dinero en la barra y el vaso casi lleno, y se marchó dándole las buenas noches al chico que se acercó a cobrar, si cabe, más desconcertado aún.

—Se deja la copa —le soltó más por decir algo que otra cosa; estaba seguro de que el deportista arrepentido se habría dado cuenta.

—Es que no me gusta.

—¿Prefiere otra marca?

—No, no, el whisky no me gusta. Nunca me ha gustado, en realidad.

—Y entonces ¿por qué lo pide? —preguntó cada vez más perplejo.

—Porque era justo lo que necesitaba —respondió Cantero antes de salir al frío y la humedad de la noche.

El camarero vació el vaso por el desagüe, cobró las dos bebidas y se guardó el cambio en el bolsillo. Si el hombre no había esperado para quedarse las vueltas, no regresaría a buscarlas. Pensó en que el mundo estaba cada vez más loco y suspiró cuando se abrió la puerta de nuevo. Esa vez era uno de sus borrachos habituales, de los que sí le contarían sus penas.

Cantero llegó a casa cerca de las dos de la madrugada, decidió pasar por el parque de Isabel la Católica para pensar en el caso, ya que estaba despejado. Se acercó a la zona donde había encontrado el pendiente de Paula. Para su desgracia, el molesto pato volvió a graznar. Sonrió pese a todo; parecía que nadie le había hecho caso cuando pidió que alguien lo matara, y el animal seguía haciendo lo que mejor se le daba. Cuando estuvo lo suficientemente helado, volvió a casa, donde disfrutó de una reparadora ducha y se metió en la cama. La imagen de su compañero en el armario lo obligó a tumbarse en el sofá, allí no había armario que contemplar. Durmió mal un par de horas y decidió que ya había sufrido suficiente por esa noche.

Cuando sus compañeros llegaron al despacho, él ya llevaba un buen rato intentando descifrar los textos que el padre de Inés le había facilitado el día anterior, aunque parecía que había pasado una eternidad. La joven, al parecer, había escrito un texto por cada víctima. Ahora tenían que verificar a qué víctima pertenecía cada uno de ellos, por supuesto. ¿Lucas Zambrano formaba parte de la lista? Porque, aunque fuera de manera colateral, él también era una víctima.

—¿Desde cuándo estás aquí? —le saludó Aguilar.

—No hace mucho —mintió Cantero—. Buenos días a ti también.

—Tienes un aspecto horrible —añadió Andreu, que se sorprendía al verle por primera vez sin afeitar.

El inspector no dijo nada. Su ritual antes de ir a trabajar siempre era el mismo: ducharse, afeitarse, desayunar y vestirse. Además, solía llevar traje, en el armario guardaba unos cuantos, y alguno más le esperaba en la tintorería. Aquel día ni siquiera recordaba haberse peinado, y los cuatro cafés de la máquina lo mantenían en un estado de nervios que no cuadraba en absoluto con su forma de ser.

Enseguida su compañera tomó de su mesa los textos escritos por Inés y se entretuvo en leerlos unos minutos. Antes de que se dieran cuenta, había pegado en el panel el primero de ellos junto a la foto de Eva Gómez, y el segundo, junto a la de Paula Sobrino.

—Ya sé que tanto Aguilar como tú teníais sospechas de esta chica. A mí, si he de ser sincera, me ha pillado de improviso si es que estamos en lo cierto.

Entonces ¿tú también crees que los textos tienen relación con los cuerpos? —preguntó, interesado, Cantero.

—Creo que es bastante evidente, Jorge. Este habla de la piel perfecta de una chica, y Eva Gómez aparece torturada, de tal manera que no podrá volver a lucir la piel bonita en su vida. Este otro habla de alguien que parece un ángel y que está vacío

por dentro. ¿De verdad te lo cuestionas?

—Si Inés incitó a su hermano a hacer todo esto, el ángel vacío más bien podría ser ella —intervino Aguilar.

—¡Qué poético, madrileño! —añadió Andreu sonriendo.

—En realidad, no, no me lo cuestiono, Tere. Solo necesitaba que alguien más lo viera por mí. Hay unos cuantos.

—¿Cuántos?

—**Siete en total** —respondió el inspector, rebuscando entre los papeles.

—Si contamos al novio de la chica —dijo Aguilar—, al hermano de Inés y al subinspector Suárez, tenemos tres más.

—¿Lucas también? —preguntó Cantero, eso no lo tenía claro desde el principio.

—Creo que deberíamos contarlo como uno de ellos por ser prácticos y porque así nos quedaría una víctima menos por descubrir, Jorge, no porque esté seguro de nada, la verdad.

—Bien, pues nuestro siguiente paso es decidir a quién le corresponde cada uno de ellos. ¿Alguna idea?

Aguilar y Andreu se miraron un segundo, parecían tan perdidos como él mismo. Enseguida tomaron los escritos y se sentaron a buscar coincidencias con las víctimas. Mientras tanto, Cantero desterraba de nuevo la imagen de su compañero, al que echaba de menos más de lo que quería admitir, y pensaba en esas víctimas de las que nadie sabía nada, porque, como su abuela siempre decía: «Cuando las barbas de tu vecino veas pelar, pon las tuyas a remojar».

64

El sexto mensaje

El tiempo pasaba muy despacio para Cantero. Era consciente de que no dormir provocaba que el reloj pareciera no ser capaz de dar las horas.

—Este que habla de un héroe, igual podría ser por Suárez —apuntó Aguilar.

—O Lucas, quizá la chica viera a su hermano como un héroe —repuso Andreu—. Le estaba haciendo el trabajo sucio.

—No sé, creo que pega más con el subinspector.

—¿Por qué?, ¿porque era policía? No somos héroes para todo el mundo, Aguilar.

—Más bien para casi nadie, a no ser que nos necesiten —añadió él, un tanto molesto.

—A ver, que no estamos en un debate sobre la valía de la policía, vamos a centrarnos un poco —les pidió Cantero—. Da igual que uno pertenezca a Lucas Zambrano y el otro a Suárez; lo que necesitamos saber es a quién pertenecen los otros dos.

—Vale, entonces estamos de acuerdo en que el texto sobre la piel corresponde a Eva; el del ángel, a Paula; el del héroe, a Suárez, y el que dice que es brillante, a su hermano Lucas. Ahora tenemos estos tres: el del caballero de fuego me pega que sea el novio de Eva, era pelirrojo y se la llevó de una vida que no quería. Y este último, el de la hechicera, no me cuadra para las dos chicas y, que sepamos, no hay ninguna otra víctima —expuso la inspectora, los otros estuvieron de acuerdo.

—Menos mal —añadió Aguilar—, yo venía a ayudaros con un caso de tortura y no paran de salir cadáveres.

Cantero se dio la vuelta para que sus compañeros no vieran su turbación. Entendía que las cosas fueran así, pero uno de esos cadáveres correspondía a Diego y eso era algo que no podía obviar.

—Aquí hay otro que parece estar sin terminar, me lo dijo el doctor Zambrano.

—«Tiene un gran corazón…» —leyó Andreu—. Joder, es que esto es horrible. Salen víctimas a cada paso.

—Puede que sea para Alicia Prieto —dijo de pronto Cantero, algo alterado; solo faltaba que le hicieran daño también a la joven doctora. Decidió hablar con el comisario para que le pusieran protección.

—Por los tachones y la letra descuidada, parece que aún le quedaba un poco para definirse —repuso la inspectora—. Bien, Alicia puede estar en peligro, pero no sabemos a quién pertenece el otro —añadió con preocupación.

—No tenemos ni idea de quién puede ser. ¿Y si hablamos con Inés?

—La chica ya ha dicho que todo esto lo escribió en la consulta de la psicóloga y que Lucas lo utilizó para inculparla.

—Muy conveniente —comentó Aguilar.

—Espera, ahora que lo dices, es importante que escribiera esos textos durante su terapia —aseguró Cantero.

—¿Por qué? ¿En qué estás pensando?

—Intentaré localizar a esa doctora, quizá para ella tenga algún sentido todo esto. ¿Cómo se llama?

—A ver…, Elvira Rozas. Enseguida te consigo el teléfono —afirmó la inspectora Andreu mientras comprobaba una base de datos en el ordenador.

Cantero admiró la capacidad de su compañera con la informática; en menos de un minuto tenía el teléfono de esa mujer delante de ella. Si hubiera tenido que hacerlo él, todavía estaría intentando recordar la clave del ordenador.

—Buenos días, ¿la doctora Rozas? Soy el inspector Cantero, de

la Brigada Judicial.

—Buenos días, ¿ha ocurrido algo? —preguntó la terapeuta.

—Sí, verá, no sé muy bien por dónde empezar. Llevo una investigación un tanto complicada con varios casos abiertos que están relacionados. El caso es que una de sus pacientes, Inés Zambrano, está implicada de alguna u otra forma.

—Ya no es mi paciente, inspector.

—Lo sé, nos lo dijo su padre. También nos entregó unos textos que, por lo visto, escribió Inés en su consulta.

—No puedo decirles nada de una paciente, yo…

—Lo sabemos, no se preocupe. Al entregarnos todo esto su padre, creo que no nos hace falta implicarla a usted. Solo que hay un texto que no tenemos muy claro por qué lo escribió ni lo que significa.

—Si quiere, le doy mi email y me lo envía, le echaré un ojo.

—Igual tiene copias en la consulta. ¿Quiere que le diga a qué texto me refiero?

—No estoy en la consulta, inspector.

—Ah, vaya, menos mal que la he llamado entonces, porque la alternativa era ir a verla.

—Eh…, no habría podido, estoy en el hospital.

—¿Cómo dice? ¿Qué le ha pasado?

—Un accidente de tráfico. Ayer por la tarde cogí el coche para ir al supermercado y otro vehículo me sacó de la carretera.

—¿Está usted bien?

—Sí; por lo que me dijeron, he tenido mucha suerte. Me rompí el hombro, me operan el lunes, por eso sigo ingresada.

—¿Y el conductor del otro coche?

—No vi a nadie. Estaba tan asustada que no me fijé en el otro conductor. Por lo que me dijo la policía, se dio a la fuga.

—¿Está usted segura?

—Bueno, eso fue lo que me contaron los agentes que me tomaron declaración ayer.

—Muchísimas gracias, voy a hablar con los compañeros a ver

si saben algo más del accidente. La dejo que descanse. Si me entero de algo más, se lo diré enseguida.

—Gracias a usted, inspector. Y espero el texto, no se olvide de enviármelo.

—Por supuesto.

Tras colgar el teléfono, hizo una foto al folio que tenía delante y se lo envió a la doctora; después se puso la chaqueta y pidió a sus compañeros que hicieran lo mismo.

—Nos vamos a Gijón, ya sé para quién era **el sexto mensaje**.

—¿Ah, sí? ¿Te lo ha dicho la doctora? —preguntó Andreu.

—Era para la doctora.

—¿Estás de broma?

—Para nada. Ayer alguien la sacó de la carretera y se dio a la fuga. Vamos a la comisaría a ver quién puso la denuncia, y que nos cuente. Quizá, si encontramos al conductor del otro coche, terminemos de resolver este maldito puzle y podamos incriminar a la chica como merece.

—Yo conduzco —se ofreció Aguilar.

—Tú no, que eres madrileño —protestó la inspectora.

—Y tú vegana —bromeó él.

—¿Qué tendrá qué ver? Ni que fuera a conducir con una zanahoria, no te jode…

Cantero se metió directamente en su coche y en el asiento del conductor, terminando con la pelea sin decir una sola palabra. No sabía cuándo habían comenzado a tener tan buen rollo esos dos inspectores, pero le emocionaba poder sonreír por algo en aquellos días oscuros, aunque las únicas sonrisas vinieran de una vegana y un madrileño que no eran ni lo uno ni lo otro.

65

¿Aquí todos sois familia?

En la comisaría los esperaban con la carpeta de la denuncia en la mano. Nadie sabía cómo dirigirse al inspector, la noticia de la muerte del subinspector Suárez había corrido como la pólvora y Cantero pudo ver caras de pena, de ira y de angustia en cada uno de los agentes con los que se cruzaba.

Enfiló el pasillo hacia su despacho lo más deprisa que pudo para no encontrarse con más gente de la necesaria; llevaba un día entero esquivando llamadas y mensajes de condolencia que no quería contestar. Ya en su mesa, abrió la carpeta de la denuncia y comprobó que, tal como le había comunicado la psicóloga, el conductor del otro vehículo se había esfumado tras la colisión.

—¿Algo interesante? —preguntó Tere Andreu, que se había quedado en la puerta hablando con un antiguo compañero.

—Según esto, el dueño del coche se llama Juan Ruiz y tiene cincuenta años.

—Vamos a hablar con él.

—Denunció la desaparición de su vehículo dos días antes.

—Mierda… Entonces ¿es un coche robado? —preguntó Aguilar, enfadado.

—Eso parece —respondió Cantero—. Sacaron huellas y, por lo visto, había dentro un teléfono móvil; quizá con las prisas el ladrón se lo dejó allí.

—Menuda porquería de ladrón —se sorprendió la inspectora.

—Quizá también fuera porque iba colocado —añadió Cantero.

—¿Cómo lo sabes? —repuso Andreu—. ¿Ahora también eres

adivino?

—No estaría mal —bromeó el inspector—; había restos de porros en el asiento del piloto y del copiloto.

—¿Y el teléfono?

—Lo tienen en el laboratorio.

—No fastidies —comentó la inspectora, molesta.

—¿Qué pasa con el laboratorio? —quiso saber Aguilar.

—Que está en Oviedo, y venimos de allí —respondió Cantero tras poner los ojos en blanco.

—¡Ja, ja, ja! Parece una broma. Entonces ¿nos volvemos?

—Bueno, tendríamos que hacerlo, pero igual podíamos ir al hospital, ya que estamos en Gijón, y hablamos con la psicóloga y con Eva Gómez.

—¿Con Eva para qué? —preguntó la inspectora Andreu mientras sacaba el teléfono.

—Para decirle que su novio no se marchó, que al parecer lleva muerto desde el día en que ella encontró la nota, más o menos —respondió Cantero—. Me lo ha dicho esta mañana Pilar Sanjurjo.

—Pobre chica —añadió Aguilar; casi echaba de menos los casos de bandas de Madrid en las que había malos y muy malos, no como en este caso, que todos parecían ser víctimas de todos—. ¿A quién llamas, Tere?

—A los del laboratorio —respondió mientras tapaba el auricular—. Sí, hola, buenos días, soy la inspectora Andreu, ¿con quién hablo?

—…

—¡Hola, Ruth! Perdona que te moleste, tenemos un caso entre manos que nos lleva de Oviedo a Gijón cada dos por tres. Acabamos de llegar a Gijón y nos hemos enterado de que la prueba que necesitamos os la han llevado al laboratorio… Sí, no te preocupes, que iremos por allí; era solo para que lo vayáis mirando si podéis, porque lo necesitamos para comprobar una identidad. Se trata de un teléfono móvil que apareció ayer en un

accidente con fuga… Ah, perfecto. Si podéis acceder a él, genial. Esta tarde pasaremos por allí a ver lo que contiene… Gracias a ti, nos vemos —se despidió antes de colgar.

—¿Lo van a mirar ahora? —preguntó Cantero, esperanzado.

—Sí, Ruth es mi cuñada —le guiñó un ojo.

—**¿Aquí todos sois familia?** —se mofó Aguilar.

—Y veganos —bromeó la inspectora.

—Ni de coña —protestó Cantero; Andreu lo miró con aprobación, ya que era la primera vez que le veía sonreír desde el día anterior—. Qué cansado me siento; para llevar tantas horas trabajando, qué poco me ha cundido el día.

—Ya sabes, colega… No por mucho madrugar, amanece más temprano —repuso Aguilar.

—Qué rápido aprenden estos de la capital —ironizó el inspector antes de salir del despacho.

De camino al hospital, pensó que, cuando era joven, estuvo a punto de estudiar Medicina, por su abuelo, sobre todo, un prestigioso cirujano que siempre quiso que alguno de sus nietos siguiera sus pasos. A él no le disgustaba la carrera, el problema era que nunca le gustó la sangre, ni le llamaron la atención las enfermedades, ni estar en contacto con demasiada gente. Así que al final se decidió por ingresar en la policía y estudiar para inspector. Le parecía irónico que durante esas semanas hubiera pisado más veces el hospital que cualquiera de las comisarías en las que había estado destinado. Suspiró y se dedicó a esquivar el tráfico con la música a todo volumen resonando en sus oídos. Y, al menos durante el tiempo que duró la canción, sintió que no había nada en el mundo por lo que preocuparse.

66

Orden de registro

Mientras se encaminaban al hospital, recibieron el aviso de que la orden de registro solicitada para el domicilio de los Zambrano les había sido concedida. Por supuesto, le dieron absoluta prioridad: si Inés escondía algo, era la mejor oportunidad que tendrían de dar con ello.

Cambiaron de dirección y se encaminaron a casa del cardiólogo. Al subir al domicilio, la madre de Inés les abrió la puerta, perpleja. Lucía unas enormes ojeras, el pelo lo llevaba recogido de cualquier manera y sus ojos permanecían semicerrados, sin duda por el llanto. No podían obviar que acababa de perder a su hijo mayor.

—Buenos días, señora, disculpe la molestia, sé que no es un buen momento para ustedes y, créame, no vendríamos si no fuera absolutamente imprescindible —comentó Cantero.

—¿Qué… qué es esto?

—Tenemos una **orden de registro** para su domicilio.

—Debe de ser una broma —se enfadó María mientras tomaba el teléfono móvil donde aparecía la orden firmada por el juez.

—Se lo aseguro, me encantaría que lo fuera —repuso el inspector, muy afectado; casi sentía náuseas de verse obligado a hacer el registro en ese momento.

—Pero… Lucas no vivía con nosotros, se había alquilado un apartamento…

—Lo sabemos, ya hemos estado allí —mintió Cantero. Cuando acabaran en el domicilio de los Zambrano, ya tendrían tiempo

de visitar el piso del residente fallecido—. La orden de registro es para buscar sobre todo en los ordenadores y los móviles, aunque es extensible a toda la casa. Sabemos que alguien le intervino el ordenador a su marido y manipulaba sus emails. Y, según nos dijo, a Inés le ocurría lo mismo.

—Ya… ¿Y cuándo han hablado con mi marido de esto? —preguntó María, más enfadada aún.

—Ayer… —comenzó a decir el doctor Zambrano, que apareció por el pasillo; enseguida el inspector Cantero le cortó.

—Llamamos a su marido para que nos ayudara con el ordenador de Lucas, pero nos dijo que no tenía la clave, entonces fue cuando nos explicó que tanto a él como a Inés les desaparecían correos electrónicos sin que ellos hicieran nada, por eso pedimos la orden.

—¿Y al resto de la casa por qué?

—Bueno, pensamos que igual su hijo escondió aquí algo que nos pueda dar alguna pista. Lo sabremos enseguida.

—¿Puedo negarme a que registren mi casa? —preguntó la mujer, muy angustiada, al pensar que encontrarían las fotos que inculparían a su hijo Lucas de pederastia.

—Me temo que no, señora. Lo que sí puede hacer es llamar a su abogado y que esté presente, si le parece oportuno.

La mujer miró a su marido para suplicarle ayuda. Supo entonces que él estaba de acuerdo con el proceder de la policía. Ambos sabían que Inés estaba haciendo cosas que no debía, lo que no podía comprender era que el hombre con el que se había casado no fuera consciente de que su hija no estaba bien desde aquel maldito día en que la violaron. Y si su esposo pretendía que ella pusiera a la chica en bandeja a la policía, significaba que los treinta y cinco años que llevaban juntos no le habían servido para conocerla en absoluto.

María se hizo a un lado y se fue a la cocina para preparar una jarra de café. Quizá alguno de aquellos policías quisiera una taza. Después tiró el contenido de la cafetera por el fregadero.

¿Cómo podía mostrarse servicial con aquellos agentes que se habían empeñado en destrozar a su familia?

Inés permanecía encerrada en su cuarto y no tenía ninguna intención de salir. Por más que intentaron llamar su atención, por más que aporrearon la puerta, tuvieron que acabar avisando a uno de los agentes para que forzara el cerrojo que ella había corrido desde dentro. La encontraron tumbada en la cama y con los auriculares puestos.

—¿Qué… qué hacen aquí? ¿Quiénes son?

—Policía —respondió Cantero—. Lo sentimos, pero tenemos una orden para llevarnos este ordenador para analizarlo.

—¿Mi ordenador? ¡¿De qué van?! No se van a llevar nada de nada.

—Me temo que sí —insistió el inspector—. Hay una orden de registro y necesitamos llevarlo al laboratorio.

—¡Que es mi ordenador! ¡Joder! ¡Mamá! ¡Papá! ¿No podéis hacer algo?

—No te preocupes, cariño, te lo devolverán enseguida —intentó tranquilizarla su madre tras contemplar con dureza a su marido.

—¿Hay algo que no quieras que veamos? —quiso saber Aguilar.

—¿A qué coño se refiere? —protestó ella; su madre la riñó por hablar mal.

—No sé…, a algo que preferirías tener a salvo de la policía.

—Estoy harta, yo no he hecho nada y se empeñan en cargarme a mí los muertos de mi hermano.

—Inés, no te pases —le pidió su padre.

—¿Que no me pase? ¡¿Que no me pase?! ¡Papá! ¡Que me violaron, joder! ¡Y aquí nadie parece darse cuenta de que me destrozaron la vida! —estalló. Luego, dirigiéndose a Cantero—: Llévese lo que le dé la gana, inspector. ¿Quiere también mi móvil? Tome. Ah, igual también quiere mi diario, lo escribía cuando tenía once años. Tome, es suyo. Y en este cajón guardo

las bragas, ¿se las quiere llevar también?

—Hija, por favor… —insistió el doctor, avergonzado.

—Y llamen a la prensa, de paso. Díganles que la hija del doctor Zambrano, esa a la que violaron en febrero de este año y que no sale a la calle desde entonces, es una asesina que sin necesidad de moverse de casa está aterrorizando a media ciudad. Y no se olviden de poner una foto en la que esté en bikini, por favor. ¡Joder! Qué asco de policía…

—Cojan lo que necesiten y váyanse de mi casa —les pidió la madre de Inés antes de ir tras ella y abrazarla como cuando era pequeña. Por una vez, la chica se lo permitió.

Silvia contemplaba la escena impasible. Desde el ataque a su hermana había visto cómo su protagonismo de hija pequeña había sido relegado a un rincón, y casi prefería que siguiera así por el momento. No era una buena idea pertenecer a los Zambrano en aquellos tiempos.

Cantero sintió una angustia que venía de los acontecimientos anteriores. A la cabeza le llegaron imágenes de su compañero en ese mismo salón hablando con la joven y mirando de reojo a Lucas cuando pensaba que él no lo sabía. Le llegaron imágenes de las amigas de Inés, castigadas a saber por qué, y el horror de la figura de Suárez con las piernas partidas en aquel armario minúsculo de la casita en la que había perdido la vida. Sintió como si su propia vida le abandonara un segundo, y ese fue el único segundo en el que realmente sintió algo de paz.

67

Hizo los deberes

En los equipos requisados del domicilio de los Zambrano nada llamó la atención de los informáticos. Tampoco en los teléfonos móviles. Sí pudieron determinar que en el portátil de la chica se habían borrado innumerables archivos, e incluso un par de cuentas de *email* que hasta hacía muy poco permanecían operativas.

—Lo siento, inspector —dijo uno de los técnicos—, quien haya borrado todo esto sabía lo que hacía. No todo el mundo controla de ordenadores lo suficiente para borrar el rastro.

—¿Sabía que íbamos a su casa para hacer un registro? —preguntó Cantero, enfadado; él, desde luego, no los había avisado.

—No creo —añadió Aguilar—. El único que habló con el padre fuiste tú y no le dijiste nada, ¿no?

—¿Por qué iba a hacerlo? Es cierto que el hombre ha colaborado con nosotros, pero decidí no decirle nada para que le pillara tan de sorpresa como al resto de su familia. No sabemos si nos oculta algo; al fin y al cabo, son sus hijos.

—Quizá su hija supo que su padre había venido a vernos —aventuró la inspectora Andreu.

—¿Cómo? —se extrañó Cantero.

—Bueno…, ella tenía acceso a los ordenadores, eso lo sabemos ahora, aunque haya intentado echar la culpa a su hermano de todo. Igual también tenía intervenido el móvil de su padre.

—Sí, quizá el doctor mandó un mensaje a alguien y le contó

que había estado en comisaría, y ella, al ver que la policía investigaba, decidió destruir las pruebas —coincidió Cantero.

—Rebuscado, pero podría ser —concluyó Aguilar, que confiaba en la chica todavía menos que su compañero, si es que eso era posible.

—Estoy pensando que, si la chica tuvo tiempo de destruir pruebas en el ordenador y en el móvil, también lo tuvo para esconder algo —comentó el inspector.

—¿Qué piensas que esconde?

—No tengo ni idea; solo creo que, si ella ha orquestado todo esto, debe de llevar mucho tiempo planeándolo, y eso implica más pruebas que un par de cuentas de email borradas de un ordenador.

—El problema es que no podemos volver a registrar el domicilio, no nos darán una segunda orden —se lamentó Andreu.

—¿Y los coches? ¿No puede haber escondido algo en los coches de la familia? Sus padres tienen el suyo propio.

—Y Lucas también tenía su vehículo —comprobó el inspector Aguilar.

—No lo tengo claro, Jorge; esa chica apenas salía de casa.

—Salía todos los martes para ir a la psicóloga —les recordó él.

—Ya no iba, ¿no te dijo su padre que la doctora le había dicho que buscara otro tipo de ayuda?

—Sé que la doctora ya no la trataba, la cuestión es si su madre lo sabía también.

—¿Qué quieres decir?

—La madre la llevaba los martes a la consulta y la esperaba en una cafetería cercana. Una hora después, la recogía en el portal. Inés podía estar una hora fuera de las faldas de su madre sin que ella lo supiera.

—¿No es agorafóbica? —se extrañó la inspectora.

—Sí, pero visto lo que ha sido capaz de colarnos tanto a su familia como a nosotros, no podemos descartar que esté mejor y

lo haya ocultado.

—Las piezas cada vez van cuadrando mejor, pero todo es más difícil de probar. Necesitamos hechos —protestó Aguilar. Cantero no podía estar más de acuerdo.

—Vamos al laboratorio, a ver si hay suerte y podemos sacar algo en claro del móvil que encontraron en el coche del que chocó contra la doctora Rozas.

—¿Qué esperas encontrar? —preguntó Andreu.

—En realidad, no lo sé; a estas alturas acepto cualquier cosa —confesó él, cada vez más inquieto. No estaban más cerca de demostrar nada que al principio.

Ya en el laboratorio, Ruth, cuñada de Tere Andreu, los esperaba muy entusiasmada; quizá sí que había dado con algo. Tras las presentaciones oportunas, les enseñó el móvil y varias conversaciones de wasap que trasladó al ordenador para poder leer en alto.

—Parece que el dueño del móvil ha estado hablando mucho con una tal Fany, cosas de estos tiempos. Las citas por internet están a la orden del día.

—¿Sabemos quién es la chica?, ¿o el chico?, ¿sabemos algo? —preguntó Cantero.

—He sacado mucha más información del teléfono, enseguida se lo enseño —contestó Ruth—. El dueño del móvil se llama Xosé Balaguer y tiene veinte años. Y está en varias páginas de contactos; habla con muchas chicas e incluso les da nombres distintos.

—Y te ha llamado la atención esta conversación.

—Sí, parece que aquí habla con una que le tiene un poco más pillado y le cuenta cosas; él incluso habla con algún amigo sobre esta chica, que le gusta más que el resto. A uno le cuenta que se está pensando en confesarle que no se llama Mario, como le dijo al principio. Y en esta conversación le explica cosas muy

precisas: habla de una psicóloga a la que acude, le dice dónde encontrarla, ubicación de la consulta, marca y modelo de su coche, horario de trabajo…

—Vaya, **hizo los deberes** —soltó Aguilar.

—Es Inés Zambrano, tiene que ser ella —repuso la inspectora Andreu.

—¡Necesitamos pruebas!… —exclamó Cantero—. Con esto solo podemos demostrar que alguien que conoce a la psicóloga le ha mandado a este chico que la elimine, no viene nada que incrimine a la chica, salvo las sospechas que tenemos sobre ella.

—Tranquilo, Jorge, daremos con algo. Cada vez contamos con más información, como las piezas de un puzle. Vale que el puzle parece tener cinco mil piezas, pero al final todos se acaban completando. Cometerá cada vez más errores y la pillaremos.

Cantero apretó las mandíbulas. La chica no podía salirse con la suya. Había acabado con la vida y la ilusión de mucha gente sin mancharse las manos ni una sola vez. Y se lo debía a las víctimas, se lo debía a su compañero, se lo debía a sí mismo…

68

¡Necesito enterrar a mi hijo!

La casa se veía hecha un desastre tras el paso por ella de la policía. María ordenaba el salón mientras Inés guardaba sus cosas en el armario. Habían abierto cada cajón, cada puerta, habían buscado bajo el colchón, tras los libros, habían movido cojines y cortinas… Se llevaron los ordenadores y el teléfono del padre y de Inés; el de Silvia y el de la madre no fueron necesarios. Los revisaron en la casa y no encontraron nada que pareciera relevante.

Zambrano colocaba sus cosas en el despacho cuando la cabeza de Inés asomó por el quicio de la puerta. El hombre pudo ver la cara de sorpresa de la chica, quizá no esperaba que estuviera en casa, así que se fue sin decir nada, lo que al médico le resultó algo sospechoso. Si la chica quería entrar en su despacho sin testigos, es que había ocultado algo en él que no había encontrado la policía, de modo que cerró la puerta y se dispuso a buscar. Miró por todos los rincones que se le ocurrieron; quizá, si la policía no había dado con ello, él tampoco podría. Al retirar las carpetas que guardaba en una de las estanterías, una de ellas le resultó extraña, al menos en apariencia. Se la veía abultada, como si contuviera más información que el resto, y eso no tenía mucho sentido para él, que revisaba sus papeles con regularidad y sabía lo que había en cada lugar. Convencido de que dentro encontraría las fotos de las niñas que añadirían el cargo de pederastia a los que ya pesaban sobre su hijo, abrió la carpeta y encontró un cuaderno que reconoció como el de su hija. Dentro pudo ver que la pulcra letra de Inés se sucedía en decenas de

párrafos que narraban pensamientos horribles que no deberían estar allí. Sin duda era su letra, aparecía el inconfundible corazoncito en la «i» que tan infantil le parecía a él.

Cuanto más leía, más convencido estaba de que su hija necesitaba ayuda urgente. Es más, incluso había empezado a pensar que corría un peligro inminente cualquiera que fuera una amenaza para la chica; quizá él ya estaba sentenciado por haber ido a la policía. De repente sintió tanto miedo que le produjo vértigo.

—¡Por favor! —se regañó en voz baja—, ¿cómo se puede sentir miedo de tu propia hija?

Pero a medida que avanzaba en los textos, más claro lo tenía: su hija era una psicópata. Escondió el cuaderno en la caja fuerte del despacho y cambió la combinación, cuidándose mucho de no anotarla en ningún sitio, y que fuera lo suficientemente significativa para recordarla. Estaba seguro de que la policía no podría volver con una nueva orden de registro, si no, encontrarían el cuaderno sin remedio, porque ya les había abierto la caja fuerte aquella tarde y sabían de su existencia. Salió del despacho y se dirigió al baño, donde dejó la puerta abierta para comprobar desde allí si su teoría era cierta e Inés correría a buscar su cuaderno.

¿Cómo había sabido la joven que la policía iría a su casa a hacer un registro? Si ni siquiera le habían avisado a él de cuándo lo harían. Sin duda, lo habría visto en su teléfono cuando le envió el mensaje a su mujer confesándole que había ido a la policía y que veían pruebas suficientes para investigar a su hija. Ahora que lo recordaba, él había borrado de inmediato aquel mensaje y cuando María le preguntó por el contenido, le dijo que era un mensaje para un colega suyo, que necesitaba que ese mismo día se hiciera cargo de un paciente, pero que se había equivocado al enviárselo. Igual ella también leía sus wasaps y le había dado tiempo a hacerlo antes de que lo borrara. ¿Por qué no?

No pasó más de un minuto cuando Inés se acercó con sigilo al despacho y entró. Salió pocos segundos después con cara de pocos amigos. Miró hacia el baño, donde su padre la vigilaba mientras simulaba afeitarse frente al espejo. Después la oyó entrar a la cocina y hablar con su madre. La puerta se cerró tras ellas y no pudo escuchar la conversación. El doctor se permitió una lágrima fugaz, fruto de su decepción. Solo cuando estuvo seguro de que la chica había vuelto a su cuarto, salió de su «escondite» y se fue en busca de su esposa. Aquella situación solo podía acabar de una manera, y no podía hacerlo solo.

—Cariño, tenemos que hablar.

—Otra vez no, por favor, José Miguel, no puedo más.

—Es muy importante, de verdad. Inés no está bien. No podemos seguir negando la realidad. Nuestra hija se está portando como una verdadera psicópata. Necesita ayuda.

—Ya tiene ayuda. La doctora Rozas…

—¿La doctora Rozas? Hace semanas que nos avisó de que no seguiría tratándola en su consulta —le recordó él.

—Sí, eso me dijiste, solo que ella no me ha informado de nada.

—¿No te ha llamado? —se extrañó Zambrano.

—Normalmente le dice lo que sea a la niña y ella me lo cuenta. No me suele llamar directamente.

—Ahí tienes otra prueba. ¿Cuántas más necesitas?

—¿Cómo que otra prueba? ¿Quieres decir que Inés sabe que no la va a tratar y no nos ha avisado?

—La doctora Rozas lleva tiempo enviándome emails que yo no he llegado a leer. Y ahora hemos descubierto que es la niña quien lo hace. A ti te cuenta lo que le interesa de la psicóloga, pero lo cierto es que nos avisó de que no puede hacer nada por ella y que necesita otro tipo de ayuda.

—A nuestra hija solo le hace falta tiempo para curar sus heridas, nada más.

—De verdad, María, no sé si lo que te ocurre es que no quieres

ver la realidad. No beneficiamos a Inés mirando hacia otro lado. Nuestra hija está enferma y está haciendo daño a mucha gente. Tenemos que actuar por ella y por Silvia, se lo debemos a las dos. Por Lucas ya no podemos hacer nada.

—Joder, me estás diciendo que nuestra hija es un monstruo.

—No, cariño; te estoy diciendo que necesita ayuda.

—¡¿Es que no entiendes que no puedo pensar en ello ahora mismo?! **¡Necesito enterrar a mi hijo!** No lo podremos hacer hasta dentro de unos días y tú me pides que metamos a Inés en un manicomio.

—No quiero encerrarla en ningún sitio, quiero ayudarla. Y si para eso hay que internarla, lo haré.

—Deja que pasen unos días, por favor. Cuando enterremos a Lucas, te prometo que nos ocuparemos de ello, ¿de acuerdo?

El doctor fue a su despacho y volvió al cabo de un minuto con el cuaderno de su hija en la mano.

—Antes necesito que leas estos textos.

La mujer lo tomó en sus manos y, con miedo, comenzó a leer. Por segundos, la piel de la nuca se le erizaba y los ojos se le agrandaban del horror que sentía al leer aquello.

> *… cuando la noche caiga sobre tu cuerpo desnudo para siempre, yo estaré allí llenando tus ojos vacíos de gusanos putrefactos…*

> *… el cuerpo inmaculado se manchará con tu inmundicia y se corromperá, porque no hay mayor maldad que la de un corazón que se cree puro…*

> *… sus ojos se secaron de tanto mirar al infierno de su cintura. El asco que se siente al juntar dos cuerpos desnudos deja una huella en el alma…*

—¿Qué… qué es esto? —preguntó con los ojos llenos de lágrimas.

Cientos de frases como esas se sucedían en relatos interminables que reflejaban, sin duda, la animadversión que sentía por el ser humano, la repulsa por la desnudez, el rechazo al sexo…

Estaba decidido a entregar a su hija a la policía. Por supuesto, hablaría antes con un colega psiquiatra para que la evaluara y la internara en el mejor centro; era la única manera de que siguiera con vida. Su mujer, pese a estar de acuerdo en lo que concernía a la salud de Inés y en que no podían dejar que siguiera haciendo daño a nadie, aún tenía ciertos reparos sobre la manera de actuar de su marido. Para ella, el que quisiera entregarla a la policía, siendo su hija, casi era un crimen mayor que cualquiera que la chica hubiera cometido.

Tras consolar a su mujer, el doctor Zambrano de nuevo puso a buen recaudo el cuaderno. Si quedaba alguna posibilidad para ellos, pasaba por sacar al monstruo que habitaba el cuerpo de su hija desde que un cerdo se lo había introducido a la fuerza durante una maldita noche de lluvia.

69

Qué extraño

Cantero y su equipo buscaban pistas debajo de las piedras, o de internet o del maldito pato del parque, cualquier cosa que les permitiera detener por fin aquella oleada de violencia que parecía haber comenzado con la violación de Inés en febrero de ese año.

—¿Inspector Cantero? —preguntó una voz conocida al otro lado del teléfono.

—Sí, soy yo, dígame.

—Soy Alicia Prieto.

—Ah, disculpe, Alicia, no la había reconocido.

—Le llamo desde el hospital, mi móvil apenas tiene batería.

—¿Ocurre algo? —preguntó compungido, no entraba en sus planes recibir más desgracias—. ¿Eva está bien?

—¿Eva? Sí, claro, no se preocupe. Se encuentra muy afectada por lo de su novio, me dijo que habían hablado con ella.

—Sí, pensaba acercarme hasta allí, pero me ha sido imposible. Me tuve que conformar con hablar con ella por teléfono.

—Se trata de la hermana de Lucas —le informó Alicia.

—¿Silvia? —preguntó él con un nudo en la garganta al pensar que su hermana había sido capaz de hacerle daño también a ella.

—No, no, se trata de Inés, la otra hermana.

—¿Qué le ha ocurrido? No se habrá autolesionado, ¿verdad? —pensó en voz alta, quizá la presión a la que se la estaba sometiendo había podido finalmente con ella.

—No es muy probable. Parece que la han apuñalado.

—¿Ha salido de casa? **Qué extraño**.

—No, ha sido dentro de casa. Por lo visto, el agresor ha entrado en un descuido. Su madre estaba cocinando y el padre había salido a hacer unos recados.

—¿Se sabe la identidad del que lo ha hecho?

—No, ha huido. La mujer de Zambrano ha podido verle la cara, eso sí. ¿No le han llamado?

—Aún no. Voy para el hospital, no estoy muy lejos. Alicia…, ¿está muy grave?

—Bueno…, podría haber sido peor. Le veo en el hospital entonces, inspector.

—¿Está de guardia otra vez?

—No, no, hoy salgo a las tres. Pase por Rayos X a buscarme y subo con usted a verla. Creo que la han trasladado a la UCI por precaución, no porque su estado lo precise, pero igual no le dejan entrar.

—Bien, nos vemos en diez minutos.

La joven residente se abrazó a sí misma. Se le escapaba saber lo que estaba ocurriendo. ¿Acaso alguien intentaba eliminar a todo el que hubiera tenido relación con el caso? ¿Estaría ella misma en peligro? Por una extraña razón, ese era un detalle que ni siquiera la preocupaba. La pérdida de Lucas se hacía, si cabía, más latente, y el hueco que había dejado en el hospital se sentía con cada paciente que él no valoraba, que él no cuidaba. Y ahora su hermana mediana, su debilidad, se encontraba en la Unidad de Cuidados Intensivos tras un apuñalamiento. Si podía hacer algo para proteger a la chica, lo haría, aunque le fuera la vida en ello. Se lo debía a Lucas, se lo debía a sí misma, porque eso era lo que hacían los médicos, y ella lo era por encima de cualquier cosa.

70

Situs inversus

Cuando Cantero llegó al hospital, el doctor Zambrano ya se hallaba allí. A Inés la habían atendido en Urgencias por una puñalada en el tórax. Le habían hecho un escáner, radiografías, habían pedido unidades extra al banco de sangre y la habían estabilizado lo suficiente para ingresar en la UCI. Allí permanecería, al menos, veinticuatro horas o hasta que estuviera lo suficientemente bien para pasar a planta.

El cardiocirujano parecía haber envejecido diez años en los últimos dos días, cosa que al inspector no le extrañaba lo más mínimo. De repente un hijo se le había muerto y otra había estado a punto. Encima, al ingresar a Inés, los médicos de Urgencias le habían alertado sobre unas heridas que la joven presentaba en la cara interna de los muslos, fruto, sin duda, de autolesionarse con regularidad, lo que le pilló de sorpresa por completo. Seguro que se planteaba muchas dudas alrededor de su labor como padre, la sensación de no haberlos protegido lo suficiente y no haberles dado las herramientas adecuadas para protegerse a sí mismos.

—Doctor… —llamó su atención con suavidad, no lo quería alterar.

—Inspector Cantero —respondió él, ofreciéndole una mano cansada.

—No le encontraba. He subido a la UCI y me han dicho que estaba aquí.

—Sí, bueno, parece que desde la pandemia tienen habilitada esta zona para albergar algunas camas de UCI y aquí los boxes

son individuales; le vendrá bien un poco de privacidad para descansar.

—Buena idea. ¿Qué tal está?

—Ahora mismo, estable; los médicos son optimistas. Ya ve, ayer era Lucas el que ocupaba una cama de estas, y hoy, su hermana.

—Lo siento —repuso el policía, nunca le había resultado fácil saber qué decir en esos casos.

—Se ha llevado una buena puñalada y ha perdido mucha sangre. ¿Han encontrado al agresor?

—No he pasado por comisaría ni he hablado con mis compañeros aún. Me ha llamado Alicia Prieto y he querido venir de inmediato para ver cómo estaba su hija. Por lo pronto, solo sé que escapó. En cuanto me informen de algo más, se lo haré saber. Perdone, ¿ha dicho una puñalada? ¿Y por qué tiene vendadas las piernas? ¿Ha ocurrido algo que yo no sepa?

—No, inspector. Yo me acabo de enterar. Parece ser que mi hija se hacía cortes en los muslos desde hacía tiempo. Tiene un montón de heridas cicatrizadas ya y otras bastante recientes, solo se las han limpiado.

—Lo siento mucho, doctor Zambrano, de verdad; me hago cargo de lo duro que está siendo todo esto para ustedes.

—Muchas gracias. Mi mujer ha ido a la comisaría a declarar, está muy afectada. Vio la cara del chico. Es joven, eso es lo único que puedo decirle. Silvia estaba en la ducha en ese momento, no quiero ni pensar…

—Disculpe, no tengo más remedio que preguntarle: ¿dónde estaba usted?

—Había quedado con un colega del hospital. Le he pedido que lleve parte de mi agenda, ya que voy a estar de baja una temporada. Mire, aquí está Alicia —dijo de pronto al ver que la joven residente asomaba por el pasillo en el que ellos se encontraban.

—Iba a acercarme ahora a Rayos —le informó el inspector—,

gracias por venir.

—Ahora estamos un poco más tranquilos —dijo ella—; de haber venido antes, no habría podido ni saludarle, de repente teníamos varios pacientes sin atender. ¿Cómo está Inés?

—Sigue estable —dijo el doctor Zambrano sin dejar de mirar a la joven.

El teléfono del inspector vibró en su bolsillo. En aquel lugar, cualquier sonido diferente de los habituales se volvía amenazante. En la pantalla, el nombre de Tere Andreu parpadeaba furioso. Se alejó un poco para hablar con ella. La inspectora le informó que la identidad el agresor, aún en paradero desconocido, era la misma que la del dueño del teléfono móvil que había aparecido en el coche implicado en el accidente de la psicóloga. ¿Qué tenía ese chico que ver y por qué había atacado a Inés?

Mientras el inspector daba instrucciones a su equipo de cómo coordinar la búsqueda del agresor de la chica, Alicia intentaba disculparse con el doctor Zambrano por haber evitado a Lucas en los últimos días.

—No te puedes culpar —le decía él—, eres una buena chica. Mi hijo…, bueno…, no estoy muy seguro de conocerlo tanto como pensaba. Ni siquiera creo pensar con claridad. Estoy tan confuso…

—Esto es demasiado para cualquiera, ahora solo hay que preocuparse de que Inés salga adelante.

—Sí, quizá tengas razón… Lo siento.

—Ha tenido mucha suerte —añadió ella mientras señalaba a la chica tumbada en la cama.

—Eso espero.

—Bueno, si hubiera tenido el corazón en el lado correcto, ahora estaría muerta; a eso yo lo llamo suerte.

—¿Qué acabas de decir? —le preguntó el cardiocirujano, sintiendo un repentino mareo.

—Eh… ¿no sabía que su hija tiene un ***situs inversus***?

—Sí, claro, lo sé desde que nació. Por supuesto, le hicieron varias pruebas para comprobar que no le había producido ninguna malformación.

—¿Perdón? —dijo Cantero incorporándose a la conversación —. ¿Qué enfermedad dice la doctora Prieto que tiene su hija?

—El *situs inversus* no es una enfermedad, es una anomalía genética muy poco frecuente; pero, aparte de que los órganos estén situados al revés dentro del cuerpo, no tiene por qué dar ningún problema, solo tenerlo en cuenta cuando se hace alguna prueba o alguna intervención —le explicó Zambrano.

—Usted acaba de decir que Inés ha tenido mucha suerte, lo que no alcanzo a ver es el motivo —añadió el inspector dirigiéndose a Alicia.

—Bueno, eso creo. La acaban de intervenir de urgencia por una perforación en un pulmón. Por lo que hemos visto en la TC, habría dado de lleno en el corazón de no sufrir esa anomalía.

—¿Son frecuentes estos casos, doctor Zambrano? —se interesó el policía.

—¿Los *situs inversus*? No, qué va, no habré visto más de diez o doce en toda mi vida, y casi todos presentaban solo un cambio de lado en el corazón, no en todos los órganos internos, como en el caso de Inés. El de ella es un *situs inversus totalis*.

—¿Se refiere a que otros casos que vio presentaban solo una dextrocardia?

—Exacto; sigue siendo una anomalía poco común, pero es mucho más frecuente ver a un paciente que tiene el corazón cambiado de sitio nada más, en lugar de todos los órganos del cuerpo. Igual tú en tu carrera verás muchos más.

—Pues sigo diciendo que Inés ha tenido mucha suerte. Si el agresor quería darle una puñalada en el corazón y fue directo al lado izquierdo, se quedará pasmado al saber que ha herido el hígado, que debía estar a la derecha… Mucha suerte, sí.

El médico guardó silencio. La anomalía genética que su hija

presentaba les había obligado a su esposa y a él a hacerse miles de pruebas. Tras varios años, se habían relajado lo suficiente para aceptar que su hija no tenía nada de raro, y ahora la sensación volvía de nuevo. Quizá el hecho de no tener el corazón en el lado adecuado había provocado que la chica no amara de la manera correcta. Dejó que el policía y la residente se alegraran de la suerte que había corrido su hija, mientras sus pensamientos daban con el verdadero culpable de todo aquello. Y entonces sintió cómo sus propios órganos elegían en su cuerpo el lado que les parecía más correcto.

71

No es justo

Zambrano aguardaba en la penumbra de su salón. Una copa de whisky con soda descansaba en la mesa. El único sonido que se escuchaba era el del hielo tintinear cuando él se acercaba el vaso a los labios para dar un sorbo.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí, solo sabía que en algún momento su esposa llegaría a casa y tendría que escucharle por fin. Aún tuvo que esperar una copa más. María llegó de la comisaría hacia las once de la noche; una patrulla la acercó después de que hubiera prestado declaración. Aún se podía ver la sangre en sus manos.

Llegaba algo molesta al pensar que su marido había vuelto sin ella, después pensó que cada uno vivía el duelo a su manera. Él había acompañado a Inés hasta que estuvo a salvo y ahora la esperaba despierto; quizá fuera mejor así. Tras abandonar la comisaría, se había acercado al hospital y Lorenzo Díaz-Buendía había hablado con el personal de la UCI para que le permitieran visitar a su hija, pese a estar en un horario poco habitual.

—¿Y Silvia? —preguntó María.

—La he dejado en casa de tu hermana —contestó Zambrano —, vendrá en un rato. No quería que pasara aquí la noche después de lo ocurrido, pero se empeña en dormir en casa.

—Mi niña… La tengo desatendida con todo esto. Lo que estará sufriendo…

—¿Qué ha ocurrido esta mañana, María?

—Ya lo sabes, ese chico llegó…

—Cuéntame todo, yo no estaba cuando has prestado

declaración y no entiendo nada, la verdad.

—No hay nada que entender, José Miguel. Yo estaba cocinando cuando sonó el timbre de la puerta. Pedí a las chicas que abrieran.

—¿Sin saber quién era?

—Pensaba que eras tú, que te habías dejado las llaves, como de costumbre.

—Sigue.

—Como te decía, pedí a las chicas que abrieran la puerta y fue Inés quien lo hizo.

—¿Voluntariamente? Eso sí que es nuevo —se mofó él; su esposa puso una mueca de reproche.

—No del todo —replicó la mujer—. Silvia estaba en la ducha, le dije que no fuera al instituto; todo lo ocurrido estos días la ha alterado bastante. Supongo que Inés no tenía opción y se vio obligada a salir de su cuarto.

—¿Preguntó quién era antes de abrir?

—¡Y yo qué sé! ¿Qué pregunta es esa? ¡Yo estaba cocinando!

—Sigue —repitió Zambrano; su mujer comenzaba a mirarlo con dureza.

—Inés abrió la puerta y estaba ese chico. Antes de perder el conocimiento, me ha dicho que no lo conocía.

—¿Y por qué no cerró la puerta?

—No lo sé, supongo que pensaba que era un mensajero o algo así. El chico entró y se abalanzó sobre nuestra hija. Ella gritó. Entonces yo salí de la cocina y le vi allí con un cuchillo en la mano. Nuestra Inés luchaba con él e intentaba defenderse.

—¿Y tú qué hiciste?

—Primero grité. Después me lancé sobre él y vi que había apuñalado a la niña. Yo… no podía pensar… Le pegué una patada. Entonces le vi la cara, los ojos desorbitados, como si sintiera un odio irracional, no te lo sé explicar.

—La policía me ha dicho que han tenido que descartar tus huellas del puñal.

—Sí, intenté sacar el cuchillo del cuerpo de Inés. Yo… no sabía qué hacer.

—¿De verdad me estás diciendo que no sabes que nunca hay que sacar un objeto punzante de alguien herido?

—¿Qué coño estás insinuando, José Miguel? El médico eres tú, yo solo vi a mi hija apuñalada en el suelo. Creí que iba a morir.

—¿Y el chico se fue?

—Sí —musitó ella antes de tomar un sorbo de la copa de su marido; después puso una mueca de asco.

—¿Y la puerta estaba abierta o cerrada?

—¿Qué importancia tiene eso? No lo recuerdo.

—Si viste al chico irse es porque la puerta estaba abierta. ¿Cómo es que los vecinos no te oyeron?

—No me gusta lo que estás haciendo, no puedes culparme de esto, **no es justo**.

—Te voy a hablar de lo que es justo —dijo entonces él—. La versión que has dado a la policía está muy bien pensada, solo que has cometido un error, al menos conmigo.

—¿De qué hablas?

—Creo que ese chico ha venido, en realidad, a hablar con Inés. Los motivos se me escapan, eso sí. Ella ha abierto la puerta, no se lo esperaba, han discutido, llevaba el cuchillo en la mano, sí, pero has sido tú quien se lo ha clavado a nuestra hija. Entonces él ha huido al ver lo que habías hecho. O se ha marchado y se le ha caído el cuchillo y tú se lo has clavado a la niña. Después has dicho a la policía que intentaste sacar el cuchillo para justificar tus huellas en el mango.

—¿Estás loco o qué?, ¿por qué iba yo a intentar matar a nuestra hija?, ¿crees que no la quiero?

—Eso es precisamente lo que te ha llevado a hacer esto, lo mucho que la quieres. Y no, no creo que quisieras matarla. Por eso has decidido darle una puñalada directamente en el corazón.

—¿Tú te estás oyendo? Quizá el que necesite entrar en un manicomio seas tú.

—Quizá. Aun así, sé lo que has hecho y para mí es suficiente.

—Si la hubiera apuñalado en el corazón, ahora estaría muerta.

—Solo si no tuviera un *situs inversus* y su corazón estuviera en el lado izquierdo, y eso solo lo sabemos tú y yo.

El silencio se apoderó del salón de los Zambrano, ni siquiera el médico quiso romperlo al llevarse un sorbo de la copa a los labios. Contemplaba a su mujer en busca de una honestidad que pensaba que, al menos, encontraría para hablar con él.

—No puedo estar aquí —dijo ella, incapaz de darle a su marido la razón o de quitársela.

—Le clavaste el puñal donde cualquiera pensaría que estaba su corazón, pero tú sabías que allí no lo dañarías, ¿no es cierto?

—Me voy a un hotel, no puedo estar aquí ni un minuto más.

—María…, ¿no es cierto? ¡Responde! —la apremió él.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Joder, sí! ¡No puedo perder a otra hija! ¿Es que no lo entiendes? —sollozó la mujer.

El doctor se acercó a su esposa y le tocó el pelo. Ella se apartó, molesta. Lo intentó hasta que la tuvo en sus brazos y la dejó llorar. Necesitaba sacar de dentro toda la desesperación que la había llevado a apuñalar a su propia hija en un intento de salvarle la vida. La paradoja en la que se había convertido aquello casi no la dejaba respirar y los brazos que ahora la rodeaban se volvían ajenos por primera vez en treinta y cinco años.

72

Tengo pruebas

El matrimonio Zambrano se disponía a dormir en la misma cama y lo más lejos posible el uno del otro. Él se afanó en abrazar a su esposa en un intento de acercarse de verdad; ella se fundía en sus brazos, pese a estar cada vez más ausente.

De repente oyeron un sonido en la habitación de Inés. Era un simple zumbido, lo suficientemente fuerte para que los dos lo sintieran. Se levantaron con cautela y se acercaron al cuarto de la chica. En la mesilla, el zumbido era más fuerte. Rebuscaron en sus cajones, entre sus libros; nada, no encontraron lo que provocaba un ruido que cada vez les resultaba más molesto. El doctor se percató de que uno de los cajones parecía un poco más estrecho que los demás, quizá tenía un escondite secreto.

—¿Un escondite, dices? —se burló su mujer—. Lo sabríamos, ¿no?

—¿Todavía me sales con esas? ¿Es que no te das cuenta de que no sabemos absolutamente nada de nuestros hijos? Somos un fracaso como padres.

—Me parece que exageras.

—¡¿Que exagero?! Uno de nuestros hijos mató a varias personas y otra le instigó a ello.

—No lo sabemos —protestó ella—. Y deja de gritar, que a los vecinos no les importa lo que hayan hecho o dejado de hacer nuestros hijos.

—¿Eso es lo que te importa? ¿Que los vecinos se enteren? Joder, María, no te conozco.

—Mira, por fin estamos de acuerdo en algo —le recriminó ella

con dureza.

Un nuevo zumbido puso fin a la incómoda discusión del matrimonio. Zambrano se afanó en buscar su procedencia. En el último cajón de la mesilla era evidente que cabían menos cosas que en el resto, pese a que desde fuera parecían iguales. Lo revisó en busca de algún resorte o botón oculto que no conocían; ya se preocuparían de saber cómo había conseguido hacerlo ella sin que se enteraran. Pensó incluso en romper la madera, seguro que no era demasiado complicado.

En el quicio de la puerta apareció su hija pequeña, que había escuchado a sus padres discutir en la habitación de su hermana.

—Lo siento, Silvia, no queríamos despertarte. Vete a la cama, necesitas descansar —le pidió su madre mientras se acercaba a ella con cariño.

—Yo también he oído el zumbido, tiene que haber un teléfono móvil escondido —dijo la chica al tiempo que entraba en la habitación, ignorando así a su madre.

—No damos con el escondite —confesó el padre, molesto.

—Alguna vez que he entrado en su cuarto, he tenido la sensación de que acababa de esconder algo. Después, siempre se acerca a la cómoda y deja esto —les contó ella mientras cogía del espejo un colgante que se mantenía en equilibrio en la misma esquina.

Se acercó a su padre y acercó el colgante al fondo del cajón, donde se escuchó un clic. Ante ellos apareció una caja en la que la chica tenía escondidos sus «tesoros». Cosas que no conocían, como colgantes, pendientes, hojas sueltas de papel con escritos suyos, fotos…, además de varias cuchillas y gasas estériles.

—¿Cómo puede ser que la policía no diera con esto cuando registraron su habitación? —se extrañó Zambrano.

—Nunca os dais cuenta de nada —les recriminó su hija pequeña—. Inés manipula a todo el mundo. Cuando la policía entró en su habitación, montó una buena, ¿no os acordáis? Incluso sacó las bragas y se las puso en la mano al poli del traje.

—Y a él le dio vergüenza tratar así a una víctima de violación y le devolvió las bragas.

—Exacto, pero lo hizo para desviar su atención y lo consiguió. Ella volvió a guardar su ropa interior en el cajón y ellos no se acercaron más a su mesita. Muy lista.

Zambrano recordó, perplejo, aquel momento durante el registro; estaba claro que aquella chica con la que convivían en nada se parecía a la Inés anterior a la agresión.

La madre miró el contenido de la caja con horror. Había muchas más fotos de las que recordaba haber visto el día que Inés se las enseñó. Miró a Silvia para comprobar que no hubiera reparado en el contenido de las fotos, pero la chica ya se había dado la vuelta con la intención de volver a su dormitorio, ya tendría tiempo para explicaciones; María suspiró. Al fondo, un teléfono móvil que de nuevo comenzaba a sonar.

—Diga —respondió Zambrano.

Al otro lado, el silencio.

—¿Eres tú quien ha estado esta tarde en mi casa? —Nada—. ¡Contesta! ¡Joder!

Podía escuchar ruidos de fondo; quienquiera que fuera seguía ahí, esperando para hablar. Si no, ya habría colgado.

—Sé que eres tú, te están buscando —le dijo el doctor en el tono más tranquilo que fue capaz de encontrar—. ¿Qué es lo que quieres? ¿No tienes bastante con lo que has hecho?

—¿Con lo que he hecho yo? ¿Y también Inés? —respondió la voz de un chico al otro lado de la línea.

—Está en el hospital, ya lo sabes.

—¿Qué? No, yo no sé nada. Ella me pidió que hiciera todas esas cosas. **Tengo pruebas**.

—¿Qué pruebas?

El chico no contestó; no quería darles nada así como así.

Zambrano supuso que le pediría algo a cambio y estaba pensando el qué.

—Si lo que quieres es dinero… —probó.

—No es por dinero —replicó el otro—. Si quieren saber lo que quiero, los espero en el Rinconín, junto a la Lloca, en media hora. No tarden.

El chico colgó el teléfono. Los padres de Inés se quedaron mirando el auricular sin saber qué decir. Tras aguardar un minuto, con el fin de recuperar la compostura, el doctor Zambrano se encaminó a la habitación para vestirse. No pensaba quedarse de brazos cruzados cuando alguien que tenía información sobre su hija se la quería regalar. Su mujer se movía despacio a su lado, parecía reacia a salir a las tres de la madrugada porque un zumbado que había irrumpido en su casa horas antes los citara en un lugar tan poco concurrido, a una hora tan intempestiva y con aquel frío tremendo. Además, le estaba buscando la policía. Fue su marido quien la sacó de sus pensamientos:

—María, no he comentado nada a la policía de lo que he averiguado por ahora, y aún no sé lo que voy a hacer con esa información. Lo que sí sé es que tenemos que ir a esa cita ahora mismo. Si Inés obligó a ese chico a hacer algo, puede que Lucas sea inocente de lo que le inculpan.

Lucas inocente… Esas palabras eran música para sus oídos. Nunca llegaría a entender cómo había dejado que las cosas fueran tan lejos. Sabía que estaba ocurriendo algo con sus hijos, algo muy grave, además, y había decidido mirar hacia otro lado porque sabía que, si tomaba conciencia del daño que los jóvenes causaban a su alrededor, no tendría más remedio que denunciarlos. Ni siquiera le parecía natural. ¿Qué clase de madre sería si se presentaba en comisaría para entregar a sus hijos, que eran parte de su ser?

Inés la necesitaba, no era preciso pensar nada más. Decidió acompañar a su esposo a encontrarse con el chalado ese y conseguiría implicarle en todo. Así demostraría que sus hijos eran inocentes de lo que los acusaban.

Zambrano se dio cuenta del cambio de actitud de su esposa;

tal vez, la posibilidad de que Lucas quedara expulsado era el impulso que ella necesitaba para empezar a hacer las cosas bien. En cuanto hablaran con ese chico, llamaría a la policía y acabarían con todo aquello de una maldita vez.

Ni siquiera el frío de la calle frenó los pasos de un padre decidido a proteger a sus hijos una vez más. No pudo ver cómo los ojos de su mujer centelleaban de la emoción que su plan le proporcionaba. Se sentía la leona de la manada y haría lo que hacen las leonas: cazar mientras el león cuida de sus cachorros.

73

En el lado correcto

El viento soplaba fuerte junto a la estatua de la «Madre del Emigrante», la que todo el mundo en Gijón conocía como «la Lloca». La escultura de bronce se erigía frente al mar aguantando los embates del salitre, el agua y la humedad. Zambrano la admiró como siempre hacía, aunque no recordaba haberla visto jamás de noche y tenía que reconocer que le parecía, incluso, más imponente.

Una figura oscura permanecía un poco más atrás, junto al mirador; los padres de Inés suponían que era la persona con la que se habían citado. Las farolas estaban encendidas en el paseo y junto a la estatua; sin embargo, el mirador permanecía en una conveniente penumbra. Seguramente el joven se había resguardado allí por eso.

—Esto no me gusta —comenzó a decir Zambrano.

—No tenemos otra opción, cariño —le dijo su mujer.

—Mejor llamamos a la policía.

—¡No! Si llamas a la policía, ese chico no nos contará nada. Y él es el único que puede exculpar a nuestros hijos.

—¿A nuestros hijos, dices? A Inés no creo que podamos sacarla de este embrollo tan fácilmente.

—A Lucas, cariño. Lucas no se merece lo que le ha pasado. Creo que al ver que parecía el culpable de las muertes de Paula y su amigo Diego, no lo soportó y se suicidó.

—Eligió una curiosa forma de suicidarse, ¿no te parece?

—Bueno, fue bastante efectiva.

—Un médico no elige el paracetamol para suicidarse, María;

sabe que los efectos son muy dolorosos y que podría haber tardado un tiempo en morir.

—Quizá necesitaba ese tiempo por si averiguábamos algo, y no tenía intención de morir, sino de llamar la atención sobre su inocencia.

—No me cuadra.

—Me da igual que te cuadre o no. Todo depende de lo que nos diga ese chico, y solo le tiene que cuadrar a la policía. Vamos.

El matrimonio se acercó hacia donde el joven los esperaba embutido en un anorak que intentaba resguardar su cuerpo del viento y la humedad. A juzgar por la nariz roja y lo encogido que se le veía, no hacía ni una cosa ni la otra.

—¿Cuánto llevas aquí?

—No mucho.

—¿Nos vas a decir tu nombre?

—No —contestó—, mi nombre no tiene importancia. Les voy a contar lo que ha ocurrido desde que la zorra de su hija…

—¡¿Qué coño has dicho?! —exclamó Zambrano.

—Su hija me ha jodido la vida —le aseguró el chico.

—Dinos lo que querías contarnos y ten cuidado con lo que hablas de ella, ¿de acuerdo?

—Está bien… Estoy en varias páginas de contactos para ligar, y en una de ellas conocí a su hija; se hace pasar por una tal Fany y está muy buena. Hemos hablado durante meses. Me mintió desde el principio, me decía que estaba en el extranjero por estudios; después que iba a venir; después, que no… Hasta que un día me suelta de buenas a primeras que su padre se ha quedado sin curro, que ha vuelto a Gijón y que no tiene más remedio que vivir con él. Después me contó que la pegaba, que abusaba de ella…, que es un cerdo. Y el ex no tenía desperdicio tampoco. Así llevo con ella ni se sabe. No me di cuenta enseguida, claro.

—¿Y eso es todo? ¿Mi hija liga contigo, pasa de quedar y tú vas a mi casa…?

—No, no, al principio era muy agradable, también muy ardiente. Me enviaba fotos…, ya sabe…, en bolas, y vídeos masturbándose.

—¿Mi hija? ¿Inés? ¿Qué cojones estás diciendo? Esto es una locura, María, vámonos.

—No —dijo ella, no pensaba moverse de allí hasta obtener lo que había ido a buscar.

—Ni siquiera sabía que se llamaba así hasta hace unos días; para mí era Fany. Las fotos eran de sus partes íntimas y de sus tetas, y los vídeos igual; nunca se le veía la cara. Cuando nos mandábamos fotos que no eran guarras, sí eran las suyas; las otras no sé de dónde las sacaba.

—¿Y no sospechaste que te mentía?

—No, al menos durante mucho tiempo. Después empezó a hablarme del daño que le estaban haciendo, me habló de sus amigas, de que habían dejado que la violaran, me habló de su ex, que era policía, que la perseguía y que le tenía miedo. Le dije que la ayudaría con todo eso. Me envió fotos de las chicas, del policía, de su hermano, de su psicóloga.

—¿Y les hiciste daño? —se precipitó la madre.

—No, no, jamás me acerqué a ellos. Me dijo que había conseguido a alguien que la quería más que yo y que se encargaría de todo.

Los padres de Inés se miraron; solo podía referirse a Lucas.

—En esta tablet está todo. En el teléfono que me dejé el otro día en el coche solo había algunas conversaciones, nada que la inculpara… O eso creo, pero aquí sí.

—Dámelo —le pidió el padre.

—Solo con una condición.

—Habla.

—Que se lo cuenten a la policía, que la policía sepa que yo no fui.

—Eso lo podías haber hecho tú solo —le recriminó la mujer.

—No, no podía, porque cometí un delito hace meses y me

pillarían.

—¿A qué te refieres?

—No es nada que les incumba. Solo necesitan saber que estoy dispuesto a darles esto si me ayudan a escapar.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Dinero?

—Exacto —dijo él—. El suficiente para salir de aquí y empezar de nuevo.

—No te vamos a dar nada —le aseguró el médico.

—José Miguel —suplicó su mujer, que parecía muy alterada —, si Lucas queda fuera de esto por nuestro dinero, estará bien invertido.

—Inculparemos a nuestra hija todavía más.

—De ella nos encargaremos después, cariño. Vamos a darle lo que pide y que nos entregue las malditas pruebas y salga de nuestras vidas para siempre —le suplicó ella.

—¿Cuánto? —quiso saber el médico, que sentía la cabeza a punto de estallar.

—Sesenta mil euros.

—No tengo ese dinero.

—Les va bien, no me lo creo.

—Tengo… propiedades, no puedo disponer de efectivo ahora mismo.

—¿Cuánto podrían conseguirme hoy?

—En el banco tenemos unos veinte mil —mintió Zambrano; su mujer lo miró horrorizada.

—Treinta y ocho mil —le corrigió María.

—Hágame una transferencia ahora y le daré la tablet.

El doctor sacó su teléfono mientras intentaba tragar saliva. Su mujer contenía la respiración. Hizo la transacción que el chico le pedía y, en cuanto tuvo confirmación, el joven miró la tablet mientras decidía si eso era lo que debía ocurrir.

—Dámela —le pidió la mujer a la vez que la cogía de sus manos.

Antes de que el chico se diera cuenta, María le quitó la tablet

de las manos y la lanzó con todas sus fuerzas por la barandilla. Abajo, el mar mordía las rocas con furia. El mirador daba a un peligroso acantilado en el que nada que cayera podría sobrevivir.

—¡No! —gritaron los otros dos al unísono.

El chico intentó coger lo único que inculpaba a Inés de todo lo acontecido en cuanto la mujer la lanzó, momento que ella aprovechó para empujarlo. El doctor Zambrano se quedó mudo de repente. Era imposible salir vivo de una caída así. El mar se lo confirmó rompiendo delante de sus narices y salpicando todo a su paso. Su mujer acababa de matar a un chaval delante de él a sangre fría. No podía ser… Antes siquiera de comprender lo que ocurría, ella se abalanzó contra su marido sollozando.

—¿Qué acabas de hacer, María?, ¿qué acabas de hacer? Dios mío, no es posible.

—No podía perderla a ella también, ¿no lo entiendes?

—Hay… hay que llamar a la policía.

—No podemos, José Miguel. Tu familia te necesita, necesitamos estar juntos.

—No puedo…, yo no puedo…

—Hazlo por nosotros, te necesitamos.

—Yo…, esto no está bien, no puedo callarme algo así, voy a llamar.

—Cariño, ¿estás seguro de querer hacer esa llamada? —preguntó ella con voz melosa.

—Por supuesto, es lo correcto y lo sabes —respondió él.

—No creas que no lo entiendo, siempre he admirado tu honestidad. Creo que por eso me enamoré de ti. Sé que hay que hacer esa llamada, lo sé, aunque me horrorice que lo hagas. Solo hazme un favor antes de marcar el número, necesito saber algo —le pidió ella, un poco más entera; sabía que su marido haría lo correcto, ni siquiera se saldría del guion por su familia.

—¿Qué quieres saber? —preguntó él mientras intentaba centrar la mirada en la pantalla de su móvil, los números le

bailaban sin control.

—¿Lo de Inés es hereditario?

—Sí y no, ya lo sabes. Se puede heredar, pero es muy raro. Tú y yo somos portadores, pero no presentamos *situs inversus*. ¿A qué viene eso ahora? —preguntó justo antes de encontrar el número del inspector Cantero.

—Solo quería saber si tu corazón sí que se encuentra **en el lado correcto** —confesó ella antes de clavarle un cuchillo en la parte izquierda del pecho.

El cardiólogo sintió el frío acero cortar su corazón en dos. Pensó que ni el más prestigioso de los cardiocirujanos podría reparar un corazón que el amor ha roto en mil pedazos. Justo cuando caía al suelo, la voz de Cantero se oyó al otro lado del teléfono y la mujer se apresuró a colgar, necesitaba unos minutos para revertir la transferencia que su marido acababa de realizar. Después, con una frialdad que nada tenía que ver con el tiempo aquella madrugada, volvió a llamar a la policía pidiendo una ayuda que, en realidad, ni quería ni necesitaría jamás.

74

El motivo

El inspector Cantero permanecía de pie soñando con unas merecidas vacaciones. Mientras contemplaba cómo metían la caja con el cuerpo de su compañero en un nicho, pensaba en lo injusto que había sido con él. No volvería a llevar un caso como aquel nunca más. Igual hacía como la familia de Zambrano y cambiaba de destino…, o quizá de trabajo. No podía pasar ni un segundo más cerca de la comisaría, de tantos muertos, entierros, informes, compañeros… La última semana había transcurrido entre el cementerio, el crematorio, el Anatómico Forense y el despacho. Ya no lo soportaba más.

Ni siquiera le quedaban lágrimas. Suárez era muy querido y el cementerio rebosaba. La gente se arremolinaba en grupos donde lloraban, hablaban de él, permanecían en un silencio sepulcral…, todo a la vez. Una chica con un rizo en la frente, parecido al del subinspector, lloraba sin parar y se limpiaba en silencio con un pañuelo de papel que parecía a punto de deshacerse en cualquier momento. Era su hermana.

La autopsia de Suárez solo reveló que alguien le había golpeado hasta acabar con su vida. En la casa habían encontrado huellas tanto de Lucas Zambrano como de Xosé Balaguer. Puesto que la casa pertenecía a los Zambrano, las huellas del médico residente justificaban su presencia, las del otro joven no. La jueza había visto en ello la oportunidad, y en las conversaciones de wasap presentadas como prueba, **el motivo**. Y, al no poder conseguir su testimonio, puesto que seguía desaparecido en el

mar, finalmente habían añadido el cargo de homicidio a la larga lista de acusaciones a las que se enfrentaba Xosé Balaguer de seguir con vida.

Durante muchos días, la posibilidad de que Inés fuera la culpable de todo aquello no le había dejado a Cantero ver la realidad. Por mucho que le fastidiara desoír a su instinto, tenía que ceder. No había ninguna prueba contra ella, salvo los textos que había escrito y quien tuviera acceso a los ordenadores de los Zambrano y al de la psicóloga, como luego se supo, podría haber maquinado todo el asunto implicando a una joven que, por otro lado, ya había sufrido bastante. La madre de la chica les había explicado, entre llantos, lo que aquel joven les había confesado en el mirador del Rinconín, observados y escuchados por una estatua de bronce que representaba a las mujeres que esperaban el regreso de sus hijos de un mar que nunca se los devolvería.

Por supuesto, no podían demostrar nada, pero las conversaciones de wasap de Xosé Balaguer, quien ya tenía antecedentes por acoso a dos jóvenes a su temprana edad, determinaron que era él quien se las enviaba de un correo a otro y que había implicado a Inés al estar obsesionado con ella. Al menos, no pudieron demostrar nada que echara por tierra aquella teoría. Así que, a falta de algo más concluyente, y sin que el chico pudiera testificar, se cerró el caso, con él como culpable. Decenas de fotos e información en su email de Lucas Zambrano, de Inés, de sus padres y hermana pequeña, de la psicóloga que trataba a la joven y de las amigas de la chica fueron determinantes para inculpar al joven desaparecido en el mar.

La madre de Inés sintió que el corazón se le paraba cuando la avisaron de que abandonaban la búsqueda del sospechoso, y esperaba que de la *tablet* y el cuchillo que había arrojado al vacío aquella noche de viento tampoco hubiera ni rastro. Tuvo suerte. En ello pensaba mientras guardaba sus enseres en cajas y apremiaba a sus hijas para que hicieran las maletas.

—Mamá, ¿en Málaga podremos vivir en una casa cerca de la playa?

—Sí —respondió ella—, el mar siempre nos ha gustado. Además, allí el agua es más cálida. Y Silvia podrá seguir con el surf, allí hay varias escuelas.

—Menos mal —respondió la adolescente, cada vez le costaba más estar cerca de su hermana a solas.

—¿Podré empezar de nuevo? —preguntó Inés con preocupación.

—Por supuesto, hija, tendrás miles de oportunidades. Dejaremos todo esto atrás —aseguró María mientras recordaba cómo se había desecho de las pruebas que inculpaban a sus hijos de todos los delitos de los que se les podía acusar. Incluso de las fotos que demostraban que Lucas era un pederasta, con las que Inés le había chantajeado para llevar a cabo su venganza.

—¿Y Lucas y papá? —quiso saber la chica, sacando así de sus pensamientos a su madre.

—Lucas no nos necesita ya, cariño. Y, aunque papá tiene los mejores cuidados, me temo que tampoco está en este mundo. Su cuerpo sigue ahí, pero él no va a volver —le explicó su madre con cariño—. Gracias a ellos, nosotras tenemos una oportunidad; no la malgastemos, ¿vale?

Inés asintió. Desde que había salido del hospital, no parecía recordar mucho de lo ocurrido; volvía a ser amable, a tener miedo y a sentir que la vida podía sonreírle de nuevo. Su madre la miró mientras guardaba en las maletas su ropa. En el sur tendría que comprar algunas prendas más veraniegas. Estaba deseando instalarse allí y dejar atrás todo lo ocurrido, incluso la verdad que nunca saldría a la luz.

De repente, el timbre de la puerta sonó con timidez. Solo había una persona que llamaba así: Jorge Cantero.

La mujer torció el gesto ante la visita del tozudo policía.

—Buenos días —saludó el inspector—, creo que se marchan a otro lugar. Solo venía a despedirme.

—Es muy amable por su parte —respondió María con educación.

—No la entretendré mucho, solo quería decirle que hemos cerrado el caso. Finalmente, Xosé Balaguer ha sido acusado de todo, incluso del apuñalamiento a Inés; de hecho, creemos que fue él quien la violó.

—Xosé Balaguer… Una escucha por ahí ese nombre y no le dice nada. Y, de pronto, se convierte en el protagonista de tus pesadillas.

—Así es —dijo Cantero.

—¿Y están seguros de que le hizo todo eso a mi niña?

—Lo estamos, sí. Aunque aún no hemos recuperado su cuerpo, su ADN aparece en la base de datos por agresión sexual, y hemos podido comprobar que estaba cerca cuando Inés sufrió el ataque el pasado febrero.

—No lo entiendo. Inés nos contó que Lucas lo había investigado y que estaba completamente seguro de que había sido el novio de Eva quien la había violado.

—No creo que podamos saber nunca si Lucas mintió a Inés, si Inés les mintió a ustedes o si, simplemente, su hijo se hallaba en un error. Pero le aseguro que el agresor de su hija, en las dos ocasiones, fue Xosé Balaguer.

—Dios mío, y todo esto porque un chalado se encaprichó de mi niña… Y mi marido sin poder escuchar esto.

—Aún no hemos podido determinar quién mató al subinspector.

—No fue Lucas —le aseguró María.

—Siento mucho todo lo que han pasado —cambió de tema el inspector—. Espero que donde vayan tengan una vida tranquila.

—Seguro que sí, inspector. Nos vamos a Málaga, una de mis hermanas vive allí y nos ha buscado un piso. Silvia está deseando marcharse. —La joven puso los ojos en blanco—. Ha pasado unos meses horribles y necesita alejarse de todo esto. E Inés… Bueno, ella desde que salió del hospital está cambiada, ya

no siente que esté enfadada con el mundo, creo que se ha perdonado y que quiere empezar de cero.

—¿Y su marido?

—Seamos realistas, inspector. José Miguel no va a vivir; la cuestión es cuánto tiempo le queda antes de que sus órganos fallen. Ni siquiera se explican cómo sigue vivo. Su corazón sufrió daños muy graves. Yo voy a venir cada poco tiempo a encargarme de todo, tengo que vender el piso, arreglar papeles… El coma de mi marido es irreversible…, o eso creen los médicos. Y en el improbable caso de que despierte, me temo que será en unas condiciones en las que necesitará unos cuidados que yo no le podré dar.

—¿Y no le merece la pena quedarse un poco hasta que eso ocurra?

—No lo hago por mí ni por él; lo hago por las chicas. Necesitan alejarse de esto para siempre. Creo que allí tendrán una oportunidad.

—Es una buena noticia. Espero que todo les vaya bien y siento mucho que las cosas hayan salido así.

—Mi hijo era un buen chico, inspector. Se hizo médico porque quería ayudar a otras personas y mire cómo acabó el pobre. Y mi marido, bueno, está en ese estado por defendernos, y eso me da una fuerza enorme para sacar a mis hijas adelante. No tenía el corazón de piedra precisamente, pese a lo que Inés pensara de él.

—Por supuesto que no. De veras que espero que les vaya bien.

El inspector Cantero salió de la casa con un sentimiento de angustia que le oprimía el pecho, quizá el destino que había elegido para escaparse unos días no fuera lo suficientemente lejano. Porque… ¿cómo escapar de uno mismo? Quizá lo único que necesitara fuera tiempo y no distancia para ordenar sus pensamientos. Unas palabras resonaban en su cabeza sin que él lo quisiera, y no era el momento de dejar que el monstruo que lo habitaba le carcomiera de nuevo por dentro. El caso estaba

cerrado y él escondería la llave en lo más profundo de su propio océano.

75

Corazón de piedra

Mientras guardaba sus cosas en una caja, Cantero pensaba en el tiempo que pasaría fuera y lo que haría con su vida mientras tanto. Las vacaciones le habían parecido poco para pasar página y había decidido, en el último momento, tomar un año de distancia. En la comisaría todos se habían enfadado con él por no avisar con tiempo para que pudieran montarle una fiesta «como Dios manda». Él se alegraba de haber guardado el secreto hasta el final; si algo le provocaba más pavor en aquel momento que llevar otro caso era que le hicieran una fiesta sorpresa; ya se la harían a su regreso, si es que se daba el caso. Tomó la correspondencia con pena, seguramente no revisaría nunca más el correo a su nombre. Bien es cierto que, cada vez más, los mensajes se le acumulaban en el ordenador en lugar de hacerlo en su mesa. Un sobre llamó su atención al ver que no tenía remitente. Dentro encontró una pequeña tarjeta de memoria. Anotó mentalmente que debía dársela a uno de los compañeros de la Unidad de Delitos Informáticos para que explorara su contenido y siguió revisando sus cosas.

Mientras tanto, Tere Andreu hablaba con él por teléfono. Le prometía que lo mantendría al día de todo en su ausencia, a lo que el inspector contestaba una y otra vez: «Ojos que no ven, corazón que no siente», dejando claro que no quería saber nada de lo que ocupara el tiempo de la mujer y que tuviera que ver con el trabajo.

—Sí que te ha calado hondo este caso, Cantero —le reprochó ella.

—No es solo por Suárez, Tere; es que, aparte, siento una decepción enorme.

—¡Si hemos cerrado el caso! —protestó la mujer.

—Bueno…, ha sido bastante conveniente que encontráramos todas aquellas pruebas contra Balaguer.

—¿Qué quieres decir? ¿Piensas que nos equivocamos?

—El caso está cerrado, da igual que nos equivoquemos o no.

—Pero tú crees que no fue él.

—No digo que fuera inocente, ni de broma. Solo que pienso que todo ha salido demasiado bien para Inés Zambrano.

—Joder, Jorge, que esa chica ha sufrido lo suyo.

—Lo sé, y créeme que siento no ser capaz de dar carpetazo y listo, por eso me voy. Siento un peso en el pecho que me dice que hay algo más. En fin…, en el Caribe seguro que se me pasa.

—Así que… al Caribe…

—¡Ja, ja, ja! No te pienso decir adónde voy. No te lo crees, pero ni siquiera yo lo tengo claro, de verdad.

—Ya lo veo. Ayer me dijiste que ibas a los fiordos noruegos, y anteayer a Mozambique.

—Y lo mismo llego al aeropuerto y cojo un vuelo a Canarias. De verdad que no lo sé, y necesito que sea así.

—En todo caso, llámame, que no quiero estar sin saber de ti un año.

—Te lo prometo. Y… Tere…, comeos un chuletón a mi salud.

—¿De quién hablas?

—De Aguilar y tú.

—Te equivocas —le aseguró ella.

—Sí, tanto como él al pensar que tú eras vegana.

—Hasta pronto, Quijote… —dijo para zanjar el tema—. Y no pienses más en el caso, que necesitas cuidarte. No tienes el **corazón de piedra** precisamente.

Cantero colgó con la sensación de que había escuchado demasiadas veces aquella expresión en los últimos días. Le había

dicho algo parecido la madre de Inés Zambrano cuando se habían despedido, y ahora lo repetía Tere, aunque la sensación venía de antes, de mucho antes.

Volcó el contenido de la caja en su mesa, para desesperación del agente que se encontraba en el pasillo y que iba a ayudarle a guardar sus cosas en el coche. El hombre puso los ojos en blanco y le dijo a la nada que volvería en diez minutos. Tras acudir tres veces más, optó por pedirle al tozudo inspector que le avisara cuando estuviera listo, porque, pasado el tiempo, el despacho parecía una casa de madera tras un huracán.

Por más que insistía, no encontraba lo que buscaba. Hasta que una foto llamó su atención. En ella se veía al hombre de procedencia china que había acudido a Urgencias en un hospital de Madrid varios años antes y que había provocado que el inspector Aguilar formara parte del caso. Cogió la foto, que se hallaba sujeta por un clip a la transcripción del artículo que había escrito el doctor Zambrano tras el congreso.

Cantero se lo acercó a la cara y sintió cómo se le aceleraba el pulso: el artículo se titulaba «Corazón de piedra» y se centraba en el estrés del músculo cardiaco tras someterse a las diversas torturas de las que hablaban.

La necesidad de encontrar otra de las pruebas se convirtió en prioritaria. Movió papeles aquí y allá, los leyó por encima, los guardó, los volvió a revisar… Hasta que, de pronto, la encontró. Los textos que Inés había escrito mientras era tratada por la psicóloga y que habían conseguido conectar con las víctimas. Había uno que nunca pudieron determinar a quién pertenecía, que parecía un borrador sin acabar. Cantero avisó a un agente de que llevara con urgencia la tarjeta de memoria para que la analizaran. Algo le decía que quizá tuviera que ver con aquel caso que, por desgracia, acababan de cerrar y en el que había perdido a su compañero. Después volvió a marcar el número de Tere Andreu, e insistió cuando vio que ella no se lo cogía a la primera.

—Vamos, vamos, Tere, cógelo…

—¿Por fin te has decidido por un destino y no puedes irte sin decírmelo? —bromeó la inspectora.

—Fueron Inés y su madre, estoy seguro.

—Joder, Jorge, déjalo ya, de verdad, que has cogido la excedencia.

—No estoy investigando, ha sido por algo que me has dicho. ¿Recuerdas que no sabíamos a quién teníamos que adjudicarle?

—Eh…, sí. ¿Qué importancia tiene eso ahora?

—Escucha…

Tiene un gran corazón. Todo en la vida es poco para él, sabe ser generoso cuando hace falta, sabe cuándo es necesaria su esencia y todo lo inunda cuando está presente.

Tiene un gran corazón. Todos en este mundo y en el resto lo idolatran, besan el suelo que pisa, el suelo que sus pies inmaculados limpian cuando camina sobre él, moviéndose cual dios en la Tierra.

Tiene un gran corazón. No mira la raza ni el color, posición social ni riquezas. Todos somos iguales a sus ojos. Nadie es más en su presencia. Nadie es menos junto a él.

Tiene un gran corazón. No le importa si el camino está repleto de brea, de excrementos o de pétalos de rosa; permanece sin mancha en el campo de batalla. Tiene tanta fuerza que no conoce el desfallecimiento ni el desánimo.

Tiene un gran corazón… y es un corazón de piedra.

—Puede que el texto lo escribiera para su padre, sí.

—Al ir a despedirme de ellas, la madre me dijo que su marido no tenía el corazón de piedra, pese a que lo llegaran a pensar por cómo se había comportado con Inés. Y el artículo que Zambrano escribió tras el congreso al que llevó el caso del

hombre chino se titula «Corazón de piedra».

—Joder, Jorge, no es posible… Creo…, joder…, creo que tienes razón. Voy a llamar al comisario, no sé si me dejará reabrir el caso.

—Además, acabo de recibir una carta sin remitente que solo contenía una tarjeta de memoria, y algo me dice que tiene que ver con el caso. Has de intentarlo, Tere; esa chica no se puede salir con la suya.

—¿Y qué has hecho con ella?

—Acabo de pedir que la revisen los de Delitos Informáticos, por si acaso.

—Perfecto, yo me encargo. Nos ha engañado a todos. ¡Joder, joder, joder!

—Habla con el comisario y dile que hemos encontrado esta prueba, quizá aún no se haya cerrado el caso oficialmente.

—¿Qué vas a hacer tú? ¿Te quedas?

—No puedo, ya he entregado la placa y la pistola.

—Pero… hay que pillarla.

—Tú haz lo que tienes que hacer, Tere, y no te preocupes por mí. Además…, tengo un viaje pendiente y no sé adónde, ¿recuerdas?

—¿Y serás capaz de cedernos esto a los demás?

—Si te he dejado el caso en bandeja… —bromeó él.

—¿Has elegido ya el destino? —preguntó ella para despedirse.

—Lo sabré en cuanto llegue al aeropuerto. Hablamos pronto, Tere. Y hazlo, por favor, tienes que pillar a esa chica…

Mientras Inés compraba un nuevo cuaderno y anotaba en la primera página una dedicatoria a su hermano Lucas con un pequeño corazoncito en lugar del punto de la «i», el inspector Cantero llegaba al aeropuerto y se colocaba frente a la ventanilla de una gran compañía aérea.

—Buenos días, señor…, ¿desea un billete?

—Sí, gracias.

—¿Destino? —preguntó la empleada muy sonriente, o eso parecía bajo la mascarilla.

Cantero miró las fotos colocadas a ambos lados de la ventanilla. En algunas se veían playas paradisiacas, en otras la nieve cubriendo varios paisajes, en otra un espectacular atardecer tras los rascacielos de Nueva York… En el último momento se había decidido por Carcassonne, en Francia; tenía un cementerio considerado de los más bellos de Europa, por eso había preparado su cámara Nikon, aquella que le proporcionaba sus mejores instantáneas. Ya estaba pensando en comprar líquido para revelar y montarse su cuarto oscuro en casa, como cuando era más joven y la vida le sonreía más.

—¿No se decide, señor? —insistió la chica.

—Sí, deme un billete para Carcassonne, por favor.

—¿Ventanilla o pasillo?

—¿Cómo dice?

—Que si prefiere ir junto a la ventanilla o en el pasillo.

—Da igual… —respondió él mientras miraba su teléfono móvil.

Un mensaje le provocó una sensación de desasosiego enorme. Provenía del teléfono de Diego Suárez, su compañero muerto durante la investigación.

—Pero ¿qué…? —preguntó él, muy alterado.

Decidió abrir el mensaje, que para su alivio no resultó ser del malogrado subinspector, sino de su hermana, que le avisaba de que el móvil de Diego iba a dejar de estar operativo en las próximas horas y le daba las gracias por haber trabajado con él. Cantero tragó saliva y miró a la joven, que seguía tecleando en su ordenador para conseguirle el ansiado billete que lo sacaría de una ciudad llena de amargos recuerdos.

—Espere, por favor, he cambiado de opinión sobre el destino… y la fecha —le hizo saber a la muchacha, a quien le apetecía poner los ojos en blanco, pero optó por no hacerlo y

preguntarle adónde quería ir, sin perder la compostura.

Cantero sonrió y sintió que su nuevo destino le liberaba del nudo que se le había formado en el pecho en las últimas semanas, dejando tras de él un corazón que jamás sería de piedra.

76

No hay paz para los malvados

Inés escribía en su nuevo cuaderno sin parar, era lo que más tiempo le llevaba. Hacía meses que le contaba a su diario todo lo que le acontecía; le ayudaba a superar penas, a encontrar soluciones…, como si los pensamientos, una vez que salían de su cabeza para quedar plasmados en el papel, le permitieran sentirse libre de todo lo que la atormentaba. Y una nueva vida no tenía por qué excluir viejos hábitos si en algo la ayudaban.

Rechazó una nueva llamada de Eva, que telefoneaba sin descanso desde que había abandonado el hospital. Quizá quería retomar una amistad que para Inés llevaba más tiempo muerta que su otra amiga, Paula Sobrino. Allí en Málaga no es que se hubiera convertido en la chica más popular del barrio, pero el grupo con el que se juntaba no sabía nada de su vida anterior, ni de lo ocurrido en Asturias, y la aceptaban tal cual era, o más bien tal como se mostraba en esa nueva vida, tampoco es que llevara mucho tiempo allí.

El timbre sonó haciendo que la chica se sobresaltara de pronto. Se apresuró a abrir, quizá su madre había salido ya de trabajar de aquella oficina en la que se empeñaba en perder el tiempo, según le parecía a Inés. No entendía aquella necesidad de sentirse ocupada, la venta del piso de Asturias y de un par de terrenos al poco tiempo de llegar a Málaga les había dado el dinero suficiente para no tener que preocuparse de nada.

Antes de abrir, miró por la mirilla, tal como su madre le decía que debía hacer. Se extrañó al ver al otro lado a alguien a quien preferiría haber expulsado de su vida para siempre. De todos

modos, preguntó quién era por ganar algo de tiempo.

—Hola, Inés —saludaron desde el otro lado de la puerta—, soy el inspector Cantero, ¿me recuerdas?

—Sí, claro que le recuerdo, ¿qué hace usted aquí?, ¿ha ocurrido algo? Disculpe que no le abra, es que mi madre no está en casa.

—No importa, venía a verte a ti —replicó el policía sin dejar de sonreír.

—Bueno, no sé si es buena idea que venga mientras ella no está.

—No te preocupes, solo he venido a darte unos papeles; aparecieron de pronto mientras guardábamos el material de la investigación. Me pareció que los querrías conservar. ¿Puedes abrir la puerta, por favor?

—No sé…

—¿Prefieres venir a buscarlos a la comisaría? Pensé que no regresarías a Gijón por el momento… Puedes acompañar a tu madre en alguno de sus viajes cuando vaya a visitar a tu padre… O igual prefieres que vaya a hablar con algún policía aquí…

La joven apretó las mandíbulas y dio gracias de que no pudiera verle la cara en ese instante, porque su mirada se acababa de tornar más oscura de lo que la había tenido en el último año. Se apresuró a ir a su mesilla, de donde sacó una jeringuilla que contenía un líquido transparente. Mientras, simulaba buscar las llaves, pese a que estaban puestas en la cerradura por dentro. Forzó la mejor de sus sonrisas antes de abrir al policía; en esa nueva vida era la «dulce Inés», no podía olvidarlo.

—¿Qué hace usted aquí? Mi madre no me dijo que vendría. Ni siquiera sabía que le había dado nuestra dirección —dijo Inés con fingida amabilidad.

—Eso será porque no la avisé de mi visita —contestó el inspector— y porque, como bien dices, no me dio vuestra nueva dirección.

—¿Y qué papeles son esos que me trae? Mi madre no tardará en llegar —replicó ella sin perder la compostura—. Quizá debería haber llamado primero, es que no sé si es muy buena idea que hable con usted sin que ella esté aquí. Ya sé que soy mayor de edad, pero desde que me atacaron no me siento bien hablando a solas con un hombre, ni siquiera aunque sea policía.

—Solo venía a darte estos papeles, ¿puedes echarles un vistazo?

—Creía que el caso estaba cerrado —se extrañó ella.

—Sí, es cierto, lo cerraron —afirmó él—. De todos modos, creo que esto deberías tenerlo tú.

En cuanto Inés leyó el texto que contenía su relato sobre el corazón de piedra de su padre, la careta invisible que parecía cubrir su cara se esfumó. Al darse cuenta, volvió a su sonrisa y a su papel de víctima. Cantero no le quitaba la vista de encima.

—¿Quiere un café, inspector? —le ofreció ella con amabilidad, y él aceptó; parecía bastante relajado.

La joven le hizo pasar y le indicó con un gesto el sofá para que tomara asiento, después se acercó a la cocina mientras Cantero se daba la vuelta para cerrar la puerta. Luego miró a su alrededor, la casa se veía bien amueblada. Admiró la capacidad que tenían algunas personas de comenzar una nueva vida y concluir la anterior. Posiblemente él, en ese mismo caso, aún no habría abierto las cajas de la mudanza y mucho menos habría adornado las paredes o llenado los muebles. Algunos adornos navideños permanecían olvidados en un rincón y el inspector sonrió. Sí, seguro que él a esas alturas incluso tendría todavía sin guardar el árbol de Navidad, y eso si lo había colocado, que no siempre encontraba el momento de hacerlo.

Se sentó donde Inés le señalaba y se apresuró a desabrocharse la chaqueta y comprobar el teléfono móvil. Ella volvió unos minutos después con un par de cafés, una pequeña jarra con leche y un azucarero.

—El mío con un poco de azúcar nada más, gracias —le pidió

él.

La joven le sirvió una cucharada y removió el café con parsimonia. Luego cogió los papeles que le había dado el policía al entrar y los releyó un par de veces; sabía lo que significaban. Cuando volvió a mirar al inspector, sonrió al comprobar lo rápido que se tomaba el café: quedaba menos de media taza. Ni siquiera le había visto tomar un sorbo. Tras apurar lo que quedaba y darle las gracias por su hospitalidad, el inspector Cantero se dirigió a ella sin preámbulos:

—Sé que fuiste tú, Inés. Este relato lo prueba.

—Acaba de decir que cerraron el caso, así que no sé para qué me da esto, no creo que le sirva de nada. ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Cada uno debe cargar con lo que le corresponde. Nos engañaste a todos, es cierto; solo he venido para que sepas que conozco la verdad. Y sí, cerraron el caso, pero tenemos pruebas suficientes para que lo vuelvan a abrir.

—No tienen nada.

—¿Sabes? Hace unos días recibí una tarjeta de memoria, no sé quién me la mandó, aunque empiezo a hacerme una idea. En ella solo había dos carpetas. ¿No quieres saber qué contenían?

—Sorpréndame.

—En la primera, el justificante de una transferencia.

—¿Me está diciendo que me quieren acusar por fraude fiscal o algo así? ¡Por favor, inspector! Que cumplí dieciocho años hace unos días.

—Ni mucho menos, solo era una curiosidad. Resulta que la transferencia es de treinta y ocho mil euros y se hizo justo cuando apuñalaron a tu padre —le explicó Cantero mientras se aflojaba un poco el cuello de la camisa—. Unos minutos más tarde, la transferencia se anuló.

—Le recuerdo, inspector, que cuando atacaron a mi padre yo me debatía entre la vida y la muerte en un hospital.

—Cuando yo fui a verte, tu vida ya no corría peligro, al menos

no un peligro inmediato. Creo que igual es el momento de que dejes de hacerte la víctima —dijo él con dificultad; se sentía mareado—. Sabemos que la transferencia la hicieron tus padres. Lo curioso no es quién la hizo, sino a quién.

—No entiendo…

—¿Te suena el nombre de Xosé Balaguer?

El terror se apoderó de la chica, quien relajó el gesto de inmediato al ver que Cantero no hablaba con claridad y se sentía, a todas luces, indispuesto.

—Y la segunda carpeta contenía unas fotos de una menor en situaciones muy comprometidas, suficientes para meter en la cárcel a una persona por un delito sexual. ¡Uf! Hace mucho calor aquí.

—No sé qué tiene que ver eso conmigo.

—Bueno, que no lo sepas o que quieras convencerme de ello no significa que no estés implicada.

—¿Implicada en qué? Usted está enfermo.

—Sabemos que extorsionabas a tu hermano y le obligaste a hacer todo lo que hizo —añadió mientras se recostaba un poco en el sofá y respiraba hondo, cada vez le costaba más.

—No saben una mierda —le retó ella—. Además, Xosé Balaguer está muerto.

—Puede que sí y puede que no, no hemos encontrado el cadáver.

Varias teorías pasaron por la cabeza de la joven. Si Xosé seguía vivo, por ejemplo, nunca tendrían seguridad, y eso no lo podía permitir. Un vistazo al policía le hizo ver que tenía cosas más urgentes que resolver.

—¿Ahora va a acosarme? ¿Cómo lo piensa hacer?, ¿dándome relatos que escribí durante mi tratamiento? Ya sabe que de pronto soy incapaz de recordar algunas cosas. Además, mi madre me contó que usted se había pedido una excedencia, así que me parece que no debería estar aquí. En realidad, creo que no tiene nada, solo una sospecha, y que ha venido a sonsacarme.

No tengo intención de cambiar la vida que estoy construyendo. Si no se va de mi casa, llamaré a la policía de verdad.

—Puedes hacer lo que quieras. Es cierto que no estoy de servicio y que tengo un año de excedencia.

—Pues no hay más que hablar. ¡Fuera de mi casa!

—Primero quiero saber por qué hiciste todo esto —le exigió el inspector mientras se abría un poco el cuello de la camisa.

—No pienso decirle nada más —respondió ella sin quitarle ojo.

—¿Qué… qué me has hecho? —preguntó Cantero, que cada vez se sentía más indispuesto. Todo le daba vueltas y tenía problemas para mantener los ojos abiertos.

—¿Sabe?, Lucas era idiota, dejó que lo pillaran por lo que les hizo a Paula y a Eva. Le confesaré algo, inspector… porque no creo que se lo pueda contar a nadie nunca. Lucas estaba enamorado de mí desde que soy capaz de recordar. Las fotos que encontraron de niñas pequeñas, las pruebas… las puse yo. Bueno, en realidad las cambié por otras en las que solo se me veía a mí, y no tan pequeña, se lo aseguro. Solo necesité colarme en su ordenador para conseguir el resto. Una de las veces que hablé con Xosé, le expliqué que mi hermano era un cerdo y le envié esas fotos por email.

—Pensábamos que era un pederasta, pero no encontramos ninguna prueba de que hubiera hecho algo más que ver fotos. ¿Y tu hermana? ¿Lo sabía también?

—No se dio cuenta de nada.

—Sos… sospe… sospechaba —consiguió decir Cantero con dificultad.

—¿Cómo que sospechaba? ¿Ha sido ella quien le ha enviado la tarjeta? No, no es posible, aunque si Xosé está muerto… —elucubraba ella, las premisas se le colocaban y descolocaban a toda velocidad. En realidad, lo mismo daba; incluso Cantero le podía estar mintiendo.

—Y a Diego… —susurró Cantero, las palabras se le antojaban

tan lejanas…

—Y a Diego, sí. Yo solo tenía que decirle a mi hermano que saltara y él me preguntaba a qué altura. Lo tenía comiendo en la palma de mi mano. Y Xosé…, en fin…, ¿usted se cree que yo no sabía que había sido él quien me había violado? Casi no me lo creí cuando vi su foto en aquella página. Y el imbécil de Lucas asegurándome que tenía pruebas de que había sido Gustavo… Cuando Xosé me respondió… ¡Ja, ja, ja!, los hombres sois tan previsibles… Hice lo que él quería y, a partir de ahí, él hizo lo que quería yo. Lucas no soportó que hablara con otros chicos, que les pidiera ayuda. Habría hecho cualquier cosa por mí.

—El caso de Gustavo Recas sigue abierto, no hay pruebas suficientes de que Xosé acabara con su vida, la investigación sigue —añadió Cantero con dificultad—. Inés, no puedes escapar de esto… ¿Qué… qué me has puesto en el café? No hagas más tonterías, no lo pongas más difícil.

—Yo no voy a hacer ninguna tontería, inspector, la va a hacer usted.

De repente, Inés sacó un cuchillo que llevaba oculto entre la ropa y, al tiempo que su cara se tornaba en pura maldad, se llevó la punta al abdomen.

Cantero intentó levantarse del sofá, estaba claro que la chica iba a herirse con la intención de decir que se lo había hecho él. Sin embargo, era incapaz de conseguir que uno solo de sus músculos le respondiera como debía. Sintió terror. Había sido un error quedarse a merced de aquel ser perverso, por muy joven que fuera; nadie mejor que él sabía lo que era capaz de hacer. Al darse cuenta de que de verdad estaba en peligro, intentó acceder al teléfono móvil que guardaba en el bolsillo de su chaqueta.

—¿A quién creerán cuando llegue la policía y me vea sangrando en el suelo, inspector? ¿A un desquiciado madero que quiere tomarse la justicia por su mano por una corazonada o a una pobre víctima de violación que además ha perdido a su hermano y a su mejor amiga, y cuyo padre, un prestigioso

cardiocirujano, está en coma?

El inspector luchaba contra la droga sin éxito; sabía que, si no actuaba de inmediato, correría la misma suerte que su compañero. Aun así, esperaba haber conseguido suficiente información. Antes de perder el conocimiento, oyó unas voces que procedían de la puerta de entrada. Varios agentes armados, acompañados de la inspectora que había llevado el caso de sus amigas y del antipático policía madrileño que tan mal le había caído cuando lo conoció, entraron sin reparos en su casa tirando todo al pasar. Mientras la inspectora Andreu le arrebataba de las manos el cuchillo, Inés rompió a llorar asegurando que Cantero la quería atacar. Pero al ver que nadie creía su versión, puesto que los policías habían escuchado toda la conversación a través del teléfono móvil de Cantero, gritó pidiendo un abogado y exigiendo ver a su madre.

—Tranquila, que a tu madre la vas a ver antes de lo que imaginas —replicó Andreu—, porque está abajo esperándote en un coche patrulla. Os venís las dos directas a comisaría.

—Mi madre no tiene nada que ver en todo esto —protestó la joven.

—Eso no te lo crees ni tú —la retó la inspectora—. ¿Sabes lo primero que ha dicho cuando la hemos detenido? Ha preguntado si la había delatado «el chaval ese de la tablet».

—¿Qué tablet?

—Eso es lo que nos ha llamado la atención también a nosotros, así que, cuando se ha dado cuenta de la metedura de pata, ha pedido un abogado y se ha cerrado en banda. Me parece que tenéis mucho que contar las dos.

—¿Y mi hermana?

—Ella se quedará por ahora con una de tus tías, quizá así pueda tener una oportunidad. Cuando tu padre mejore lo suficiente, se irá con él.

—Mi padre está en coma y es irreversible, me lo explicó el médico ese que era compañero suyo en la carrera.

—Lo bueno y lo malo de la Medicina —prosiguió la inspectora Andreu— es que no se trata de una ciencia exacta; se basa en estadísticas. Y tu padre, siento decírtelo, ha roto una de ellas. Despertó ayer. Está muy débil, no saben cuánto tardará en volver a caminar y a hacer vida normal, pero la cabeza le funciona perfectamente y ya nos ha contado un par de detalles muy interesantes.

Inés escuchaba con una mezcla de confusión, perplejidad y miedo. Si eso era cierto, su padre, que no dudaba de su culpabilidad y de la implicación de su madre en los últimos acontecimientos, tenía la llave, bien para enviarlas a las dos a la cárcel, bien para apiadarse por fin de su familia y tirar la llave a lo más profundo del océano.

Un hombre ataviado con un uniforme de hospital, y con un fonendoscopio alrededor del cuello, se abrió paso entre los presentes y, ante la atónita mirada de la chica, fue directo a atender a Cantero.

—¿Y bien? —preguntó la inspectora Andreu.

—Parece que no corre peligro —respondió el médico a la vez que escuchaba los latidos del inspector y sacaba una pequeña linterna del bolsillo—. No tiene taquicardia, las pupilas reaccionan con normalidad y ventila bien.

—¿Lo sabían? —preguntó atónita Inés—. ¿Cómo es posible? ¿Y por qué se ha tomado el café?, ¿es que quería sacrificarse? Joder con el inspector…

—Como ya nos anticipó, no se ha tomado todo —intervino Aguilar, tras señalar la taza e ignorando deliberadamente a la chica—. Mira las hojas de esa planta del dinero que hay junto al sofá, están manchadas. De todos modos, no me gustaba el plan —añadió—. Creo que había más formas de pillarla que poniendo en peligro su vida.

—Ya lo irás conociendo —le aseguró Andreu—. Le gusta hacer las cosas a su manera, y creo que esta vez lo necesitaba para hacerle justicia a Suárez.

—¡Imposible! —chilló Inés—. ¡No le he quitado la vista de encima! ¡Se ha tomado todo el café!

—¿Qué le has echado en la bebida? —preguntó el médico.

La joven miró a Aguilar con dureza sin que una palabra saliera de su boca.

—No te lo pongas más difícil —le pidió la inspectora Andreu —. No es lo mismo que te acusen de drogar a un inspector que de un intento de homicidio.

—Ketamina —respondió ella sin ganas; era evidente que sus planes no habían salido como quería.

—¿Cuánta? —preguntó Aguilar, acercándose a un palmo de la chica con la clara intención de intimidarla.

—No sé, yo no soy médico. Le he puesto el contenido de una jeringa, diez mililitros.

—Pero… eso es muchísimo —comentó el médico, alarmado—, suficiente para anestesiar a un adulto en una larga operación.

Los inspectores cruzaron una elocuente mirada, los dos pensaban que había sido un acierto convencer a Cantero de que, si ponían en marcha su plan, era imprescindible que hubiera un médico allí, porque esa chica había demostrado ser peligrosa. El médico, tras confirmar que era una dosis alta, les aseguró que, habiéndosela tomado por vía oral y, teniendo en cuenta que la mayor parte había acabado sobre la planta, no debían temer por su vida.

—Creo que con una buena siesta y un par de cafés sin adulterar lo tendrán de vuelta en unas pocas horas —concluyó, para el alivio del resto.

Inés apretó las mandíbulas con tanta fuerza que sintió un chasquido en una de ellas. Pese al dolor que le provocó, fue peor la sensación de saberse vencida y engañada por un estúpido policía.

—Llévenla abajo —ordenó la inspectora Andreu a los agentes, y dirigiéndose a la detenida—: Tu madre tendrá el corazón en vilo al ver que tú no apareces por ninguna parte, y no es que

tenga el corazón de piedra, ya sabes —añadió con dureza.

Inés comenzó a caminar custodiada por dos policías; no le había pasado desapercibido el comentario sobre el corazón de su madre, la mujer policía se lo había recalcado con bastante retintín. Allí no podía hacer nada, ya se le ocurriría algo mientras estaba detenida.

Aguilar se acercó a Cantero, que dormía plácidamente en el sofá, y le colocó la placa en el bolsillo interior de su chaqueta mientras negaba con la cabeza por su insistencia en ponerse en peligro para hacer confesar a la sospechosa.

—Bienvenido de nuevo —susurró a su compañero dormido—. Y gracias por dejar la puerta sin cerrar, nos has evitado tener que echarla abajo. Menudo cabezota. Si no llegas a enviar esa tarjeta de memoria a los de Delitos Informáticos, jamás habrían reabierto el caso. Lo peor es que te has quedado sin vacaciones. Ya sabes lo que dicen, Quijote: «**No hay paz para los malvados**…».

—Eso no es un refrán, Raúl, ¡ja, ja, ja!, es el título de una película —se mofó la inspectora.

—Ya…, bueno…, es que se me olvidó decirte una cosa.

—Sorpréndeme.

—Que a él en Oviedo le llaman «Quijote», ya lo sabes, pero a mí en Madrid me llaman «Buñuel».

—¡Ja, ja, ja! Te va como anillo al dedo.

—Venga, que te invito a comer mientras este se despierta, que bien está lo que bien acaba.

—Y a barriga llena, corazón contento… —murmuró Cantero, abriendo un poco los ojos antes de volver a un duermevela que le duraría aún un tiempo.

Una gota furiosa se estrelló en el cristal delantero del coche patrulla, donde la joven hija del doctor Zambrano permanecía

esposada a la espera de que la llevaran a declarar. Inés sintió que su corazón, pese a estar en el lado incorrecto, latía al ritmo que la lluvia marcaba. Casi le sorprendió saber que seguía teniendo uno.

Epílogo

El inspector Cantero hacía fotos sin parar. Después de poner a disposición judicial a las dos detenidas, se tomó unos merecidos días de vacaciones, y nada mejor que poner miles de kilómetros de por medio para huir del recuerdo de los últimos acontecimientos en los que su compañero Diego había perdido la vida.

Aquel cementerio poseía una belleza singular; acostumbrado como estaba a fotografiar tumbas, mausoleos y figuras de mármol, encontrar un país que le ofreciera un escenario como aquel había sido sin duda determinante para decidirse por aquel viaje.

La tierra aparecía árida, estéril, de tonos rojizos y marrones, con menos vida en la superficie que la que ofrecía en los cientos de cuerpos que allí habían encontrado el reposo eterno. La luz del amanecer se filtraba por los montículos y provocaba un juego de sombras que provenían de las *qubbas*, edificaciones de madera terminadas en cúpulas abovedadas y que servían para el recogimiento, como le había explicado el guía con mucho entusiasmo.

Las ruinas de la ciudad de Vieja Dongola no le habían decepcionado en absoluto; casi podía considerarse un cementerio en sí misma y le servía para sus propósitos, aunque no encontrara otro más específico. Quizá algún día haría una exposición con todo aquel material y quizá también podría titularla «Lejos de Kent» como un homenaje a su compañero.

El primer objetivo de su viaje estaba cumplido; ahora quedaba el más complicado: encontrar a alguien que le acercara a una población cerca de Karima para dar con la persona a la que

buscaba.

Tardó más de tres horas en conseguir un vehículo adecuado y un mapa; había desistido ya de conseguir que alguien lo acompañara cuando un chico de unos quince años, que a todas luces no tenía permiso de conducir, se ofreció en un chapucero inglés a llevarlo en coche. «Quien no se arriesga no pasa la mar», pensó Cantero en un alarde de su mote, y le dio unos billetes al joven, prometiéndole que, si le llevaba junto a esa persona, le daría la misma cantidad al volver.

El calor se tornaba insoportable dentro del Jeep. Al sudor se añadieron las náuseas, y los baches tampoco ayudaban a mantener alimento alguno en el estómago. Tras varias horas penosas en las que el chico no protestó ni una vez y sonrió sin parar, unas edificaciones precarias alertaron al inspector de que había llegado a su destino.

Tuvo que ser su joven conductor quien se entendiera con los habitantes de aquella aldea. Cantero se sorprendió pensando en un nuevo refrán, «de perdidos, al río», pese a que no había río alguno a los pies del poblado ni estaba perdido precisamente.

Una mujer que llevaba a un bebé de enormes ojos negros señaló en dirección a una tienda de campaña en la que otras mujeres, de distintas edades y todas con uno o más niños pequeños en brazos, aguardaban un turno en el que su suerte cambiaría de golpe.

Cantero se acercó y, pasando por delante de ellas, entró en la tienda. Una joven morena, sentada frente a un niño al que intentaba poner una vacuna pellizcando una piel que no contenía dentro ni una pizca de músculo o de grasa, lo miró sin entender.

—Inspector Jorge Cantero… Esto sí que no me lo esperaba. ¿Qué hace aquí?

—Hola, Alicia. Me ha costado encontrarte, no te creas. La cuestión es qué haces tú aquí. No entendía nada cuando pregunté por ti en el hospital y me dijeron que habías dejado la

especialidad y te habías unido a Médicos Sin Fronteras para ayudar en labores humanitarias. Creí que habías elegido la Radiología precisamente por no tener trato directo con el paciente…

—Eso pertenece a otra vida, inspector —respondió la joven doctora—, a una vida que he cerrado para siempre.

Agradecimientos

Hace poco me preguntaron si normalmente recibía mucho apoyo cuando escribía una novela. Reflexioné un poco, no quería dar una respuesta tan sencilla como «Sí, claro».

Pensé, en primer lugar, en mi madre, que espera siempre mi primer borrador con un boli en la mano para señalar «cuatro cosillas» que se convierten en cuatro mil. Te quiero, mamá, aunque tenga que comprarte todos los bolis rojos del planeta.

Después recordé que mis tres hijos son mi mayor apoyo; tienen un don innato para interrumpirme cuando más concentrada estoy. Gracias a ellos he desarrollado una capacidad increíble de concentrarme en menos de un segundo o en no perder la concentración completa jamás y usar solo medio cerebro para atenderlos.

Cómo no agradecérselo también a mi familia, que me acompaña en cada una de mis aventuras. Al principio pensaban que sería algo pasajero que acabaría pronto, pero, mira por dónde, me encanta sorprenderlos y ver que siguen incondicionales tras diecisiete aventuras nuevas.

Y qué decir de la paciencia de compañeros y amigos cuando me hablan, me pillan en modo «escritora» y saben que tendrán que repetirme todo de nuevo. Mientras no me enfade con ellos y decida que formarán parte de la historia (en forma de víctima, por supuesto), todo les parece bien. Y yo, mientras tanto, a seguir dándoles páginas que devorarán mucho más deprisa de lo que yo las escribiré.

Claro que tampoco puedo olvidar a mis radiólogos del Hospital de Cabueñes; nunca podré agradeceros lo suficiente vuestras respuestas durante las guardias, vuestra información

mientras realizabais informes y yo llegaba con mi preguntita para interrumpir. Gracias a vosotros espero no haber metido mucho la pata. Sobre todo, he de nombrar (aunque no me gusta hacerlo, porque sois muchos más) a Alicia, Andrea, Rita y Natalia… Sois una fuente inagotable de información. Nos vemos en la próxima.

Y en particular esta novela no habría sido posible sin Conchi, mi amiga de la infancia, porque es a ella a quien deberían investigar. ¡Madre mía, qué de información! Todo empezó durante un paseo, cuando se le ocurrió hablarme sobre un caso que había llegado a su hospital y que había recibido ella en Urgencias. ¿Desde los ocho años juntas y no me conoces? ¿O precisamente me lo contaste porque me conoces? Te quiero mucho, Pichi.

Y qué haría yo si Grijalbo no me hubiera dado esta nueva oportunidad. Soy consciente de que no todos los escritores la tienen y yo me siento la persona más afortunada de la Tierra por repetir con ellos. En especial he de nombrar a Toni Hill, mi editor, que ya se ha dado cuenta de que «perro ladrador, poco mordedor». Es un lujo trabajar con él y con todo el equipo.

La aventura se quedaría coja sin mis libreros y libreras de cabecera, porque no venden «al peso», porque se molestan en conocer a sus clientes y le dan a cada uno lo que merece. Y han pensado que muchos de vosotros merecéis ayudarme a dar con los culpables de unos crímenes que solo están en mi cabeza.

Soy incapaz de agradecer todo lo que estoy viviendo en este mundillo literario sin pensar en mi padre. Me encanta imaginármelo con uno de mis libros en la mano, con la luz de la mesilla de noche, como a él le gustaba, y tocándose la barba mientras devoraba página tras página. Papá, me faltas ya desde hace diecisiete años y llevo diecisiete novelas a cuestas. ¿Será una señal?

No se puede ser escritor sin agradecer al lector su hambre de historias. Porque sin ellos yo jamás existiría.

Pero en aquel momento en que me preguntaron si recibía mucho apoyo y yo pensé en tanta gente que suma, también respondí que hay que agradecer, y mucho, a los que me han puesto zancadillas por el camino, porque me han enseñado a saltar cada vez más alto.



NO APARTES LA MIRADA.

Para la doctora Alicia Prieto, la noche de guardia en el hospital de Gijón está siendo tan tediosa como cualquier otra, pero todo cambia cuando llega a Urgencias una joven cubierta de sangre y al borde de la muerte. Una escena espeluznante que preferiría no haber visto jamás.

NO HUYAS DE LAS SOMBRAS.

El inspector Jorge Cantero se hace cargo del caso sin sospechar que ese es solo el inicio de una compleja investigación. El macabro hallazgo del cadáver de otra chica en un cementerio de Gijón sumirá a la ciudad en una oscura niebla de temor.

ENFRÉNTATE A LA VERDAD.

El mal se ha convertido en una presencia real y tangible que actúa sin compasión, movida por una crueldad irracional. Sin embargo, ¿son esas jóvenes realmente ángeles inocentes? ¿O tal vez ocultaban un secreto que ha desatado los instintos más criminales?

Un thriller enigmático que nos acerca a los rincones más siniestros del alma humana.
Una historia tan perversa como difícil de olvidar.

REYES MARTÍNEZ (Madrid, 1972) reside en Gijón y compagina su trabajo en un hospital con la escritura. Autora de literatura infantil y juvenil, autopublicó con gran éxito varias novelas negras antes de su debut en Grijalbo con *Una pieza de más* (2023), muy aplaudida por los lectores del género. Con *El ángel vacío* refrenda de nuevo su talento y su capacidad para ahondar en los mecanismos del thriller más visceral.



Primera edición: septiembre de 2024

© 2024, Reyes Martínez
Autora representada por IMC Agencia Literaria
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.,
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Pino Sartorio
Ilustración de portada: composición fotográfica a partir de las imágenes de Pino Sartorio y Adobe Firefly

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-6862-2

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
Spotify: penguinlibros

YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



penguinlibros

Índice

19. ¡Maldito apéndice!
20. Un lugar tranquilo
21. Un ángel
22. Que en paz descanse
23. Había hecho una promesa
24. Vacía
25. Harta y cansada
26. Reunión de pastores, ovejas muertas
27. Subidón
28. Veganos
29. Cuatro sospechosos
30. El fuego vence al metal
31. ¿Qué hacía allí?
32. Noche en vela
33. Ya no sería bienvenido
34. Detalle sin importancia
35. Lo conozco, solo es eso
36. Mal sabor de boca
37. Deberías retirarte
38. Necesito un teléfono
39. No puedo recordar más
40. No deberías estar aquí

41. Me ha mentido

42. Faltar a su promesa

43. Eres un monstruo

44. He conseguido sus huellas

45. ¡Maldito pato!

46. No es él

47. Alucinación

48. Mato gente

49. Las gafas me protegerán

50. Peor color

51. ¡Mi hijo es médico!

52. La causa de la muerte

53. Mi hijo no es un idiota

54. No es el momento

55. Mirar hacia otro lado

56. No tengo ningún email

57. No dudaría en hacerlo

58. Tu maravilloso hijo mayor

59. En realidad no estoy

60. Mi hijo está muerto

61. La buena noticia

62. No puede pasar